

E. M. DE HOSTOS

OBRAS COMPLETAS

VOL. I

DIARIO

TOMO I

EDICION CONMEMORATIVA
DEL GOBIERNO
DE PUERTO RICO
1839 1939

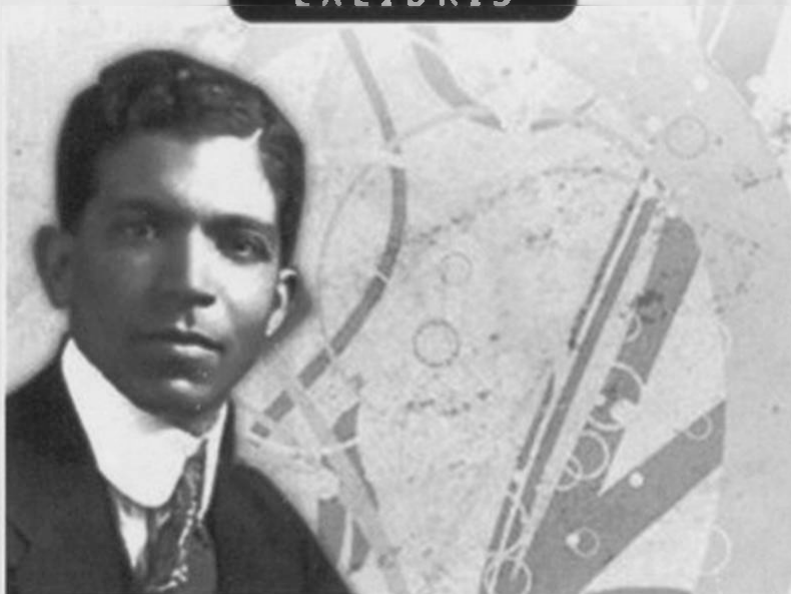
*L. Larrayábal
Study.*

CULTURAL, S. A. • OBISPO Y BERNAZA • HABANA, CUBA



 **Biblioteca
Nacional**
PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA

EXLIBRIS



Carlos Larrazábal B.

COLECCION



454-

DIARIO

19198-20

BNPHU

PD-RV

PR868.2

H8310

1939, v. 1

t. 1

e. 2



20 FEB. 1978

PRINTED IN CUBA
BY CULTURAL, S. A.
HABANA, 625 OBISPO ST.

BN
PR 864.208
H 8310
U. I.

20 Feb. 1978

Lic. Carlos Larrayal Blanco

[No. 25]

LEY

PARA RECONOCER CARACTER OFICIAL A LA JUNTA PARA LA CELEBRACION DEL CENTENARIO DEL NATALICIO DE EUGENIO MARIA DE HOSTOS; ASIGNAR FONDOS PARA LAS ACTIVIDADES DE DICHO COMITE; PARA LA PUBLICACION DE LAS OBRAS DE HOSTOS Y DE LOS JUICIOS Y CRITICAS QUE SOBRE LA PERSONALIDAD Y OBRAS DEL MISMO SE HUBIEREN PUBLICADO POR EMINENTES ESCRITORES, Y PARA OTROS FINES.

Decrétase por la Asamblea Legislativa de Puerto Rico:

Sección 1.—Se reconoce como oficial al Comité Pro Celebración del Centenario del Natalicio de Eugenio María de Hostos, ya constituido y presidido por el Juez Presidente del Tribunal Supremo, así como todas las ceremonias públicas, festejos y demás números pertenecientes al programa, que bajo la organización general de ese Comité, se lleven a efecto en nuestra Isla durante los meses de julio a diciembre de 1938 y 11 de enero de 1939, en que se cumplen exactamente los cien años del nacimiento del ilustre tratadista puertorriqueño.

Sección 2.—A los fines de celebrar dignamente este centenario y de erigir en Puerto Rico el más perdurable monumento a la memoria del insigne autor Eugenio María de Hostos, se autoriza, por tanto, al comité para la celebración del centenario para que de acuerdo con el informe rendido a la Asamblea Legislativa de Puerto Rico, el 29 de marzo de 1916, por la Comisión para la publicación de las obras de Hostos creada por la Resolución Conjunta Núm. 11 aprobada en 11 de marzo de 1915, proceda a la publicación de los volúmenes relacionados en dicho informe, a cuyo efecto se asigna por la presente de

Obsequio

Reg. No.

031740



cualesquiera fondos existentes en la Tesorería de Puerto Rico no destinados a otras atenciones, la suma de veinticinco mil (25,000) dólares o la parte de ella que fuere necesaria, la que gastará con intervención del Auditor y del Tesorero de Puerto Rico, autorizando a estos funcionarios para que, mediante los oportunos libramientos paguen la suma o sumas requeridas a medida que progrese la publicación que por la presente se dispone. Además de la obra inédita del sabio educacionista, podrá publicarse uno o más volúmenes que contengan juicios y críticas sobre la personalidad y obra del mismo, publicados por eminentes escritores.

Sección 3.—Será deber de la Junta Pro Celebración del Centenario de Hostos, el nombrar un pagador (*Disbursing Officer*) con la anuencia del Auditor de Puerto Rico, quien deberá expedir los libramientos necesarios, aprobados por el Presidente de la Junta, para verificar los pagos relacionados con sus actividades.

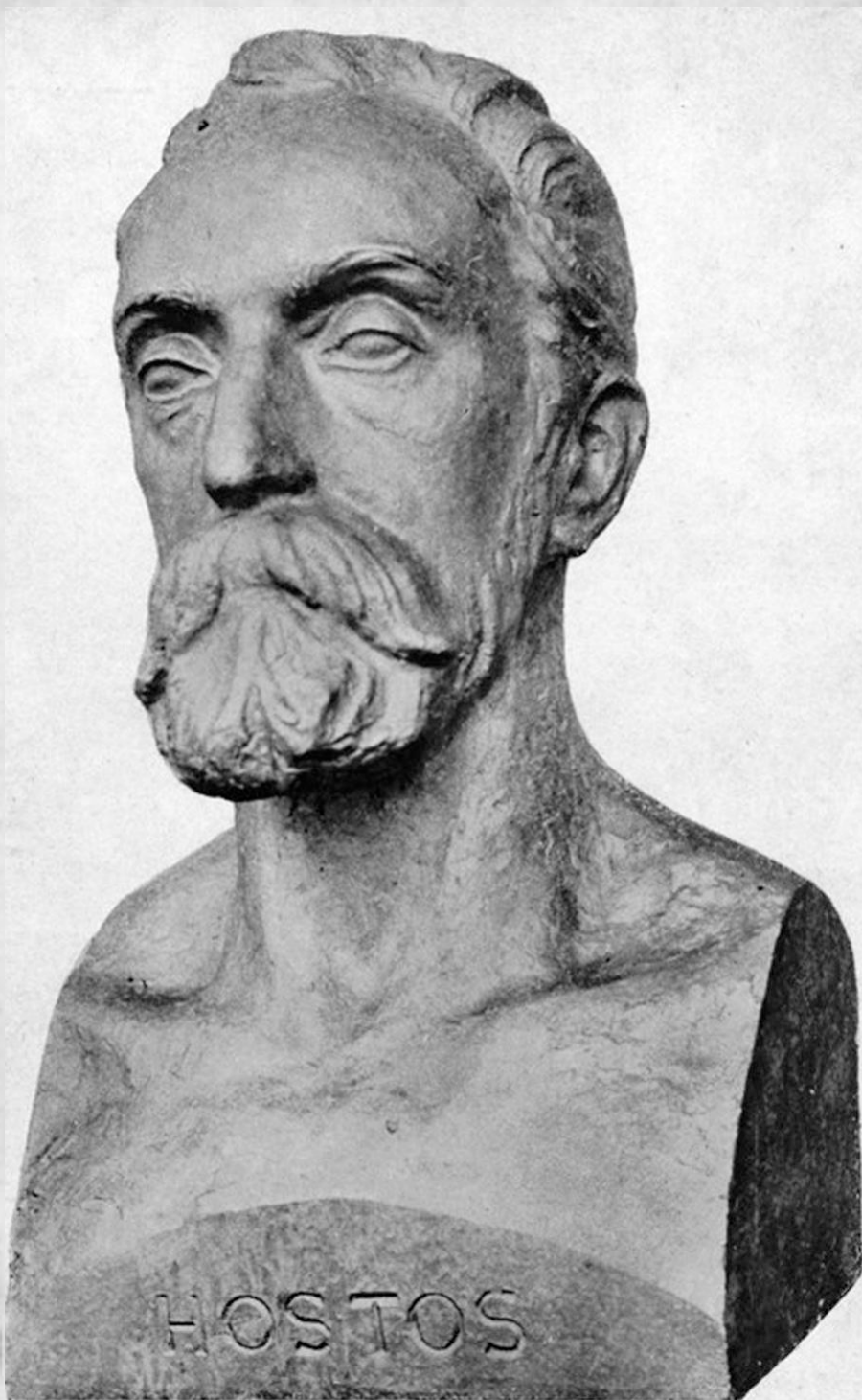
Sección 4.—También nombrará la junta, con la compensación que estime oportuna, una persona experta en publicaciones para que se haga cargo de la labor editorial, corrección de pruebas, encuadernación, etc., quien estará bajo la inmediata supervisión del presidente de la junta.

Sección 5.—Si después de publicadas las obras de Eugenio María de Hostos que seleccione la junta para la celebración del centenario, quedare algún fondo sobrante de la cantidad aquí asignada, ingresará éste automáticamente en los fondos generales de El Pueblo de Puerto Rico.

Sección 6.—Toda ley o parte de ley que se oponga a la presente, queda por ésta derogada.

Sección 7.—En virtud de ocurrir la fecha del centenario el 11 de enero de 1939, se declara que por la cantidad del trabajo a realizar, existe una emergencia que requiere la inmediata vigencia de esta Ley, por lo que comenzará a regir inmediatamente después de su aprobación.

Aprobada en 14 de abril de 1938.



BUSTO DEL ESCULTOR VICTORIO MACHO

DIARIOS

Nueva York, 24 de mayo de 1874 (1).

Si el nombre de Eugenio María de Hostos ha de pasar a la historia o ha de quedar en la rebelde oscuridad que lo ha perseguido en el curso agitado de sus días, lo sabremos pronto. Pero, recompensado por la historia u olvidado por los hombres, su vida será un ejemplo y una lección severa que importa dar a las generaciones que se forman en la América latina.

Para ellas exponemos el ejemplo y recogemos la lección.

Infancia

Eugenio María de Hostos nació en la noche del 10 al 11 de enero de 1839 en una estancia de Río Cañas, uno de los partidos en que está dividida la jurisdicción de Mayagüez, puerto occidental de la isla de Puerto Rico.

Su padre, el señor Eugenio de Hostos, y su santa madre, la señora Hilaria de Bonilla, se habían retirado de la villa de Mayagüez, en donde el trabajo no había sido favorable a su fortuna, a la estancia que de su madre heredó, con otros tres hermanos, el primero.

Allí, combatiendo al infortunio, y fundando en el trabajo perseverante del esposo y en las virtudes domésticas de la esposa el porvenir lleno de esperanzas

(1) En Nueva York, a su regreso de Sur América, Hostos empezó a escribir las Memorias con cuyo fragmento, encontrado en uno de sus libros de *Diarios*, precedemos éstos. (N. de los Compiladores).

que alentaban la juventud, el amor y la pureza de sus almas, vieron llegar la noche, triste, lluviosa y sombría, en que Eugenio María vino al mundo.

Conteniendo el dolor del desamparo en que por quinta vez volvía a ser madre, la nobilísima mujer olvidaba su estado lastimoso para alentar al varón desesperado y apretando amorosamente su mano, escuchaba sus confidencias desde el lecho del dolor.

—¡Pobre alma mía! —decía mirándola con cariñosa reverencia el abatido esposo— ¿qué has hecho para sufrir mi triste suerte?

—Y tú ¿qué has hecho para merecer la mía?

—Al lado de tu padre vivirías contenta.

—¿No lo estoy a tu lado?

—Pero te sacrificas.

—La esposa debe por el esposo abandonar la casa de sus padres.

Y consolándose mutuamente y haciendo superior a su desgracia el amor inocente que los había unido ante los hombres y los unía en sus conciencias, ella se distraía de los dolores del alumbramiento, él se distraía de las angustias de su situación, y sobreviniendo un feliz alumbramiento, recibieron con alegría religiosa al recién-venido.

Padre y madre han contado después, en días de prueba o de postreras confidencias, lo que fué aquella noche para ellos, y el llegado en hora tan congojosa los ha oído.

He aquí lo que el padre ha referido al hijo:

A consecuencia de la lucha de emancipación en Santo Domingo, sus padres abandonaron lo que en aquella isla poseían para trasladarse a la vecina Puerto Rico. Aquí, a poco tiempo, quedaron huérfanos tres hermanos varones y una hembra, el mayor de los cuales era él.

Se vió obligado a envejecer para dirigir a aquella familia de desamparados, y tanto se adelantó por su discreción y su razón a su corta edad, que logró establecer orden en el hogar y en los reducidos negocios que aseguraban el pan de su familia.

No lejos de Río Cañas, la familia de Bonilla daba ejemplo de virtudes en la hacienda que cultivaba y habitaba a no más de una milla de Mayagüez. Digno miembro de aquella familia virtuosa, Hilaria de Bonilla, amable por su belleza y por sus encantos juveniles, lo era mucho más por sus altas cualidades de inteligencia y de carácter. Eugenio de Hostos la amó demasiado para meditar en el cambio desventajoso de fortuna que le ofrecía, y amado por ella, que era superior a la fortuna y a la riqueza, la unió a la lucha de su vida. Jóvenes, casi adolescentes uno y otro, los primeros años de su matrimonio, bendecido por cuatro frutos de su amor, compensaron con su felicidad personal la infelicidad de los sucesos. Un incendio en la hacienda de Bonilla, negocios desfavorables, abandono de la fortuna y de los amigos de la fortuna, privaron a los jóvenes esposos del auxilio que había menester el no suficiente trabajo de Eugenio de Hostos.

Había éste hecho cuanto puede hacer un esposo amante y un padre cariñoso, por bastar a las necesidades de su hogar; mas no consiguió hacer sonreír a la fortuna adversa. Para reducir los gastos de su casa, ocupó la que tenía en la estancia de Río Cañas, y allí, alternando sus ocupaciones en el pueblo con las a que se entregaba en el campo, vió con angustia que no se describe el próximo advenimiento de un nuevo miembro de la familia.

La noche en que debía realizarse esta felicidad emponzoñada por la angustia, tuvo por prólogo un día de completo desamparo. Sin embargo, los esposos se con-

fesaban una alegría que nada justificaba entonces, que nada después ha confirmado. Tenían una esperanza singular en el hijo que iba pronto a aumentar las congojas de su aflictiva situación. Una carta del padre, escrita en días oscuros al hijo que tantas esperanzas le traía, dice: "Nos parecía que veíamos rayos de luz en todas partes". Nació el hijo que así iluminaba la oscuridad del triste hogar, y, aumentando sus estrecheces, aumentó las necesidades del trabajo.

No era buen campo para él la estancia, y Eugenio de Hostos volvió al pueblo. Se estableció en el comercio, y cuando esperaba un cambio de fortuna, vió por la infidelidad de un asociado derrumbarse la esperanza.

Era enérgico para el bien Eugenio de Hostos y no desanimó. Superior a su tiempo y a los errores de su raza, tenía fe en el trabajo, y todo trabajo era noble como fuera honrado. Ni descansaba de día ni apenas dormía por la noche, pero su hogar iba teniendo cimientos más sólidos, y aquellos dignos esposos empezaron a tener algún derecho a la alegría del vivir. ¡Caprichosa fortuna! Del mal de muchos hace el bien de los que elige, y cansada de arrugar el ceño a Eugenio de Hostos, le sonrió en el dolor de todos. En 1841, dos años después de nacer Eugenio María y en los mismos días en que venía Carlos al mundo, la villa de Mayagüez perdió en unas cuantas horas toda la prosperidad material de que gozaba: un incendio violento la redujo casi totalmente a cenizas.

En el sistema colonial de España, la esclavitud tiene tantas formas cuantas necesidades la vida colectiva. Nada puede hacerse bajo él porque para todo es necesario acudir a la autoridad.

La reedificación del pueblo incendiado imponía a sus habitantes la obligación de pedir permiso a la autoridad, ora para edificar, ora para reedificar en piedra

o en madera, en estas o aquellas condiciones. Eran millares y millares las solicitudes que habían de hacerse, y eran muy pocos los hombres inteligentes que supieran escribir y expresar en formas agradables lo que querían. Eugenio de Hostos, hombre de clarísimo entendimiento, de educación superior a la de casi todos sus conciudadanos, instintivamente poseedor de la forma literaria y conocedor del formulario abogadil que se emplea en esa clase de documentos, fué asediado por solicitudes. Cada uno de ellos recompensaba su trabajo en razón de su urgencia o de sus medios, y Eugenio de Hostos adquirió, en una desgracia que nadie lamentaba tan sinceramente como su bondadoso corazón, los recursos de vida que acaso habían negado a su trabajo los mismos que entonces acudían a rendir homenaje interesado a su talento. Quedó éste consagrado, y no mucho después de aquella prueba, un hombre bueno, sencillo protector del mérito oscurecido, proporcionó una feliz ocasión de bienestar al señor Hostos. Faltó en la escribanía pública del pueblo un oficial inteligente, y el escribano protector del talento llamó al que tantas pruebas del suyo había dado en el reciente conflicto de los intereses públicos e individuales. No pasó mucho tiempo sin que la laboriosidad y el entendimiento ensayados por Eugenio de Hostos se demostraran en toda su fuerza. El propietario de la escribanía, cansado ya de ella, propuso a su primer oficial la adquisición de ella y hubo quien, seguro de la escrupulosa probidad en los negocios y de la intachable y ejemplar moralidad en las costumbres del joven, le anticipara los recursos necesarios para comprar la escribanía.

En la vida de la familia de Hostos ha sido tan excepcional el beneficio recibido, que es para el redactor de esta *Memoria* una verdadera tristeza de conciencia el haber olvidado el nombre de los dos hombres que la

familia desventurada ha considerado como los únicos auxiliares de su vida.

Entraba ésta en un período nuevo. Eugenio de Hostos fué a la capital de la isla, se sometió al examen que se le imponía, mereció aprobaciones calorosas, retornó a Mayagüez, y ya dueño de la escribanía pública, ya asegurada una posición respetable, ya capaz de hacer servicios, ya acariciado por la fortuna, recibió de sus vecinos, de sus conciudadanos, de sus allegados y de los que hasta entonces lo habían alejado, las muestras de afecto y de estimación que los hombres se apresuran a dar a aquellos de quienes algo pueden temer o recibir.

Eugenio de Hostos, para el cual no había sido más que un paréntesis la época de trabajo material que había pasado, se entregó a la satisfacción de sus gustos delicados, construyó una casa que, aun siendo de madera y fabricada a crédito, pasó entonces por una de las mejores de la población, y se consagró a dar a su esposa y a sus hijos las comodidades y las satisfacciones sociales que consentían sus medios y los de la atrasada colonia, que ni aun noticia del bienestar material tenía entonces.

La casa de Eugenio de Hostos fué el centro de reunión de algunas personas amigas de la sociedad y la lectura y de algunas familias menos esquivas de lo que son generalmente las que constituyen una sociedad colonial.

Aquella casa modesta, que daba un hogar seguro a la familia, hacía las delicias de los jóvenes esposos que hubieran contado tantos días de alegría como de vida nueva, si no hubieran estado expuestos a sufrir una pérdida que consideraban una calamidad, tal vez porque no consultaron el porvenir: Eugenio María, aquel hijo

de los días oscuros, estuvo a punto de retornar a la oscuridad de donde había salido sin consentimiento suyo: la criada que le cuidaba cometió una imprudencia que amenazó la vida del niño hasta el extremo de hacer necesario el ataúd. Lecho el más blando en que ha reposado desde entonces. ¡Cuántas veces no habrá lamentado levantarse de él!

Se levantó, y los padres cariñosos, viendo en aquella casi resurrección una confirmación de las extrañas esperanzas de la noche oscura, se dijeron con regocijo supersticioso: “¡Este niño ha nacido para algo!”

Había nacido para algo; para conocer el abismo de dolor que es la existencia, y para descender impávidamente hasta los rincones más tenebrosos de ese abismo.

El niño tenía entonces seis años y parece que la vida lo rechazaba, porque no mucho después de su peligrosísima dolencia, recibió un golpe formidable que de nuevo lo expuso a una muerte más rápida y mejor.

Pero estaba empeñado en vivir: siempre fué iluso. Tal vez imaginó en el primer ejercicio de su fantasía que vivir era amar religiosamente a su madre, respetar con temor supersticioso a su padre, sonreír siempre a su siempre risueño hermano Carlos, hacerse responsable de las travesuras de éste, sentarse en el suelo a los pies de su madre y contemplarla, hacer preguntas incessantes sobre todo cuanto veía, oía y aspiraba a conocer con tenaz curiosidad. En esa época empiezan sus recuerdos.

Recuerda la casa: era de madera pintada según uso del país, de verde y colorado en el exterior, con dos pisos, el bajo que ocupaban la escribanía y su tío Carlos en los tres aposentos del cuerpo delantero, un viejo vizcaíno, el negro Adolfo y dos negros del servicio de la casa en el cuerpo que se prolongaba hacia el fondo, formando con el resto del edificio un ángulo rectilíneo. La fami-

lia ocupaba el piso principal, compuesto de una sala, un aposento espacioso a la derecha, ocupado por sus padres, varios aposentos pequeños ocupados por sus hermanas y por dos huérfanas recogidas, otro por su hermano mayor, detrás del cual estaba el comedor, al cual seguía la cocina. Su hermanito Carlos y él ocupaban un aposento colocado detrás de la sala. En el espacio encerrado por las dos alas del edificio había un patio empedrado. En él había un árbol y en el árbol un mono, víctima y diversión al par que espanto de los niños. Desde los altos de la casa se veía la sabana, un vasto descampado que no lejos estaba limitado por la vegetación enmarañada de los trópicos.

La familia se componía entonces de su padre, su madre, su hermano mayor Pepe, sus dos hermanas Engracia y Eladia, su hermano Carlos, el casi recién nacido Adolfo, las dos señoritas acogidas, su tío materno Carlos, él, el esclavo Adolfo y tres negras, la cocinera, la lavandera y Mercedes la niñera.

Los primeros recuerdos le presentan a su madre, hermosa mujer rubia de aspecto a la par bondadoso e imponente, sentada en una mecedora con su canastilla de costura a un lado y él al lado de la canastilla, recorriendo papeles con las tijeras y dejando frecuentemente las tijeras para contemplar con largas miradas a su madre, asirse de sus faldas cuando ella se levantaba y besar la orla de su vestido cuando ella desatendía al ruego silencioso con que la importunaba para ser acariciado.

Nada le parece tan severo como los primeros recuerdos de su padre. Tal vez no tendría éste más de treinta y dos años, ni jamás ha tenido en su estatura regular, en sus hermosos ojos negros, en su espaciosísima frente, en su nariz recta, en sus labios plegados con bondad, en su finísima cabellera negra, en sus patillas peinadas con esmero, en su labio superior limpio de vello, la más leve

apariencia de brusquedad, y sin embargo, lo recuerda como la primera personificación de lo inaccesible.

Recuerda poco a su hermano mayor: tenía éste seis años más que él y esa diferencia de edad es un abismo en la infancia. A su hermana Engracia la recuerda como a su primera protectora; ella lo vestía, lo peinaba, lo acariciaba, lo defendía, le enseñaba el abecedario y lo buscaba para jugar por el corredor, por el zaguán, por el patio y con mucha frecuencia por la calle. Recuerda a su hermana Eladia como la personificación de la dulzura. Su hermano Carlos era para él su protegido, su rival, su víctima y su verdugo, su inseparable compañero y su adversario perpetuo. Recuerda a las acogidas Gumersinda y Escolástica, a quienes poco después dejó de ver para siempre, por las extrañas pruebas de cariño que daba a su preferida Gumersinda; la pellizcaba con una fuerza deleitosa para él, dolorosa para la pacienzuda y cariñosa joven. Recuerda al viejo don Agustín Aurteneche, que todas las mañanas llamaba desde el umbral de su aposento a los niños, que bajaban precipitadamente a disputarse las almendras confitadas que invariablemente les repartía al levantarse. Recuerda a su tío Carlos, y más que a su tío, el aposento lleno de trajes y de perfumes que ocupaba. Recuerda al negro Adolfo, alto, delgado, de facciones regulares, de aspecto singular entre humilde y altanero. Recuerda a la lavandera Josefa por cuyos brazos tenía predilección, pues más de una vez tuvo la bárbara complacencia de hincar en ellos un alfiler. Recuerda a Mercedes la niñera, negrilla de color claro, cariñosísima compañera de sus terrores nocturnos y de sus travesuras diurnas.

Una nueva enfermedad y una larguísima convalecencia, interpuesta entre sus seis y siete años, fija con caracteres más vivos el recuerdo de su madre, extiende el horizonte de sus recuerdos y de las primeras relacio-



nes de su vida, y le presenta la primera aparición de uno de los vicios de carácter que nunca ha logrado dominar: la impaciencia.

Durante la nueva enfermedad, en el dormitar prolongado de la fiebre, ve a su madre ansiosa inclinando su dulcísima cabeza sobre su frente, consultando con la palma de la mano los grados de calor febril en la cabeza del niño moribundo, sonriéndole cuando él entreabría los ojos para llenarla de la blanda claridad de aquellos expresivos ojos azules, riñéndole suavemente si se movía, recomponiendo la ropa de cama descompuesta, retirándose en puntillas, prohibiendo la entrada de los niños en el aposento, imponiendo silencio a sus bulliciosos entretenimientos, aproximándose otra vez con la medicina en una mano, una lágrima en los ojos, una promesa en los labios, una violencia natural para cumplir los preceptos del médico y una pieza de cobre o de plata, según el convenio, para decidirlo a tomar el brebaje repugnante.

Tal vez es la única época de su vida en que Eugenio María de Hostos haya sabido lo que es el interés: vendía caras sus docilidades, y cuando la convalecencia le consintió dar algunos pasos, más se ocupaba de tener segura la bolsa en que había ido acumulando su riqueza, que de afirmar sus pasos.

Amenazaba la convalecencia con ser larga y peligrosa y el médico aconsejó que llevaran al convaleciente al campo. Un día se encontró entre rostros que ya conocía, pero que hasta entonces sólo había visto por breves momentos en uno o más días de cada semana. Todos aquellos rostros le sonreían con bondad. Estaba convaleciendo en casa de sus abuelos.

Por la mañana muy temprano cuando el sol penetraba por las rendijas de la casa, una señora de aspecto venerable, singularmente atractiva en sus miradas, en

sus sonrisas y maneras, sencillamente vestida y con una cofia en la cabeza, entreabría la puerta de una habitación y decía: "Caridad ¿ya le diste leche a Eugenio María?"; y Caridad, su buena tía, su excelente madrina, su salvadora y su víctima de entonces, contestaba con angustia: "¡Pero, mamá, si este niño no quiere nada de mí!" Y como la venerable abuela se aproximara e interrogara benignamente al impaciente que se había estado negando media hora, el impaciente exclamaba: "Ello sí *Mabina* (corruptela de ma-madrina, abuelita); pero tía Caridad..." "¿Conque no soy la madrina?" "¡Pues bueno! Madrinita me hace esperar mucho". La buena madrina no le hacía esperar. Era él quien, mal acostumbrado por ella a tener rápidamente cuanto necesitaba o pedía, calculaba los momentos según su impaciente voluntad y se irritaba perdiendo así el tiempo de que parecía precoz apreciador.

Convaleciente como estaba eran ligeros los alimentos que recibía, pero más frecuentes de los que sirven como de división de los días en las casas ordenadas. Su pobre tía-madrina, de cuyas manos lo quería todo y todo lo rechazaba, pendiente siempre de él, iba y venía sin cesar, complaciendo sus caprichos expresos, anticipándose frecuentemente a los no expresos y convirtiendo en costumbre regular lo que una vez había dejado satisfecho a su niño mimado. Eran tan raras estas satisfacciones que cuando atinaba con un gusto de su ahijado, Caridad se llamaba feliz y se tenía por feliz. Había complacido un día al caprichoso un plato en extremo sencillo, que, sin embargo, parece mérito exclusivo de la cocina puertorriqueña: el arroz blanco. Todos los días a la misma hora, las dos de la tarde, Caridad dejaba su costura, a que era aplicadísima y en la que sobresalía, para preparar y traer a su Eugenio María el bocado favorito, gozando más que él mismo al verlo devorar el

inocente alimento. Contentísima venía con su plato en la mano y su risa más cariñosa en el semblante un día en que el temprano calculador de tiempo estaba ya impaciente. Ella le presentó el arroz, que él rechazó malhumorado. Su abuela le reconvino con la vista, y él para disculparse dijo que el arroz estaba demasiado caliente: “Ello no”, —le dijo acercándosele casi con miedo su madrina—. “¡Ello sí!” —contestó él con violencia—. “Vamos” —exclamó ella con tono persuasivo—. “¡No quiero!” —exclamó él con impaciencia—. “¡Pues yo quiero!” —se atrevió ella a decir a tiempo que la buena abuela reconvenía con otra mirada al caprichoso. Aprovechando el efecto de la madre, la madrina había acercado una cuchara llena de arroz a los labios de su ahijado, que, temeroso de disgustar a su abuela, abrió la boca. El arroz estaba en efecto tan caliente, que lo quemó. El chiquillo lanzó una exclamación de cólera y acusando con ademanes violentos a su tía, tomó el plato y lo arrojó por el balcón. Amenazábanlo abuela y tía con mandarlo al pueblo, a tiempo que pasaba por el camino, pocas varas distante del frente de la casa, uno de los amigos de la familia. Llamáronlo ellas, y por desenojar con una amenaza burlesca al iracundo, dijeron al amigo que al llegar al pueblo se acercara a la casa de Hostos para que éste o su señora enviaran a buscar al niño. Furioso éste con el recuerdo de su abrasado paladar y resentido de aquella amenaza, declaró que él se iría esa misma tarde; y tanto hizo, que fué necesario llevarlo a casa de sus padres.

Aquella voluntad enérgica que sólo tenía de peligrosa los motivos apasionados que la determinaban, fué la primera aparición perceptible de una fuerza después muy mal dirigida por el ejemplo, muy torpemente combatida por los hombres y los hechos y nunca suficientemente restablecida en sus verdaderas bases.

Reconciliado con su buena tía, que había ido a buscarlo, pocos días después, volvió el niño voluntarioso a la estancia de sus abuelos. Allí, corriendo, por el campo con su tío Francisco, poco mayor que él, jugando por las tardes al *tángano*, haciendo casitas al pie del gran mamey que sombreaba la cocina, viendo a su tío amigo de infancia abrir canales en el arroyo, tomando la parte de que era capaz en las tareas agrícolas, respirando al anochecer el aroma embriagador de las diamelas que, con unos cuantos alelíos y un higuero formaban la entrada de la casa, entreteniéndose por la mañana en oír zumbar los moscardones que anidaban en unos agujeros del balcón, bañándose en la luz esplendorosa de aquel cielo y contemplando continuamente el mar que nunca había visto de cerca, el niño se mejoraba corporalmente y se fortalecía intelectualmente.

A la vuelta al pueblo fué a la escuela. Estaba detrás de su casa y la dirigía una buena doña Rafaela, que al par que a él y otros niños de poca más edad, enseñaba lectura y rezo a una porción de niñas de la vecindad.

La escritura sirvió al niño para tener la revelación de la justicia. Deseo a todos los niños de la tierra una tarde igual a aquella en que Eugenio María, completamente satisfecho de una plana que había hecho con el mayor esmero, recibió en premio una reconvención violenta y un castigo. Estaba él seguro de haber hecho todo lo posible porque la plana fuera elogiada y premiado su trabajo y sin embargo lo castigaron. Fué aquel el dolor primero más delicado y más intenso de una vida que el amor de la justicia había de consagrar a los dolores más acerbos. Mientras cumplía arrodillado la sentencia que le habían impuesto, su pensamiento interior trabajaba con una actividad vertiginosa y las lágrimas calientes que

arrasaban sus ojos y el fruncimiento violento de los labios denotaban al exterior la crisis primera de aquel espíritu infantil.

Nunca probablemente madre alguna oyó de labios de un niño quejas más acerbadas, protestas más viriles, acentos de más activa indignación que las aquella tarde oídas por la madre de Eugenio María. La madre, asustada de aquella vehemencia y temiendo que el enérgico deseo manifestado por su hijo de no volver a la escuela en que le hacían una injusticia, fuera el germen de un espíritu vengativo, dió la razón al maestro contra el niño y le obligó a prepararse para volver a la escuela al día siguiente. Es deplorable que no se haya conservado puntualmente la memoria de aquel día. El estallido del sentimiento de justicia en un alma es un momento augusto cuyo recuerdo minucioso sería tan útil para seguir el desenvolvimiento de un alma nueva cuanto para la historia del desarrollo de las pasiones y las ideas en el alma humana. Qué hizo aquel niño en aquella tarde memorable: si jugó con sus hermanos o se mantuvo retraído y silencioso; si el silencio revelaba tristeza o rencor; si en ésta iba mezclado el recuerdo de la injusticia sufrida al recuerdo desesperante de haberla visto amadrinada por su madre; si de aquí partió algún cambio perceptible en la conducta y en el carácter del niño: he ahí otros tantos puntos de gravísimo interés, que desdichadamente no podemos nosotros fijar.

Lo único que acaso puede referirse a aquel primer desengaño de un alma nativamente creyente, como todas, en la realidad de la justicia, son dos recuerdos de aquellos días totalmente distintos entre sí, pero que tal vez tenían en los hechos que los originaron una mayor intimidad y relación.

El niño se hizo solitario, y se recuerda que el más vivo de sus placeres en aquellos días era sentarse solo en el balcón, en pleno día, a contemplar el cielo, las nubes y la mar.

En la escuela de doña Rafaela, había un niño de dos o tres años más que Eugenio María, un diablillo de una voluntad precoz, que daba a su inocente compañero las más prematuras lecciones. El discípulo fué a poco tan experto como el maestro, y aun no tenía ocho años cuando trataba de comunicar prácticamente las lecciones recibidas de Domingo Prats.

Estos dos recuerdos de un orden tan opuesto, que representan direcciones absolutamente contradictorias de un espíritu, que patentizan la existencia igualmente vigorosa de facultades y fuerzas totalmente diferentes, de inclinaciones generosas y protervas alboreando al mismo tiempo ¿procedían del mismo origen? ¿Era un resultado de aquella primera injusticia sufrida? Lo que en ambos recuerdos se ve patentemente es el nacimiento de una imaginación indistintamente aplicable con igual potencia al más alto ejercicio de la idealidad y al más bajo funcionar de la fantasía. Pero ¿cómo estallaron en el mismo momento dos formas tan diversas, generalmente incompatibles, de una misma facultad intelectual? Aquella docilidad para la teoría y la práctica precoz que era repugnante por el momento que se presentaba ¿era la simple monería del niño, que imita ingenuamente y en virtud de la actividad que se le revela lo que ve, oye o aprende por sí mismo o por iniciaciones del ejemplo, o era una reacción violenta de una voluntad naciente que chocando al nacer con una injusticia, se replegaba en sí misma y se complacía prematuramente en el mal, no por placer del mal, sino por esperanza y deseo de vengarse?

Y aquel inesperado desarrollo de la idealidad ¿era la simple precocidad de una función del cerebro o era

la anticipación de una fuerza moral repentinamente madurada por un dolor intenso?

Para procurar datos a la resolución del problema, importa presentarlo en formas concretas. Por aquella época, el niño reveló a un mismo tiempo una tendencia vigorosa hacia la idealidad y una tendencia funesta a remedar el mal que le enseñaron. Se le había presentado por primera vez la noción de la justicia y se le había presentado por contraste en una injusticia apreciada por su razón naciente y sabida por su sensibilidad creciente. ¡Fué esto lo que lo inclinó a la soledad? ¡Fué eso lo que, desmoralizando de un golpe las facultades intelectuales y morales que se formaban le hicieron ver una distracción a la injusticia y un olvido de ella en la idea del mal que le inculcaban? No es tiempo de resolver esos problemas: apenas lo hay para plantearlos; la vida a que se refieren se dirige lógicamente hacia su fin y urge el momento de presentarla, sin profundizarla, tal cual fué.

Hay varios recuerdos claros de aquella edad: el del día en que, jugando con todas sus hermanitas Eugenio María cayó sobre Eladia y la hincó un diente en la ceja derecha; fueron horas de fraternal cuidado y de honda tristeza para él las de aquella tarde. No menos triste y más sombría y profundamente lúgubre fué para él la tarde en que su hermana preferida, Engracia, obedeciendo a las violencias de su edad, arrojó por el balcón un falderillo bonitísimo que los niños se disputaban en sus juegos.

Memoria más dulce y más humana es la de un oscurecer en que, llevado a la playa oyó por primera vez el clamor estruendoso del mar y por primera vez vió de cerca aquellas amenazantes masas de agua que tantas veces y con predilección tan viva había contemplado a lo lejos desde el balcón de la quinta de su abuela. La

vista del mar y el estruendo del oleaje sobre la playa solitaria y silenciosa fué una impresión tan viva, tan solemne a la par que tan incitante, que nunca ha podido después, en plena mar, en playas distantes, en horas de nostalgia, en angustias secretas de su pensamiento o de su sensibilidad, ver aquel espectáculo, oír aquella tragedia del océano, sin volver mentalmente a la hora primera en que conoció severo y violento el mar que desde lejos le había parecido risueño y bonancible. Así su vida. Vió desde lejos un ideal esplendoroso y lo buscó. De cerca, estaba lleno de tempestades y de dolores, de oscuridades y de angustias.

Nunca tampoco olvidará la primera impresión que le produjo el sonido del órgano. Estaba con su maestra de lectura en una misa mayor a que por primera vez lo llevaban. Estaba tan inquieto como suelen los niños a quienes imponen la penitencia de arrodillarse y recordar lo que hacen sus mayores, cuando inopinadamente oyó tras de sí una gran voz que a ninguna voz humana se parecía, ronca y dulce a la par, medrosa y persuasiva. La oyó, volvió el rostro, encontró allá en lugar alto de la iglesia un gran aparato desde el cual partían sucesivamente sonidos graves y agudos, lentos y sencillos, rápidos y embrollados, y se estuvo quieto durante el resto de la misa. Se había por el órgano aficionado a ella, y cada domingo salía acompañando a sus padres y a sus hermanitas tan satisfecho de sí mismo como todos los que no observan a los otros. No había él observado a sus vecinas, las Quijano, que esperaban expresamente su paso por delante de la casa que ocupaban para tildarlo con ruidosas risotadas de "cabezón" y "barrigón". Parece que efectivamente su merced tenía más cabeza de la que conviene a cualquier hombre y más barriga de la que conviene a cualquier niño. Paseábalas él tan satisfecho de ellas, que nunca tomó por ofensa las burlas de

sus vecinas, odiadas con su odio pasajero por la noble madre, menos satisfecha que Eugenio María de las ovaciones que recibía él por sus dos excepcionales desarrollos fisiológicos.

A esas dominicales a la iglesia están unidos los recuerdos del primer castigo de la vanidad y de la primera emulación envidiosa. No eran muy manifiestos los deseos de su padre por hacer de Eugenio María un elegante, y no era tan abundante el guardarropa que estaba al servicio del chicuelo, que frecuentemente no tuviera él que avergonzarse de su traje deslustrado o de su calzado no muy íntegro. Por eso fué tan viva su alegría y estuvo tan alegre su vanidad en aquella hora anhelada de un domingo en que iba por primera vez a lucir en los pies los escarpines de charol con hebillas de plata. El anhelo de lucirlos le había hecho imaginarse que estabau bien en su pie unos zapatitos muy estrechos, y se los puso. Cuando los estaba luciendo en el atrio de la iglesia y en presencia de los niños amigos a quienes él se los había visto usar antes, los pies lastimados en su estrecha cárcel de charol se reconocieron inferiores a su vanidad, y ésta, menos poderosa y ya debilitada por el dolor físico, tuvo que darse por vencida.

Juventud

Plaza del Carmen 1 y 2 (Madrid), 23 de Sept. 1866, media noche.

¡Es tiempo todavía para ser hombre! Lo veremos. Recurramos a los veintisiete años al mismo remedio que me salvó a los diecinueve. Moderemos la imaginación dirigiendo cada noche o cada mañana una mirada atenta al fondo de este caos que va conmigo; ejercitemos otra vez la reflexión; moralicémonos. Los años corren, las es-

peranzas pasan; la fuerza primitiva desfallece. Rehámonos. Si la voluntad no renace, hombre al agua, inteligencia a las sombras, espíritu al vacío!

Del mismo modo que este breve trabajo de un momento ha calmado ya la neuralgia, debe calmar, quiero que calme dolores más intensos, la ordenada ocupación de lo que tengo de racional en lo que tengo de oscuro.

Si tengo constancia, este trabajo completará el de mi inteligencia y lograré ser hombre completo. Venceré a la apatía que está vencién dome y sumando fuerzas nuevas a las antiguas que el desuso ha ido inutilizando, llegaré a lo que busco.

Desde mañana (¡por qué no desde hoy!; la vela se va acabando y la voluntad no tiene pabilo); desde mañana, mirada retrospectiva; examen del presente, incursión al porvenir. Sea esto lo que en 1858, examen de conciencia para reerguir el sentimiento; monografía de mi inteligencia para fortalecerla, y estímulo de la voluntad para formarla.

Septiembre 24, 12 h. noche.

Porque la reflexión y la experiencia están diciéndome que el hábito es al alma lo que el movimiento al cuerpo, por eso me empeño en adquirir el de examinarme diariamente y por eso escribo hoy, pues ya estaba diciéndome la imaginación que no hay fruto en lo pequeño, y nada grande le doy para exaltarla.

Nada grande: leer sin atención, aunque con esfuerzo, resolver mi ida al campo, pensar en los efectos contrarios a los que me propongo que allí puedo encontrar; contener tres veces a la soñadora, compelerme a vencerla por medio de una lectura provechosa (*La Melancolía*, de Colin), despertar con este libro el recuerdo de ideas que había yo concebido sobre la materia que trata, ése ha sido mi día. ¡Puede satisfacerme? No, si lo com-

paro con mi ideal, sobra de los sueños del pasado, que ni aun la impotencia de mi apatía puede ahuyentar; sí, de compararlo con estos días vacíos de reflexión, llenos de deseos confusos, de vahidos cerebrales, de torpes excitaciones de la fantasía.

Cuando ésta predomina hasta el punto de causar espanto es principio de triunfo el combatirla: tal vez por eso me siento satisfecho. ¡Cuánto pudiera estarlo si, sometiéndola, y combatiéndola con las generosas aspiraciones de mi entendimiento y con las santas propensiones de mi voluntad, la convirtiera de fuego que me quemé, en luz que me alegrara! ¡Oh ideal, oh armonía de las tres potencias!

¡Será porque es irrealizable el ideal, será porque es imposible la armonía que busco, por lo que nada hago, nada pienso, nada siento; por lo que me muero de descontento de mí mismo y soy impotente para todo?

Un temor que me liga, fruto tal vez del desarreglo de mi espíritu, el temor de que sigan cansándose mis ojos, me impide analizar hoy, como deseo, lo que hay de permanente y utilizable en mí, y averiguar por deducción si hay desacuerdo entre mi ideal y mis fuerzas, si éstas son débiles para llegar a aquél; si estoy descaminado; si debo, desligándome de errores y prejuicios, volver a mi punto de partida. Pero pese al temor, y con la venia de la oftalmía que vislumbro, puedo decir honradamente lo que busco para poder mañana decirme lo que puedo hacer. Hasta 1863 quería gloria, y nació *La Peregrinación de Bayoán*. Aquella era la fábula de una volición latente, y la crisis que produjo empezó a elaborarse: quise patria, y como medio, aspiré a la política; submedio de este fin secundario fué el desenvolvimiento intelectual, y luchando contra mi inverosímil indolencia, intenté dar toda su fuerza a la razón. ¡Qué he conseguido? Trataré de averiguarlo.

Septiembre 25, 12 h. noche.

Casi todo mi pensamiento lo he dedicado a hacer realizables mis deseos de adquirir el diploma de abogado. ¿De cuándo acá ese deseo y por qué con tal constancia? Ese es el fondo de mi historia, y narrándome la pasada, al paso que el cumplimiento de lo que anoche me prometí, daré contestación satisfactoria a la pregunta que de común acuerdo me hacen el temor de no realizar lo que deseo y el incansable remordimiento que me hiere siempre que pienso en lo anormalmente que me he desarrollado, acaso no por otra razón, que por haber desdeñado el punto de apoyo que dan una carrera científica y la posición social que la acompaña.

La vocación literaria; el orgullo y la timidez que han formado mi carácter; la falta de emulación; mi rebeldía contra todo formalismo, fueron las causas determinantes del abandono intelectual en que he vivido. En silencio, a solas, sin consultas, sin consejos, sin orden, sin método he educado mi inteligencia, y acaso la hubiera hecho deslumbradora si hubiera seguido cultivándola en la sombra; pero metódica, regularmente, en academias, con profesores, libros, plan, horas y condiciones obligatorias, nada hice, nada supe, nada quise hacer, y a pesar de mí mismo, y luchando con mi amor propio, vencido por él, abandoné el camino más recto y más seguro. El descenso a la vida real; el abandono forzado del mundo de sueños que habitaba; mejor conocimiento de los hombres, de la vida y de mí mismo; la realización de mi ser; el cumplimiento de mis deberes de ciudadano, de hijo, me aconsejan la adquisición de un punto de apoyo, y eso es lo que busco. Por hoy, el derecho, las dilataciones de la conciencia social, que encierra en germen, son puntos de vista que columbro, no metas a que me dirijo. Si logro ser abogado y las decepciones políticas y las necesidades de familia me obligan a ejercer esa

profesión, ¿seré indiferente a la grandeza incitante que hace de ella un difícil ministerio o la convertiré en sacerdocio de mi vida? No lo sé; por hoy, confiésome que lo que busco es un arma. Sea lo que fuere, puesto que lo busco, no desmayo hasta encontrarlo. Yo no seré lo que puedo ser hasta que el hecho, el acto, la resolución y la determinación sean simultáneos y coincidentes: me es, pues, forzoso ser todo lo que quiero ser para ser hombre completo.

Septiembre 26, 12 h. noche.

Ahora, en el mismo momento de empezar a cumplir con la útil obligación de confesarme, ha llenado mi mente y lastimado mi corazón un pensamiento: Si yo hubiera desarrollado mi espíritu como he debido hacerlo, en vez de un examen de conciencia, me pondría a hacer una recapitulación de mi trabajo moral e intelectual del día, acaso el esbozo de un libro o el bosquejo de una idea. Me lo he dicho, y lo he sentido tan adentro que a punto de olvidar a la maestra experiencia desecharía desde ahora por inútil el trabajo, si más indócil de lo que soy a los ásperos consejos de la maestra de mi vida desoyera el que tantas veces me ha dado al verme desmayar: "trabajo es fuerza: la hormiga es más poderosa que la avispa". Trabajar es fortalecerse, vengo de experimentarlo. Aunque no tan convenientemente como puedo, como debo y como quiero, he ordenado mis días de tal modo que la inteligencia se ocupe en las primeras y en las horas de vigilia. Resultado inmediato, tranquilidad de espíritu, sosiego de la inquieta imaginación. Esta noche el efecto ha sido más vivo, y al dejar el libro que leía, me he sentido fuerte. ¡Ah, yo podría serlo!; hay dentro de mí lo necesario.

Y sin embargo, hoy mismo me he sorprendido y avergonzado de una debilidad intelectual. Y es cosa rara que incurra en ellas tanto más neciamente cuanto más necia es la causa personal externa. Un amigo, buen hombre, inteligencia pobre, voluntad de mimbre, me invitó a visitar un templo; acepté y entramos: la voz amiga del órgano pagó mi complacencia, y me senté en un escaño dispuesto a entregarme a los sanos desvaríos que aun no he logrado convertir en meditaciones. En el altar mayor brillaron cien antorchas, se levantó el velo del Sagrario, y se prosternó la concurrencia. Mi amigo se prosternó: yo seguí sentado, y no hubiera comprendido que procedía mal sin el escándalo que manifestó mi acompañante. Yo, para demostrarle la inocencia de aquel proceder escandaloso, le puse las manos sobre la cabeza y le dije: "Dios bendiga en Ud. a los que creen". Y esto que era para mí expresión tranquila de un deseo, fué para él reincidencia voluntaria en el escándalo, y lo dijo: yo, necio más necio que él, fuí entonces irrespetuoso e irreverente por reflexión, por asustar, por admirar al pobre diablo. Me castigó él muy justamente. Al salir del templo por justificar su laudable conducta, acriminó la mía, exactamente con los mismos argumentos que más de una vez me he presentado para hacer abstracción de mi indiferencia religiosa y respetar a los hombres respetando sus creencias.

Septiembre 28, 11½ h. noche.

A medida que se aproxima el día de mi proyectada partida al campo, vacilo. Hago bien. Voy a buscar en él lo que sólo en mí mismo debo hallar, y es justa la desconfianza. No hay soledad más favorable que la de nuestra voluntad cuando sabe perseverar en un deseo,

ni silencio más absoluto que el que hace en nosotros el lento germinar de las ideas. Por favorable, pues, que sea el resultado de mi reclusión en el campo y por risueñas que sean mis esperanzas, debo estar descontento del recurso a que apelo para obligarme a hacer lo que hace mucho tiempo debiera hacer sin ningún estímulo exterior. Pero, al fin, es un paso: amigo de lo mejor, nunca he sabido hacer lo bueno: aprendamos a hacerlo modesta y resignadamente, aspirando siempre a lo más difícil y acercándonos al ideal. Lo que voy a intentar es peligroso: en vez del estímulo que del aislamiento espero, puede sorprenderme el tedio, y entonces... Lo aceptaré como castigo de la debilidad en que incurro al solicitar medios indirectos para hacer una cosa que debiera serme habitual, y el tedio me servirá de aguijón: lucharemos.

Septiembre 29, 11¼ h. noche.

Vivos dolores en los ojos, a consecuencia de larga permanencia y de lecturas cerca de la luz del gas; temores de que la vista empiece a padecer; indagación de las causas primeras de estos efectos desagradables; tales son las sensaciones y las ideas con que me retiro. No estoy satisfecho de mi día: no he hecho otra cosa que luchar con el sueño que pertinazmente y por primera vez en mi vida me domina en esta estación. Sigo pensando en mi ida al campo. He arreglado mis horas. Me levantaré a las seis de la mañana: haré ejercicio corporal hasta las siete: desde esta hora hasta las diez, estudiaré derecho romano: dedicaré la hora siguiente a las necesidades de la vida orgánica: volveré al estudio, desde las once hasta las tres: me ocupará el derecho civil; satisfecho el estómago en la hora siguiente, volveré a pasear por el campo, hasta las seis; me retiraré y desde esa hora hasta la de acostarme, leeré historia: univer-

sal, de España, de Roma, del derecho romano, de la legislación española: escribiré dos palabras en mi *Diario*... ¡Qué enfermedad es la falta de voluntad! ¡Estoy temblando de miedo de no realizar mi propósito!

Y con sólo el auxilio de la voluntad, podría hacer tanto en un mes de silencio y de retiro! No sólo me prepararía para el estudio concienzudo del derecho, sino que prepararía dos trabajos literarios, cuya primera idea vaga por mi fantasía. Si a pesar de llevar cerrados los ojos no siguiera yo en mi desenvolvimiento, al ver que la causa ocasional del miedo que tengo al campo es la soledad, la misma que antes me llamaba a él, creería que he descendido mucho; pero no puede ser descenso el triunfo de la razón; ella ha triunfado al ponerme en comercio con los hombres, y si temo alejarme de ellos y temo la soledad, y me espanta el fastidio, es porque tal vez, y sin tal vez, la crisis psicológica que comenzó con mi vida de relación en 1864 aun no está terminada.

¡El estudio, el estudio! Esa es mi salvación, porque es el enfrenamiento de la fantasía; la perseverancia de la voluntad en un propósito; la tranquila lucidez del entendimiento. ¡Ah! ¡si yo logro aprender a estudiar! Cuando dirigida por la experiencia rehace mi memoria lo pasado ¡qué claramente descubro el origen de mis males! ¡No es posible, conociéndolos, curarlos? ¡Ah! voluntad, ¡dame tu impulso!

Septiembre 30, 11½ h. noche.

Anoche, a medida que se aproximaba el día de mi partida, la temía: hoy, cuando ya no puedo realizarla, estoy sintiéndolo: anoche temía que el alejamiento de Madrid fuera contrario al propósito que me alejaba; hoy temo que mis deseos sean irrealizables en Madrid: el campo parecía anoche a mi fantasía vacilante, oscuro, negro, triste, pavoroso, enemigo del reposo de alma

que buscaba: hoy el campo se ofrece a mi imaginación con tintas halagüeñas; con silencio persuasivo, con soledad favorable al estudio, a la meditación y a la serenidad. ¡Qué es esto? ¡Hasta cuándo seré niño? ¡Hasta cuándo seré esclavo? Yo tengo el deber de emanciparme de este tirano de mi vida interna que tan difícil me la ha hecho; tengo el deber de ser hombre, y ya es tiempo de ser hombre y de ser libre. Para serlo, todos los tiempos son buenos, todos los sitios propicios, cualesquiera circunstancias convenientes. ¡Me quedo en Madrid porque no debo salir de él? Pues desde mañana empezaré a hacer aquí lo que intentaba hacer en otra parte. Tendré fuerza para realizar desde mañana otras reformas de conducta: ¡Por qué me ha de faltar para leer pensando, y desarrollar mi espíritu estudiando? El mismo punzante presentimiento que me inquieta; el vago temor de que esa amistad que me había reanimado se extingue en el corazón amigo, es persuasión elocuente. Contra dolor de corazón, movimiento intelectual.

Octubre 1º, 1866, 11½ h. noche.

Confíesate tres veces por la noche; una, en el diario de tus sentimientos y tus actos; otra, en el resumen de tu trabajo intelectual; otra, en tu libro de cuentas.

DIARIO.—Vengo del Ateneo y mucho más tranquilo de lo que debiera. Después de mi lectura habitual, entré en la Sala azul. Mis amigos, los que, si yo supiera, lo serían verdaderos, extrañaron la visita. Las hacía frecuentes; varié de dictamen; dejé de hacerlas, y les maravilla mi presencia allí. El móvil secreto que de allí me alejó empezó a funcionar. ¡Qué móviles? La más absurda de las timideces. ¡Tiene alguna razón? Una sencilla: la desconfianza. ¡De los demás o de mí? De todos. En el Ateneo ha empezado esta crisis de carácter que ahora experimento: allí bajé de mi ideal y

me situé en el mundo; vi que estaba muy alto y muy bajo al mismo tiempo; que los más bajos allí eran más altos que yo; y los más altos eran pequeños a mi lado: me asombré del contrasentido y cuando me lo expliqué, caí, tal vez para levantarme de una vez, quizá para postrarme definitivamente. Me expliqué el contrasentido de este modo. Yo, solitario precoz, producto de mí mismo, inteligencia independiente; carácter libre; naturaleza anormal, entraba en el seno de una juventud de renacimiento, ingeniosa, chispeante, hija de un mismo molde, estatua de un mismo molde, fruto de un mismo árbol; juventud erudita, osada, vacilante, ecléctica, de juicios severos como el diablo-dios. El convencionalismo científico me anonadó y me confesé ignorante. El que más lo era de entre ellos me pareció coloso, y me sentí cohibido. Vi que los más altos, que los que más valían y más valen, tenían una experiencia de convención, comprada en libros, una moralidad convencional, una falta de originalidad que los igualaba a los más bajos, y me sentí gigante. Ellos, los titanes en ciencia y arte, eran liliputienses en carácter. Eran niños sabios, yo hombre a secas. Valía más que ellos, y sin embargo, me sentía dominado. Y sigo siéndolo, y hoy me aseguro con profundo descontento, que esa dominación a que me sujeto es producto de vicio, no de virtud; de flaqueza, no de humildad. Cuando, burlado por aquélla, si quiero expresar mi pensamiento, titubeo, divago, extravío la atención de los otros y la mía, y nada digo, con qué dolor vengo a encerrar mi impotencia!

RESUMEN.—12 de la noche. El consejo que tomé de punto de partida a esta división de trabajo que comienzo hoy, es uno de los movimientos intelectuales que he hecho en estos días.

Para prescribirme un plan de higiene moral e intelectual, pensé... más bien, *imaginé* unas cuantas máxi-



mas. Imaginé, no pensé, porque si hubiera pensado, hubiera habido más estrecha alianza entre estas chispas de mi pensamiento y el total que incubando sordamente las produjo. Hecha esta observación, estampemos la fundamental de que dimana. He observado que el abuso de la fantasía ha enfermado a mi entendimiento de tal modo, que ni para alimentarse ni para manifestarse tiene fuerza espontánea suficiente, si no se la presta la imaginación. Es decir, que pese a los metafísicos, y pese al indudable absurdo que hay en este triunfo de una sub-facultad sobre la facultad matriz, *pienso y entiendo* por medio de la imaginación. Este es un punto de luz que atraerá mi observación, tan pronto como, preparado por esfuerzos de reflexión, pueda darme cuenta de mi pasado y mi presente intelectual. Básteme hoy la observación preliminar. Mañana haré otra preparatoria de ese estudio, copiando, examinando, discutiendo y comparando el espíritu y la expresión del pensamiento que quise manifestar en mis "estímulos". He leído los diez y siete primeros párrafos de las *Recitaciones* de Heinecio. Como siempre, he encontrado una gran falta de atención. Esta falta, la de actividad enérgica y el exceso de imaginación ¿no son eslabones de una misma cadena? ¿no son aquellos defectos producto de este exceso? Tengo necesidad de plantear y resolver este problema.

CUENTAS.—¡Cuentas, cuentas! ¡Cuánto desarreglo, cuánto desorden vais a ponerme frente a frente!

Historia de mis gastos; conexiones de ellos con la situación de mi familia, con mi carácter: tal ha de ser el objeto de esta sección.

A las miras generales de perfeccionamiento que la han creado, deben acompañar los pormenores diarios.

¡Dichoso yo si llega un día en que pueda decirme: He empleado bien mi dinero! Hoy lo he empleado mal.

He aquí la cuenta:

Un frasco de cloroformo.....	Rs. 3
A la lavandera.....	7
En sellos.....	2
En el café.....	2
	<hr/>
	Rs. 14

Catorce reales para quien mensualmente no tiene más adventicia de veinticinco o treinta pesos, es un exceso: el frasco de cloroformo es representación de un intensísimo dolor de muelas. Sin los tres reales lo hubiera sufrido: teniéndolos ¿por qué no? La partida excesiva, la que por ser irracional me descontenta, es la del café. Café significa enervación, melancolía, abatimiento: ¿por qué voy a él, lo tomo, me disgusto y me privo de la satisfacción del ahorro? La eternidad de las noches invernales, la absoluta privación de todo placer, la necesidad de esquivar el aislamiento no bastan para disculpar el exceso.

Octubre 2, 12¼ h. noche.

ESTÍMULOS.—Estímulos es el nombre genérico que he dado a las máximas que voy a copiar. De la fuerza que tengan no es buen indicio el olvido en que las dejo caer; pero como precisamente para tenerlas siempre delante de los ojos exteriores las escribí, confío en que sus efectos serán más seguros que la enervante predicación secreta de la facultad de donde emanan.

Sé económico para ser digno.—Lo infinitamente pequeño es lo infinitamente grande.—Si aceptas el mundo, tienes obligación de ser hombre de mundo.—La madre de ese hombre es la voluntad.—La voluntad es *todo* el hombre social.—Si no tienes voluntad, no serás nada, aunque

tengas alma de Dios.—Elige entre tu voluntad y una pistola.—El suicidio es una debilidad; pero es un crimen el no ser hombre útil. Estos seis pensamientos son manifestación de esta idea: Tengo que ser hombre en el mundo y para ello necesito voluntad. Tres de ellos forman un silogismo perfecto, cuya consecuencia me dice terminantemente que la fuerza que busco es la voluntad. Las otras tres máximas son corolarios exactos. La quinta y la sexta expresan compendiosamente mi pensamiento, mis vacilaciones y mis congojas de muchas horas, de muchos días, de muchos años de lucha sorda.

Cumple con todos tus deberes y gozarás de todos tus derechos. Tu primer deber es ser hombre: no lo cumplas, y llevarás contigo tu muerte. Tu primer derecho es el de gozar de la armonía de tu ser con todo lo que existe. Perfeccionate, es decir, sométete al deber, y la *armonía* será. El octavo pensamiento es un estímulo efectivo que al paso que me demuestra (destruido) la habitual de mi pensamiento, me denuncia el vacío que separa mi realidad de mi ideal. La máxima novena manifiesta mi aspiración y mi convicción constantes: el hombre doblegando lo rígido, lo áspero, lo malo de sí mismo, elevándose, perfeccionándose, ése es mi objetivo. La muerte del sentimiento, de la acción, de la facultad intelectual, ése es el castigo que me impongo. La máxima novena es fórmula del porvenir que me auguro, con que sueño si llego al desenvolvimiento completo de mi espíritu. Que perfección no es otra cosa que cumplimiento del deber y que éste es la armonía, dice la máxima décima, fotografiando mi pensamiento que hace ya mucho tiempo que se ha detenido en ese imponente juicio de la vida humana. Al copiar estas máximas y hallarlas tan conformes con mis creencias, mis sentimientos y mis deseos, me pregunto confundido estas dos cosas: Primera:

¿Cómo es que quien tan altamente ha colocado su ser moral, camina tan despacio? Segunda: ¿No me equivoqué anoche al decir que estos pensamientos eran producto de un acto de imaginación cuando tan exactos reflectores son de mi alma toda?

Sé pequeño para ser grande; lento para ser rápido; diligente para serlo todo.—Sé ordenado para ser exacto; metódico para gozar del tiempo; económico para ser digno. Estos consejos atacan directamente muchos vicios de mi carácter. Si conocerse es perfeccionarse, no desmayemos, ¡yo puedo *ser!*—Confíesate tres veces por la noche: una en el diario de tus sentimientos y tus actos; otra, en el resumen de tu trabajo intelectual; otra, en tu libro de cuentas.—Vuelve a ser reservado. En la amonestación décimatercera, el hombre de dentro se prepara a salir. El precepto décimocuarto es una experiencia pesimista. Un espíritu reflexivo, por tanto concentrado, salió de sí, se desbordó, y el desbordamiento le hizo daño. Si logra recogerse, sabrá ser franco sin ser duro, sincero sin ser comunicativo.—Aprende a hablar, y habla a tiempo.—No pierdas ni un momento en conversaciones, ni con hombres frívolos. De león te convertirás en jumento. Es decir: la palabra oportuna es una potencia; pero no la prodigues porque perdería su fuerza, y de enérgico te harías débil.—Ama para ser amado. ¿Qué quiere decir esto? Que se está generando el sentimiento hace mucho tiempo; que está cohibido; que está enfermo; que pide una expansión; que ya se empieza a ver la necesidad de concedérsela. Esto, por un aspecto. Por otro, quiere decir que en la vida de relación, el medio eficaz de no enredarse en la madeja, es proceder con dulzura y con benevolencia.—Obedece al reloj, y nunca se anidará el tedio en tu corazón.—El tiempo es aire para el trabajo: para el ocio es plomo.—Aquí está el recuerdo aleccionando. Nadie ha sido más víctima del te-

dio por ser más indiferente al presente con que se ha hallado.—Ama la gloria por lo que tiene de estimulante; aborrecéla por lo que tiene de enervante.—El único buen juez es la conciencia; pero el mejor tribunal es el que forma ella con el mundo.—Es decir, pide primero la aprobación de tu vida al juez interno; pero no desdeñes al externo, porque ambos forman el tribunal de apelación. ¡Sigo yo estos consejos...! He suspirado.

Octubre 3, 11 h. noche.

DIARIO.—He tenido un momento de satisfacción: paseando por el Retiro, he experimentado aquel dulce bienestar que regala la contemplación del campo. He vuelto a sentir el prestigio de la naturaleza. No soñaba despierto, no divagaba, y el mundo de las plantas y el mundo de los astros de la noche me han encantado como siempre que no hay entre ellos y yo el obstáculo de una preocupación, de un desvarío. Soy lo que siempre, incapaz de una resolución definitiva. Había dejado de pensar en mi ida al campo, y he vuelto a pensar en ella, y estoy pensando.

He estudiado. Además de atención, me falta memoria. No obstante, el trabajo ha sido concienzudo.

CUENTAS.—He ido al café: he gastado:

Café	Rs. 12
A un ciego	2

Aquello fué una flaqueza; esto fué una protesta. Al ciego lo despedía de la acera pública, por falta de licencia para mendigar, un municipal.

Conservar las recetas de los médicos; tener presente el valor de las medicinas; comparar el valor de los dolores corporales que se curan con los morales incurables,

es un extraño estudio, cuyas bases echo desde hoy, anotando aquí el valor de los medicamentos que he tenido que deglutir para salvarme de una enfermedad molesta.

Hidroclorato de morfina	Rs. 6
Assa fétida	5
Aceite de palmera.....	6

¡Diez y siete reales, sin contar las visitas del médico y las cuentas galanas que estará gozosamente preparando la hostelera! Pues, señor; más economiza la salud. No, diablo, los catorce *cuartos* de excesos en el café fueron la causa de mi enfermedad.

Octubre 5, 9½ h. noche.

RESUMEN.—El estremecimiento de rápida alegría que al cerrar el libro, me ha producido la esperanza de hacerme agradable el estudio, es una de las agradables sensaciones del día.

También fué de esperanza la más grata que esta mañana experimenté. Habíame el médico consentido levantarme de la cama, y al aproximarse la hora me estremecía gratamente esperándola. Y a la verdad que si no lo explicara nuestra cobardía, no lograría explicarme cómo, cuando enfermamos, es tan vivo nuestro deseo de ponernos en activo contacto con la vida, estando ésta tan llena de quebrantos. Apenas dejé el lecho y salí a la calle, volvió a pesar sobre mí la nube de obligaciones que por todas partes me rodea, y el recuerdo de ellas, y la vuelta a pensar cómo cumplirlas, y las pequeñeces que me descontentan, y las leves flaquezas que me desaniman, me pusieron triste. Si del cólico me habían curado el hidroclorato, la assa fétida y el aceite de palmera, de la forzosa estrechez de espíritu de que adolezco no me cura nada.

Y a propósito de cólico, maravillame la extraña fortaleza de mi organismo, que hasta ahora no se había prostrado a los ataques de un mal que la naturaleza y mi negligencia hacían irrechazable.

Maravillame también la inútil debilidad que me ha aconsejado los vergonzosos lamentos en que he pasado dos noches, y maravillame por último la sequedad de corazón de estas gentes en cuyas manos y a cuyo alrededor nos pone la desgracia.

Dicen, yo debo creerlo, que la salud es un bien inapreciable. Y puesto que es un bien en parte independiente de nosotros, si lo gozamos es por bondad de otro ser, y este otro ser es el único que como da la muerte da la vida. De donde deduzco que hay un Dios al cual debo la salud, por lo cual debo humillarme y adorarle.

Octubre 7, 2 h. de la tarde.

DIARIO.—Voy a pasar mal un día que debí pasar trabajando alegremente; toda debilidad tiene en mí inmediato castigo, y el descontento de mí mismo que me abruma es la pena de la culpa. Sufrámosla con resignación: es merecida.

RESUMEN.—Cuando anoche al retirarme a casa, en vez de ponerme a pensar sobre el papel, depositando aquí el tesoro de ideas que traía, me puse a desvariar, llenando mi pensamiento de todos los horizontes y de todos los resplandores que se me presentaban, obrando torpemente, hice no obstante una cosa que era natural. Encerrado en mí mismo, sin expansiones, sin comunicaciones externas, el tenerlas es por sí un acontecimiento que llena todo el ser, y acaso no es malo abandonarse a la corriente impetuosa de afectos y pensamientos que entonces me inundan. Venía ahogado de ideas, y me desahogué.

CUENTAS.

Dos tazas de café	Rs.	3
Casa (Carmen 1 y 2) 8 ds.		104
Cartas		4
Convites		20

Octubre 8, media noche.

Me he cuidado. Esta es la sensación del día. Fluctuación entre el mal que se deja y el bien a que se aspira: lo malo conocido luchando contra lo desconocido, bueno o malo; la incertidumbre cegando la razón; la duda aguijoneando a la fantasía; la timidez de la voluntad obligando a claudicar al alma; lo de siempre, en lo grande como en lo pequeño; en esta mudanza, como en el viaje proyectado, como en el hecho, como en todo. Nada de descripciones de ese estado moral: es conocido: no describirlo, destruirlo es lo necesario, lo absoluta y totalmente necesario.

Al mudarme he creído obrar bien; pues basta. Mañana, en lugar distinto, encerrado en paredes diferentes, volveré a lo mismo ¡pues mejor! Así acabaré de convencerme de que la única casa de que no puedo mudarme es de mi cuerpo.

Octubre 9.

CUENTAS.

En el café.....	Rs.	2
Gastos de mudanza		12

Octubre 10.

CUENTAS.

Mes de Ateneo	Rs.	30
Café		2
Papel y plumas.....		6

Octubre 11, 1 de la noche.

DIARIO.—Uno de los signos de la melancolía-enfermedad es, según Colín, la frecuencia del remordimiento por acciones inocentes. Si esto es tan cierto como (antes que el observador me lo dijera) lo sabía yo por experiencia, mi enfermedad se agrava. Tres días hace que estoy arrepintiéndome de tres confidencias hechas voluntaria, reflexiva y melancólicamente a tres personas distintas. Lo más singular es que la comunicación ha sido de un secreto intelectual, cosa que por su esencia debía evitarme los repliegues de conciencia que debilitan en vez de fortalecer. Esto, una conversación amena y alguna ligera contrariedad son todas mis sensaciones de estos días.

Lunes, octubre 29.

CUENTAS.—Recibido: Rs. 400.

En la casa, $\frac{1}{2}$ mes.....	Rs. 300
A un mandadero	8
En el café	2
En cigarrillos	2
Por la receta	8

Octubre 31.

DIARIO.—Muy mal, muy mal: no puedo estar contento de mí mismo. Ni pienso, ni quiero, ni siento. Mis estudios se han reducido a leer libros inútiles; mis actos a no moverme, mis sentimientos al idiotismo de la insensibilidad.

Vuelve la imaginación a divagar, y para llenar el vacío que va conmigo, imagino lo que quisiera hacer y sueño despierto lo que pudiera y debiera realizar. Dentro de mí, nada; fuera de mí la indiferencia. En mi ca-

sa, dormir y perder el tiempo. En la sociedad huir de ella. Mi situación es terrible: sólo mi pasividad puede hacerla soportable.

Anoche experimenté un desasosiego elocuentísimo. Habíanse inaugurado las conferencias de los *Comisionados*, y yo que tan activa parte quiero tomar en los negocios de mi país, me encontraba absolutamente solo, ignorante de lo que pasaba, de lo que tanto me interesa, cuando todos los que más o menos meritoriamente son tenidos por defensores de nuestra idea, bullían, se agitaban, pensaban, discutían. Me pregunté la causa de aquella soledad aterradora, la razón de aquella impotencia del aislamiento, y me culpé. Por eficaz que haya sido sobre mí la acción funesta de las contrariedades, mi conciencia no está satisfecha: la fuerza de inercia me paraliza, me incapacita para todo. Acción, acción es lo que pide mi espíritu, y yo no se la doy. ¿Es por pereza? No conozco ese deleite de los organismos pasivos. Es por incertidumbre, es por vacilación, es por inconstancia; es por causas que dependen de mí y por causas que están fuera de mí. Es porque el tiempo que pudiera emplear en combatir con lo de fuera, lo pierdo (¡o lo gano!) en combatir conmigo mismo. Estoy mal, estoy mal. Loco o suicida.

Noviembre 3, 1866.

DIARIO.—Mal, mal, mal: no hago nada, queriendo hacer muchas cosas a la vez: pienso poco por pensar en mucho; siento que no siento. Estuve a ver a mi madre. Allí estaba la losa funeraria. Había gente alrededor, y apenas me detuve y casi no me atreví a mirar directamente a aquel santo sagrario de mi primera vida. En otro tiempo, a fuerza de no sentir, hubiera sentido: ahora, a fuerza de haber sentido, ya no siento. Parece que no siento, que tú sabes, santísimo recuerdo de mi santa

si vas conmigo y te alimentas de mi vida. Vuelve a sobrecogerme el pensamiento abrumador de mi falsa posición pecuniaria.

Noviembre 4, media noche.

DIARIO.—Yo necesito que mis días estén llenos de acción, y todos pasan sin que yo dé al mundo muestras de mí mismo. Todas las noches, al retirarme, me acosan pensamientos temerosos porque en vano me pregunto qué he hecho, qué pienso hacer. Muerto, muerto, muerto. Vida sin voluntad no es vida: vivir es querer y hacer. Fuerte dentro de mí mismo, infinitamente más que todos esos felices despreciables que culpan a su tiempo para no culparse, ni aun ese desahogo tengo. Muévase mis labios cuanto quieran y acojan con sonrisas complacientes de aprobación los sarcasmos que a la inerte juventud que me rodea inspiran la época y el país en que vivimos, cuando vengo a mi retiro, una voz silenciosa me dice quedamente en la conciencia: “¡No obras, no sientes, no piensas? Culpa es tuya”. Y lo es. Necesito trabajar, instar y reinstar, insistir y reinsistir para lograr trabajo: pues hacerlo. En vez de eso, paso el día avergonzándome de mí mismo, imaginando en la inercia medios que la inercia esteriliza.

¿Qué era lo que decía uno de aquellos *estímulos* que tan pomposamente me fabriqué para mi uso particular cuando, recién llegado de la lección del viaje, tenía fuerza interior para querer? Voy a verlo.

“Elige entre la voluntad y una pistola”, dice el estímulo quinto. Me conviene recordarlo diariamente.

Noviembre 5, media noche.

Había anoche resuelto ir a ver a algunos editores con objeto de persuadir a alguno para que me tomara una obra, y recibir por ella la cualquiera cosa que ne-

cesito para tranquilizar mi asustadiza dignidad, siempre temblando, por asediarla de continuo los azares de esta mi vida de milagros. Salí resuelto a todo: pero en el camino me venció el temor de las repulsas, y he perdido torpemente el día, y he venido de noche a renovar todas las zozobras de mi difícil situación. No puede ser peor. Social, moral e intelectualmente, es negra y tenebrosa. Para que me espante más, sigue acompañándola aquella funestamente célebre apatía que mi santa madre, con su ojo adivino, había descubierto en mí como el germen de mis males. O yo estoy muerto para todo o estoy en una crisis moral difícilísima: ¿qué me falta para salir de ella? Mi instinto, mis ansias secretas me lo dicen: acción. Así, con sólo hablarme dos palabras sobre los trabajos políticos que al parecer se hacen, se ha llenado mi cabeza, desbordado mi corazón y reanimado mi voluntad. ¡Acción, acción! ¡Salgamos a toda costa de la inercia!

Noviembre 15, 11¼ h. noche.

Yo no sé qué angustia vaga, hermana de la incertidumbre y el vacío, me ha aconsejado escribir para buscar consuelo. ¿A qué? Hasta eso ignoro: hay indudablemente una fuerza de inercia en mi interior tan poderosa, tan incombustible, tan inseparable que ni aun para dejarme ver la causa de mi infortunio me abandona. Tenía deseos de escribir: ya no los tengo.

Diciembre 6, 1866.

Son ya tan pocas las veces en que salgo de la atonía que me abrumba, que debo apelar a las ráfagas de vida que hay en mí como a testimonios de que soy y vivo. Por eso consigno como acontecimiento una expansión de carácter que en mis años de formación era frecuen-

tísima y vehemente. Esa expansión es la santa, la fuerte, la viril, la casi divina indignación. Algo, algo hay en mí que ha de sobrevivir a esta perpetua debilidad en que me desespero, cuando a ella, cuando al decaimiento, y a la inercia, y a la pasividad, y a la indiferencia se antepone esta fuerza de los fuertes, esta cólera sin rencor que indigna al ánimo y mueve infatigablemente contra las maldades y las pequeñeces a mi espíritu.

¡Qué ha sido ello? Nada: una pequeñez. Pero, espíritu ¡defiéndete contra lo pequeño que en ello germina lo más grande!

Ello es que G., injerto de filósofo en andaluz, estando con R., conmigo, y con dos de sus satélites, pidió una quisicosa en verso del pobre ujiercillo del Ateneo con la filosófica intención de reírse y de burlarse comentándola. Se expuso a mis ojos la intención, y como siempre, la golpeé en el rostro. G., es natural, se volvió contra mí, y me dijo austeramente que él se reía del arte, no del hombre. Y yo comprendiendo que eso era un sofisma, me retiré, arrastrando conmigo a R., obligándolo a acompañarme en mi cólera laudable.

Madrid, 3 de abril, 1867.

Hace ya cuatro días que deseo examinarme interiormente, y no he logrado la actividad material que necesitaba para seguir, observar y explicarme la sorda actividad que me devora: cojo ahora la pluma, y se me cue de las manos. ¡Y qué es lo que sucede? Una cosa pequeña, que alternativamente me exaspera, me avergüenza, me da sonrisas de piedad, lágrimas de desconsuelo y esperanzas perdidas, que creí abandonadas en mi período de sentimiento (1858 a 63).

¡Qué es? Lo que es: el hombre. El todo con la nada, la prepotencia y la impotencia, la infamia y la gloria, la pequeñez y la grandeza; el hombre. Y ¡qué hombre! Un héroe y un miserable, un fuerte y un débil, un carácter y una voluntad pasiva, una razón austera y una fantasía casquivana, un sentimiento-abismo y una insensibilidad de idiota. ¡Oh perfección! Tú no estás en el medio; tú no estás en la continencia de las pasiones; tú no estás en la benevolencia; tú no estás en la resignación; tú no estás en la esperanza inalterable del optimismo: si estuvieras ahí, serías mía; no estás, no estás y por eso no estoy en ninguna parte. Si hubiera escogido un extremo, estaría yo en mi fin: sería dios o diablo, pero sería una fuerza. O yo soy un chasco viviente, una absurda impotencia del espíritu, o soy el manantial de fuerza más difícil de agotar. Y nada, nada. Aquí, pegado a la nada como la nada misma... ¡Oh pobre mujer!, te doy las gracias: te debo unos cuantos días de vida activa. ¡Quién lo creería!

Acta de desafío

En la ciudad de Barcelona a la una de la mañana del trece de abril de mil ochocientos sesenta y ocho: Los infrascritos don Francisco Roqué y don Matías Ramos, diputados por el señor don Eugenio María de Hostos para fijar las condiciones de un desafío propuesto por éste y aceptado por el señor don Mariano Maspons, hacen constar:

Primero. Que en cumplimiento de su encargo se presentaron a las diez y media horas de la mañana del día doce en la habitación del señor don Eduardo Gibert y Riera sita en la calle del Conde del Asalto, número

cuarenta, piso segundo, persona designada por el señor Maspons para estipular y convenir las condiciones del combate.

Segundo. Que, dando a conocer el carácter que revestían al señor Gibert, y reconocidos por éste, concertaron un duelo a muerte entre los predichos señores Maspons y Hostos; que este duelo se realizaría a la mañana siguiente en el pueblo de San Esteban de Castellar y siendo el arma elegida la pistola de tiro acostumbrada en estos casos. El punto de reunión para trasladarse al pueblo de San Esteban quedó fijado en la estación del ferrocarril de Barcelona a Zaragoza.

Tercero: Que pareciéndoles irregular y desusado la asistencia de un solo testigo por parte del señor Maspons, rogaron al señor Gibert, y éste ofreció, se acompañase de otro caballero.

Cuarto. Que realizados ya los preparativos del duelo, supieron con extrañeza, se les citaba por los representantes de la parte contraria.

Quinto. Que decidieron deferir a esa citación, creyendo habría sobrevenido algún acontecimiento imprevisto.

Sexto. Que a las diez y media de aquella noche se constituyeron en la casa ya citada, en donde encontraron al antiguo representante del señor Maspons, señor Gibert, y al señor Mola y Argemí que les fué presentado por el señor Gibert como su acompañado para el duelo ya concertado.

Séptimo. Que su sorpresa fué extremada cuando el señor Mola pidió una revisión de todo lo sucedido hasta aquel instante, proclamando e insistiendo que la misión nuestra, más que la de llevar a nuestros representa-

dos al terreno de los hechos, era la de impedir la efusión de sangre y dejar bien parada la dignidad y la honra de aquéllos.

Octavo. Que no creyendo suficientes las razones del señor Mola, negaron siempre la revisión que éste pedía y protestaron de que la misión que les competía era la de testigos de un combate, y no la de terceros en discordia, ni amigables componedores.

Noveno. Que cediendo a las repetidas insinuaciones de los señores Gibert y Mola y siendo las dos y media de la mañana, aceptaron en principio la conciliación que aquellos proponían, confiando que la honra y dignidad de su representado quedaría tan pura y tan limpia como el sol de medio día.

Décimo. Que de común acuerdo se suspendieron los efectos del duelo concertado en la primera entrevista con el señor Gibert, a reserva de lo que resultase de la que iban a celebrar a las doce del día trece en casa del señor Mola, sita en la calle de la Tapinería, número diez y ocho.

Décimoprimero. Que reunidos el día trece y hora de las doce y media en casa del señor Mola, hubo protestas recíprocas de buscar una solución que dejara bien parada y al mismo nivel la honra y dignidad de nuestros representados: a este efecto se propusieron varias soluciones por los señores Gibert y Mola, que los que suscriben rechazaron, por no creerlas suficientes.

Décimosegundo. Que siendo hora adelantada de la tarde, se aplazó la discusión para las nueve y media de aquella misma noche, quedando designado para punto de reunión la propia casa del señor Mola.

Décimotercero. Que presentes todos y siendo las nueve y tres cuartos de la noche, hicieron notar los representantes del señor Hostos que no querían pasar de aquella sesión sin ultimar su cometido: Que, o se daba la reparación ofrecida al señor Hostos, o se realizaba el duelo concertado.

Décimocuarto. Que los representantes del señor Maspons, después de incidentes mil, declararon que en concepto de ellos, no existía ningún agravio para el señor Hostos, pero que estaban prontos a llevar a su representado al terreno de los hechos, levantando un acta por la que imputaban a los representantes del señor Hostos toda la responsabilidad de lo sucedido y de lo que suceder pudiese y exigiendo nuestra firma para esa declaración.

Décimoquinto. Que los infrascritos se asombraron de tal conducta y aceptaron el levantamiento del acta bajo las siguientes bases:

Los representantes del señor Maspons, harían bajo su firma las declaraciones que estimasen convenientes. Los del señor Hostos, otro tanto, y todos juntos consignarían las condiciones del combate y las autorizarían y firmarían mancomunadamente.

Décimosexto. Que esta proposición fué desechada por los señores Gibert y Mola, insistiendo nuevamente en su proposición citada en el apartado catorce.

Décimoséptimo. Que siendo las doce de la noche y creyendo evasivas las declaraciones de los señores Gibert y Mola, declinaron por ante ellos su encargo advirtiéndoles del levantamiento de esta acta.

En virtud de todo lo expuesto, los infrascritos, declaran solemnemente, que en toda la conducta observada por los representantes del señor Maspons, señores Gibert y Mola, no han visto sino una estudiada tendencia de eludir la responsabilidad en que había incurrido el

señor Maspons. Declaran asimismo, que los señores Gibert y Mola han desertado del compromiso contraído por el señor Maspons, y que el señor Hostos queda en libertad para obtener reparación del agravio recibido, del modo, medio y manera que más le cuadre. Y al efecto de que pueda usar de ella del modo que le conviniere, le libramos esta acta cuya veracidad y exactitud fiamos con nuestra palabra de caballeros, declarando estar dispuestos a sostenerla en todo tiempo, lugar y ocasión, y retando como cobarde y calumniador a todo el que negare la verdad de todo cuanto en ella queda consignado.

Mts. Ramos.

F. de P. Roqué.

Barcelona, mayo 10, 1868.

...Confieso que obedezco al sentimiento, mucho más, o más inmediatamente que a la razón. Esta aconseja con frecuencia el empleo del remedio que casi me salvó en otra época; pero aquél es quien, agobiándome, lo reclama con urgencia.

El día ha sido lógico. Produjo al terminarse la consecuencia exacta del principio con que dió comienzo.

Comenzó con una puerilidad y ha concluído con otra. Pero, vamos despacio. ¿Es puerilidad esta tenaz rebeldía de mi carácter contra todo olvido de las delicadezas de proceder? Y si me concedo que en esta tenacidad de rebeldía hay un fundamento venerable, hay una inextinguible delicadeza de sentimiento ¿puedo concederme que es bueno y es digno de mi experiencia la vivacidad de indignación que me produce, la perturbación con que altera mi pensamiento y descamina mi voluntad? ¿No es siempre éste el efecto que aquella causa produce en mí? ¿Es bueno en sí, es racional en sus consecuencias? Haciendo abstracción de las cualidades reconocidamente

buenas que hacen disculpables estos descuidos de delicadeza en las pasiones que esta mañana y esta noche han incurrido para conmigo en ellos ;no me dice la experiencia y no me explica la razón que la excesiva delicadeza en el sentir es una debilidad? Sirva esto de llamada para una meditación tranquila, y démonos un alerta. ¡Cuidado con T.! Eso va siendo grave. Se ha ido encarnando demasiado la esperanza de que ella pudiera llegar a ser para mí lo que el concurso de reticencias mentales de su familia y mi ansia de afecto me habían hecho creer posible y bueno. T. no tiene pensamiento ni sentimiento fijo. Además de ser muy joven, está muy abandonada. Vive porque vive y como la dejan vivir. Imposible que piense en mí ni sienta para mí. Volubilidades de adolescente, que a aquel sonríe a cuyo lado está, no deben ni por un momento alucinarme hasta el extremo a que me alucinan. Y vive Dios que me alucinan. Cuando me siento a su lado, y toca el piano, y sigue mis consejos, y blandamente sonríe a mis insinuaciones indirectas, me la figuro bajo el techo mío, y doy un suspiro al porvenir. Cuando, como esta mañana, la veo distrayéndose por otro y ante otro; cuando, como esta noche, la veo transfigurándose inopinadamente, y de una actitud contemplativa, pasa a un olvido completo de la contemplación que se iniciaba, sólo porque ha llegado la hora del paseo, me pongo triste; pero ¡qué triste me pongo! Tanto, que me hago injusto. Y pagan los otros, el paisano, por ejemplo, mi tristeza. ¡El paisano! Si yo logro, perdonándolo sin olvidar, salir del abismo a que me he arrastrado, tal vez sea fecunda esta funesta situación de hoy.

Mayo 11.

Concluyó ella la tarea que se había impuesto y en tanto que yo la examinaba dijo: “Es muy pesada esa labor: siempre se repite lo mismo”. “Así es la vida,

hija mía; siempre se repite lo mismo." Y estas palabras, que al contestarle yo, no tenían otro valor que el de la amarga ironía que emplea mi debilidad en las contrariedades pequeñas, adquieren en este instante un valor supremo, porque pienso, recordando el pasado, que así es la vida, que siempre se repite lo mismo, que estoy repitiendo mi novela de los diez y ocho años, que hoy como entonces, estoy enamorado sin amar, descontento de mí mismo sin resolución para ponerme a la altura de mi situación intelectual, luchando con alma, inteligencia, voluntad y corazón tan vanamente como luché en el período de formación moral que, con más complicaciones, se repite hoy. Si consulto al sentido común, él me responde, "remedio sencillo y en tu mano: puesto que lo que experimentas no es otra cosa más que la natural avidez de un corazón intacto, estimulada por las dificultades de tu situación, que están aconsejándote una resolución definitiva para fijar definitivamente tu existencia, sustráete de esas alucinaciones semisentimentales y semisensualistas". El consejo es obvio y el seguirlo es fácil, digo mal, sería fácil si en el fondo de esta situación intrincada no fuera fatalmente lo pequeño un obstáculo tan insuperable para una voluntad tan perezosa. Mi situación es ésta: soledad completa e inestabilidad absoluta. Los males ya añejos de aquélla los agrava ésta. Dada la estabilidad, con la del malestar, la de Madrid, el efecto natural es el que ya se había producido; convertir la soledad absoluta en estado natural: fuerte dentro de mí mismo, resistía con igual optimismo y pasividad igual los pocos golpes que recibía.

Mayo 13.

Los hombres son diablos que *han venido a menos*, que si han empobrecido, pobres-diablos. La mayor parte del daño que causan, lo causan inconscientemente. Oírlos hablar, observarlos en su vida diaria, seguirlos en el

perpetuo serpenteo de su conducta, puede y debe devolver la calma al espíritu agitado, y afirmar la benevolencia filosófica que es fruto de toda existencia consagrada al pensamiento.

De la lucha de la pasión ; cuántos bienes pueden derivarse y cuánta felicidad crearse! Pero hasta los que más altamente consideran la pasión, los mismos que ven en ella la explosión natural y necesaria de las manifestaciones del espíritu individual en combate con los obstáculos del accidente, razonan menos que sienten lo que más razonan, y al establecer en la realidad su pensamiento, a vivir como quieren y como deben, según el carácter peculiar de su naturaleza interna, olvidan que hay un resorte secreto, el arte de la vida, lo desdeñan, y tropiezan y caen como el más irreflexivo.

Cuando yo empecé a tomar posesión de mi vida, era un verdadero artista, y hubiera podido llegar a ser un gran vividor, un hombre de ideas y de sentimientos elevados que sabe, sin descender, elevar hasta sí, poner a su nivel y dominar las contingencias. Cuando hube tomado posesión de mi vida, desdeñé la forma por atender al fondo, y he llegado hasta el punto a que he llegado; ni el ser más inexperto vive más torpemente que yo.

Por eso, cuanto más me impacienten, menos deben maravillarme mis tropiezos. Nada importa que conozca el camino de la vida, si al caminarlo no lo observo. Mi situación interior, mis relaciones con M., mis conatos de amor, toda mi vida de relación puede cambiar si, reconstruyendo mi concepto de la vida completo el fondo con la apariencia.

Mayo 15.

Haga yo cuantos esfuerzos pueda, no lograré, como no he logrado, eliminar de los actos de mi entendimiento a la imaginación, factor esencial con el cual han compuesto la naturaleza y la educación mi fuerza intelectual.

Aunque, pues, desdeña hasta el punto de negarle el nombre, a la meditación fantásticosentimental que he consagrado en algunos momentos del día al arduo negocio que me preocupa, debo consignar que, aun cuando por medio de la fantasía y del sentimiento, he meditado. ¿Resultado de la meditación? Aminorar el valor del asunto. A ello ha contribuido, por una parte, la singularidad de relaciones que a M. ⁽¹⁾ y a mí nos ligan, y el afán de corazón con que me separé de él por ver a T.

Entre él y yo, toda deliberación se hace altercado, y él se impacienta y yo aumento la carga de indiferencia con que desde hace algún tiempo me acompaño. Simplificamos, y seguro el uno del otro (él de mí, sobre todo, que yo debo empezar a ser parco en confianza), nos confiamos rápidamente el secreto, la acción, el pensamiento graves, y nada más. Yo, desapruero, y me hago solidario: él se atreve a censurar... y queda quieto. No hemos hablado; pero yo he pensado que puede ser menos grave el negocio, y que tal vez las pocas palabras con que ayer recibí su confianza, han obrado en su voluntad con la eficacia suficiente para hacerle pensar, si la entidad del asunto es tal cual me la presentaba; para hacerle arrepentirse, si era una de las imprudencias a que lo incitan de continuo la poderosa voluntad que le ha dado su debilidad y el afán de movimiento que tienen su alma y su cuerpo, y su ambición de nombre. Todo esto es una síntesis.

¿Nombré a T.? ¡Es tan joven, es tan graciosa la juventud, estoy yo tan abrumado por mi soledad de corazón, me hacen tan débil mi desgracia y mis ideas, que es perdonable la fijeza de mi pensamiento en ella, cada vez menos digna de mi pensamiento! ¡Y el extremo a que ha llegado la siempre abusiva familiaridad!

(1) "M". Matías Ramos, puertorriqueño, compañero de Hostos en afanes editoriales y patrióticos. (N. de los Comp.).

Mayo 16.

He pasado la vista, mientras escogía el aspecto culminante de mi día, por la interrogación final de anoche y he sentido el estremecimiento de conciencia que sobrecoge cuando me sorprende en un acto de injusticia, o cuando me arrepiento de un juicio aconsejado por la pasión. Los abusos de familiaridad que anoche me indignaban ¿son efectivos? Indudablemente, pero son perdonables por ser hijos del afecto irreflexivo, y no es justo que haga yo de ellos un cargo en contra de los que me estiman. Pero ¿es sí o no, deber de dignidad el evitarlos? Yo necesito acostumbrar mi memoria al por menor. Juzgo mal porque juzgo demasiado bien. La memoria recoge el bien total y desdeña los malos incidentes. No es justicia la que es por extremo generosa.

Acaba de formularse en mi entendimiento una idea que había columbrado más de una vez cuando observaba la tibieza, el desinterés de mi pensar: esa idea recién formulada es ésta: *¿Se piensa de memoria?* Es decir, ¿hay un pensar involuntario, recuerdo siempre patente de un pensar anterior que funcionaba conforme con la ley fundamental del pensamiento? Es necesario que yo atienda a este problema que, además de salvar mi inteligencia, puede explicarme en este instante la incomprendible lentitud con que expreso yo la pasmosa actividad de mi pensamiento, y la inquietante disparidad en que están siempre, para mí, la idea y la palabra. En esta misma noche he tenido una prueba. Tratando de explicar la exuberancia de mi subjetivismo, me puse a hablar de aquello que me es más familiar; de los efectos que en el ser interior y en el social produce la habitual contemplación interna. A pesar de la benevolencia de mi auditorio, he visto en él lo que observaba en mí mismo; el

efecto que produce un pensamiento mal ligado, lanzado a borbotones, como el agua de la fuente que estoy oyendo.

Me hace mucha falta, para mi salud intelectual, una época de reposo, de ordenación de mis fuerzas morales.

Mayo 17.

Quería, debía hablar con M. y no lo he hecho. Aunque me toca una parte de culpa en este silencio, que puede tener funesta trascendencia, debo considerarlo bajo el aspecto racional y no por el prisma del sentimiento que tantas culpas y tantas responsabilidades no contraídas o contraídas medianamente echa sobre mí. Al hablarme él del asunto, empleó una reserva que hasta a mi ofrecimiento fraternal resistió. Ha guardado anoche un silencio tenaz, que pudo romper si hubiera querido deliberar conmigo. Invitado por mí a hablar hoy en mi casa, no ha venido. Durante la noche actual, sólo he logrado arrancarle dos palabras y la promesa de que vendrá mañana.

Al hombre que, sea el que fuere, siempre doto yo de la sinceridad que en mí predomina, le atribuyo una veracidad y una buena fe absolutas. Al hombre con quien, a mi pesar, suelo encontrarme detrás del hombre aparente, tengo el derecho de suponerle con todas las falacias, las segundas intenciones, las ideas interesadas y las flaquezas de carácter que burlan invariablemente mi experiencia.

Examinemos, pues, la causa del silencio incomprendible, suponiéndolo alternativamente hijo del hombre que yo deseo y del hombre que engaña a mi deseo.

El primero ha dicho la verdad completa, y es verdad lo que me ha dicho. Si calla extemporáneamente, puede ser o por abnegación o por desconfianza de mi carácter, o por ser tal su compromiso que tema perder la fuerza que hoy le da si lo expone a una deliberación jui-

ciosa. Abnegación habría en arrostrar las consecuencias de un acto voluntario condenado; pero como debe saber que para mi amistad no hay condenación que no logre un riesgo cualquiera revocar, consigue el fin contrario al que se propone, y suscita con la suya otra mayor abnegación en mí. La desconfianza de mi carácter, sólo justificada por la diferencia radical de apreciación que en ésta como en muchas cosas nos separa, desvanecida y destruída por las pruebas diarias que mi vida le da de la fortaleza, en lo fuerte, de mi carácter, explicaría cualquiera resolución independiente e inconsulta, pero no la confianza a medias, seguida de un silencio tardío. El estreno de su compromiso, alucinando su pundonor, ha podido hacerle rehuir toda discusión que lo disuadiera de él; pero no ha debido aconsejarle una reserva contraproducente.

El hombre falaz ha podido mentir, ya para esquivar hasta a mis propios ojos un compromiso grave, ya para incitarme por sorpresa a contraerlo, o por egoísmo de ambición.

Mayo 18.

El sueño, déspota de los que vivimos en el aislamiento y la monotonía, suspendió anoche la indagación que ha venido hoy a completar la doble conferencia con M. Esta mañana, en su casa; en la mía, esta tarde. Discutía, luego vacilaba. Y vacila. No sé si la proximidad del cumplimiento de compromisos serios o si la consideración de las responsabilidades que arrostra le ha hecho ver la ligereza de su proceder; pero sé que si el compromiso puede rehuirse, se rehuirá. Tenga o no tenga razón para ser cada vez más impaciente y más colérico, cada vez lo soy más. La impaciencia y la cólera, aún las más legítimas, tienen tres compañeras vergonzosas: la debilidad, la injusticia y la ineficacia. Piénselo yo, y

ojalá que por huir de los enemigos morales que más odio, me salve de esas dos perpetuas causas de desasosiego.

No des pretexto a que los demás piensen de ti lo que no eres, y no será inconsecuente mi conducta y no pasará del abatimiento a la explosión de una alegría insulsa.

Barcelona, mayo 20, 1868.

Voy a hacer una indagación, que no tendrá resultados inmediatos, pero que debo hacer. Lo olvido todo, por eso lo perdono todo, y por eso llevo mi benevolencia hasta el desdén y el desdén hasta la libertad.

En 1864 propuse en hora mala el negocio de *Bayoán* a M. Lo aceptó como negocio, y me entregó una parte de la cantidad convenida, dándome parte del resto cuando mi malhadada posición me obligó a reclamarla. El negocio era un buen negocio; yo recibía cien o doscientos pesos para dar la mitad del producto del libro, calculado en mil ochocientos pesos. Tomé, no obstante, como un favor recibido el asunto propuesto, y cuando me recogieron el libro, me declaré deudor de una cantidad que no debía, puesto que era representación de un negocio convenido. A instancias de M. escribí las *Memorias*, que valieron cuatro mil reales al Palao y nada a mí. Esto, al parecer, fué una ligadura para M., que hizo más íntimas sus relaciones. La ausencia, su enfermedad, mi desgracia, algunos servicios recibidos, aumentaron en mí la gratitud, y terminaron aquella unidad de sentimientos y de ideas que produjeron *La Nación* y mi viaje a Barcelona en 1866. El recibimiento, el trato de la familia, los veinte días de olvido, expansión y recuerdos de la patria, afirmaron más y más mi gratitud y mi amistad. Observación de pequeñeces, indelicadezas, abusos de mi posición, etc., todo lo pospuse al sentimiento; hice mal, pero lo hice. Llegaron *Las Antillas*. Trabajaba en

ellas contra mi voluntad, porque mi voluntad condenaba aquel gasto de fuerzas y dinero. Ha sido el año más terrible de mi vida, porque ha sido el año en que más me ha hecho padecer la falta de recursos. El lo sabía, y en tanto que podía otras cosas, no podía cumplir conmigo, con el amigo en desgracia, con el trabajador explotado, el compromiso contraído. Yo no he visto lo seco de esta conducta hasta que he venido aquí a ver cómo y con qué tranquilidad de espíritu juegan con la dignidad algunas gentes. Creo en conciencia que si esto, el nefando compromiso que se me ha hecho contraer, haciéndome venir de Madrid, las provocaciones para precipitarme, el olvido completo de mí mismo, la rebeldía contra mi manifiesta (opóngase quien se oponga) superioridad intelectual y de carácter, la osadía del despecho producido por mis amonestaciones, mis consejos, mis desdenes, mis indignaciones, mi fortaleza contra todo, el secreto para obrar por sí sin por eso dejar de buscarme cuando se me necesita, creo en conciencia, digo, que si esto es tan verdad como lo ve mi indignación, tengo el derecho y el deber de darme por desligado de todo vínculo que real, noble, desinteresada, elevadamente sólo ha existido por mi parte.

Scripta manent. ¡Ojalá permanezca como ellos la orientación honrada que no ha cesado ni un solo día, latente o patente, amortiguada o viva, desde el segundo día de mi llegada a ésta!

Mayo 20.

Hasta que yo no sea independiente, mi vida seguirá siendo lo que es, el cáliz más amargo. Yo no sé lo que es necesario hacer en este país para ser independiente; pero sé que, excepto del mal y de la infamia, de todos los medios me he valido para serlo. A pesar de la apatía en que la susceptibilidad de mi dignidad me petri-

fica, he dado todos los pasos, recorrido todos los caminos, para llegar al anhelado fin. No lo he conseguido ni espero conseguirlo; cuando hasta la amistad abusa de mí, no hay remedio, todos abusarán de mi desgracia. ¿Sucedería lo mismo en otro país? Creo que no y por eso anhelo fervientemente el momento en que pueda dirigirme a esa América continental, cuya juventud, cuyo exceso de vida son favorables a mi estado.

Para dar a mi vida alguna variedad, a mi estado una justificación, a mi espíritu un estímulo, intento mentalmente hacer lo mismo que condeno. No tengo, para hacerlo, más que un medio; acudir a M. Cuando yo no pensaba, me llamó; su objeto era obligarme, comprometerme, procurarse un auxiliar. Me expuso embozadamente el plan que acariciaba, y condené. Se despechó, ofendió, pero no desistió. Cuando, por medio de una sorpresa a la redacción, me provocó otra vez, otra vez me opuse y condené. Cuando por salvarlo del compromiso le ofrecí sustituirlo, se negó. He logrado distraerlo de la empresa que él y sólo él deseaba acometer y vuelve a callar. Volverá a necesitarme, y volverá a buscarme. Volveré a salvarlo y volverá a olvidar.

Mayo 25.

Jóvenes, con bastante corazón para sentir la ignominia de este estado político-social, no con bastante pensamiento para ahondar la sima en que yacen, no bastante generosos para protestar con valor inalterable, no bastante dignos para ser justos, esos muchachos que tantas veces han reconocido un hombre, un verdadero hombre en mí, huyen hoy de mí como huye el cobarde del fuerte que con sólo su fortaleza los acrimina. Los he hallado por casualidad, y han vuelto a darme el disgusto que tantas veces he experimentado en mi vida; el de ver que, o por falta de carácter en los

hombres que conozco o por sobra de carácter en mí, cuanto hago, cuanto pienso, cuanto siento, es inútil, es infecundo, es inadecuado a los fines de la vida de relación. Este convencimiento que por arraigado en mí, tantas fuerzas me ha quitado, y tantas ocasiones me arrebatado, es aterrador en estos instantes en que el espíritu público espera ansiosamente el advenimiento del nuevo orden que necesita y la presencia animadora de un ser fuerte.

¡Las buenas mujeres! Ni aun a ellas logro hacer sentir el fuego de bien y de regeneración que me devora. O sienten lo que yo no siento, lo que no quiero sentir, lo que temo hacer sentir, y se enajenan y divagan y se exaltan y deliran, como Amparo, o temen abandonarse como R. o permanecen insensibles como T. ¡Y S.!

¡La noble madre! ¡Ah! sentimiento, sentimiento, tú tienes también la locura, y a ella vas arrastrando a esa sensibilísima señora. ¡Qué cambio desde el momento en que ha visto sobre su hijo el peligro que tantas veces la ha espantado! Ni piensa, ni ve, ni siente otra cosa. Entregada por completo al dolor de sus presagios, de todo hace abstracción, y sus actos, sus palabras, sus miradas, todo se dirige a la preocupación dolorosa que la embarga.

Cuando M. me apretó la mano, la retuve en la mía, no sólo por afecto, sino porque así me condolía. Sus manos arden. La insidiosa enfermedad sigue su trabajo de zapa tenebroso. Esto sólo bastaría para hacer venerable la temeraria conducta de ese hombre.

Y yo, abnegación viviente, sentimiento hecho verbo, generosidad siempre dispuesta, reprobando lo que hace, condenando los medios de que se vale, alterno entre la admiración y el vituperio, entre la atención y el desdén, y veo sin temblar que me hago solidario de una responsabilidad que no he buscado y que detesto. ¡Oh, monte, acaba de parir tu ratoncillo!

Mayo 26.

No más *Universo*, pues aunque es probable que M. no ceda, que dentro de la trama que dentro de su irreflexión le ha urdido, no pueda ceder, yo no debo exponerme a un peligro de dignidad como el que impensadamente corrí esta mañana. ¿Qué sucedió? Lo ignoro; pero presumo que sucedería lo necesario. Para jugar con el crédito se necesita más cautela de la que él emplea.

Sigue su madre exhalando su dolor y sigue él impasible en su sistema.

Mayo 27.

Todo mi pensamiento ha estado concentrado hoy en esta idea: Es horrenda la vida sin objeto.

He paseado por la noche, y he meditado.

Mayo 29.

Hacer tiempo, era una costumbre española conocida. Hacer espacio es una invención mía, debida a la monotonía de mi vida. Cada vez más aislado, porque cada vez conozco mejor las desventajas de mi posición y la infecundidad de los sacrificios que la torpe gratitud y la impotencia irreflexiva me han impuesto, las dos veces que salgo de casa cada día son ensayos de mi invento. Corto el espacio para mi rápido paso y para mi tiempo largo, ando y ando y más ando. Así consigo, por la mañana, emplear dos o tres horas; las que creo necesarias para que estos espías domésticos no comprendan por el cambio de hábito la agravación de mi soledad, mi abandono y mis disgustos; así consigo, por la noche, llenar las dos horas que necesito para no ir a soportar las majaderías que la vida de relación impone entre estas gentes.

Ayer vino M. Con la mayor tranquilidad me dijo:
—No hay posibilidad de hacer lo que Ud. quiere: trabaje Ud. de balde para los periódicos. En cuanto a la proposición, tampoco.

Es tan delicado y tan sensible que después de haber expuesto mi dignidad y violado los deberes de la amistad sacrificando de todos modos al amigo, se ha arrepentido al saber, por conducto de su mujer, que me *precipitaba*. ¡Imbécil!... Esta amistad se va. Vaya en buena hora. Tercera prueba, y lección tercera. En uso de mi derecho, y como protesta, le exigí los medios necesarios para salir de aquí. Si vienen, iré a París. La primera ocasión que se me presente para ir a América, la aprovecharé. Si estos medios no llegan ¿qué he de hacer? Esperar y morir roído por dentro.

.....

París, Bd. St. Germain 42, agosto 5, 1868, mediodía.

Hace un buen día para meditar; llueve y es buena hora para recapacitar; la hora de las grandes decisiones.

Ayer releí los diarios de Barcelona, y me he convencido de que, aun incompletos, completan mi vida; aun incoloros, pintan las diversas situaciones de mi ánimo. Fríos como me parecen al acabar de representar con ellos un momento de agitación, los encuentros calorosos y vibrantes cuando, como ayer, la casualidad o la necesidad los pone ante mi vista. Pesaba las palabras al escribirlos, y no sé cuál de las dos pesa más: ¿casualidad o necesidad? Si fué acto casual el que ayer puso en mi mano los diarios de mayo y junio ¿no es el acto hijo secreto de una necesidad? ¿no necesito yo ponerme en íntima, en racional relación conmigo mismo? ¿no debo, hoy como siempre, hoy más que nunca, averiguar el origen, compulsar los medios, prefijar los fines de mis determinaciones? ¿no tengo obligación de conocer hasta

qué punto obedezco a la razón, hasta cuál al sentimiento, en qué estado estoy de razón, en cuál de sentimiento, cuánto falta de la una, cuánto exceso hay del otro en mis acciones?

Para probarme con evidencia que ni en mis juicios ni en mis actos hay aquella serenidad que acompaña a toda exteriorización de la razón, voy a unir con el de hoy el pensamiento del diez y nueve de junio, último diario de Barcelona, y a preguntarme: “¿Prescindo como diariamente me aconsejo, como enérgicamente me lo impone un deber de dignidad nerviosa, de todo auxilio extraño?” Aun cuando yo nunca pido auxilio sino para ponerme en condiciones de trabajo, si llego a desconfiar de los demás ¿por qué los solicito? Y si los solicito es porque no dudo absolutamente de ellos, en cuyo caso obedezco a la pasión cuando los condeno: y si los condeno por pasión, soy injusto. Tanto, que dudaba de la eficacia del medio a que apelé en Barcelona para salir de aquel funesto estado, y sin embargo, el medio fué eficaz, y el medio fué un hombre tan desvalido como yo; y el hombre que me hizo el servicio inapreciable, un desconocido. La misma gravedad de mi situación, mis trabajos anteriores y mi nombre, el vínculo de la patria común, todo ha contribuído, lo sé, para hacerme fácil una empresa que me parecía insuperable: pero si en todas pusiera yo directamente la misma energía que E. Garnier ha desarrollado en ésta por servirme, la misma vivacidad que por servirme ha puesto en ella A. Tapia, la misma espontaneidad de G. Cabrera ¿no haría yo todas las cosas con la misma facilidad? Si hoy mismo, en vez de temer hablar con editores y libreros, les hablara, o para hablarles moviera a mis amigos, ¿no conseguiría algo, no evitaría al menos el haberme arrojado de cabeza en esa resolución de viaje al Perú? Nada importa que yo piense hace ya muchos

años ese viaje, que como etapa para él viniera aquí, que me lo aconsejen la imaginación, el corazón y la razón práctica; nada importa que, hecho con conocimiento de lo que debo hacer, salve mi porvenir personal, y me prepare para el de mi país; nada importa que, comparadas las ventajas posibles que busco y las probables que dejo, me parezcan aquéllas preferibles: lo que importa es que yo haga las cosas cuando debo hacerlas, meditadas tranquilamente sin precipitar por mi miedo de dignidad mi porvenir, sin tratar de moverme a distancia inmensa por no moverme a cortísima distancia. Es decir, y veámoslo con claridad, que el viaje al Perú es, si se realiza, producto temprano de una lucha insuficiente: he luchado con el pan cotidiano, demasiado ásperamente para que no me duela recomenzar en París la lucha de Madrid y Barcelona: pero ¿no tengo yo fuerzas para seguir luchando? Si las tengo ¿por qué no las empleo antes de rendirme? Me horroriza la idea de tener aquí, como en España tuve, déspotas de mi dignidad que para siempre la han lastimado y para siempre enseñádola a esconderse. Cuando más severamente examine mi pereza, mi apatía y mi miedo de esa lucha, más enérgicamente me convenzo de la causa original de esas debilidades; y la causa es tan hermosa, es tan alta, es tan delicada, que hoy, al ver como ayer, como siempre, que la dignidad y sólo la dignidad es quien me da miedo y me hace apático y me hace perezoso, me perdono. Perdonar es olvidar, y no es para olvidar, sino para recordar, para lo que yo busco consejos de mi razón. Sea tan respetable como quiera el móvil de mi conducta vacilante, no es ésta la que debe manifestar el pensamiento interno, la vida moral de un hombre, consagrado como yo, a ser hombre. Averigüemos, pues, si es dignidad (fuerza) esa debilidad que no resiste a la grosería de un librero, al mercantilismo de un editor, a las reservas de Pi, a la sordera de Castelar, y averigüemos si ha pade-

cido ya bastante esa dignidad asustadiza. Asústeme con razón el recuerdo de Madrid, y espánteme con justicia el de Barcelona, nada hay que pueda asustarme ni espantarme aquí. ¿Qué he hecho? Sondear a Pi, que no tiene fondo; a Castelar, que no tiene más que superficie, y temblar ante el rápido porvenir de escasez que tengo encima, y aceptar, para huir de ese porvenir, la proposición interesada, fría, de segunda intención, que me ha hecho Emilio. ¿Beneficios de esa proposición? El inmediato, sacarme de Europa, librarme de la lucha con el hambre vergonzante, y llevarme de paso a Puerto Rico, y concederme un mes de olvido y de esperanzas, y situarme en mi teatro, en esa América, a cuyo porvenir he consagrado el mío. ¿Después? Después, otra lucha, y quién sabe de qué género, pues para huir de esto, busco aquello aún sin garantía: pero antes, antes de partir, están las dudas. He consolidado con mi viaje toda mi obra política de tres años y puedo dar por seguro el principio del porvenir de mi país, si triunfante la libertad en España, contribuyo personalmente a que triunfe. Todo me invita a prestar mi esfuerzo, y todo me anuncia que sería fructífero: pero tarda, puede tardar indefinidamente el principio de ese fin tan esperado, y yo he gastado ya mi último luis, y Durán vuelve a engañarme, y el de Canarias no envía la demanda de correspondencia, y M. llora a su hijo, y yo no conozco aquí a nadie. Bien: claro es que con medios para esperar, no elegiría yo este momento crítico para emprender el viaje: pero, suponiendo que pueda y llegue a emprenderlo, y suponiendo que con él coincida el triunfo de esa revolución a que en parte he contribuido ¿debo quejarme de mí mismo, habrá sido debilidad en mí el no esperar; aún a riesgo de hambre, aún a peligro de dignidad? Temo que sí, y me aseguro que no. Esa es la fórmula del momento gravísimo en que estoy: Temo que sí y me aseguro que no.

París, 6 de agosto, 11½ mañana.

De tal modo me absorbe el pensamiento de mi situación y de mi viaje, que en dondequiera que, distraído de mí mismo y observando el exterior, me sorprende la idea de ese porvenir a cuya puerta llego, me olvido de lo que me rodea y me recojo en mí, ciego para lo extraño y abro los ojos para mi interior, me muerdo los labios y me comprimo el pecho.

Imaginando el éxito más feliz a este momento angustioso, nunca podrá satisfacerme el haber abandonado el fin que me proponía al venir a Europa. Dejo aquí el porvenir de mi país, el que creía yo posible, el que mi esfuerzo y mi posición política podrían hacer posible; dejo aquí el porvenir de mi nombre, de ese nombre tan atléticamente conquistado: retrocedo ante el obstáculo, esquivo la dificultad, embozo mi miedo en la capa de mi dignidad. Juzgue quien venga detrás.

Vine a Europa para conquistar un renombre literario. Las virtudes y los vicios de mi carácter le impidieron brotar tan poderosamente como yo necesitaba. Mediante el renombre, quería yo independencia personal, trabajo suficiente para asegurarla, y posición política para servir a mi país. Ni posición, ni trabajo, ni independencia.

En vez de independiente, durante cinco años he sido un miserable esclavo del dinero. Me ha faltado para todo, hasta para ejercer los derechos de mi dignidad. No habrá paraíso en el mundo de Dios ni hay tesoros en el mundo de los hombres que recompensen los suplicios de mi dignidad durante esa época maldita.

En vez de trabajo suficiente, el trabajo vacío de la esperanza, o el trabajo sin fruto de los explotadores de literatura.

En vez de posición política, la posición insegura del bastante imparcial para no ser esclavo de ideas falsas y del bastante desdeñoso para destruirlo en silencio de la ineptitud y la injusticia.

En vez, finalmente, del hombre apto para servir poderosamente a su país, un político que, temido por su carácter y lisonjeado por su inteligencia, tendría que conquistar a mano armada el triunfo de sus ideas.

Desconfianza de España, políticamente, para hoy, para mañana y para siempre: desconfianza de sus políticos, muñecos movidos por pasión, no por ideas, perpetuos espejos de sí mismos que allí ven el bien general donde vislumbran el suyo, que de todo dudan si el porvenir de su interés se hace dudoso. Desconfianza de esos hombres que sufriendo en su patria la ignominia o maldiciéndola en la emigración, sólo tienen improprios para el país donde nacieron. Desconfianza de la revolución, porque no será una renovación. Desconfianza segura, perspicaz, circunspecta, tanto más firme cuanto más razonada, éste es el resumen de mi juicio sobre las cosas de ese país al cual he sacrificado mi juventud, en el cual he devorado infecundamente media alma.

Aun siendo tan optimista como soy; aun siendo tan indulgente como hace el optimismo: aun siendo tan olvidadizo como hace la indulgencia, nunca podré, nunca deberé olvidar los cinco años de tormento, el suplicio de mi dignidad, la muerte de mi espíritu.

¿Qué he de hacer? Lo que hace el vividor embustero: transigir con los medios por llegar al fin. Tan dispuesto estoy, tan deber de mi conciencia lo creo, que acepto las desventajas en cambio de la ventaja columbrada. Pero surge otra vez el precipicio: ni trabajo, ni independencia para escribir. Todo, tal vez, depende de un mes, de dos, de quince días. Sí, pero yo no tengo tra-

bajo con qué esperar, no tengo independencia para tener paciencia. Se me presenta la ocasión ofrecida por Castelar, y acepto. Se trata de saber qué vale más: si el porvenir personal que estoy resuelto a conquistar en América, para prepararme con dignidad e independencia a trabajar en pro de mi país, o el porvenir que abandono.

En España se me abren dos caminos: el del periodismo político con todas sus secuelas, y el del funcionarismo. ¡Efectos? Alguna seguridad pecuniaria, y la perspectiva de una alta posición. Dos peligros: el de enmohecer las facultades más activas de mi espíritu, haciéndome indiferente al bien de mi país, y el de tener un día, tal vez pronto, que romper con todo para volar a servir activamente a mi país.

En América, enfrente del peligro de mi pasividad, que puede incapacitarme para emprender cualquier trabajo que no sea el intelectual, hay el estimulante de un trabajo seguro al llegar, de un renombre probable al poco tiempo, de influencia posible en el gobierno, de propaganda fecunda en favor de las Antillas, de una variedad de funciones y trabajos que niega la tradición monárquico-aristocrática de España.

Esto no basta. Sólo es buen paso el que se da después de examinar el terreno que se pisa.

París, agosto 7, 1¼ del día.

Desde ayer sé que ha empezado en España el movimiento, y desde ayer no ceso de pensar en el riesgo de mi porvenir político si se realiza el triunfo de la revolución estando yo lejos de España. Pero desde el lunes estoy citado para esta tarde con Castelar, y como de esta cita depende el que yo conozca la probabilidad de mi viaje a América, no he cesado de temer que en ese viaje encuentre obstáculos.

Cualesquiera que sean las recónditas confianzas con que me abandone al porvenir; por exactamente que en mi peregrinación a América reproduzca mis esperanzas de hoy y las de siempre, es angustiosa la posición del que tiene que abandonar su obra al aproximarse al principio del fin. Es dolorosísima toda renovación de esfuerzos para todo recomienzo.

Ausente yo, ha estado aquí L. y ha dejado escritas unas cuantas palabras que han hecho aún más intensos mis deseos contrarios, aún más incierta la posición ya incierta. Dice que B. ⁽¹⁾ le ha escrito y que tiene el manifiesto de Segundo ⁽²⁾. Este es un recuerdo de la solidaridad de mi vida con la revolución de mi país, y me ha parecido que puesto que S., aun después de muerto, habla a sus contemporáneos de su idea, y puesto que B., aun desterrado, seguirá pensando en su mismo pensamiento, yo no debo distraerme del mío, y dirigirme allí donde más pronto empiece a realizarlo. ¿Dónde? Y reaparece la formidable alternativa. Si parto, fruto en el suelo el de mis cinco años de dolores. Si me quedo, la incertidumbre del éxito. Y como el partir es pensamiento y deseo y sentimiento, para pensarlo y desearlo y sentirlo con más tenacidad, me he pintado el cuadro de mi paso por la madre-Isla, y he caído en el éxtasis de la felicidad soñada; he imaginado que, aun triunfando la revolución aquí, si coincidía con mi llegada, podría tener resultados inmensos para Puerto Rico.

En tanto que ligado a esta trama del deseo, recorro el laberinto de mi situación he empezado a leer a Vico. El hombre me ha cautivado porque siempre me cautiva la desgracia y la exposición del pensamiento de su vida intelectual me interesa. Refiriéndolo todo a mí mismo, he referido a mi situación social, moral e intelectual la

(1) Betances.

(2) Segundo Ruiz Belvis.

de aquel soberano pensador, y creo que a disponer de recursos para empezar a acostumbrarme a la miseria, buscaría el triunfo de la inteligencia por el camino de la privación indefinida. El pedazo de tierra a que he querido consagrar toda mi vida, me recuerda que él, en mi deseo, en mi corazón y en mi imaginación, está por delante y por encima de mí. De modo que, ni aun conversando atentamente con el mártir intelectual del siglo xvi, puedo perder de vista al pobre diablo de quien soy compañero y enemigo, víctima y verdugo.

París 8, 2½ de la tarde.

No estaba en su casa Castelar. Casualidad o designio, ya dos veces en dos momentos que tenía por decisivos, falta. Un hombre como él no puede inspirar confianza, y cuando recuerdo las limitaciones que puse a su proposición y refiero nuestra amistad de hoy a nuestras relaciones de Madrid, a mis ataques francos y a sus defensas esquivas, tiembla la esperanza que he puesto en el arbitrio de ese hombre en embrión. Ya es demasiado tener que transigir con la soberbia pueril de ese feliz difamador de su país; ya es demasiado tener que recibir como servicio lo que, ni más ni menos, será, al cabo, cumplimiento de una obligación que él ha aceptado; ya es demasiado poner el porvenir de un hombre en manos de un hombre semejante.

Este enojo es reflexivo, un como presentimiento del que forzosamente ha de separarnos si, permaneciendo yo en España, tengo un día no lejano que resumir, por mí y por los otros el no carácter de ese espíritu incompleto. Si con el enojo manifestado quisiera expresar el sentimiento que ayer experimenté al ver no cumplido el compromiso, me traduciría mal. Lo que sentí, fué la congoja que me ahoga siempre que directa o indirecta-

mente se me nubla el porvenir. Esta congoja es hija de la singular pusilanimidad de mi espíritu, osado, resuelto, decisivo cuando está en acción, tímido, asustadizo, mujeril, castelariano cuando va de la pasión al movimiento. Profundamente ha inducido la lengua francesa cuando ha confundido en una misma palabra a los dos conceptos de pereza y cobardía. Nada hay más cobarde que la pereza, y el cobarde no es más que un perezoso inconsciente. Si yo no tuviera la fuerza de dignidad que siempre me ha salvado de todas las cobardías, tendría miedo de mí mismo, pues el mal de que padezco es grave: miedo de dignidad, que de todo tiembla y se ampara en la inmovilidad. Anoche, después del estremecimiento que a pesar de su carta de disculpa me causó Castelar con su importuna ausencia, tuve un encuentro que heló mis esperanzas. Limardo me las desahució, haciéndome un cuadro pavoroso de la vida del escritor en sus relaciones con el editor de París. He pasado mal la noche, y aun no estoy repuesto, a pesar de los recuerdos de los alrededores del Bosque, a pesar de la lectura concienzuda de Vico.

París, 9 de agosto.

Otro día definitivo, y el centésimo de mi vida, y el tercero desde que estoy en París. Esta tarde iré a Passy para por tercera vez tratar de saber qué será de mí. Donosa fuerza moral la del que así entrega su porvenir a mano extraña.

Que si es claro, como odioso, que el porvenir del hombre no depende en absoluto de él, pues, como todo, el individuo es eslabón de una cadena, también es cierto, también es odioso que me apresuro a desembarazarme de mí mismo y a entregarme a quienquiera se me ofrezca. Iré a Passy. Es más que probable que C. me espere: ¡es probable que salga de la entrevista con la

solución del problema? Y ¡qué interesante, qué necesario, qué urgente es hoy! Esa carta de Betances que, al mismo tiempo que ha aumentado a mis ojos la importancia de los trabajos preparatorios, me ha sugerido una idea atrevida que podría a un mismo tiempo legitimar, glorificar mi viaje y simplificar la cuestión de las Antillas; esa carta me ha dado una violenta sacudida. ¡Ah! ¡si pudiera realizar el viaje y realizar en el viaje el pensamiento sugerido por el estímulo patriótico!

. (1)

París, agosto 14, 1868, 3 de la tarde.

Me levanto como me acuesto, paseo como estudio, duermo como vivo; intranquila, tristemente. Al levantarme, si al través de la vidriera veo a la mujer de quien soy deudor, salgo de casa mortificado por el pensamiento de esos diez o veinte francos. Al comer o almorzar, el pensamiento de la proximidad del mes vencido me abruma; cuando leo y estudio, si me sorprende el sentimiento de mi situación, olvido por él el pensamiento que me embarga entonces: al pasear por las tardes, me acompaña inseparablemente el miedo a esta vida de angustia, y o caigo en una postración de espíritu que me presenta oscuro, odioso y formidable el porvenir, o me entrego a los funestos desvaríos que tanto han debilitado mi fuerza de razón y tan lastimosamente han desencadenado a la imaginación. M. salió del paso. Que quede yo en el atolladero ¡qué le importa? Hay cierta alegría orgánica, animal, irresistible, que nos da testimonio de nosotros mismos cuando vemos a otros en un peligro, material, moral o social; que nos hace comparar involuntariamente nuestro bien con el mal que otro padece; la risa convulsiva de esa alegría instintiva era la que

(1) La línea de puntos indica páginas perdidas, las del 10 al 14 de agosto, inclusivas. (N. de los Comp.).

él contenía cuando después de darme cuenta de su inútil diligencia, suscitada por mí, surgió la conversación de sus luchas.

No ha luchado. Habrá tenido hambre, habrá dejado de comer; pero no ha luchado.

París, 17 de agosto, 3 de la tarde.

No hay nada que exprese las angustias que padezco. Ha venido a aumentarlas esa agna tenaz que, además de tumbar mis medios de acción, me entristece, profunda, verdaderamente.

París, agosto 18, 3 de la tarde.

Ahora, al entrar en casa, he hallado en la escalera a la arregladora de cuartos que me interrogó en silencio: yo le dije que llovía y la pobre mujer tuvo que sonreírse, y como yo forzaba palabras para disimular la honda vergüenza de mi situación, forzaba ella ademanes respetuosos. Esta mañana me despertó la campanilla: abrí y me encontré frente a frente con la lavandera: entrar en el día con una mentira será un pecado, es un bochorno que no lava ninguna indulgencia, ninguna gracia. Abatido por una tristeza, acaso la más honda de mi vida, que ora atribuyo a mi posición, ora a presentimientos, ya al tiempo lluvioso, ya a los recuerdos de mi casi segunda familia de Barcelona; acosado por las necesidades apremiantes; alternando en mi corazón la esperanza del porvenir que me ofrecen las promesas de los hombres y las de mi propia vida, con la desesperación en que caigo necesariamente cuando contemplo mi soledad, mi ninguna suerte en el trato de los hombres y los defectos de carácter que me incapacitan para este género de lucha oscura, lucha de dignidad contra indiferencia o egoísmo, viendo a un mismo tiempo las ventajas y las desventajas de todos los caminos que tengo delante de

la vista, solicitado a un tiempo por todos los estímulos intelectuales, morales y sociales de mi vida, dudando en escoger, imposibilitado para hacerlo por no depender directamente de mí la elección de camino y de estímulos, contando con aquellos de quienes desconfío, no dirigiéndome a aquellos que tal vez quisieran y podrían serme útiles; concentrando toda mi actividad, toda mi tristeza, todos mis dolores, enemigo de la fatalidad y pasivo como un fatalista, apologista de la voluntad y tímido para moverla, racionalista hasta la negación de lo que no sea expresión y efecto de la razón, y fantaseador e imaginario como un adolescente, vivo como viven los que corroe la amargura de la vida. Y delante de mi conciencia, me juro que esta lucha va cansándome.

París, 19.

Cuando un hambriento recorre inútilmente las casas de una ciudad, la gente que lo rechaza ¿por qué rechaza al hambriento? No, no es posible que sea por dureza de corazón; será por indiferencia. Nada es tan indiferente como la ignorancia, y el que ignora qué es hambre y que hay hambrientos, les vuelve la espalda si se le presentan, porque no cree que sea verdad lo que mira y lo que ve. Optimista por naturaleza, era eso lo que yo me decía en el momento de volver de mi paseo al vacío. Sí, verdaderamente, por el vacío. ¡Oh, América!

París, 20.

Logré ver a ese March, español antiespañol como todos los que viven en el extranjero. Lo vi, pues, y casi quedé contento de él. Me pareció sencillo, lo creí servicial, me agarré a él como a mi tabla de salvación. Pero el hombre servicial me dijo que no podía servirme, entre protestas de sentimiento y aplazamientos, y me dió

la dirección del Dr. Acosta, cuyo origen era para mí la esperanza realizada. Entré en casa del doctor, le hablé, y como siempre plaza tomada, esperanza al infierno. Una hora en la biblioteca, y diez minutos de placer intelectual leyendo una interpretación de Vico, una entrada y salida en casa del librero Garnier, de cuyo recibimiento mañana no es buen agüero el que me han hecho hoy sus dependientes; vuelta a March, para con darle cuenta del resultado de su recomendación ligarlo a serme útil; muchos pensamientos tan oscuros como el cielo, muchos temores en embrión, una chispa eléctrica de afectividad al ver a mi enferma, y una espera probablemente inútil: ese es el día veinte de agosto de uno de mis siete años de inopia. Acaban de dar las cuatro de la tarde. *Roulons, Roulons*, como dice el conductor del ómnibus.

Paris, 21, 4½ de la tarde.

He pasado el día útil en el campo y en América, América y campo imaginados, pues ni el jardín botánico es el campo espontáneo que el sol, el cielo, el agua y la tierra hacen, ni es América la flora del botánico dominicano. Y a tanto llega, sin embargo, el ansia de seguridad de dignidad, de paz de corazón que el campo y América me brindan, que los recuerdos más imperfectos me recuerdan vivamente a una y otra: físico de espíritu que sueña en su agonía con los lugares amados que tal vez no logra ver.

Algunas veces, en mis dolorosas reacciones contra la pasividad del sentimiento, he concedido tal omnipotencia a la voluntad, que a mi casi hermano Matías le he impuesto con ásperos consejos la obligación de curarse la tisis que tal vez me lo arrebate, a fuerza de voluntad, a fuerza de tener valor para curarse. Soy demasiado sincero en mis pensamientos, en mis afectos y en

mis actos para predicar sin practicar, y siempre que encuentro incompleta mi existencia, siempre que el deseo es inferior al acto, el sentir al obrar, el querer al realizar, la necesidad a la satisfacción, me culpo, y me pregunto, descontento cuando no indignado de mí mismo, si hago siempre y en todo cuanto debo y puedo. Esta pregunta es más exigente cuando caigo en el infecundo desvarío, cuando traspongo lugares y tiempos funestos para situarme imaginariamente en tiempos y lugares faustos. Me digo que ha pasado la época del sueño, que ha llegado la hora de la conquista por medio del trabajo y la amargura, y me censuro mi poca actividad externa—¡coraza?—Creo que sí, a pesar de que en estos tres últimos días he hecho cuanto he podido, movídomé cuanto puedo, sacrificado a mi amor propio cuanto sé, por hacer injustos los cargos con que aumento las congojas de mi vida. Todo lo hecho ha sido inútil, y es necesario hacer más y rehacer mucho. Faltar expresa o tácitamente a un compromiso expreso o tácito... No hay contrariedad más espinosa.

París, 22 de agosto de 1868, 4 de la tarde.

La lluvia que acaba de cesar en el momento en que he entrado en casa ha hecho más triste durante todo el día mi ya triste imaginar qué es lo que haré. Todas las puertas a donde he llamado están cerradas: podría tal vez abrirme alguna en España, tal vez Durán o López consintieran en darme trabajo: pero mi imprevisión, hoy como siempre, ha llegado hasta el último olvido y ni aun tengo con qué franquear las cartas. La solución anhelada del viaje a la América del Sur, cada día más improbable: o Castelar me devuelve en secreto los golpes que le he dado en público, o no sé qué ha hecho con el dinero que para el viaje del redactor pedido se le mandó. Sólo de uno u otro modo se explica

su conducta. Para hacerla clara habría un medio; dar un escándalo: pero temo tanto al escándalo, que ni aun para salir de esta angustiosa situación me atrevo a darlo. El lunes es veinticuatro, día de pago ¿con qué pago? Es día también de llegada del correo, y esto me da un pretexto para ir a exigir una resolución a Castelar. Para eso es preciso que no llueva y que pueda yo ir a pie a Passy.

He estado leyendo *El Misterio de Jesús*, de Pascal. Ha renacido más vivamente el pensamiento que he tenido de hacer una biografía de Jesús demostrando la *naturalidad*, la *humanidad* de su vida y de su obra. En esta inquietud del pan del día siguiente, todo pensamiento carece de vigor. Subordinada la inteligencia al sentimiento, carece del espacio, de la calma, del predominio que necesita para funcionar libremente.

París, 23 de agosto, 1½ de la tarde.

Quisiera tener aquella tenacidad observadora de los primeros días de dolor, para analizar el sentimiento de profunda y vehementísima tristeza que experimento desde hace quince días. Analizaría, primero las causas externas y las internas de ese mal; segundo sus antecedentes; tercero la ocasión en que reaparecen; cuarto las coincidencias que los acompañan. Averiguaría si conviene a un espíritu formado el abandono de sí mismo que conlleva la tristeza; induciría por los efectos inesperados que en mi ánimo produce la fuerza también inesperada de esa sensibilidad perpetuamente combatida, perpetuamente preponderante.

Ha pasado ya el tiempo del análisis. Harto es que, violentándome, contenga aún el de estos resúmenes escritos. Dígame en resumen lo que siento, ya que estoy condenado a manifestar toda mi vida por medio del sen-

timiento. Siento miedo: cuando pienso en el tiempo pasado, miedo; cuando en el presente, miedo; cuando evoco el porvenir, miedo; si me acuerdo de los años de mi vida, miedo; si de los que me quedan que vivir, miedo; si recuerdo a mis muertos, miedo; si a mis vivos, miedo; si a mis amigos, a esa segunda familia, después de la mía, la única en quien reposo mi corazón cansado, miedo; si llueve, miedo; si amenaza lluvia, miedo: miedo, miedo, miedo, ése es el sentimiento que oprime cruelmente mi corazón, que nubla mi imaginación, que me despierta de noche, y me atormenta de día. ¿De qué? Miedo de no haber vivido, de no vivir. La soledad de corazón, la lucha secreta de pensamiento, el aislamiento de voluntad, el combate de dignidad, la falta de trabajo, la vacilación hoy, la inseguridad mañana, eterna oposición entre lo imaginado por lo hecho, entera abnegación de la inteligencia en el sentimiento, y hasta contra conciencia, contra razón, contra voluntad, vivimos por casualidad en vez de vivir por derecho y por conquista de la vida; esto espanta, esto abruma, esto entristece. ¿A quién que pudiera conocerme podría hacerle creer que son míos los actos, los sentimientos y las ideas oscuros que dejo tras de mí? Cuando el reflejo de la memoria me presenta, a mí que me conozco, la vida infecunda que he vivido, protesto contra ella, niego que sea mía, no la conozco. ¿Y no he de estar triste si el Yo que conozco niega al Yo que realizo! ¿Y no he de estar triste, si el miedo no conoce más que el Yo involuntario que le presenta el accidente de mi vida, y me lo echa en cara, y no puedo realizarlo? O el viaje o una colocación que haga digna mi vida cotidiana. No hay otro medio de aplacar este secreto dolor de mi conciencia: no hay otro remedio contra este mal de dignidad que va matándome y haciéndome seria, tranquila y reflexivamente desear la muerte. Cuando ella, arrebatándome a mamá, a Ela-

dia y a Carlitos, me enseñó a padecer y a progresar, la tristeza que me dió por maestra fué más profunda y más desinteresada, pero no más tenaz que la que he sentido en estos días. Esa tristeza ha tomado un desarrollo pavoroso, siempre que a las angustias del momento que la han alimentado, se ha unido el recuerdo de Matías Ramos y su familia. ¡Es esto un presentimiento, y sigue aquella familia desgraciada siendo víctima de la desgracia? Me agobia este temor, y para hacerlo más congojoso, ni una carta de ellos, imposibilidad de escribirles una que les exprese la inquietud de mis recuerdos.

Hoy hace sol, como hace sol aquí; a intervalos. ¡Presérveme Dios de un invierno en este clima!

París, agosto 26, 4½ de la tarde.

Ante todo, la expresión de una angustia ridícula: he recibido una carta que cuesta unos siete reales: no los tengo, y me devano los sesos preguntándome cómo haré para pagarlos. Después, la expresión del sentimiento de profundísima amargura con que leo siempre las cartas de mi padre, cuya situación, cuyas congojas, cuyas penalidades, me caen en el corazón como remordimiento de padre. ¡Remordimientos! ¡por qué? Porque no nací con naturaleza idónea para el triunfo social, para la prosperidad, para los bienes externos que constituyen el bienestar de la familia; porque soy desgraciado y no puedo hacer feliz a los míos; porque si no se quejan yo me quejo por ellos de mí, y si se quejan, creyendo injusta la queja, no puedo desecharla sin dolor. Dice el bueno de mi padre que no extraña mis repetidos contratiempos, que cada nueva empresa mía le anuncia uno, porque yo, como él, como la familia, como nuestro país, estoy bajo la dura mano de la fatalidad. ¡Fatalidad! Tenaz se necesita ser para seguir negándola.

Pero como no la veo, como la busco y no la encuentro, como en lo que de mí depende y en mucho de lo que no depende, soy yo y nadie más, quien interviene, quien propone y dispone, quien se engaña o acierta, quien triunfa o quien cae, yo, y no la fatalidad, mi carácter y no el destino, mis virtudes y mis vicios, mis defectos y mis excesos, mi perspicacia y mi torpeza, mi sensibilidad y mi dureza, mi firmeza y mi debilidad, en una palabra yo, yo soy el responsable, yo el sobre quien cae todo el peso de la vida mía, todo el dolor de las vidas que quise desarrollar en armonía. ¿Que si pesa? Es una teoría abrumadora. Pese al ser interno, generador del optimismo fatalista: para el miembro de familia, lazo de responsabilidades ni impuestas ni aceptables: para la persona social, ligadura indúctil que se arrolla en un clavo y no la rompe el peso del eje del mundo. Es algo más, y mucho más, y sobre todo, es resultado de una educación moral por sentimiento y de mucha soledad; pero no estoy para análisis, y como pasan cosas menos importantes, pasará la teoría formidable, y todo seguirá como hasta aquí.

¡Un día tan hermoso! Me puso alegre, y contemplando el cielo y contemplando el sol, y esperando días iguales, y soñando a hurtadillas de mi razón, en Puerto Rico y en América, y ligándolo todo, pensamiento, presente y porvenir a la esperanza resurrecta de ese viaje, fui a la Biblioteca del Jardín de Plantas y leí al contradictorio Yustae, y paseé por el jardín. Como si las alegrías que roba a la severidad de la raza la espontaneidad del sentimiento, convinieran mal con mi situación actual, situación de actividad y de positivismo, la carta de mi padre condena ese viaje deseado, y llega esa condenación externa en los momentos en que salía tímidamente de mi imaginación intelectual una condenación de los sueños de la imaginación sensitiva.

Ayer estuve en casa de Castelar. Lo rodeaban cuatro confesos inferiores suyos ante los cuales quiso hacer gala de sus cualidades cáusticas. Guareciéndose en su amistad y en mil elogios, me dirigió por medio del partido Progresista saetazos y lanzadas que, en otro tiempo, y celebradas como eran por los dóciles oyentes, hubieran suscitado en indignación los golpes de maza con que ella castiga las indignidades más aceptas. Ayer, todo se resolvía en un convencimiento tranquilo: en el de que yo podría ser un triunfador en la revolución española. Tan claramente vislumbro alguna vez esta, no sé si esperanza de mi ambición, que confío voluntariamente a la casualidad la disposición de los medios que pueden conducirme hacia ese fin. Y para evitar a la casualidad el trabajo de ir a buscarme lejos de España, me digo tímidamente que tal vez me convendría quedarme. ¡Oh! ¡la imaginación y el sentimiento! Las dos fuerzas creadoras de mi alma! ¡los dos enemigos de mi vida! En todas partes están, hasta en la razón, hasta en el juicio, hasta en las amonestaciones tranquilas del sentido común. Ayer, como estuvieran en la secreta confesión de mi superioridad, estuvieron en el aire. Recorría yo la encantadora calle que entre árboles y flores me condujo desde Auteuil a Passy, cuando desde una casa solitaria salieron las notas de un ejercicio de aprendizaje de piano. ¡Mi casa y mis hermanas! ¡la de Ramos y las suyas! No pude averiguarlo, pero el sentimiento real fué un recuerdo impregnado de profundísima tristeza. Por la noche, al volver a casa, me sorprendí tarareando la danza corrompida que tanto me disgustaba en Barcelona. Mi llegada a esta ciudad, mi segunda familia, Teresa, las primeras y las últimas emociones de mi estancia allí, todo brotó repentinamente de la imaginación. Fué como el golpe recibido en una herida mal cerrada: la tristeza llegó hasta el punto de serme dolo-

rosa y de recordarme la única tristeza de mi vida: de 1862 y 63. Así, todo se oscurece ante mi sentimiento, y el dolor pasado, y la realidad congojosa que me abrumaron, se eclipsan ante el recuerdo ¡de qué!; de alguna esperanza acariciada, de alguna alucinación vagabunda de felicidad. Empieza esta palabra a ser concepto.

París, agosto 27.

¡Es un signo favorable o es prueba de decadencia el sentimiento conscio de mi soledad, el efecto benéfico que me producen las pocas relaciones personales en que enlace mi vida? Antes de ayer, hoy, dos días dolorosos para mí, porque han sido dos días de pérdida de esperanza, dos secretas renunciadas a la realización del sueño acariciado: sin embargo, el efecto de esas dos secretas decepciones ha casi perdido toda su violencia porque en vez de encerrarme en mi soledad y en mí mismo con mi decepción, he encontrado casualmente distracción a mis ideas propias en las ideas de los otros. Antes de ayer, los visitantes de Castelar, hoy Luisa, han podido más que puedo yo cuando empezando a temer los resultados orgánicos de esta lucha de ánimo ya larga, me esfuerzo por moderar los ímpetus de mis dolores y por huir de los encantos peligrosos de esa tristeza involuntaria, heredera de aquella melancolía medio natural y medio provocada que fué cuna y sepulcro de mis primeras meditaciones de la vida.

Me he distraído, y bendecido la casualidad que tanto puede; pero no debo separar mi atención de esa cada vez más oscura conducta de Castelar y tengo el derecho y el deber de circunscribir en un círculo de ideas bien claro y bien concreto el pensamiento inspirado por ese proceder oscuro, y la resolución que debe provocar en mí. Si mañana no llega esa contestación definitiva ¡qué

debo hacer? Seguir esperando es seguir siendo engañado; seguir siendo engañado es seguir entregado al acaso; seguir entregado al acaso es exponerse a una muerte del cuerpo por asfixia de dignidad o a una muerte de dignidad, que es peor que la del cuerpo. Para evitarlo y hacer una vez en mi vida respetable y respetado mi derecho ¿debo exigir como derecho la única satisfacción que puede satisfacerme, el auxilio eficaz de esa influencia? El viaje a América es improbable: hagamos probable una vida honrada y segura en el trabajo.

Agosto 30.

Si el predicador no hubiera mezclado lo extranatural con lo natural y se hubiera atendido al carácter completamente psicológico del tema, su discurso me hubiera interesado, tal vez hubiera podido conmoverme. Hablaba a mi razón por medio de mi interés, o más bien hablaba a mi interés con la voz de la razón universal. Que no es voluntad sino la activa; que no es voluntad sin estos dos caracteres: actividad y predominio. El tema de mi vida, ése era el tema del buen predicador; tema terrible, desde el cual se contemplan los abismos de la maldad voluntaria e involuntaria, la persistencia del mal en la vida. Toda la una está en él: desde aquella firmeza de los primeros días hasta aquella blandura de la adolescencia; desde la afirmación "La voluntad es el mal", hasta la deducción "Elige entre la voluntad y una pistola". En el primer período, afirmaba una observación aterradora; en el segundo, deducía una verdad abrumadora de experiencia: dentro de uno y otro, el incesante luchar, sin otro fruto que el placer de sentir mi fuerza de resistencia. Resistir, sufrir, soportar, padecer, voluntad negativa, voluntad pasiva. ¿Cuándo llegaré a la voluntad activa? Espero no tener que remontarme a los destinos inmortales de que habla el pre-

dicador: bastará una base, un objeto, una realidad para el esfuerzo. No veo otra que el trabajo en la escribanía de mi padre. Tregua a las aspiraciones políticas y cumplimiento de un deber descuidado de familia; práctica de los negocios, tanto más ejemplares cuanto más pequeños; conocimiento de los pícaros, tanto más decentes cuanto más enanos: diez años de trabajo, de imitación de los otros hombres, una mujer, una familia, una propiedad, conquista de la independencia personal y el porvenir es mío. Bueno sería que para llegar seguramente a él, me tapara los ojos, y no viera lo que antes de mi partida puede acontecer en España; me cosiera el estómago, y no sintiera hambre antes de la llegada del dinero que, para ir a Puerto Rico, ha de venirme de allí. Voluntad activa y predominante!... Vaya, señor predicador, pues arrégleme usted esta intrincada vida. Al unir el sustantivo al adjetivo, me ha producido la sensación nerviosa que producen las nueces en los nervios susceptibles, y no sé por qué burlona asociación de ideas, he recordado la tentativa de suicidio y las noticias que de la suicida se me ha dado. Según la hospedera se suicidaba por amor: según el positivista, por miseria: es decir, porque tiene intrincada la vida. Y puesto que ella no resiste y yo resisto, yo tengo (que decida el predicador) más voluntad que ella. Ella tiene diez y ocho, yo veintinueve años: ella once menos que yo de resistencia; once yo más que ella de intrincamiento y de lucha. A pesar de mi gloriosa superioridad, esa pobre criatura me interesa. Detrás de este interés está el romántico.

París, agosto 31, 4 de la tarde.

Homo sum, y si las circunstancias y la violencia de mi posición me impiden vivir totalmente como hombre, el hombre vive, y despierta y se mueve en el momento en que el acaso o la necesidad de las relaciones lo apro-

ximan a las fuentes de la vida natural. Anoche, cuando preocupado con el estado de mi bolsillo y con el cambio de domicilio, me retiraba a casa, vi en la portería, y hablando con la portera, una joven, uno de esos frutos prematuros que pudre tan pronto la sensualidad de la necrópolis moral. Saludé, y subí a ocupar en mi tercer piso el cuarto oscuro que la providencia del interés, personificada en la portera, me ha procurado tan a tiempo. Tenía cuatro fósforos: los cuatro, como todas las cosas en todos los momentos críticos, fallaron: no conociendo la nueva habitación, necesitaba luz: bajé a buscarla, y al dárme la, la portera me dijo señalando a la joven, entonces con ella en la escalera: "Mademoiselle démeure avec vous". La civilización es probablemente el arte que enseña a contener las emociones y a disimular las muecas, y a ella debí la continencia y el disimulo de las mías. Las convertí en una exclamación lisonjera para mi vecina, y ambos subimos la escalera. Cuatro palabras, provocadas por ella, violentadas por mí, y en el momento de abrir yo la puerta y detenerme para que ella pasara, surgió el hombre desconocido; es decir, sentí aquella terrible sacudida de los nervios que es como la electricidad de los alambres. Pasó: le dí su vela, nos saludamos y vine yo a pasar la noche más inquieta que he pasado en París. Mala es la del espíritu, pero no es buena la inquietud de los sentidos. Ea, mientras sirva para probar que puedo más que ellos...

París, 3 de septiembre, 2½ de la tarde.

Castelar ha realizado mis sospechas.

No sé qué hacer. Para colmo, La. no me ha dado aún sino la mitad de lo que L. me dió por su conducto.

Cerradas las bibliotecas, se han cerrado para mí todas las puertas de la distracción, y a las amarguras de la pobreza, tengo que añadir las del viajero despo-

seído de su trabajo. Ya buscando ocupaciones, fuí el martes por la noche a la conferencia anunciada en el club de librereros jóvenes, Boulevard Montparnasse 102. Si no fuera por la absoluta pereza intelectual, relataría las impresiones de esa noche, pues no quiero que se me olvide el propósito que formé de establecer en Puerto Rico ese medio de educación popular.

.....Toda mi actividad es por eso inútil. No tanto, sin embargo, como juzga mi odio a las cosas inútiles. No lo es nunca conocer a los hombres entre quienes se ha cruzado y acaso se tenga que cruzar la vida, y directamente y por mí mismo veo y juzgo, en, en Pi, en Fernández de los Ríos, en Olózaga, en Parsad (?), en Sagasta, en Ruiz Zorrilla, lo que piensan de sí unos de otros, no sólo me es útil para el presente, sino para el porvenir.

..... (1)

(1) Hostos volvió precipitadamente a España, a raíz de la batalla de Alcolea. Como la lucha en Madrid no le permitió seguir escribiendo su *Diario*, los Compiladores han querido llenar parte de ese vacío con trabajos públicos de Hostos referentes a esa época, los cuales ocupan las páginas siguientes, desde la 89 hasta la 116 inclusives.

Sr. Director de *El Universal* (1),

Madrid.

Muy señor mío: Puesto que es usted de los pocos que conocen en la Península el verdadero estado político de las cada vez más infelices Antillas españolas; puesto que es usted de los pocos que saben hasta qué punto sería ilógica la revolución, si no se llevaran a Puerto Rico y Cuba las ideas que han transformado en quince días a España; puesto que es usted de los pocos que ven, pues ya se ve el peligro que habría de no acabar la justicia que reclama para las islas trasatlánticas la vida de libertad y de derecho inicuamente negada a una y

(1) Esta carta fué reproducida por el periódico *Irurao Bac* de Bilbao el 24 de octubre de 1868 con las siguientes palabras: "Cuando tan justa y vivamente preocupa e interesa a la opinión pública todo cuanto se relaciona con el estado y porvenir de las Provincias Ultramarinas, cuya organización por consecuencia de los sucesos revolucionarios ocurridos en la Península, va a sufrir profundo y radical cambio, y en los momentos en que divulgan y hallan eco en los periódicos nacionales y extranjeros alarmantes rumores relativos a la cuestión de orden público con las Antillas, creemos oportuno y útil transcribir a las columnas de *Irurao Bac* un interesante, notable y patriótico artículo que ha aparecido en *El Universal*, y que lleva a su pie la firma para nosotros tan simpática del distinguido y generoso publicista puertorriqueño Don Eugenio María de Hostos, que dejó en nuestra Villa muchos y muy cariñosos amigos de la infancia.

"El Sr. Hostos, recibió su educación secundaria en esta Villa, es un entusiasta y decidido campeón de la idea liberal, así en las esferas de la ciencia y del arte, como en el gran terreno de la política, y leal y cariñoso hijo de la Isla de Puerto Rico, hace ya algunos años que viene consagrando su talento, sus desvelos y sus esfuerzos en la Prensa y en los Ateneos en la defensa de la libertad ultramarina".—(Nota de los Comp.).

otra; y puesto que, más feliz que el mío (*El Progreso*) sobrevive su periódico a los tiempos oscuros que todos hemos contribuido a esclarecer, consienta Ud. en que me sirva de *El Universal* para exponer la situación de aquellos pueblos y para definir los deberes que está obligada a cumplir en ellos la revolución.

Revolucionario en las Antillas como activa y desinteresadamente lo he sido, lo soy y lo seré en la Península; como debe serlo quien sabe que la revolución es el estado permanente de las sociedades, quien no puede ocultarse del movimiento, sin tener la necesaria propensión de las ideas a realizarse; revolucionario en las Antillas, forzosamente estacionarias y forzadamente propensas a moverse, quiero para ellas lo que he querido para España. Y así como lo primero que quería para España era dignidad, cuya falta me angustiaba, y más que otra cosa me obligó a emigrar, así lo primero que quiero para Puerto Rico y Cuba es dignidad.

A esa premisa radical corresponden consecuencias radicales: por eso creo, por eso sé que Cuba y Puerto Rico no pueden estar contentas de su madre patria ni de sí mismas, hasta que se haya abolido la esclavitud y constituido en cada una de ellas un gobierno propio. Sin igualdad civil, sin libertad política no hay dignidad; sin dignidad no hay vida. Las Antillas no viven, languidecen, como languidecía la tenebrosa España de Isabel de Borbón.

Por ansia de libertad y de justicia contribuí en cuanto pude a la maravillosa transformación que, aun esperada en la razón, me asombra en la realidad; por ansia de justicia y libertad quiero contribuir en cuanto pueda a la transformación de aquellas dos islas generosas: a este fin escribiré estos artículos.

En ellos me ocuparé principalmente de Puerto Rico, no sólo porque lo conozco mejor, sino también porque es

la menos rica de las dos Antillas, y los gobiernos como los individuos se ocupan más de los ricos que de los pobres.

Los trastornos de Puerto Rico

Para que haya empuñado las armas un pueblo tan pacífico, que si más de una vez ha protestado contra el gobierno que siempre lo ha agobiado, sólo se había servido de ellas para rechazar heroicamente las invasiones extranjeras y para coadyuvar con sus hermanos, los jefes de Santo Domingo al triunfo de Palo Hincado, que acabó con la dominación de los franceses;

Para que se haya armado un pueblo tan sumiso, tan paciente, tan por encima de los estímulos irreflexivos de la ira; para que haya empezado a disolverse aquella sociedad basada en la injusticia política, económica, social y administrativa, en la desigualdad y en la arbitrariedad, en el fanatismo del principio de autoridad, y en el despotismo religioso;

Para que se haya esclarecido el interés conservador, mantenedor en todas partes de todas las tiranías; para que a ese interés se haya persupuesto el santo interés de la conservación social, correspondiente en los pueblos al derecho de vida en los individuos;

Para que al heroísmo pasivo que heredaron de los indios suceda en los puertorriqueños la movilidad heroica de los españoles, es absolutamente necesario que las causas permanentes de justo, de moderado descontento, hayan llegado ya a aquel término funesto para gobernantes y gobernados del cual no pueden pasar sin sucumbir unos y otros.

Se ha llegado a este término funesto.

Al militarismo depresivo en el gobierno; al abuso sistemático en la administración económica; a la cons-

tante prevaricación en la justicia; al discrecionalismo en la legislación, han añadido la violencia y el sarcasmo en el cobro del impuesto.

Cuando contribuyendo la naturaleza a la desgracia de la Isla, destruyó en un día el huracán su riqueza agrícola y con terremotos incesantes su riqueza urbana, en vez de suspender el cobro de las contribuciones, se hizo más violento el cobro; en vez de sustituirlas con un arbitrio, con un empréstito que dejara al porvenir la reparación de los males del presente, se transforma el sistema indirecto en directo, y esto sin preparación, sin plan, sin otro fin que aumentar el producto del impuesto, que se triplicó. Este aumento, que coincidía con la primera miseria pública en la Isla ¿qué otra base podría tener que la ruina, el hambre, la desesperación? Sucedió lo que debía suceder: ciego de espíritu o sordo de corazón es el que sabiendo esto no haya comprendido el telegrama oficial que noticia los disturbios ocurridos en la pacífica Isla de Puerto Rico.

Este es el mal, éstas son las causas, éstos son sus efectos. Todo mal lleva consigo el remedio.

Por eso no me detengo a explicar los que propongo, los que pido en la adjunta exposición que quiero dirigir públicamente

Al Gobierno Provisional

Hondamente conmovido por la noticia de los trastornos ocurridos en mi patria; con clara conciencia de los orígenes del mal; enérgicamente estimulado por la absoluta convicción de que la responsabilidad de cuanto haya acontecido y puede acontecer en Puerto Rico, debe caer hoy ante el Gobierno, como caerá mañana ante la historia, sobre el despotismo constitucional de aquel país, y sobre los déspotas que lo personifiquen; el puer-

torriqueño que suscribe pide resueltamente al Gobierno provisional:

1º que valiéndose del telégrafo trasatlántico, ordene la suspensión del cobro de contribuciones, en tanto que el crédito público arbitra los recursos necesarios;

2º que, empleando también el telégrafo, ordene la suspensión de los juicios militares, e impida así el derramamiento de sangre;

3º que convoque inmediatamente a Cortes Constituyentes los diputados que designe en Puerto Rico el sufragio universal de hombres libres;

4º que declare su absoluta disposición a respetar y ejecutar el voto de la Isla, expresado por su representante;

5º que entregue la dirección pública de la Isla a un Gobernador Civil, hijo del país y residente en él, auxiliado por una Junta administrativa, provisional, elegida por los Ayuntamientos y los mayores contribuyentes de la Isla;

6º que disuelva el Consejo de Administración y suprima los Corregimientos;

7º que aplique inmediatamente a la Isla los decretos de 12 y 14 del corriente mes, relativo el primero a comunidades religiosas y el segundo a enseñanza; aquel en su integridad, suprimiendo en éste los artículos 12 y 15;

8º que acepte inmediatamente para Puerto Rico y la ejecute allí, la proposición en que la Junta Revolucionaria Superior aboga por la libertad de vientre;

9º que fije un plazo para la abolición de la esclavitud en Puerto Rico;

10º que se limite la autoridad militar a las funciones meramente militares que le competen;

11° que destituya al Capitán General, al Intendente y a todos los altos empleados de la Isla, causa de todos los peligros que amenazan la integridad nacional.

Seguro del eminente servicio que presto a la madre patria, seguro también de la posibilidad de lo que pido; creyendo que esto es lo que pide la maltratada Isla de Puerto Rico, que cumple hoy con el deber de dirigirse al Gobierno provisional, debo declarar que el paso que ahora da es en sí de formidable trascendencia.

Medítelo el Gobierno provisional, resuélvase a satisfacer las exigencias de la justicia, torpe y sistemáticamente conculcada en Puerto Rico, decídase a ejercer resueltamente el poder revolucionario que una acción de la dignidad española ha puesto en sus manos; destruya la absurda inconsecuencia tradicional, que a principios del siglo en la América continental y a mediados de él en la insular, gobernaba con el despotismo allende, en tanto que aquende el mar gobernaba con la libertad, y el Gobierno provisional habrá hecho lo necesario para ser digno de seguir desarrollando en la gloriosa revolución del espíritu latino el gobierno digno de la España nueva.

Madrid, 1868.

La isla de Puerto Rico y el Poder Ejecutivo

El Poder Ejecutivo, por medio del Ministro de Ultramar, provoca a la paciente, a la más que paciente Puerto Rico. No contento con supeditar todos los intereses de aquella desventurada isla al éxito dudoso de la guerra de conquista que se hace en Cuba; no contento con la injusticia imperdonable que le sirve de norma en su gobierno, si este nombre merece el despotismo militar de Puerto Rico; no contento con haber faltado a todos los compromisos que habían contraído con las Antillas

los partidos coaligados para la revolución, con los que ésta contraía desde el momento en que obedecía a la idea de reparar la honra de España, en parte alguna más comprometida que en las Antillas; no contento con burlarse en Puerto Rico de los principios que aquí le obliga la fuerza de la opinión a respetar; no contento con dejar impunes los cobardes abusos de autoridad que en aquella isla han cometido los funcionarios todos, desde el General Gobernador hasta el último municipal; los atentados a la propiedad cometidos por las columnas militares que, so color de sofocar un motín, devastaron campos y *saquearon* domicilios; no contento con haber engañado la esperanza de aquellos isleños ilusos, prometiéndoles libertad de imprenta, que se convirtió en un derecho de esclavitud de imprenta; libertad de reunión que se convirtió en una concesión ultrajante para *reunirse para asuntos electorales*; derecho de (destruido) que se ha convertido en la exacción de todo el país excepto los ricos; no contento con haber autorizado todas las licencias, todos los abusos, autoriza el despojo.

Autorización del despojo, y nada más, significa el decreto de 30 de abril, publicado en 30 de mayo.

Yo no haré a ese decreto ni a ninguna disposición del Poder Ejecutivo, que se refiera a las Antillas, el honor de examinarlo. Los que conocen su derecho, no examinan las violaciones del derecho; protestan y se callan. El Poder Ejecutivo no tiene el derecho de resolver nada sobre nada en las Antillas, mientras aquellos pueblos no estén representados en las Cortes. No lo estarán jamás, porque, aun suponiendo que, *terminada la discusión de la Constitución*, se llame a los diputados de Puerto Rico, los diputados de Puerto Rico no vendrán. Además de impedirlo las precauciones que el ejecutor de la revolución ha tomado para que sólo vengan los

peninsulares partidarios del régimen de conquista, y los pocos hijos del país que sólo merecen su desdén, el propósito del Gobierno ha sido y es tan manifiestamente contrario a la presencia de los diputados en la Asamblea constituyente, que no habrá un solo puertorriqueño, digno de serlo, que acepte el tardío mandato. Si, allí y aquí, tenemos la dignidad necesaria para retraernos absolutamente de la vida pública, y no queremos relaciones ni afinidades con los que desde tres siglos de opresión, escandalizan a la razón universal, haciendo en Cuba lo que hacen, consintiendo lo que consienten en Puerto Rico; si, allí, como aquí, cansados de persuadir a sordos de conciencia, nos hemos abroquelado en nuestro desdén, ¿cómo es posible que consintamos en venir, si pudiéramos venir, a justificar con nuestra presencia, nuestra esclavitud política y social?

No pudiendo, no queriendo, no debiendo venir los diputados puertorriqueños; no estando Puerto Rico representada en Cortes, y siendo de la exclusiva competencia de éstas la formación de las leyes, así para Ultramar como para la Península, es clara la violación cometida por el Poder Ejecutivo al decretar el despojo que decreta.

Despojo, he dicho, porque ese es el nombre de las contribuciones que se imponen a un país que no las vota y en donde la fortuna pública y privada está a merced de un déspota. El General Gobernador de la Isla de Puerto Rico decretó, por sí y ante sí, con el mismo derecho que al legislar su resolución usurpa el Poder Ejecutivo, un impuesto sobre la exportación del azúcar, las mieles, el café y el tabaco. El nuevo impuesto, que además de ser una violación de derecho, es una estupidez científica, y un abuso repugnante de poder, tenía la circunstancia agravante de ser más oneroso que el recién impuesto en Cuba: en esta isla, más rica y en cir-

cunstancias totalmente distintas, el tipo del impuesto es la *mitad* del de Puerto Rico.

Todo esto lo sabe el Poder Ejecutivo, y sin embargo, acepta el despojo, y lo legaliza. Estos actos no se juzgan con palabras.

En el Congreso hay gran número de diputados que se han comprometido a defender la honra de España en América; pero como el patriotismo consiste en humillar la frente a los vicios y los absurdos de la nacionalidad, y como Cuba comete el crimen de querer separarse de esta madre patria a quien tanto debe, y como Puerto Rico podría querer imitar a Cuba, los diputados de la mayoría y de la minoría creen muy patriótico faltar a los compromisos contraídos, y callan, y callan, y callan. Esta conducta no se juzga tampoco con palabras.

A un extranjero que me preguntaba: “¿Qué hacen la revolución y los revolucionarios españoles en Cuba?”, le contesté: “Fusilan, fusilan, fusilan”. Si me preguntara qué hacen en Puerto Rico, le diría: “Deshonran y se deshonran”.

Madrid, 1868.

¿Cuál de las dos formas de gobierno, monarquía o república, realiza mejor el ideal del derecho?

Discurso y rectificación, en la sesión celebrada por el Ateneo de Madrid en la noche del sábado 20 de diciembre de 1868

El Presidente, Sr. Moreno Nieto:

—El Sr. Hostos tiene la palabra.

El Sr. Hostos: —Señores: Yo no necesito deciros lo que soy. Yo soy americano: yo tengo la honra de ser puertorriqueño y tengo que ser federalista. Colono, producto del despotismo colonial, cohibido por él en mis

afectos, en mis pensamientos, en mis actos, me vengué de él imaginando una forma definitiva de libertad y concebí una confederación de ideas, ya que me era imposible una confederación política. Porque soy americano, porque soy colono, porque soy puertorriqueño, por eso soy federalista. Desde mi isla veo a Santo Domingo, veo a Cuba, veo a Jamaica, y pienso en la confederación: miro hacia el norte y palpo la confederación, recorro el semicírculo de islas que ligan y "federan" geográficamente a Puerto Rico con la América latina, y me profetizo una confederación providencial.

Mas como no son suficientemente racionales las determinaciones del sentimiento, he tenido la necesidad de razonarlo, y tengo necesidad de razonarlo ante vosotros.

Para ello me valdré del tema sometido a vuestra deliberación. Dice el tema en su primera parte: ¿Cuál de las dos formas de gobierno, monarquía o república, realiza mejor el ideal del derecho?

Yo voy a examinar tan rápidamente como me sea posible, como me lo permita mi tarda manera de expresar mi pensamiento, los cuatro conceptos capitales de la pregunta: *forma, realización del ideal por la forma, ideal y derecho.*

La forma ¿es realización del ideal? Realizar un ideal es darle vida objetiva y toda forma, por el mero hecho de realizar, da vida objetiva a su esencia, a su ideal, y toda forma de gobierno realizará el ideal del derecho; en cuyo caso es ociosa la discusión, pues toda forma expresará su ideal completo.

Pero si no realiza ¿*exterioriza* la forma? Si lo hace, la exteriorización será de algo interno, esencial *in sé*, en cuyo caso la forma no será otra cosa que un desarrollo de la esencia, y aunque quepan torcimientos en el desarrollo, siempre será la forma una expresión del ideal,

irán juntos uno y otra, serán inseparables, y allí donde haya forma, habrá exteriorización del ideal. De modo que permaneciendo inseparables, el ideal en toda forma será indiferente.

Esto no es cierto: sin buscar otra razón, porque es condenación de la libertad, negación del derecho, y por negación del derecho disipación del ideal, exaltación de la arbitrariedad, consagración de la fatalidad.

Lo cierto es que la forma es condición de la esencia: que toda esencia lleva consigo su forma, todo ideal su realidad conjunta y no hay realización ni exteriorización sino deformación del ideal, es decir, medios arbitrarios más o menos artísticos, más o menos conformes con la forma y con la esencia en todo ideal que se manifiesta.

Ideal, pues, es el todo, fondo y forma, realidad e idea, que como norma infalible de justicia, de verdad y de belleza compulsa eternamente los actos, los pensamientos, los afectos de la humanidad. Luego forma y esencia son una unidad irreductible; y pues hay ideal absoluto, hay forma absoluta que le corresponde eternamente.

Esto se prueba por la definición del derecho —y advierto entre paréntesis que de esta definición, como de todo el pensamiento del discurso, sólo yo soy responsable, pues no sigo escuela alguna—. Derecho es la manifestación de aquella facultad connatural y necesaria mediante la cual realizamos los fines morales de nuestra existencia.

El ideal del derecho es la justicia. Como no hay más que un ideal, una justicia, no hay más que una forma, un derecho; pues yo no conozco otro que el siempre dependiente de la justicia inmutable.

Haciendo aplicación de estos principios a las formas de gobierno, podemos decir que aquella forma será

más conforme con el ideal del derecho que más convenga con él, con la justicia. Mas, como la forma no es nada o es elemento del ideal o parte necesaria de él, una de las formas es absoluta, necesaria y verdadera.

¿Cuál de las dos? Según el revolucionario de la ciencia-historia, Vico, y según mi querido amigo, el señor Rayón, la monarquía: según la razón y yo, la república.

Examinemos las dos formas:

Monarquía: gobierno de uno, primera injusticia; absorción de todos los derechos individuales y sociales en una soberanía indiscutible, segunda injusticia: negación de todas las libertades connaturales por una autoridad artificial, tercera injusticia; irrevocabilidad e irresponsabilidad de poder, cuarta injusticia, que hace necesario el tremendo derecho de insurrección. ¿Realiza esta forma de gobierno la justicia?

Frente a las cuatro injusticias capitales de la monarquía, la absoluta libertad individual, la independencia del municipio, la independencia de la provincia, la omnipotencia de la representación nacional, la responsabilidad de todos los poderes, la alianza libérrima de todas las parcialidades nacionales, que es lo que constituye la federación. He dicho monarquía y federación (república absoluta), porque todas las degeneraciones históricas de una y otra, todas las formas intermedias, son, o negación de la monarquía absoluta, o transacciones con la república federal. No he hablado de la república unitaria, porque no hay república en donde hay concentración de poder, y no hablo de las formas históricas de la monarquía, porque además de estar ya cansado de cansaros, hay una fórmula que expresa históricamente la necesidad de la forma absoluta de gobierno, y es que cuando más absoluta es la monarquía, más se niega como forma de gobierno, pues más se separa de la justicia;

y que cuando más absoluta es la república, más conviene con el ideal del derecho, la justicia.

Ahora, señores, que está contestada la primera parte del tema, haré una salvedad: yo no quiero hacer aplicación de mis principios a España, porque soy enemigo de esa patología política que convierte en doctores a todos los que se ocupan del estado actual de un pueblo, y aplican remedios a un mal siempre más fácil de diagnosticar que de curar.

Señores: Yo no sé si por el aislamiento en que ha vivido España, que como el individuo cohibido por una fuerza fatal se recoge en sí mismo y se aísla de los otros pueblos; yo no sé si por ese aislamiento España desatiende demasiado el movimiento internacional de las ideas. Lo que sé es que se recoge demasiado. Abriera ella y abrid vosotros vuestros ojos al horizonte inmenso que presenta Europa, y veréis cuán poderosa aunque en estado latente se manifiesta en ella la idea federal.

Quiero evitaros el cansancio que siento yo también, y voy tan sólo a probar con los hechos capitales que ahora mismo se verifican o anuncian, que todo lo que pasa es aspiración de los pueblos a una solidaridad política, equivalente a esa confederación intelectual ya realizada.

Tres problemas conmueven hoy a Europa: la cuestión de Oriente, la cuestión germánica y la cuestión italiana. En todos tres sucede una de estas dos cosas: o acción fatal hacia la federación o reacción contra unidades absorbentes. Es decir, en donde la unidad es tradicional, tendencia hacia la federación; en donde la unidad es reciente, malestar inconllevable por no haber adoptado el principio federal.

En la cuestión de Oriente se realiza un fenómeno notable. En tanto que las potencias interesadas en su resolución más la complican cuanto más se empeñan en

simplificarla, las razas que esperan de su solución el lugar que demandan en la historia, ofrecen en estado latente la clave del enigma. La raza eslava se prepara a la vida activa del progreso obedeciendo a su pensamiento de alianza, de federación entre todos los miembros que la componen; y mientras que la diplomacia concentra su acción en el Imperio Otomano, el Panslavismo triunfa secretamente en los principados y conturba en Bohemia y en Hungría el proyecto unitarista del imperio de los Hapsburgo.

La raza helénica pugna con más fruto cada vez a emanciparse absolutamente de Turquía; y se agrupa alrededor de la Grecia emancipada.

En la cuestión germánica triunfa visiblemente el pensamiento federal, que a pesar del interés de vida que tiene la Alemania del Sur de unirse a la del Norte, hace resistencia a su interés por no someterse a la hegemonía de Prusia y ha formulado su intento federal diciendo: Quiero la unidad en la libertad, es decir, quiero la unidad en la libre asociación de los diversos miembros de la nacionalidad.

Prueba de la reacción contra las unidades ficticias, es el malestar de Italia enferma de impotencia hasta el punto de no haber podido resolver esa cuestión de Roma, tanto más difícil cuanto más se empeña en resolverla.

Lo que ha sucedido en estas revoluciones territoriales, sucede esencialmente en ese "cuarto estado" cuyo advenimiento están anunciando el creciente progreso de las ideas políticas y la visible diferencia en que están los poderes constituídos y los pueblos.

Pese lo que pese a esta pasiva clase media que se esconde cuando debiera presentarse, que huye cuando debiera combatir, que en todas partes ha matado con su temor la libertad, el "cuarto estado" pide su puesto en la vida histórica y política.

El desarrollo económico, los problemas que ha dado a resolver, la denuncia que había hecho de una fuerza hasta ahora desdeñada y la obligación de reconocerla en que ha puesto a las clases altas y a los gobiernos, demuestra, señores, que se prepara en Europa uno de esos acontecimientos que transforman la vida de los pueblos. Y como si la fuerza latente quisiera, aún antes de estallar, determinar su carácter dominante, el "cuarto estado", a un mismo tiempo cohibido y desdeñado, se asocia y se liga y se fortalece en alianzas que un día lo harán incombustible, y surgen las ligas y se realizan las asociaciones internacionales de la clase obrera.

¿Qué quiere decir esto? Que la forma absoluta está triunfando, que toda Europa se dirige a la federación.

Yo no he querido, señores, y os lo he dicho, hacer aplicaciones del principio que defiendo a la Península española; pero debo llamar solemnemente vuestro patriotismo y vuestra atención hacia un modo de federación española que salvará para España dos miembros importantísimos de su nacionalidad actual.

Señores: las colonias españolas están hoy en un momento crítico. Víctimas de un despotismo tradicional, una y mil veces engañadas, ¡engañadas, señores, lo repito!, no pueden, no deben seguir sometidas a la unidad absurda que les ha impedido ser lo que debieran ser, que les prohíbe vivir.

España no ha cumplido en América los fines que debió cumplir, y unas tras otras las colonias del Continente se emanciparon de su yugo. La historia no culpará a las colonias.

Si España quiere ser digna de historia: si quiere conservar los restos de aquella gran familia que le dió la conquista, que le arrancó su tiranía, piense hondamente en su deber, repare las injusticias cometidas, sea

menos avara de su libertad, extienda hoy la que acaba de conquistar, la que ha prometido, la que so pena de indignidad no puede negar a aquellos pueblos dóciles siempre a su voz, siempre dispuestos a auxiliarla, que la han auxiliado con sus riquezas cada vez, las mil veces que las ha necesitado, abra sus brazos a los que por su culpa se retiran de ellos y segura de sí misma dígales:

“Pueblos generosos, Puerto Rico y Cuba, perdonadme los tormentos que durante tres siglos os he impuesto. ¡En el nombre de Dios y obedeciendo a la razón y a la justicia, que ni para los individuos ni para los pueblos quieren la esclavitud, liguémonos con los vínculos de la libertad; sed libres dentro de vosotros mismos! Unámonos en nuestro común afecto, en nuestra conveniencia mutua; vivamos como hermanos, independientes unos de otros en nuestra propia vida; dependientes de todos en nuestras necesidades, en nuestras dificultades, en nuestras angustias comunes”.

El lazo de libertad que aun puede unir a las Antillas con España, es el lazo federal; el modo de realizar la independencia dentro de la dependencia, la federación.

He dicho lo bastante.

(El señor Aguilera pide la palabra y en nombre de su patriotismo, ataca el discurso del señor Hostos, lo culpa de antiespañol, cita el llamamiento de las Provincias de Ultramar a las Cortes de 1812 y culpa de ingratitud a las Antillas.)

El señor Hostos:—Por la justicia que hago al patriotismo del señor Aguilera, compare S. E. la firmeza y resolución del mío: yo estimo en los otros lo que animo en mí. Pero como yo no he atacado a España, sino que he dicho la verdad; como yo no he tratado una cuestión de patriotismo, señor Aguilera, sino que he tratado una

cuestión de justicia; como no he perdido el tiempo en repetir lo que la historia sabe, sino que lo he empleado en dar una solución salvadora a un problema cada vez más peligroso, repito firmemente cuanto he dicho y añadido que lejos de ser ingratas las colonias, no las provincias de Ultramar, han dado pruebas de su amor a la metrópoli, que ésta no ha pagado más que con la indiferencia.

(El señor Aguilera insiste en su prueba de convocatoria a Cortes y pregunta qué han hecho las Antillas por España).

El señor Hostos:—Antes he aplaudido el patriotismo del señor Aguilera, ahora aplaudo su habilidad, y no para que me lo agradezca, que yo aborrezco demasiado la habilidad para estimarla. En tanto que insiste una vez y otra vez en la convocatoria a Cortes del año 12, y las atribuye la emancipación de las colonias continentales, S. S. olvida hábilmente que entre 1812 y 1868, están 1837 y 1854. En 1812, primera evolución de la idea liberal en España, tiene razón S. S., las colonias americanas fueron llamadas a Cortes, ¿para qué?: para demostrarlas que aquí se tenía miedo a la libertad de las colonias. En lo que no tiene razón S. S., lo que es indigno de su ilustración, es la falsedad de que se hace eco. Supone S. S. que las colonias se emanciparon porque se les reconoció el derecho de exponer su pensamiento y sus necesidades en la Representación Nacional. Este es un absurdo digno de sus inventores.

En las colonias del Continente como en Cuba y Puerto Rico, hay una raza de explotadores, que por explotarlo todo, se han hecho comerciantes de carne humana: esa “buena gente” veía y ve que la libertad hubiera destruído el edificio que el despotismo y su codicia habían fabricado, y para evitar su destrucción en las Antillas imputaron a los derechos de 1812 la emanci-

pación de las colonias. La historia se ríe de esa *buen gente*. De lo que no se ríe la historia es de la indigna violación cometida en 1837. ¡Sabe S. S. lo que sucedió en 1837? Pues sepa que en 1837, segunda evolución de la idea liberal, fueron convocadas a Cortes Constituyentes las colonias que quedaban; pero como embarazaban por causas personales no muy dignas (abrigaban algunas *liberales* los temores de los monopolistas coloniales), se inventó un pretexto para desembarzarse de aquel obstáculo. Se dijeron: "Finjamos que damos un paso liberal: finjamos que queremos suma de libertades para Cuba y Puerto Rico, y quitémonos de encima a sus representantes, que pudieran muy bien parecerse a aquellos indomables americanos del sur que en 1812 eclipsaron con la suya nuestra gloria".

Y, señores, so pretexto de que España cambiaba su principio colonial, y progresaba del principio de asimilación al de expansión, del sistema español al inglés, pusieron un artículo adicional a su Constitución, y consumaron una iniquidad, y arrojaron del Congreso a los representantes de Cuba y Puerto Rico.

Llega el año 54, tercera evolución de la idea liberal en España, y ¡qué se hizo por Cuba y Puerto Rico? Nada.

Llega el año 68, ebullición de la idea liberal: triunfamos todos, porque todos hemos contribuído al triunfo de esta revolución, y acaso más enérgicamente los antillanos que en ella han tomado parte, que muchos de los que hoy gozan de sus frutos; cuando todos esperábamos, cuando todos anhelábamos que la revolución fuera digna de sí misma, que se extendiera a Cuba y Puerto Rico, cuando los que sirvieron a la libertad de aquí por servir a la de allá, esperábamos que así se premiarían los sacrificios que habíamos hecho, que así se compensara el valor con que habíamos hablado cuando todo el mundo

callaba, que así se cumplieran los compromisos personales, personales, sí señores, contraídos con algunos de nosotros en favor de nuestra patria: entonces se nos dice enseñándonos a Cuba armada contra la odiosa contribución que a ella como a Puerto Rico la ha esquilma-do, armada también contra la opresión que hemos venido aquí: entonces se nos dice: “o deponéis las armas o no hay libertades”, a lo cual contestan: “o nos dais las libertades o no deponemos las armas”.

Pregunta el señor Aguilera qué debe España a las Antillas. Les debe los sacrificios pecuniarios para ayudar a su guerra de Africa; les debe el dinero con que se hizo la guerra de Santo Domingo: les debe sobre todo la mansedumbre de tres siglos de paciencia con que han esperado la libertad que necesitaban: les debe la justicia, que es lo que pedimos. (Varias voces: “¡Sí, justicia!”.)

(El Presidente, en frases enérgicamente inspiradas por un alto sentimiento de patriotismo, reconoce el del señor Hostos, y le ruega delicadamente declarar que no ha estado en su ánimo estimular con sus palabras los sucesos de Cuba.)

El Sr. Hostos:—El señor Moreno Nieto, cuya maravillosa elocuencia he admirado en este instante más que nunca, me pide una declaración: yo voy a complacer a mi elocuente amigo haciendo dos declaraciones:

Primera: que no creo que el alzamiento de Cuba, producido por el hambre y por la opresión del régimen antiguo, se sostenga contra la libertad, en cuyos rápidos efectos, en cuya influencia para la pacificación espero yo.

Segunda: que si contra lo que espero no se hiciera justicia, y allí, con el derecho que se ha usado aquí, se peleara en favor de la libertad, que arraiga en mi patria como en todas partes al modo que la planta en la tierra, no estaría yo en el Ateneo.

(El señor Presidente aplaude el alto patriotismo del señor Hostos que dice es tanto más digno de respeto cuanto que pasa de las palabras a los hechos.)

(El señor Goicorritea, defendiendo a un ausente, pregunta al señor Hostos qué tiene que decir de las contribuciones de Cuba y Puerto Rico.)

El Sr. Hostos:—Estoy de elogios; y como no sé a qué ausente ha aludido el caballero que tiene la bondad de interpelarme, diré, primero, que yo no me ocupo nunca de los hombres; he dicho y repito que las contribuciones son odiosas, producto de una combinación indigna. Los últimos hombres de aquel régimen, que se han ido porque arruinaban este país; los últimos hombres de aquel régimen concibieron un medio muy sencillo de rellenar las cajas que vaciaban: y mientras que desolaban a las tristes islas huracanes, que hacía veinte años no las visitaban; mientras que arrancaban de cuajo las cosechas; mientras que las deplomaban terremotos como jamás las habían estremecido; mientras que cruzados de brazos y los ojos fijos en el cielo, preguntaban “¡Hasta cuándo, Providencia!”, aquí les contestaban enviándoles una contribución que duplicaba y triplicaba el tipo del impuesto.

Madrid, enero 23, 1869.

A los señores que firmaron la petición al Gobierno provisional,

Ponce.

Señores: Cumpliendo con el deber de patriotismo que me aconseja la constante defensa de mi patria, me presenté en 19 del corriente al señor Presidente del Gobierno provisional, para entregarle la exposición que le dirigía.

No habiendo podido ir con el señor Julio Vizcarrondo, cuyas ocupaciones lo privaban del placer de prestar este servicio a su país, invité al señor don Manuel Alonso, de Guayama, y al señor don Santiago de Oppenheimer; al primero por sus trabajos intelectuales y profesionales así como los servicios patrióticos prestados al país, digno de representarlo; no menos digno el segundo, que era además por ser ponceño representante nato de su Villa.

Por creer de importancia política el relato de las entrevistas celebradas con el Presidente; por creer que en estos momentos, las palabras, las mismas insinuaciones tienen un valor de trascendencia, relataré puntual e imparcialmente las conferencias que, con motivo de la exposición, hemos celebrado con el jefe del Poder Ejecutivo.

Medítelas el país.

La primera entrevista, celebrada en 19 del corriente, fué breve. Al presentarle la exposición, dije al General Serrano que la misma incondicionalidad de la exposición era un síntoma del estado del país. No gozando de libertad alguna, las pide todas; no pudiendo fijar ninguna porque todas son igualmente preciosas, como (destruído) lo piden todo porque lo necesitan todo.

Queriendo probarnos que el Gobierno piensa en la extensión de la libertad a las Antillas, el jefe de él nos habló de la próxima aparición de la ley electoral y nos describió su mecanismo. Yo hablé de lo excesivo del censo (\$25) que se pensaba fijar, y de la insuficiencia del número de diputados. Demostré lo primero haciendo ver que la cuota electoral privaría de este derecho a multitud de individuos, y del derecho de ser elegidos a los hombres de inteligencia. A una objeción del Presidente contesté que el elemento inteligente pero pobre, conecedor de las inteligencias del país, dejaría de darles

representación por estar privado del derecho electoral. El Presidente reconoció la gravedad de la objeción, y prometió discutirla en Consejo de Ministros. El señor Alonso, a otra objeción del Presidente sobre el número de diputados, contestó demostrando que (destruído) la población total de Puerto Rico es menor, en una (destruído) que la de Cuba, la población libre es la misma.

Deseosos de interceder por los desgraciados que gimen en prisiones, pedimos una amnistía. El señor Alonso se hizo eco de este generoso deseo, que yo completé, pidiendo que se suspendiera inmediatamente la pena impuesta a los cinco dignos puertorriqueños que, después de indultados, han sido deportados. El Presidente reconoció la necesidad de hacer justicia a la petición; y prometió hacerla. Terminó la conferencia.

Tres días después, y por insinuación del señor Oppenheimer, volvimos a ver al jefe del Gobierno revolucionario.

Nos habló de las concesiones hechas, designándonos así el (destruído) de nueve a once diputados que constaba en el artículo primero de la ley electoral, publicada dos días antes, y de la amnistía dada a instancias nuestras a (destruído) complicados en el motín de Lares. Yo hice notar al Presidente que la concesión hecha en (destruído) electoral no era la más liberal; que (destruído) lo hubiera sido la disminución de censo, pues con esto hubiéramos conseguido, a saber no *más* diputados sino diputados más liberales. El Presidente excusó en defectos personales de uno de los ministros ésta y muchas otras pruebas de indiferencia e inercia que se dan en la política colonial de la Revolución. Insistiendo después en sus buenos deseos, el Presidente habló de la amnistía, “de la cual —dijo con suprema benevolencia—, sólo hemos excluído a los extranjeros”. El señor Hostos no ocultó el doloroso escándalo que le causaba esta

exclusión, y dijo que no conceptuaba ni política ni equitativa la medida, añadiendo que ni aun razón ostensible había para ello, pues la única persona, el señor Rojas, comprendida en la exclusión, no es extranjera. El señor Alonso vigorizó con datos personales sobre el señor Rojas la defensa hecha por el señor Hostos que demostró que hacía mucho tiempo que aquel digno hijo adoptivo de Puerto Rico podía considerarse como hijo nativo de la Isla, emigrado como estaba en ella desde su infancia. Generalizando el señor Hostos la idea envuelta en el anterior razonamiento, dijo que la Isla no podía recibir con gratitud una amnistía que sacrificaba a uno de sus defensores y que el mismo deber tenía de interceder por él que por el más querido de sus hijos. Y queriendo hacer prevalecer la idea de una política elevada, se valió como ejemplo de la contienda actual de Cuba, en donde habría una voz unánime para rechazar un perdón que no se extendiera con igual clemencia a extranjeros y a cubanos insurrectos. El Presidente, que había tomado nota de los datos suministrados por el señor Alonso sobre el venezolano Rojas y que había declarado su conformidad con el pensamiento de amnistía general, pedida por los comisionados, creyó conveniente declarar que no había igualdad entre el caso personal del señor Rojas, a quien efectivamente debía considerarse como puertorriqueño, y los extranjeros complicados en la insurrección de Cuba, "a los cuales —dijo—, opino que se debe fusilar".

Bajo la dolorosa impresión de estas palabras, hijas de una política de estrecho patriotismo (harto poderoso sin embargo para arrastrar a espíritus tan generosos como el del actual Presidente del Gobierno), continuó la entrevista. El señor Alonso, que tomando por tema un artículo de *El Imparcial* que denunciaba los actos de bár-

bara indiferencia que han hecho víctimas (destruido) los sesenta prisioneros muertos, combatió enérgicamente el sistema gubernativo de Puerto Rico, y describió los abusos, las inmoralidades, las arbitrariedades que lo forman (destruido) del señor Rojas, cuya impopularidad merecida describió apasionadamente, logrando que el Presidente tomara nota no se sabe si para deponerlo o para evitar que sus intrigas den la diputación que buscan. Habló también el señor Alonso de la intención tiránica que envuelve la diferencia entre criollos y peninsulares, la usurpación que éstos intentan de los negocios públicos; de las cartas de Rojas a los alcaldes para que lo vigilaran, del destierro voluntario que esa vigilancia enojosa le obligó a aceptar; de los servicios de su padre, militar español, de su pobreza y de su españolismo. El señor Hostos lo interrumpió diciendo que el fin de la entrevista era un alto fin político, insistió en la base fundamental de la conferencia, en el estado del país por la estrechez de miras de la política colonial, y a excitación del Presidente, denunció los errores de la ley electoral, declaró que presentaría contra ella una protesta, y señaló como atentatorio a la dignidad de las Antillas el preámbulo, el artículo 24, el adicional, y la orden que acompaña la ley, declarando el profundo descontento con que veía el espíritu de la política española “que —dijo— no contenta con herirnos en nuestros derechos, en nuestras libertades, en nuestra actividad moral e intelectual, nos agujonea en nuestra dignidad”. El Presidente manifestó deseos de conciliación, opinando que, a pesar del espíritu de la ley, vendrían diputados liberales. “Pero —añadió—, son tan fuertes los precedentes sentados por las diputaciones de América, se teme tanto la exaltación de los antillanos, y tanto se duda de que esté al nivel, y no más allá de las ideas gubernamentales...” Queriendo el señor Hostos desvanecer el error

histórico que atribuye a las diputaciones americanas lo que sólo debe atribuirse a la parsimonia política del sistema colonial, y deseando, al mismo tiempo, hacer comprender que en el estado crítico de las relaciones hispano-antillanas sólo la federación, bajo monarquía o república (que la forma de gobierno adoptada por los españoles nada debe importar a los antillanos, ni puede influir en el régimen autonómico que la federación satisfaría), dijo que la diputación americana del año 10 había sido modelo de cultura y de conciliación; que la causa inmediata y verdadera y necesaria de la explosión de sentimientos y de ideas que produjo, estaba en la misma historia colonial. “Régimen de silencio —dijo—, en el cual se amparan todos los horrores morales de la tiranía, cuando la luz de la (destruido) lo ilumina, lo destruye: el estallido es natural. En cuanto a nuestra exaltación, yo que no tengo ninguna cuando (destruido) los intereses de los pueblos, no puedo tener ninguna, porque mis teorías científicas son radicales, y sé que con ellas, o se va donde ellas llevan o la cuestión se convierte en problema de ser o no ser...”

El Presidente creyó que esta era una declaración de republicanism. Hombre de sentimientos generosos, pero de ideas circunscritas en el estrecho círculo de la política de partido, como casi todos sus compañeros de Gobierno, visiblemente inferior a la tarea revolucionaria que se ha impuesto; incapaz por lo mismo de comprender que en estados revolucionarios, ser revolucionario es ser conservador; estimulado por las pasiones políticas del momento; aguijoneado por el descontento de sí mismo que acompaña en todo espíritu sano a la desigualdad entre medios personales y los fines que ha aceptado, el Presidente se abandonó imprudentemente a una exaltación inmotivada; acusó al señor Hostos de atacar directa y personalmente al Gobierno provisional e intentando jus-

tificar su incontinencia de ademanes y su descompostura (ya bastante explicada por la inconfesa excitabilidad en que a él, como a todo el Gobierno, ha puesto la activa propaganda republicana), aludió calorosamente a las palabras con que el señor Hostos censuró los ataques que da a la dignidad de las Antillas la política que en ellas se sigue, y habló de su dignidad personal y negó temerariamente que pudiera nadie quejarse en nombre de la dignidad de las Antillas. Por más que el Presidente estuviera visiblemente sujeto a un error de interpretación, y por interpretar apasionadamente las palabras del señor Hostos, se hubiera abandonado a aquella irregular manifestación de la contrariedad que debe producirle la activa oposición de los republicanos, el señor Alonso quiso calmarlo diciéndole que él no era republicano. El señor Hostos se concretó a hacer constar que había sido mal comprendido, oyó con serenidad al Presidente, y cuando se hubo convencido de que la distancia oficial que lo separa del jefe del Gobierno le impedía hacer comprender la distancia moral que en aquel momento separaba al Presidente de él, se levantó.

Había pasado una hora llena de enseñanza para las Antillas.

Pensando en ellas y no en sí, el señor Hostos ha tenido el dominio de sí mismo que necesitaba para recoger esa enseñanza, y las resume en los puntos siguientes:

1º Excelentes deseos del Presidente del Gobierno provisional en favor de las Antillas combatidos por la inercia del Ministro de Ultramar, por la ignorancia o la indiferencia de los demás miembros del Gobierno, y por su propia debilidad.

2º Categórica declaración de la inutilidad del Ministro de Ultramar, e implícita de la inutilidad del empeño de conciliación que en las Antillas se manifiesta;

pues si por no tener el valor de separarse de un miembro inútil, el Gobierno arrastra las complicaciones que puede suscitarle, y ya le ha suscitado, su inconsecuencia en las Antillas, claro es que éstas no pueden ni deben tener confianza en la justicia de su causa ni en el derecho que la hace invencible, hasta tanto que, dueñas de sí mismas, acepten por pacto la unión que la fuerza les impone hoy.

3º Que de esta misma opinión es el Presidente del Gobierno, desde el momento en que, declarándose tan filibustero como los mismos hijos del país (*si por filibustero se entiende como dijo el querer la libertad de las Antillas*) reconoce que hay derecho para la separación, desde el mismo punto en que niegan esas libertades.

4º Que, posponiéndose en todo los intereses de las Antillas, hasta el punto de que las leyes que se hacen para ellas son obra aislada de un solo ministro, y no las conocen los demás hasta que ya se han publicado (como sucede con la ley electoral, que, según el relato del Presidente, ni él ni otro algún ministro la conocían, hasta que, publicada, él censuró y los demás aplaudieron), las Antillas no pueden ni deben consentir, so pena de indignidad, so pena de esclavitud perpetua, que así se legisle para ellas.

5º Que dependiendo la administración antillana de la discreta elección de funcionarios, no puede haber buena administración cuando se hace la elección "nunca tan mala como ahora", según dijo el Presidente, en favor de miserables como se dejan en Puerto Rico, como los que se envían a Cuba.

6º Que no puede una colonia adulta tener confianza en el régimen colonial que, aun bajo la idea transformadora de un gobierno revolucionario, sigue el espíritu de reserva y de silencio que demuestra el decreto electoral, firmado en diciembre y publicado a fines de enero.



7º Que Puerto Rico no debe esperar nada de una metrópoli que la desdigna, que la hace solidaria de los males y los bienes de Cuba, que so pretexto del estado de ésta, le niega los derechos y las libertades que podrían haberse planteado en ella, no sólo por deber de justicia, sino también como demostración de que, rompiendo con (destruido) del despotismo, la Revolución (destruido) la libertad en las Antillas (que puede las plantea).

8º Que toda la supuesta benevolencia del Gobierno revolucionario para Puerto Rico, nacía de la idea acariciada de que Puerto Rico era menos liberal y más contentadiza que Cuba.

9º Que esa benevolencia desaparece en el momento en que un hijo de Puerto Rico declara que la única fianza que quiere Puerto Rico es la federación, es decir, aquel sistema en que la unión es hija de un pacto entre soberanos iguales, y se mantiene por la conveniencia mutua, hasta que la mutua conveniencia la disuelve.

10. Que cuando el jefe de un Gobierno revolucionario se exalta porque un colono rechaza los ataques que se dirigen a la dignidad de su país, este país se hace responsable de su indignidad para presente y futuro si a tiempo no reivindica los derechos de su dignidad, que son los derechos más santos, más dignos de enérgica defensa.

Puesto que Ponce ha sido la primera en reclamar libertades, aprenda a reclamar el derecho inviolable de su dignidad.

Esta es la amonestación suprema que, deducida del relato fiel de las conferencias, le dirigen sus comisionados.

Madrid, Plaza de Oriente, mayo 29, 1869. (1)

El hombre completo es un edificio que no se acaba nunca. Con el mismo fin, más lúcidamente vislumbrado, que en 1858 me curó instintivamente de los desarreglos de la imaginación, emprendo hoy la tarea, tantas veces recomenzada, tantas veces abandonada, tantas veces reconocida como salvadora.

Entre entonces y hoy ¿qué diferencia? Una desfavorable. Entonces empezaba a vivir de mi razón; hoy empiezo a conocer toda la peligrosa fuerza de la imaginación. Entonces me combatía enérgicamente; hoy me combatiré con desmayado esfuerzo. De entonces acá, toda mi vida.

Toda mi vida ¿qué ha sido? Nada de juicios sintéticos: quiero un relato conciso y verdadero.

En 1858, obedeciendo involuntariamente a todos los impulsos sanos de mi sentimiento, maté las sensaciones, y concentré toda la vida de mi espíritu en aquel amor inconfeso, tributo pagado a la idealidad, antes que armonía de mi corazón con una realidad amarga. Amaba el ideal de mis sentimientos, y por eso fué él tan paternal, y por eso pude sacrificar, en aras de mi lealtad de amigo, la realidad que a mis ojos representaba el ideal de mis sentimientos.

(1) En esta fecha empezó Hostos de nuevo a escribir su *Diario*. Tras una agotante lucha infecunda, se convenció de que nada podía hacer en Madrid por la libertad y el bienestar de Cuba y Puerto Rico, y empezó a disponer su viaje al Continente, el cual efectuó pasando antes por París, donde estuvo poco más de un mes. (N. de los Comp.).

Pero aquel sacrificio es la historia de los dos años siguientes, y debo recordarlos. Ya en ellos empezó mi lucha con la realidad. Durante todo el año 59, hasta noviembre, estuve deglutiendo las primicias de mi sentimiento, y hubiera seguido deglutiéndolas inofensivamente, si la enfermedad de Carlos, que ya empezaba a amenazarme, no me hubiera obligado a volver a Puerto Rico. Volví en julio: y, prueba de que el conato amoroso de Madrid era una explosión de sentimiento: en San Juan estuve pendiente de las salidas nocturnas que hacía a su balcón una *blanca, finísima figura*, expresión que me representa a aquella joven mucho mejor que otro cualquier recuerdo. Después, en Mayagüez, otra blanca aparición (no lo recuerdo exactamente), borraría la impresión de la figura blanca, y satisfecho mi corazón con sus contemplaciones silenciosas, soportaba estoicamente los disgustos que me causaban la posición insegura en que me había colocado ante la familia, la rebeldía con que, por no estudiar, me oponía yo a continuar mi carrera de abogado.

Madrid, mayo 30, 69, día.

Puesto que no he hecho a tiempo el examen de los hechos que constituyen mi vida de los últimos diez años, resigneme a las continuas interrupciones que me impone la necesidad de observar los hechos presentes, y vayan mezclados los unos con los otros. Ayer me interrumpí para escribir a mi padre. Su carta del cuatro de mayo contesta a la en que yo planteaba resueltamente el problema de mi vida activa.

Decíale yo que era necesario prepararse para verme arrostrar todas las eventualidades del apostolado de justicia y libertad que he querido hacer en favor de nuestra patria, y, deseando que el fin por realizar y el deber por cumplir estuvieran sancionados por la bendición pa-

ternal, discutía con él mi posición actual en España y la necesidad de ir a Nueva York para desde allí, y probablemente desde Cuba, intentar con esfuerzos personales, con las armas en la mano, la conquista de la independencia.

El noble viejo contesta con el corazón. Teme y vacila.

Para calmarlo, he fundado en razón las resoluciones que ella, mi conciencia de hombre y mis deberes de ciudadano me aconsejan:

“Punto de partida: el sentimiento de la justicia que, esclarecido por la experiencia, se ha convertido en idea de justicia, en voluntad de justicia. Estimulado por este sentimiento-voluntad-idea, el patriotismo se ha hecho en mí una consecuencia inmediata de él, y más que al sentimiento de la patria, sirvo, al servirla, al de justicia. Ella es quien, haciéndome presenciar el desarrollo de la revolución peninsular, las inconsecuencias inicuas que comete en las Antillas, ha iluminado con su viva luz mi conciencia de ciudadano, y me manda completar la obra con tanto dolor secreto, con tan ignorada abnegación, en tan dolorosa soledad comenzada aquí. He hecho demasiado para retroceder. Me movía un sentimiento superior a todo interés, y me puse en pugna, no sólo con la ilógica de la revolución, con las reservas de su gobierno, con la defección de los antes defensores de las Antillas, así en la Cámara como en el periodismo, sino hasta con la opinión pública, con el espíritu y los vicios de la raza ibérica. No puedo, pues, seguir aquí, sin atraerme la indignación de los aleccionados y atraídos por mi propaganda escrita, y sin abdicar mi conciencia y mi dignidad y mis principios ante los que, contrarios a las manifestaciones de ellos, esperan que yo no vacile en sus últimas consecuencias. Por encima del compromiso libremente contraído por mí ante los hombres, están los compromi-

sos de mi idea. En las Antillas se viola la justicia: violación contumaz en la subsistencia de la esclavitud: violación irritante en la gestión económica; violación feroz, en la represión horrenda que se hace en Cuba, que se prepara en Puerto Rico; violación insensata en esta isla aplazando indefinidamente la satisfacción de sus tímidos deseos, mintiendo intenciones que nunca se realizan, disfrazando en apariencias de derecho la burla que se hace a su necesidad de justicia y libertad. ¿Se argumenta con la pasividad del país y lo poco dispuesto que estaría a seguirme? Respondo que todos los pueblos son pasivos antes de la revolución. ¿Que me espera la ingratitude? Respondo que éste es un vicio necesario, de que son irresponsables, hasta hoy, todos los pueblos, porque para agradecer es necesario conocer el servicio recibido, y la vida de (destruido) y sentimiento que hacen las sociedades conocidas, que hacen más las sociedades nacientes, obedecen harto poco a la razón para que sea ella la que las guíe en los juicios que forman de los hombres y los hechos. Hay injusticia en culpar a los pueblos por su pasividad y por su ingratitude, manifestaciones ambas de la necesidad de las revoluciones. Estas no son, no deben ser otra cosa que estímulos para el desarrollo de una sociedad, de una vida nacional cualquiera. Y como este estímulo impone siempre sacrificios, es natural, y acaso es necesario que haya resistencia de las fuerzas conservadoras. Ahora bien: como no hay orden, ni conservación de intereses, ni intereses permanentes que no tengan su fundamento natural y necesario en la libertad, en la justicia, en la dignidad, ninguna revolución debe hacerse que no corresponda al desarrollo de estas fuerzas morales de las sociedades: si la revolución no corresponde inmediatamente a esta necesidad, los pueblos son ingratos con los iniciadores de la revolución; por temer que no corresponda, son pasivos. La pasividad es un

vicio, producto de la atonía del despotismo; la ingratitude es un vicio de ignorancia, producto también del despotismo: al despotismo, sólo el esfuerzo revolucionario puede combatirlo con fruto; luego las revoluciones son tanto más necesarias cuanto mayor sea la pasividad de los pueblos antes de la revolución, y mayor la ingratitude que, después de ella, se prevea. Demostrada la necesidad de la revolución, y el deber personal de secundarla o iniciarla con las armas, he demostrado la fatalidad del hecho. Aun cuando él no fuera necesario en sí, lo hacen fatal la conducta del Gobierno español y las relaciones de la revolución peninsular con las Antillas. ¿Con qué derecho exige acatamiento una revolución que declara el derecho de emancipación contra el despotismo? Si España se emancipa de un despotismo personal ¿por qué exige sumisión al despotismo nacional? El derecho de independencia está virtualmente declarado por la revolución. Si España no fuera soberbia y apática, dos vicios que se patentizan en toda su historia colonial, hubiera apagado la revolución de Cuba, prevendría la de Puerto Rico, declarándoles que eran independientes. ¿Por qué ante esta sola idea, se exalta el sentimiento público? Porque la soberbia ibérica (lo que ellos llaman su *altivez*) no concibe que un pueblo dominado pueda rehusar el legado generoso de una tan noble nacionalidad como la española. ¿Por qué el Gobierno y la Asamblea Constituyente no se atreven a dirigir el sentimiento público, evitando los horrores de Cuba, consintiendo los horrores políticos de Puerto Rico? Porque uno y otra se entregan a la apática confianza de vencer con las armas en la mano a los que, arma en mano, los rechazan.

Estos son los argumentos mal desenvueltos que, por pereza intelectual no desenvuelvo más, y quiero conservar para que la pereza intelectual no me los arrebatte.

Que no convencerán a mi padre, lo dudo; pero dudo que lo persuadan. Está su afecto paternal demasiado interesado en el asunto. Pero ya he conseguido mi objeto principal, haciéndole pensar seriamente en la eventualidad de un cambio en mi vida, y me siento más dispuesto que nunca a verificar el cambio.

Mayo 31, 69, 4 tarde.

Si yo no hubiera tenido las postraciones de espíritu que más de una vez me han hecho pensar amargamente en la decadencia de mis fuerzas interiores, estaría contento de la serenidad con que he oído esa revelación; pero he vacilado demasiado, he obedecido demasiado a los accidentes de la vida, para creer que es un acto de magnanimidad. Cierto es que no he sentido más que piedad, honda piedad por esos pobres, y aquella rebeldía congénita a mi alma con que me convierte contra todas las violaciones de justicia; pero es cierto también que había presentido todo el mal, y que su revelación no ha sido tan repentina que no estuviera dispuesta mi razón a recibirla. No estaba dispuesto a recibir el choque con que debía lastimarme la pavorosa ceguedad, la torpeza de sentimiento que debilita e inutiliza a ese pobre diablo y tuve que contenerme para no destruir con un acto de cólera despreciativa el acto de justiciera piedad. ¡Incomprensible maraña de la vida! Los defectos de sus virtudes, desgraciando a los más virtuosos! La ignorancia, la inconciencia de sus vicios, fortaleciendo al vicioso. Esa pobre criatura, tan digna, tan generosa, tan magnánima, tan heroica, víctima de la obcecación de un día, del día funesto en que, despertando su sentimiento, amó por lástima. ¡Con qué sorprendente tranquilidad, me ha dicho: “No, eso es imposible: ¡si yo lo desamparo será un malvado!” No quiero reflexionar con la pluma;

quiero que estos apuntes sean miliarias de mi vida; reflexione en la conciencia y con el mejor instrumento de reflexión, con mi razón. Consigne, y baste, que el de hoy ha sido un día de admiraciones. Consérvase el recuerdo de este día, y esa carta preciosa que tan fielmente la retrata.

Una mañana deliciosa, mañana de lluvia y sol, de árboles rociados, de rocío refulgiendo en todas las hojas de todas las ramas; ambiente saludable, perfumes frescos, concierto de pájaros amantes, hubiera podido disipar las nieblas que se aglomeraban y me pesaban en el cerebro: había padecido anoche y tenía oscura la percepción. Lo observo con la pluma, porque más de una vez he observado con espanto que la libertad en que dejo a la imaginación cuando algo me conturba en la realidad, no sólo ha influido morbosamente en mi organismo sino que ha alterado las funciones normales y el ordenado funcionar de mis facultades. Observándolo a tiempo esta mañana, me esforcé por dejar de imaginar para poder pensar, y conseguí, tomando por punto de partida dos hechos diversos —las Conferencias Dominicales y el estado psicológico de Lola, esa infeliz víctima, que quiero y respeto tanto por infeliz cuanto por ser mi hermana—, dar fórmula a dos ideas confusas. Aquí se me presenta recónditamente una incertidumbre. Esas ideas, producto de rápidas miradas intelectuales a objetos de observación ¿son ideas de la razón o de la fantasía? ¿funciona ideando mi fantasía o razona imaginando mi razón? Hondo problema. Imaginando y razonando pensé: en una política científica cuyo fin la justicia, cuyo instrumento primo la razón, que en vez de ir del poder director hacia las fuerzas dirigidas fuera de éstas al poder; en vez de ser patrimonio aristocrático de unos cuantos, fuera el patrimonio de todas las madres a sus hijos: medios empleables; la eliminación de la conciencia por

el más puro esclarecimiento de la justicia-sentimiento-idea-voluntad;

En lo que es la virtud ante el mundo y en sí misma; es decir, en esa antinomia que existe entre la idea racional, la idea histórica y la de virtud. Según la historia y el común pensar, la virtud es un esfuerzo, es un triunfo accidental, de un momento, conseguido por un espíritu fuerte sobre un accidente extraño: de aquí, lo que se me ocurre llamar la aristocracia de la virtud, la idea de que hay un pequeño número de elegidos para los cuales sólo es asequible la virtud. Esta, según mi pensamiento, es democrática, permanente, natural: democrática, porque todos los hombres pueden ser virtuosos; permanente, porque no siendo un esfuerzo, sino sucesión de actos reflexivos para practicar sistemáticamente los conceptos de la razón, es una serie de momentos, y no una suma de actos, ideas y sentimientos, ordenados y dirigidos, no unidad casual en los actos virtuosos; natural porque nada lo es más que practicar rectamente lo que rectamente nos aconseja el consejero íntimo, esa conciencia que, en el fondo del mal como del bien, subsiste siempre como comprobación del distintivo racional del hombre;

En que las funciones de nuestras facultades creadoras son simultáneas, afirmación hecha con ocasión de la incertidumbre arriba consignada y de un recuerdo de mi idea de las tres conciencias. Educar una es educar todas las facultades —dice mi *En lo que pienso*—: con lo cual pensaba que, dada la armonía preestablecida, necesaria y consecuente de nuestras facultades, el desarrollo de una es siempre un desarrollo inicial de las otras;

En la situación de esa noble criatura, cuya vida está siendo prueba de que toda existencia racional es fondo y forma —o ideas, sentimientos, deseos y conductas—, y que siendo igualmente esenciales uno y otro, la maldad del uno influye hasta pervertirlo, en el otro aspecto de toda la vida;

En que la pobre criatura y el pobre diablo pecan por olvido de esta verdad, y como, siendo ambos dóciles, bien inclinados, capaces de conocer el bien y de seguirlo, estando dotados de aquella fuerza de afectos que sustituye la experiencia y transforma los más oscuros horizontes, ni uno ni otro ven la luz que hay en el suyo.

Junio, 3

Los hondos disgustos de familia que en estos días, sobre todo en el día treinta y uno, he soportado, han vuelto a dirigir mi espíritu hacia una idea que mil veces, en tiempos de más espontaneidad, concibió la imaginación. Esta es la idea: "Tengo más salud de alma cuando mi alma lucha, que cuando, abandonada al trabajo o al desvarío, se olvida de su carácter esencial". Así vista, es tan sencilla y tan verdadera la idea, que ya me asombra el haberme asombrado de ella. ¿Qué cosa hay más natural? El dolor moral tiene su origen y su remedio en el seno mismo del espíritu. Enseña a mirar y a ver interiormente. Mirar y ver interiormente es mirar y ver una fuerza siempre dispuesta a ejercitarse, cuyo ejercicio armoniza. Armonía es seguridad. Seguridad es salud. Esta se altera en el cuerpo, cuando las funciones orgánicas han perdido la inconscia seguridad con que se manifiesta toda ley natural. Se altera en el espíritu, cuando las funciones morales pierden la no más conscia seguridad que, ley natural también, recibe de su legítimo ejercicio.

Luchemos, pues, pero luchemos con todas nuestras fuerzas, con razón que dirija la voluntad y el sentimiento, con voluntad que secunde a la razón y al sentimiento, con sentimiento que armonice razón y voluntad. "Si quieres ser hombre completo, pon todas las fuerzas de tu alma en todos los actos de tu vida", decía no bastante consciamente, hace algún tiempo. La verdad del con-

sejo, eso es lo que racionalmente me enseñan los sinsabores de estos días.

¿Qué sinsabores son esos? La memoria del sentimiento es la única que no he perdido. Conserve ella el recuerdo; que si yo lo acompaño de sus frutos, jamás se borrarán de mi memoria. Yo no escribo para que algún día se recojan en mis escritos los hechos oscuros de mi vida. Escribo para recoger día por día el *substratum* intelectual de los sucesos.

Uno de los que hoy me preocupan es el previsto de ser electo diputado. La carta de R., que hoy recibo, confirma las afirmaciones de A. ¿Qué debo hacer? ¿Llevar mi consecuencia hasta la negativa, o servir a mi país hasta aceptar su representación? Lo pensaré paseando.

Si llevo a mi paseo matinal un pensamiento fijo, no me sucede lo que hoy. Hoy he divagado hasta desvanecerme, hasta olvidarme de la naturaleza circunstante, para admirar cuya belleza encantadora tuve que hacer esfuerzos denodados. Bien los pagó mi complacencia: ¡qué aire, qué luz, qué colores, qué perfumes, qué sonidos, qué serenidad, qué majestad, qué armonía placentera! La asociación de ideas era inevitable, y asocié a mi complacencia de momento el recuerdo de la naturaleza patria. ¡Ah! ¡cuándo me dará mi esfuerzo la patria que idealmente estoy construyéndome hace años!

Madrid, P. de Ote., junio 4, 69.

Ayer conmovió a Madrid la inesperada noticia del embarque forzoso de Dulce. Los voluntarios de la Habana han tomado una resolución que simplifica el problema allí planteado. No hay posibilidad de gobernar sin someterse a ellos. Someterse es, por una parte, abdicar en ellos; por otra parte, alejar cada vez más a los cubanos. Su independencia es, pues, un hecho consumado. Sosténganse algún tiempo los revolucionarios, sus-

cítese una cuestión, por insignificante que parezca, de la cual puedan los Estados Unidos tomar punto de partida para intervenir en Cuba, y la causa de justicia habrá dado a las Antillas el primer paso.

Plaza de Oriente N^o 7, junio 8.

En medio del éxtasis dulcísimo de que gozaba contemplando los árboles y el cielo, oyendo a los ruiseñores y siguiendo sus alegres movimientos, me sorprendió este pensamiento: ¿Se puede, en conciencia y con probabilidad de bien, arrastrar a Puerto Rico en la acción revolucionaria? Recordé lo que había escrito a Azcárate, volví a pensar que las sociedades son entidades sujetas, como el individuo racional, a la doble ley de su desarrollo biológico y psicológico, creí patente la necesidad de una evolución, y tengo por necesaria y útil la que estoy predicando desde que por primera vez me ocupé del porvenir de aquellos pueblos. Pero como no hay verdad científica que no necesite medios idóneos para realizarse, me pregunté con qué medios, con qué arte político, con qué instrumentos, con qué conducta contamos para aplicar la verdad casi conquistada, y estoy inquieto. Si la revolución pudiera hacerse sin una larga lucha, tal vez podría responder del éxito. Si la lucha es larga, y desencadena las ambiciones de los ignorantes, ¿qué éxito será el de la revolución?

París, Boulevard St. Germain, 40, septiembre, domingo 5, 1869 (1).

Si tuviera que responderme a la pregunta de más arriba y hubiera de consultarme a mí mismo, no podría responderme muy favorablemente. No hay triunfo sin

(1) Los diarios de septiembre 5 a octubre 10, inclusives, han sido traducidos del francés, idioma en el cual escribió Hostos estas páginas. (N. de los Comp.)

lucha, y no luchamos sino cuando nos ponemos a hacerlo. Esto es lo que me digo desde mi llegada a París, el primero de este mes. He hecho una millonada de cosillas sin arribar a nada; ni siquiera una que pudiera ponerse a la cuenta de la patria. En realidad, siempre el dinero; pero siempre también la debilidad.

Septiembre 10.

Me atenacea el pensamiento: que no hago nada; que estoy en donde mismo este mes del año pasado. Aun cuando me parece que es mucho cargarse con faltas de que uno no es sólo responsable, y que vea que es la ausencia de V. lo que accidentalmente priva de fuerzas a mi resolución; aun cuando vea claro que faltando el dinero nada puede hacerse, me pregunto por qué he emprendido este viaje trascendental en condiciones tan embarazosas como las mías. Si la falta de dinero conlleva en mí parálisis de fuerzas, ¿a qué he venido?

Septiembre 11.

Más por huir de esta enojosa soledad que por cualquiera otra razón, fuí ayer a casa de los cubanos. Me convencí allí de una verdad palpable: la de que no se estima a nadie que no se conoce. Pensamiento inmediato de relación: esquivar relaciones con personas que no lo conocen, para no exponerse a tormentos de amor propio cuyas amarguras no se necesita experimentar.

Blanco vino ayer a verme a propósito de asuntos que pueden algún día tener su utilidad. Acosta no ha venido. Los jóvenes de Puerto Rico no vienen a verme. Veré a ver lo que hace G. ¿Qué se ha hecho de F.?

Lunes 13 de septiembre.

Por las mañanas al levantarme, lo mismo que por las tardes al pasear por la ciudad, no pienso en otra cosa que en el insoportable tormento que es tener que matar el tiempo. Al levantarme, eso se me hace soportable y hasta agradable, yéndome al Jardín de Plantas, a observar los animales del jardín zoológico. Después de comida, salgo, más por no dar una idea desventajosa de mí mismo a las gentes de la casa y a los vecinos que por el placer de salir. Pero antes, una mirada escrutadora al horizonte. ¡Lloverá?... esa nube... pero más allá está claro... sí, pero... ahí está la luna... sí, pero aquellas nubes van a envolverla. Primera vacilación, que venzo, como siempre, más por ejercicio de voluntad que por convicción. Y me echo a andar: la media luz de las plazoletas, la luz espléndida de las plazas y los parques, los efectos luminosos de que se goza desde los puentes más frecuentados, el panorama sin igual del Arco de Triunfo, la línea luminosa de la calle Rívoli, el aspecto deslumbrante de los *boulevards*, los café-conciertos, los teatros Guignol de los Campos Elíseos, los almacenes de los pasajes, el eterno vaivén de las avenidas, la vida alegre de que son ejemplares engañosos el Boulevard de los Italianos, Montmartre y Poissonier, las silenciosas devociones o la resignación a la miseria de que se ven pruebas en los obreros retrasados que ni siquiera miran, que casi no respiran; el espectáculo repugnante de los borrachos que por todas partes hacen vacilar su dignidad, el agua, la tierra, el cielo, los campos, los árboles, las flores, hacen el París visible, el París exterior, el París que uno puede ver; lo vi muchas veces el año pasado, cuando empujado hasta la orilla del Sena por una idea gemela de la que ahora me ha traído paseaba por todas partes, como hoy, mis desconocidos dolores, mi pobreza y

mi pensamiento universal. Así veo, y veo mejor lo que ya había visto: pero ya no hay el placer de lo desconocido, y mientras que camino con paso firme por calles y paseos que ya conozco, la soledad, la impotencia de mis medios, que siempre coincide con la riqueza de voluntad, con la potencia de los fines buscados, veo al obrero que lleva del brazo a su obrera, al adolescente que saborea de antemano el primer placer que le promete su compañera, al estudiante que abraza *urbi et orbe* su *cocotte*, y me pregunto a dónde voy, y por qué voy solo, siempre pensativo, y cómo puedo sufrir esta eterna atención de espíritu que jamás ha gozado del placer de las compensaciones. Y de vacilación en vacilación, todas las noches doy mi paseo, una por el Arco de Triunfo, otras por los boulevards centrales, pasando por la Avenida (destruido) y el arrabal de San Antonio, conociendo bien mi situación para llevarla con dignidad, a menudo descontento de mí mismo y de los otros, siempre soñando con el porvenir de mi país, siempre fiel a mis ideas.

Esta necesidad de variedad, de compañía, de distracción, que constituye una necesidad de nuestro espíritu, puesto que su no satisfacción constituye un estado patológico del alma, me ha hecho perdonar sinceramente a los viciosos, así como he perdonado a los criminales. ¡Por qué han de dejar de fumar los que fuman, beber los que beben abusivamente, de jugar los que juegan, de amar sin pudor los que así aman, espíritus sin educación como son en su mayor parte, cuando los espíritus cuidadosa, victoriosamente dirigidos, se encuentran mal después de una abstención convencional, circunstancial, forzada o voluntaria, de esos pequeños placeres que convidan a vivir? ¿No hay otros placeres? Ciertamente que los hay, pero son placeres costosos que no puede permitirse quien ni siquiera tiene para leer o beber una taza de café. De lo que he deducido, observándome a mí mis-

mo, que la mayor parte de los placeres por inocentes que sean, constituyen una verdadera necesidad para quien no tiene dinero para procurarse otros o bastante educación moral para rechazar los que no son dignos de un alma digna. Y como no hay necesidad, artificial o real, que no tenga su fondo en lo más íntimo de nuestro ser, he buscado ahí y encontrado (destruido) la necesidad de los placeres. El hombre es un condenado al trabajo. Y a falta de él sufre. Camina, fuma, goza, bebe, ama, trabaja con el alma o con el cuerpo, con los nervios o con el cerebro y el condenado vivirá; deja de trabajar, y el condenado morirá.

Así, no hay más que mirarme, que ver mi alma, conocer un poco mi conciencia, saber la tarea que yo me he echado auestas, para saber si sufro o no en esta inopia de acción, de ideas, de medios y de dinero en que yo vivo. Y sin embargo, no se sabrá todo lo que yo sufro. Mientras más consciente es una posición, más feliz o desgraciada. La mía estaba prevista, sabida de antemano, profetizada; es la del año pasado aquí mismo, la de los años anteriores en España; es la tenaz anteposición de deberes en todas partes obsedidos, de ideas en todas partes renegados, a los intereses personales, aún a los deberes de familia, de hijo, de hermano.

Fué Acosta quien aconsejándome asegurar algo para papá y Rosita antes de lanzarme me recordaba mi deber de hijo voluntariamente pospuesto. Hoy es una carta de Lola que viene a recordarme un deber de hermano a sabiendas esquivado. Esta pobre criatura renueva en mí todas las pasiones desvanecidas, con su desenvoltura. Olvidémosla. No se debe pensar en aquello de que no se puede hablar.

No estoy contento del axioma en que me embozo: quisiera decirlo todo, verlo todo cara a cara, claramente, luminosamente, en razón, en conciencia: pero la pereza

de voluntad rival de mi pereza intelectual, teme al trabajo. Pero sin embargo, combatiendo como combatía contra mis vicios, yo hubiera ya dado un corte definitivo en Madrid a este asunto, pero Lola no lo consintió. Mientras Lola lo permita, eso será su desgracia y nuestra deshonra.

Nuestra vergüenza, sí. Nada más vergonzoso que ver a uno de los suyos atormentado en vida, unido por la ley a un miserable. Los portugueses tienen razón: es un miserable el que le pega a una mujer. Es otro el que lo sabe y lo consiente, y esta es la dificultad que yo sufro remordiéndome de no haber obrado apasionadamente con el indigno. Cuando pienso en eso y veo en lo que ha venido a caer Engracia, tan llena de un porvenir intelectual, y pienso en la familia a la cual, por dobles lazos, nosotros nos hemos unido, apruebo esta sensación intelectual que no tiene equivalente más que en el pudor; es como la vergüenza de ver un tesoro arrastrado por la muerte. Sí, esta familia lo es. Pero tal es sin embargo, la fuerza de la razón y el poder de la conciencia, que aun sintiéndome tocado me encuentro y encuentro a mi familia más limpios que nunca.

París, septiembre 14, 1 de la tarde.

Mientras daba mi paseo habitual esta mañana oí cerca de mí a un joven español que al ver a un aguilucho exclamó: "como en Asturias... pero aquellas...". Y creyó un deber de patriotismo preferir los aguiluchos asturianos a los franceses. Y yo de soñar. ¡De dónde viene eso, por qué es eso así? ¡Por qué nos agarramos así al suelo natal? Creo haber encontrado la razón. La dejo aquí para volver a ella, y pensar sobre ella. Amamos la patria porque es un punto de partida. La vida es un viaje; la razón no sabría encontrar el punto de par-

tida si no fuera por el terruño cuya imagen atrayente vemos por todas partes. He llegado a darle gran desarrollo a esta idea, pero la pereza intelectual, haciendo su obra, aún, me detiene aquí.

Hice muy mal porque el asunto es capital para mí. ¿Por qué? ¿Quién sufre o goza más de las renovaciones alternativamente tristes o placenteras de la patria que yo? ¿Para quién es como para mí, cuestión de vida o muerte, de ser o no ser, la de hacer una patria política, social, intelectual, moral, de la que geográficamente debo a la naturaleza? ¿Para quién es que una virtud a sabiendas, fríamente convertida en vicio —tanto como para aquel que se elimina a sí mismo, su familia, todo, delante de la idea de la patria— es motivo de los remordimientos más punzantes, en días de inactividad involuntaria o, como ayer, determinada por la entristecedora reflexión intelectual de los sacrificios hechos a la patria? No es la primera vez, porque pienso en ello cada vez que tengo que dirigirme a alguno de mis compatriotas, pero fué ayer cuando leyendo un telegrama sobre Puerto Rico, me hice las más desoladoras reflexiones y sentí los remordimientos más amargos. ¿Cómo —me sorprendí diciéndome— hacen en su ausencia lo que no han querido hacer en mi presencia, y el sueño de algunos años de martirio va a realizarse en el momento en que yo no puedo ni debo contribuir a su realización? ¿Será posible que habiéndolo aventurado y perdido todo, en el momento en que tengo más fuerzas para renegar de la injusticia y de la tiranía éstos desmienten con sus actos mi oposición furiosa? Y todavía hoy me pregunto: habiendo yo hecho tanto por construir el edificio de la independencia patria, ¿seré yo el único que en el momento de gozarla no vaya a poder participar de ella? Muchas veces he pensado morir por mis ideas, ser inmolado por mi pensamiento, martirizado voluntariamente por la jus-

ticia, y lo mismo que no he retrocedido ante mi conciencia, yo no retrocedería ante mi organismo físico: miro esta eventualidad sin trepidar; lo que no veo tranquilamente es ese yo no sé qué estrago fisiológico al cual atribuyo esta frialdad, esta impasibilidad en mi visión. Puede ser que ella sea producida por cualquiera otra causa. Siempre he vivido sólo con mi pensamiento: jamás, puedo afirmarlo categóricamente, jamás he sido alentado, jamás he tenido partidarios conocidos, y la soledad de las ideas tanto como la de la persona hace languidecer todo esfuerzo. A propósito y en confirmación de lo cual, recuerdo dos reflexiones trascendentales que en mis paseos me he hecho últimamente. Soñaba a la vez con el porvenir de mi país y con el pasado del cristianismo, y mientras me acobardaba pensar en el estado moral e intelectual de mis compatriotas, me fortalecía pensando en la historia del cristianismo: ¿qué fué lo que le dió el triunfo? La predicación de una idea humana. Tan pronto como oyó la palabra reveladora *Amaos los unos a los otros* la humanidad se levantó de su lecho crapuloso, de su indignidad aceptada: ¿por qué desesperar de la influencia de una idea no menos humana *contemplaos los unos a los otros y curaos del mal de indignidad?* Un muchacho empujaba, provocaba un cachorro de zorra del Jardín Zoológico: “¿Con qué derecho lo maltrata, —le dije—, qué le ha hecho él?” Y como todavía una hora después yo rumiaba esta extraña exhortación, me puse a sondear su profundidad. Ciertamente, yo tenía razón en hablar de derecho: el derecho es una fuerza, y todos los hombres sabemos que la fuerza no tiene derecho contra la debilidad. Yo había hablado de una bestia como si lo hubiera hecho de una persona, y tenía razón: el precepto racional: “No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti mismo”, es de tan estricta aplicación a las relaciones de los hombres con los

animales, como a los de los humanos entre sí. De aquí la deducción siguiente: Si el cristianismo ha hecho tanto con sólo enunciar su aforismo, si yo he aplacado la furia irreflexiva de un vagabundo con sólo pronunciarle una verdad de conciencia universal, *sigue tu camino siempre que sean la justicia y la razón quienes te escolten*. O lo que es lo mismo: no te descorazonen los obstáculos del momento: si llevas una idea universal, ella llegará a su fin. Releyendo por casualidad la afirmación final, he pensado en la que hace la *Gaceta de Madrid*, del día doce, cuyo decreto sobre la formación de una comisión para decidir el número y carácter de las reformas políticas y administrativas que deben hacerse al gobierno de la isla de Puerto Rico, puede hacer inútiles todas mis gestiones.

Septiembre 15, mediodía.

Mi decisión de ir al Boulevard Montparnasse si todavía se dan este año las conferencias de invierno que contribuyeron tan poderosamente a hacerme soportable la soledad del año pasado, ha tenido éxito. Las conferencias, aunque menos asiduamente, continúan todavía. Han dado una que yo puedo aprovechar. Versó sobre las fronteras marítimas de la Francia. El profesor era un hombre como de cincuenta años, de aspecto franco, de intención galaica, de palabra fácil, de erudición mariposeante. No dijo nada profundo, pero engarzó de tal modo su descripción topográfica con anécdotas históricas y éstas en alusiones políticas, que me gustó mucho oírle, y el público se asoció a mi satisfacción. El público francés, cualquiera que sea, es muy fácil al aplauso, porque es muy sensible a los placeres estéticos. Todo lo que tiene colorido, aunque sea pasajero, le complace. También es un público cuyo encogimiento político es fácil de observar. Así, aun cuando le gusta, a estilo ate-

niense, el epigrama político, cuando percibe uno, necesita otro y otro para animarse: si el orador no lo estimula, él no se estimula a sí mismo. El epigrama político era lo mejor de la oratoria del conferencista de la otra noche.

Una carta de Ramón Freyre me ha sacado de muchas dudas. Me alegro que todo le salga bien. El habla también del efecto producido en España por la nota americana relativa a Cuba, y lo que me dice, me anima. ¡Adelante pues!

Septiembre 16.

Ayer tarde tres encuentros: con Matingo, con Asquerino, con Fortún-Lanza. Con Matingo y sus dos hijas, fué un momento de historia pasada. El, antiguo empleado de mi padre, pasea por Europa una fortuna de quien éste no ha recibido favores: ellas, las hijas del dependiente, están en una holgura de que ya no gozan las hijas del patrón de su padre. La fortuna cambia, los defectos triunfan sobre las buenas cualidades vencidas. Habría sido un momento de envidia si yo me conociera menos, o fuera sensible a la odiosa pasión, pero tengo bastante corazón y bastante razón para atribuir los efectos a sus causas naturales. Matingo se dedicó a levantar una fortuna, y lo consiguió. Mi padre ha luchado demasiado para dedicarse exclusivamente a hacer dinero. Esta simple reflexión no lo es tanto para todos, que aquel de los dos que ha salido victorioso no sienta orgullo. Así, él no me vió, yo no le vi sin cierto encogimiento: el suyo, de ver a un pobre que era rico antes que él; el mío de ver a un rico que no lo era en los buenos tiempos de mi familia. Hablamos, y oí lo de siempre. Los ricos no pueden vivir en el país, y los señores se van. Y cuando se ve desde el primer momento cómo se forman esas grandes situaciones que tienen por salida na-

tural la revolución, y uno se dedica completamente a ella —no solamente por adhesión a sus ideas, sino también por reacción contra los egoístas y los débiles— se ve también la desaparición continua de los elementos que uno necesita, y se ve uno furiosamente empujado al abismo. Pues como la sima está muy lejos, no queda otro centro de gravedad que el abismo. ¡Y bien!... En lugar de hablarle, me deshice de Asquerino. No son capaces de comprender que un hombre que ama la justicia y la libertad pueda verse obligado a dejarlo todo por sus ideas, y temo a las discusiones ociosas. La entablada con Fortún no fué ni útil ni profunda, pero versó sobre la cuestión de las Antillas, y en ésta siempre encuentro provecho. El de ayer ha sido el conocimiento próximo de uno de los tipos de los partidarios de la revolución: el indeciso. Hay más de los que uno cree. Por lo demás ése no fué el único provecho de mi encuentro con los dos cubanos.

Hace una hora recibí una carta de Lola que todavía no me he atrevido abrir. Una alarma a pura pérdida. No era una carta de mi hermana sino de su marido. Me habla fraternalmente, y me da la única prueba de fraternidad que yo hubiera querido pedirle, la de llevar a Lola a Puerto Rico. ¡Oh! ¡bendigamos al buen Dios!

Septiembre 17, medianoche.

He trabajado todo el día y me preparo a trabajar esta noche, y estoy contento. Mi paseo a la luz de la siempre querida luna agrega a mi bienestar, y he meditado dulce, tranquilamente sobre mi pobreza. Me decía con profunda convicción, que es un estado en que se tienen todas las sollicitaciones de la virtud, la fuerza, y ninguno de los atractivos del vicio, la debilidad. Y como hasta mañana o pasado no tendré que contestar ninguna

petición de dinero, no he tenido necesidad de él, y mis pies han sustituido el coche, mis diálogos internos al placer de los entretenimientos, mi continencia a los placeres del amor comprado. Tenía lo que tengo: noventa y cinco céntimos con que yo pensaba tan decididamente oponerme a las asechanzas de lo imprevisto, que al pasar la calle del Sena, tuve la viveza de pensar en mis imprevistos, al encontrarme con uno delante de mí. Una joven con un pequeñuelo en brazos pedía limosna. Pedir limosna en París es cosa difícil. Los mendigos no son sólo perseguidos por la policía sino rechazados por la indiferencia sistemática del público. La gente ocupada rechaza a los pobres como a un obstáculo de que hay que desembarazarse; los que buscan placer les huyen como la luz de las tinieblas; los descuidados no se cuidan de nada; los cuidadosos sólo se cuidan de ellos mismos; los paseantes, matan el tiempo o hacen la digestión, y sabiendo que la administración se cuida bien de evitar la mendicidad en las calles, no creen en la necesidad cuando la ven. Yo creo en ella, al contrario, y con tal fuerza que en París no se me ocurre como en Madrid discutir la miseria. La de la pobre mujer debía ser anonadadora. Me tendía los brazos mostrándome al pequeñuelo, balbuceando frases que las lágrimas entrecortaban y que yo no pude entender, y que no por eso me conmovieron menos, pero pasé de largo!... Continué hasta la esquina con la mano en el bolsillo, proponiéndome devolverme para socorrerla, el recuerdo de mis imprevistos torturándome la imaginación y un reproche punzante en la conciencia. Y ahora, sin por eso perdonarme, me he dicho que la miseria es una cadena, y he deseado para siempre el freno de la pobreza. ¡Qué pobreza! ¡Oh!, bien entendido, la que baste a las necesidades de mi familia, y aleje de mi conciencia la lucha tantas veces librada en ella entre mi conmiseración y mi egoísmo. Este

espíritu de propia conservación —lazo por el cual al ligar el individuo a sí mismo ha sabido la naturaleza entreligar los hombres—, ¿es tan exigente, despeja la cabeza tan por completo de pasiones o errores o heroísmos apacentados, que oscurece las luces más largo tiempo, más cuidadosamente prendidas en nuestra razón y en nuestra conciencia? Desde que trabajo y al trabajar pienso en el fruto posible de mi esfuerzo y en la posibilidad de por él hacerme independiente de todo y de todos, pienso menos exclusivamente en mi país. Y sin embargo es para ir a mi país, para poder ir con mis propios recursos, sin tener que apelar a otros, sin recurrir a los cubanos, sin manchar mi devoción a la causa con la mancha de un interés cualquiera, es con este noble espíritu, con esta intención digna que trabajo. ¿A qué entonces esa contradicción? Porque uno tiene siempre que desasirse, uno está siempre sujeto a las necesidades de esta intrincada naturaleza nuestra, y ésta pide recompensa a todo trabajo, a la recompensa bienestar, al bienestar un objeto limitado, y el trabajo se empuja naturalmente, obedeciendo a esa ley, a esa razón, por un camino completamente distinto del que yo quisiera seguir. Por otra parte, si debo creer a mis temores de hoy, no es de no ir a mi deber en las Islas, sino de quedarme en mis angustias de París, a lo que yo debo temer. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla. Fiando mi porvenir al trabajo que he depositado en el buzón del *Gaulois*, su admisión o no es de una importancia capital. Oponiendo ésta al valor del artículo, el artículo no vale nada. E imagino, y pienso, y veo los jueces del concurso leer, con la sonrisa en los labios, mis durezas, y me veo rechazado, lejos de mi ideal, condenado a esta realidad de abandono, de soledad, de miseria y de impotencia. Probemos, por si acaso, al *Figaro*.

Septiembre 18, 1¼.

Como es por costumbre mi inteligencia, cuando no ve bien claramente el fin y los medios, así es su proceder difícil, vacilante. Todos mis esfuerzos han sido inútiles para llegar a algo notable. Se trataba a la vez de juzgar el estado actual de la Francia, según lo denuncian sus periódicos, y por la fuerza del movimiento latente que se apercibe en ella, examinar el doble malestar de Europa y de la Francia en sus relaciones sociales descubiertas por las discusiones socialistas en todas partes y por el temor que ha causado la abolición de la propiedad en el Congreso Internacional de Bde. Ambos asuntos son de interés palpitante, tanto que no he podido decidirme por uno o por otro. Nada extraño entonces que no haya podido gozar de la belleza de la noche ni de la serenidad de mi espíritu. Fui a ver a Valiente, que creía había llegado; pero no lo ha hecho todavía. Esperaré su carta. Allí encontré a Echevarría que me saludó muy deferentemente. Espero tranquilamente el domingo. Como probablemente me rechazarán, tendré que preparar otro trabajo, más para reconfortarme que porque yo tenga confianza en mi diálogo socrático. En fin, allá veremos.

Septiembre 19.

Mientras leía ahora la narración del momento en que el Dr. Hayes, después de sufrimientos increíbles y gracias a una resistencia heroica, descubrió la parte de la mar libre del Polo, opuesta a la en que el Dr. Kane había en 1853 enarbolado el pabellón americano, me sentía lleno de la angustia del entusiasmo, y pensaba en mi ría, en mi mar libre, en mis hechos, en mis esfuerzos, en mis sufrimientos. ¡Qué son ellos comparados con el fin por alcanzar? ¡Quién es aquel que habiendo conocido los ardores de una vida llena por un pensamiento quisie-

ra abandonarlo? Aun cuando no hiciera nada por el momento, aun teniendo que quedarme en mi misma soledad, aun sintiéndome de hecho abandonado, trabajo por mi idea. Tiempos vendrán en que con esfuerzos menos dolorosos, el deslumbramiento será más vivo y la victoria más cierta. ¿Habré triunfado en el *Gaulois*? Ni lo sé ni lo espero. Tampoco sé si Valiente ha llegado, como tampoco su carta, ni informes de Fortún. El tiempo no pasa sólo para mis ideas, pues también sobre mis créditos, y ya veo caer sobre mí al locatario y al hostelero. Así, no hay tranquilidad completa. Lluve a cántaros. Al decirme *Tanto mejor*, no pensaba que tengo que salir, que no tengo paraguas, ni dinero con qué comprarlo, ni con qué pagar mi asiento en el ómnibus, ni tiempo ni menosprecio bastante para curarme de mi temor al ridículo en que caigo a mis propios ojos cuando veo rodar la lluvia sobre mi sombrero y mis vestidos.

Septiembre 20.

He pasado casi todo el día en rehacer, como yo rehago, el diálogo sobre las fuerzas, al mismo tiempo que lo copiaba y me prometía de él más de lo que me había prometido ya del *Plébiscite inaperçu*. Voy a adjuntar este artículo a estos exámenes de mí mismo para recordar siempre esta primera prueba. No ha tenido éxito. No sé si este trabajo pertenece a la categoría de los *modestos* o a la de los *peligrosos* de que habla el *Gaulois* al informar de su sufragio a los concurrentes. Sólo sé que no por esperado me ha abismado menos este rechazo. He visto de golpe el vacío de mi situación, y he tratado de salir de ella buscándome auxiliares. Fuí a casa de Valiente, pero no ha vuelto todavía. Fortún ha ido a buscarle. Lanza vive en una casa que no he podido encontrar, que me he alegrado de no haber encontrado, por lo que me disgusta el verme obligado a subirlo a mi nivel

o a bajarme al suyo. He pensado en mis auxiliares más naturales, los puertorriqueños Blanco, Acosta, Matingo. Pero ¡qué voy a esperar de gente que sabiendo mi sacrificio —¡sacrificios!... ya basta de esta palabra—, que sabiendo la tenacidad que pongo en el cumplimiento de mis deberes, en vez de animarme, me descorazonan? Sin embargo, apelaré a ellos no sólo para salir de esta situación, sino también para probarlos. He aquí lo que pienso. Hablaré a Acosta para que me procure un trabajo cualquiera de sus corresponsales. Si él no lo obtiene esperaré hasta el concurso del 26. Reposado, y habiendo cumplido con mi deber, si los cubanos, si Valiente no quieren o no pueden quitarme de encima esta montaña, encargaré a Blanco y Acosta que vayan a hablar en mi nombre a Matingo.

Este obstáculo del dinero es mi tormento. El me ha hecho perder las mejores ocasiones, los mejores auxiliares, me ha hecho inspirar sospechas a aquellos que no podían dudar de la grandeza de mis ideas, de la pureza de mis intenciones. Mi obra de Barcelona, que hubiera podido ser tan grande, fracasó por falta de dinero, que también me ha hecho dejar mis mejores amigos. Mi obra de París el año pasado, que era la continuación de la de Barcelona, fracasó por falta de dinero; mi obra de Madrid, desde la revolución hasta febrero, hubiera podido convertirse en un porvenir, y nada me ha dejado, por falta de dinero. Cuando concebí mi partida de Barcelona para venir aquí a hacer la gran tarea, tuve que recurrir a amigos, al crédito; y todavía no he podido satisfacerles. Cuando concebí mi gran idea del levantamiento de Cataluña, hube de recurrir a amigos, al crédito, y aun no he podido satisfacerlos. Cuando concebí toda la trascendencia de mi deber y me convencí de que mi puesto estaba en las Antillas hube de recurrir a la amistad, al crédito, que no sé si un día podré satisfacer.

La apretura me acompaña siempre, todo lo hago en aprietos. Hubiera podido pedir quinientos francos a Freyre para mi viaje a New York, pero he preferido aventurar en el concurso, aventurar en las enojosas relaciones con los emigrados, antes que alejarme su amistad inteligente. Sólo me queda el último paso... ¿El último? Cuando llegue a New York, ¿no habré de recomenzar?

Septiembre 21, 7¼ de la noche.

Mi hermana, que no pensaba salir de Madrid cuando la dejé allí, ya está en camino de Puerto Rico. Hoy debe haber salido. ¿Por qué puede todo el mundo moverse en libertad, mientras que yo, más necesitado que nadie de la libertad de movimiento, no puedo gozar de ella? El egoísmo es una fuerza, pero empujada al extremo que lo es generalmente, se convierte en un vicio repugnante; pero desprenderse de ella es perder uno de los resortes de nuestra vida. Casi lo he perdido, y por eso hago lo que hago. En este momento pienso que estos sordos dolores de mi impotencia voluntaria podrían muy bien ser una lección redentora para cualquiera otro: no para mí: como si no la recibiera, como si no la hubiera recibido desde mi nacimiento, y sobre todo desde 1863. En fin, en fin, avancemos hasta esa muerte que acabo de ver en mi imaginación como un hecho palpable, que avanza a la medida de la redención de mi país. Hacia la redención de mi país! ¿Es que un impotente puede hacer nada? Ciertamente que sí, puede hacer lo que yo; acordarse de todo lo que no puede gozar. Gozaría con un aguacero torrencial en mi país, y mientras más oigo el que cae aquí más lo maldigo, pensando en el que tantas veces meció mi sueño, el que tanto le gustaba a mi madre, mientras estuvo la familia reunida. Aquí empieza la lucha. La fa-

milia y la patria, siempre los mismos deberes, siempre los mismos deberes entrelazándose y contraponiéndose. Estoy por pensar que padece de decrecimiento de espíritu el que ha perdido la actividad intelectual. ¡Qué autógrafo el mío! El que lea en el porvenir (¡habrá uno para mí?) estas confidencias, si él llega a penetrarse del pensamiento que en ellas piense encontrar, no pasará seguramente por los ultrajes que yo infiero a la lengua de que me sirvo. Y como yo sé que puedo escribir mejor de lo que lo hago, el crimen es más grave. A lo lejos el silbido estridente de una locomotora; en el interior, la memoria de mis viajes, del que hice casi en los mismos días de este mes, el año pasado, y la renovación de mi llegada a España, de mi descontento al encontrarme hecho un quídam en un país al cual yo había servido tanto, con toda la sinceridad de mi corazón, con los esfuerzos más generosos en favor de una libertad que yo sabía no podría gozar. Si a los ojos de la posteridad estos son los esfuerzos de conciencia, de razón, de imaginación, de voluntad, de sentimiento, que merecen la concesión del diploma de grande hombre, a los que han preparado su vida ¿seré yo un grande hombre? ¡Oh!, hace ya largo tiempo que mis servicios a la humanidad no tienen ni siquiera ese estímulo; pero si le hago la pregunta a mi conciencia, ¿por qué no he de hacérsela al papel? No hay que esperar mucho: he sido un escritor por la sinceridad superior a los de mi tiempo, y nadie lo piensa ni lo dice; he sido un político más previsor que la mayor parte de los que veo siendo admirados, y no he podido obtener otros sufragios que los de algunos admiradores. Nadie en el mundo ha hecho más sacrificios de amor propio por amor de la causa de su devoción, y sin embargo no he dejado de oírme tachar de orgulloso. He contado todas mis debilidades desde las del espíritu hasta las de la razón y la conciencia, que son las que

hacen la fuerza social, jamás se ha pensado en hacerme justicia. ¡Justicia! ¡Oh! ¡si por amarla hasta el martirio es quizá por lo que soy su víctima perpetua! Todo esto ¿qué producirá? Un hombre que habiendo dominado su cobardía, podrá, llegado el momento, morir heroicamente por sus ideas. Pero los legados hechos al arte, a la historia, a la sociología, a las ciencias naturales, a la ciencia práctica del gobierno... Eso es demasiado para un hombre solo. El tiempo es aire para el trabajo, para el ocio es plomo, decía uno de los consejos que un día me dirigí a mí mismo. He aquí la confirmación. Desde que escribo, el tiempo pasa con una rapidez maravillosa. Vamos a copiar nuestro trabajo para el concurso, y el tiempo seguirá siendo aire.

Septiembre 22.

Al regresar ayer de la conferencia, inefectuada, de Montparnasse, el cielo que había estado espantosamente oscuro se puso de un azul purísimo y la luna apareció radiante en el zenit. Siempre me han gustado la luna y el sol; pero nunca había sabido su valor hasta que he venido a descubrirlo aquí, en donde he aprendido lo necesarias que son la luz y su compañera la limpieza de las calles. Es un placer tan grande para mí contemplar el cielo, que se me van las horas dándole gracias por su bondad para conmigo. Mucho frío, mucho apetito y frecuentes recuerdos de mi país cada vez, todas las tardes, que voy al Jardín de Plantas.

Septiembre 23.

Mientras tengo esperanza veo con tranquilidad mi desesperada situación.

Lola debe tener ya dos días en el mar. Y pienso en mí, y me repito lo que mejor que con palabras me

digo en la agonía inexpresable de mi corazón y de mi alma. Esta frase oportuna de Freyre que tan bien coincide con mis propios pensamientos: "Le regalo el romance *Une heur trop tard*"; y esta sentencia de Molière: "Ud. no hará nunca más que cambiar de posición", a menudo vienen a mi mente. Siempre he llegado tarde: ¿llegaré tarde? Nunca, enfermedad incurable, he hecho más que cambiar de postura: ¿no será más que otro cambio?

Septiembre 25.

El de ayer fué un día bien ocupado. Mi primer paso fué ir donde Acosta. Le dije: "Me preparo para mi gran viaje, cuestión de patriotismo. Búsqieme trabajo para poder emprenderlo". Me respondió: "Imposible, asuntos de familia me impiden ayudarle. En cuanto a trabajo, mi único corresponsal de aquí no tiene ninguno que ofrecerle. En cuanto a su viaje, no se vaya sin verme". Era preciso sin embargo hacerle entender bien la verdad, hacérsela conocer. Comencé por decirle: "Ud. es latino. Ud. no puede comprender que un hombre piense más en su trabajo que en sus amigos para satisfacer sus obligaciones. Ud. se equivoca si creyó entenderme lo contrario". Después le dije que se trataba de una cuestión de idea muy seria, que estaba dispuesto a salir adelante en el asunto y que entre otros contaba con él. Los jóvenes puertorriqueños conocían una sociedad latinoamericana de la cual se podía sacar partido. Que les hablara y que preparará una reunión en la cual, mediante el pago de la entrada yo pudiera dar una conferencia. Acosta puso excusas. Blanco estaba mejor dispuesto. Pero yo no me dejé imponer y de buen o mal grado ellos han accedido. Acosta prepara una entrevista con Matingo, en quien él había pensado para procurarme la suma requerida; pero le he hecho comprender que yo no recurriré a eso sino en último extremo.

Para desarrollar mejor mi plan, les he invitado a comer conmigo. Llegaron poco después de mi regreso del *Gaulois*, en donde de nuevo y en presencia de muchísima gente deposité un sobre enorme. Hemos hablado de los telegramas recibidos de Nueva York en que se asegura el probable reconocimiento del derecho de Cuba a la beligerancia; y también del porvenir de las Antillas. Siempre creo en la realización del porvenir racional de la América, es decir, en la dilatación del progreso mediante la unificación de la raza. Pero dos razas igualmente fuertes, igualmente representantes del espíritu humano, como las que pueblan ambas partes del bello continente, están llamadas a resolver el problema por medio de las fuerzas especiales, del carácter particular de las ideas, de los medios, de la educación, de la vocación, de los fines etnológicos, históricos y geográficos de cada una. Según esto, un acontecimiento histórico más afortunado y una misión por cumplir habiendo favorecido y simplificado la obra de la América, todos sus admiradores han abrazado la idea que ella misma ha concebido de su prepotencia. Luego esta prepotencia destruirá el fin histórico de ambas partes. ¿Cómo impedir el peligro? Favoreciendo la constitución de una federación interamericana. ¿Qué países pueden ofrecer esperanzas? Las Antillas, cuya posición central, vis a vis del Continente y del mundo entero, hace de ellas una fuerza comercial imponderable favoreciendo un vasto desarrollo de la civilización, mediante la cual servirán a estos tres fines: balancear las fuerzas de la América, servir de conductor civilizador y preparar el ensayo de fusión latente que se verifica siempre en los grandes centros comerciales, la unidad de la especie. De esta idea del porvenir cercano y lejano se han necesariamente desprendido para mi política deberes hacia las Antillas que ningún otro quiere comprender. Estos deberes

los expongo así: las Antillas no pueden ser anexionadas a los Estados Unidos: las Antillas no pueden ser sino estados independientes: las Antillas deben forzosamente unirse en una federación. No hay uno solo que no haya exclamado: "Pero Ud. olvida al presente por el porvenir": porque todos juzgan los pueblos según su propia debilidad, sus vacilaciones y su egoísmo, creen que no hay más que anexar las islas: tesis que han sostenido con tal fuerza que me han dejado atónito al oírles decir que Betances ha perdido parte de su popularidad a causa de su antianexionismo. Fué entonces cuando expuse a mis comensales mi proyecto. Nos sentamos a la mesa. Teníamos apetito, ellos por su continuo pasear los boulevards, yo por la compañía que hace dos años he empezado a desear, y que siempre, como mi padre, me ha gustado en la mesa. Comimos bien, pues el hostelero se comportó como un hombre de gusto, y yo hice todo el gasto de la conversación. ¡De qué hablé! De lo que lo hago más a gusto. De mí mismo. Narré algunos hechos de mi vida y traté de hacerles comprender el abismo que hay entre lo que yo hubiera podido ser y lo que soy. ¡La causa!: mi patria. Y nuevas variaciones sobre el mismo tema. En verdad, he hecho todo lo que dije y aún más, aun cuando en los detalles yo exagerara un poquito. Pero ¡de qué iba a hablarles! ¡Podré convencerles jamás del incomprensible misterio: Lo que yo hubiera podido, lo que puedo! Y sin embargo la necesidad de hacer constatar mi posición, de hacerles ver bien el fondo de mi alma, más que un deseo vanidoso, fué lo que me hizo hablarles de mí mismo, mezclando los importantes asuntos de mi vida con mi vida misma, sin importancia. Y si mi vanidad fuera al menos sincera podría probablemente perdonarse el pequeño vicio en gracia a los adornos con que yo lo ornaba; pero no: mi vanidad es for-

zada: es la hija legítima de los impotentes que han podido ser potentes, de los excluidos que han podido ser exaltados, de los pobres que han tenido con qué ser ricos: de ahí una visible dificultad, siempre enojosa por ser siempre suspicaz. Y por otra parte un hombre que ha conocido bastante la vida y los hombres para haber hecho provisión de observaciones y de caracteres no puede dejar de tener una multitud de facetas, fáciles de comprender por la reflexión, pero difíciles de ser apercibidas por la imaginación en su preciso valor. Así, cuando, al descubrirme la intimidad tal cual soy, yo debiera ser más estimado y mejor comprendido, lo soy menos y más suspicacias suscito. Cuál no ha debido ser las de mis dos comensales al oírme hablar con una volubilidad que ponía de relieve mi pensamiento, mi manera de entender el dinero, mi resolución de no recurrir a la gente de gobierno, mi completo abandono a la idea de la muerte. ¡Qué dirán ellos! No me preocupa. Lo que me preocupa es esta observación de siempre: que todas esas facultades que, esparcidas por la negligencia no sirven más que para hacerme envidiosos, acaso enemigos, podrían convertirse en fuerzas decisivas si por el estudio, la quietud de la imaginación y el conocimiento científico de mí mismo, yo llegara a unir las en un haz solidario y auxiliar del gran haz de mis facultades mayores. ¡Sería más bella mi querida Venus de Milo si en vez de sus brazos truncados los tuviera perfectos! Siempre he pensado al recordarlo que sería cien veces preferible rehacer intelectualmente esta unidad rota por el tiempo que contemplarla perfecta. Pero hay otra comparación menos estética que es tal vez más exacta. ¡Para qué sirven los dedos si no es para completar la función de la mano? ¡Y la mano, si no es para completar el ejercicio del brazo? ¡Y el brazo, si no es para manifestar la extensión del movimiento? ¡Me mutilaría yo

voluntariamente los dedos, la mano, el brazo? ¿No he hecho yo esfuerzos para convertir mi mano izquierda en perfecta auxiliar de la derecha? Así, ¿qué son las pequeñas facultades de que se hace despliegue involuntario cuando se las expone en la intimidad, si no son la izquierda de la derecha mano, los dedos de ambas, las manos de ambos brazos, los brazos del movimiento?

Después de la comida, Blanco, que me parece un hombre muy sincero, me dijo en tono de simpatía notoria: "Pero, mi amigo, todavía no hemos hablado de los medios por combinar para su viaje". Y al mismo tiempo que les daba mis gracias más cordiales, les expuse mi proyecto y convinimos convocar a los jóvenes de Puerto Rico a una reunión. Pero pensé entonces que mi concurso del *Gaulois* podría tener éxito, que no sé aún lo que yo haría si llegara a hacerme aquí un nombre rápido; y pesaba también el fardo que caería sobre mí si habiendo dado la conferencia y recogido sus productos, yo no hacía el viaje. Y se los dije al mismo tiempo que pensaba para mí mismo lo egoísta que es el hombre desinteresado de sí mismo, y cómo los pequeños proyectos traban a los grandes. A lo cual, sin saberlo, respondió Acosta cuando me dijo amistosamente que él sentía mi viaje a Nueva York porque él lo creía inútil si yo contaba con una expedición próxima. Esto me ha dejado en la duda, luchando con mis ideas, pesando el proyectado viaje a Nueva York y el proyecto de dedicarme a la literatura francesa, haciendo aquí lo que no hice en España. Para poner en ejecución nuestra combinación, fuimos a ver a Audinot, un mozo simpático de como treinta años, de frente despejada, de mirar sereno, de ojos muy vivos, de una gran movilidad de pensamiento. Nos contó sus proezas de Puerto Rico, que nos hicieron reír y meditar mucho. Este hombre es una fuerza. ¡Si yo pudiera ganármelo! Es el cura de la Moca, no ha

ocultado su influencia y acaso habló demasiado, pero no sabemos lo que bien dirigido él pueda llegar a hacer. Era lo que al entrar en el café decía yo a Acosta y a Blanco, de los cuales no me separé sino a media noche, después de haberles hablado con mucho vigor, seguridad, audacia, viveza, al mismo tiempo que atacaba sus ideas y les atraía como factores de mi problema, como obreros de mi obra, convenciéndoles de mis razones. Si no hubiese perdido esa fuerza de conservación cuya falta a menudo echo de menos, el día de ayer me hubiera sido muy importante. Me habría atraído tres hombres: dos por simpatía y el tercero por temor al porvenir; pero desde mi juventud sé que yo no preveo ni aún para hacerme amigos, menos para destruir mis enemigos.

Esta mañana he empezado a dudar del éxito de la *La fête*. Pienso que como el artículo no tenía nada de peligroso, y que aun cuando de palpitante actualidad está hecho con bastante habilidad, tiene una delicada ironía, y podría llegar a triunfar. Pero he descubierto en mi memoria algunas negligencias imperdonables: *alet endormi* en lugar de *soit endormi*, *charron* en lugar de *charretier*, que pueden haber dado lugar a que me rechacen nuevamente. Pero la esperanza de mi partida casi asegurada (contando con la Asociación y con Matingo como si éstos fueran apoyos seguros) me ha impedido dejarme descorazonar. Mañana habrá bastante tiempo.

Septiembre 27.

Es hoy el aniversario de mi partida para la fracasada aventura de la alta Cataluña, ¿fracasada por falta de ocasión y exceso de éxito? Creo que sí. ¿Llegaré un día en que no tenga que aventurar?

La fête ha fracasado. Hice bien en preveerlo todo. En cuanto lo supe me fuí a casa de Acosta y de Blanco.

No les encontré, y les dejé escrito que deseaba verles esta noche. Bien preparado para una desesperación tranquila, me fuí a ver mi bella de Milo. Oh! ¡qué majestad, qué sublimidad tiene ella en su aislado retiro! Por espacio de una hora la he contemplado de frente, de perfil, a través del vidrio, de lejos, de cerca. Me he saturado de su belleza, de su serenidad, de su limpidez, de su pureza, de su divinidad, y he podido sentirme tranquilo. A las nueve fuí donde mis auxiliares: los jóvenes están bien dispuestos, pero muchas razones se oponen al éxito: la mayoría de los americanos del barrio están de vacaciones; el resto es gente con la cual no se puede contar, viajeros, ricos, indiferentes. ¡Qué hacer! Veremos. Pasamos bien el resto de la noche en la intimidad de confidencias, recuerdos, esperanzas, que me entretuvieron hasta la una de la mañana, cuando llegué a casa.

Septiembre 28.

Para librarse de las molestias de los envidiosos y de los impertinentes hay que vivir como el común de las gentes, porque si uno es pobre y digno y su dignidad y su reserva lo obligan a uno a ponerlas en su vida y en sus hábitos, no dejará uno de estar sujeto a las miradas inquisitivas de la medianía o de la ignorancia, jueces de todo. ¡Por qué trabaja tanto ese hombre, sale poco de su casa, no tiene mujer, y no habla ni mete bulla a pesar de ser tan cortés, tan amable, tan benévolo! Estas son probablemente las preguntas que se hará el vecindario, con que intrigarán a mi locataria y probablemente habrán hecho a todos los conserjes de los alrededores: me mortifica la idea de estar siendo el blanco de las habladurías de los vecinos, sobre todo al pensar que a las tonterías de la curiosidad se puede agregar la sospecha: “¡Ha llegado él al punto de no poder pagarme el alquiler!”

Pues es una preocupación punzante: ¿Y si no puedo pagarle el alquiler a la locataria y las comidas al hostelero? Cuando entro y encuentro a la locataria en la escalera con la conserje, tiemblo de amor propio, y mientras más se acerca el tiempo de pagar y más palpables son mis dificultades, peor efecto me hacen estas entrevistas: es lo que me ha pasado hoy. Cuando el hostelero se descuida más en las comidas, pone menos cuidado en sus dos visitas cotidianas, menos exactitud en la hora fijada, más pienso yo que él teme no ser pagado y lo hace de antemano en triquiñuelas. Hace días que esta duda me mortifica.

Septiembre 30.

¿Será verdad? Sí, es verdad: definitivamente he resuelto mi viaje. ¿Lo haré? Sí. ¿Cómo? No lo sé. ¿Mañana? Mañana. ¿Con qué recursos? No me contesto, pero tengo la seguridad de corazón de toda resolución. Sólo que, los del *Correo de Ultramar*, a quienes mi buena fortuna les ha hecho adquirir *Bayoán*, exigen tiempo para el pago, y eso puede demorarme tal vez una semana. Estoy tan contento que no hago más que pensar en el mar. ¿Pero, será esta buena fortuna capaz de socorrer al infortunio, a cualquiera que busque el abismo por la atracción del abismo? Sin embargo no debo quejarme. Siempre he tenido, por raro que parezca, pero es verdad, siempre he encontrado auxiliares, tibios, incompletos, comoquiera que hayan sido siempre los he encontrado: Entrala, para buscarme impresor para *Bayoán*; Garrido, para imprimirlo; ese noble Matías Ramos, para ponerlo al alcance de los puertorriqueños; ese mismo M. R., mi hermano, mi amigo, aun cuando me hacía mal, para *La Nación*, para *Las Antillas*, para *El Progreso*, para mis desconocidas agonías de Madrid; Garnier, Tapia, para ponerme en relaciones con ese no-

ble Cabrera, el único hombre de quien he recibido un verdadero servicio, en la forma y en el fondo; López, para procurarme el judío; ese bueno de Foncueba para simplificar mi difícil misión voluntaria de Gerona; ese ingenuo patriota Ziburu, la simplicidad de cuyos servicios estimo todavía; esa buena Juana cuya última injusticia, aumentada por sus apremios pecuniarios no deben hacerme olvidar sus servicios de un año, y la paciencia de éstos; ese buen Pozo y su mujer; ese devoto Montaña; este difícil Freyre cuya radical nobleza de sentimiento y de pensamiento, no me ha faltado; esos difíciles, esos implacables Blanco y Acosta a quienes probablemente acabaré por deber mi partida; ese simple, bueno, inteligente y espléndido egoísta Alvarez-Peralta, que espontáneamente me ha abierto el camino y tiene palabras de respeto para mi decisión; todos en fin, todos aquellos a quienes he podido dirigirme, todos me han respondido: todos, excepto cuatro, son compatriotas míos. ¿Me quejaré todavía? Sí, me quejo de haber tenido que recurrir a tanta gente, de tantos años de agonía, de tantos dolores de dignidad, de tantas luchas de conciencia, de la irreverente exposición de una creación tan reverenciada como la de mi pensamiento y mis sentimientos, de una tal conflagración de espíritu, de una tal miseria, de una tal impotencia, de una tal abnegación no comprendida, de un martirio tan desconocido. Y adelante. Sí, me iré.

Octubre 3, mediodía.

Esta mañana recibí una carta de Blanco avisándome que Acosta había recibido una carta de Martínez (1) con trescientos francos para mí. Suponiendo que haga ciento cincuenta francos en la reunión, todo mi haber

(1) ¿Matingo? El diario del 5 de octubre da a entender que los 300 francos procedían de éste. (N. de los Comp.)

será de cuatrocientos cincuenta. Calculo que debo ciento cuarenta de alquiler y de restaurant: Decidido como estoy a partir aún en tercera, espero tener bastante con el resto. Pero ¡a Nueva York!

Octubre 4.

A excepción de una hora y media que pasé en casa de Audinot oyendo el piano, no he hecho otra cosa hoy que andar de un lado a otro preparando mi viaje. La "London, Havre, New York, Steam Ship Line" hasta ahora es la más barata, pero es también la más lenta: del Havre a New York son catorce días, pero el pasaje no me costará más que ciento sesenta francos en tercera, desde luego. Me pregunto cómo podré hacer el viaje en tan malas condiciones para mi cuerpo y para mi amor propio, y como siempre, dispuesto a la abnegación, me contesto que yo lo sobrellevaré. Se puede, aunque en mejores condiciones yo no he podido hacer la navegación de Puerto Rico a Cádiz ni de Barcelona a Marsella en segunda.

Octubre 5.

A punto de partir Blanco y Acosta llegaron a mi puerta para entregarme la letra de Matingo y los trescientos francos. Es un gran alivio encontrarse con un espíritu delicado. Matingo ha dado pruebas de un alma elevada: su carta es enternedora: la prefiero a sus trescientos francos. Blanco me ha ofrecido caballerosamente cien francos, y Acosta cincuenta que Audinot me pide que acepte y cincuenta que él mismo me ofrece: pero no puedo aceptarlos. ¡Podía yo aceptarlos? No podía.

Octubre 6.

Si no fuera por las dificultades de siempre, mi enemigo, el dinero, estaría tranquilo. ¡Los días son tan bellos, el otoño es tan espléndido, la naturaleza está tan alegre!

Pero mientras más arreglo mis cuentas con menos me quedo para llegar a Nueva York con bastante dinero para no tener que recurrir a otros.

No estaré contento de mí mismo si olvido la fácil disposición de Audinot para ayudarme. Vino ayer, lleno de consideración a mi situación y de delicadeza en su conducta, excusándose de que las circunstancias le impidieran contribuir a mi viaje tan abundantemente como él desearía: después de irse encontré cincuenta francos que él me había dejado sin que yo lo percibiera.

Los dos francos y medio dados como fianza en el almacén de baúles y los veinte pagados al sastre por el arreglo de mi sobretodo, me pesan mucho.

Blanco ha venido a traerme ciento cincuenta francos. *Alea jacta est*. El me ha dado dos satisfacciones: buenas noticias: de la tercera de a bordo, y la promesa de acompañarme hasta el Havre.

Octubre 9.

Un movimiento de gratitud a esta bella Francia pone la pluma en mis manos. Desde hace días estoy maravillándome de la belleza de su cielo, de la dulzura de su temperatura otoñal, de la tenaz frescura de las flores de sus jardines, del perfume refrigerante de las plantas, de la bondad de esta vida de pobre que puede llevarse tan dulcemente, tan útilmente para el corazón y el espíritu, en este fácil París en donde todo puede hacerse, todo puede ser, sin trabas, sin obstáculos, siempre que haya una conciencia serena, sentidos regidos por ella, deberes queridos por cumplir, experiencia suficiente para sustraerse a los placeres de la calle y para no tener otros que los del pensamiento. Sí, París es la ciudad de los pobres. En ninguna parte que yo sepa —veremos a Nueva York—, se puede vivir con tanta dignidad, necesitando menos recursos. El espectáculo enseñador de

la civilización es gratis por todas partes: el arte arrastra a la contemplación aún a los menos ávidos; la ciencia lo envuelve a uno por todas partes arrastrándolo siempre hacia las bibliotecas y los establecimientos públicos de instrucción y hasta a las asociaciones de obreros en que se profesa para ellos; una vida cómoda y poco costosa; familias a quienes con poco esfuerzo uno puede atraerse por completo; libros baratos, teatros en que se puede a la vez admirar la literatura antigua y la moderna, junto con los efectos escenográficos que la ciencia aplicada ha sabido sacar; un pueblo cortés; una completa libertad de acción. Este no es ciertamente el falso París de la gracia, de las *cocottes*, de los extranjeros poderosos; ni el demasiado realista París de las angustias materiales y morales: pero cualquiera suficientemente avanzado en su educación moral y racional para contentarse con la pobreza suficiente, que sepa estudiar las vidas en lugar de odiarlas, puede analizar la miseria para aprender a ser útil a la humanidad. Una civilización cualquiera no es más que la historia resumida de una raza, de una porción de la humanidad, y las grandes ciudades no son más que la confluencia de todos los recursos de una civilización; se puede estudiar a la una por las otras: desgraciado del ciego de sentimiento o de razón que pida a una civilización, a una gran ciudad luz sin sombra, virtudes sin tacha, riquezas sin miserias, limpidez sin mancha. Expresión una y otra de la vida de la humanidad, mientras más expresen su progreso, más expondrán también sus monstruosidades. El crimen de Pantín, la intemperancia por todas partes, la monomanía del dinero de todos y cada uno, la indiferencia por la libertad, la demasiado fácil condescendencia con la indignidad pública que soporta pacientemente un gobierno personal, todo eso no es más que el síntoma de una enfermedad constitucional de la humanidad en pro-

greso; eso no es sólo triste gaje de los parisienses, eso es la enfermedad de todos los habitantes de las grandes ciudades; el trabajo, las pasiones y el interés: he ahí los motivos; el bien y el mal, el error y la verdad, el amor y la concupiscencia; he ahí el movimiento. Es por eso que el París del extranjero repugna y el del pensador atrae. El primer día, ensordecedor; después, entristecedor; más tarde, suscitador de serias meditaciones. De todos modos, quiero al París que conozco y lo prefiero con mucho a los demás que conozco de Europa.

Anoche fuí —¡cincuenta céntimos!— otra vez al Odeón. Representaban *Sganarelle*, *Cinna* y *Les Precieuses ridicules*. He ahí tres obras maestras por diez centavos: un calor sofocante, es verdad: pero ¡quién no arrostraría gustoso tres horas de molestia con tal de que lo aliviaran Molière, el gran Molière, y Corneille, el fuerte Corneille! ¡Qué profunda delicadeza la de *Sganarelle*! ¡Qué radicalmente humano su tipo! De tal modo humano, que el perspicaz comediante no tiene más que desenvolver este carácter mezcla de perfecta hombría de bien y de egoísmo, para hacer la comedia más ejemplar, más alegre, más dulce del palacio intelectual. Nada de peripecias. Dos desvanecimientos y un retrato son toda la trama: pero la estructura, qué sustancialmente trabajada. Vino el turno de *Cinna*. La tragedia es admirable: grandísima facilidad en el estilo; abundancia de pensamiento; caracteres bien pintados; ideas subalternas muy bellas; gran fuerza en la concepción; las escenas bien torneadas y una atmósfera de grandeza moral que llenaba la acción: faltaba el fin, sin embargo: el alegato de toda la pieza contra la tiranía y el gobierno personal desaparecen ante la magnanimidad de caricatura prestada a Augusto. Augusto y Máximo, el tirano y el amante sincero de la libertad, aun al aceptar la del déspota, son los dos grandes caracteres de la

obra. Emilia y Cinna podrán ser dos romanas, pero son indudablemente dos tipos humanos. Llegamos a las *Ridicules*. ¡Qué cuadro, qué limpieza en el dibujo, qué vigor en la crítica, qué verbo, qué acción, qué movimiento, qué verdad, qué naturalidad! En éstas, como en la *Sigarelle*, los artistas representaron a maravilla. Cinna no por mal representada atrajo menos aplausos. ¡Y el público! El público me amargó: es verdad que no lo componían sino estudiantes, hombres maduros que habían ido allí a falta de distracción más novedosa, y obremos; pero no había en toda esa muchedumbre un solo grupo de hombres pensantes en el pasado, en el porvenir ni en el futuro de su país para sentirse embargados por el ingenio que chorreaba Cinna por todas partes. ¡Qué dolor! Oyeron representar sin pestañar el cuadro *ad hominen* de las carnicerías que sembraron el reinado de Augusto, pero no resistieron a la adulación —la enfermedad más grave de los pueblos gobernados por un autócrata— y tan pronto se presentaba Augusto lo aplaudían. ¡Aplaudirían al personificador o al personificado? Es lo que me intriga. El personificador no valía la pena: el personificado está hoy por todas partes en Francia y lo adulan tanto cuanto pueden, aun cuando sea a la manera de Cinna. En cuanto a *Sigarelle*, no aplaudieron más que las salidas un poco obscenas, pero, ¡los caracteres!, apenas se apercebían de ellos. A mi lado, transportado de júbilo por las *Precieuses*, me preguntó uno por quién era la pieza. ¡Cómo, me dije, hay en Francia quién no conozca a Molière! Y le contesté con un tono impaciente: “Pues de Molière”.

Octubre 10.

Creí economizarme el gasto de los diez o veinte centavos del teatro en la reunión de Belleville, en donde no contaba encontrar el espectáculo interesante de que yo

fuí el más desinteresado y acaso el más noblemente apasionado espectador. Al entrar vi una mujer detrás de una mesa sobre la que había una bandeja con algunos centavos que parecían ser el obstáculo de los pobres o de los apurados. Tuve bastante decisión para entrar de largo, pero la señora me dijo: "Ciudadano, si hace el favor..." Y al contestar ella a mi pregunta de cuánto debía pagar, respondí deslizando modestamente los diez céntimos en la bandeja. Entré en la sala. Era una vasta superficie cuadrada ocupada en toda su extensión por bancos atrás, y sillones adelante, y rodeada por una circunferencia de palcos: el conjunto pobre, usado, sórdido. Se veía bien que era el sitio de reunión de un pueblo que no tiene el hábito de hacerlo. Faltando espectadores al espectáculo, éste se convierte en una asamblea del pueblo. La sala parecía consagrada originariamente a la música. En lugar de los nombres de los oradores, los políticos, los revolucionarios de la Francia, los de algunos de los maestros: en donde uno esperaba encontrar Rousseau, Voltaire, Mirabeau, Desmoulins, Dantón, Manuel, se leía Adam, David, Halevy, etc. Pocos vestidos burgueses, por todas partes la blusa y la gorra del obrero: algunas gruesas mujeres, algunas sirvientas, dos o tres señoras: un olor insoportable a tabaco de pipa, una atmósfera cargada, la suciedad del trabajo, el movimiento, el ruido de un pueblo que se encuentra dueño de sí mismo. La mesa directiva tardaba en reunirse. Al lado de su departamento y un poco más abajo, una mesa delante de la cual se sentaban dos personas que yo creí eran los estenógrafos. Un señor que tenía la apariencia de todos los satisfechos de sí mismo se adelantó a la mesa pidiendo a la Asamblea nombres para la presidencia. Pueblo no acostumbrado: grita, vuelve a gritar, clama y reclama a cada nombre. Por todas partes Rochefort: querían darle la presidencia de honor, pero

Louis Blanc se la ganó. La presidencia de la sesión fué de tal modo disputada, hubo tal guerra de vanidad entre los elegidos, tantos de ellos mismos se retiraron —unos por su dignidad, otros porque no aceptaban simplemente— que todos se maravillaron y yo más que los demás de ver la mesa instalada al fin. Había una pandilla dirigida por un tal Dumont, joven de gran viveza y de gran influjo sobre los suyos, que mantenía viva la pasión del pueblo. ¡*La pandilla!* gritaban a cada paso y por todo, pero no por eso dejaba la pandilla de resistir a todas las decisiones de la mayoría. Triunfante ésta, se leyó la orden del día. Nada más interesante ni más apropiado a la situación económica de Europa, a la revolución social latente en Francia: *Asociación general de producción y de consumo para el seguro de la vida y la libertad del trabajo.* La señora Pi pidió la palabra, y fué recibida por un prolongado cuchicheo de la Asamblea: pero ella no se desconcertó, aunque un buen fisiomista hubiera podido leer en su cara cierto encogimiento. Era una mujer de talla mediana, trigueña, de ojos serios, cabellos negros descuidados, con un vestido ceniciento a la moda de las damas de compañía o de las muchachas de restaurant. Se acercó a la tribuna con aire resuelto. Su apostura era la de un orador acostumbrado. Sus manos, demasiado fuertes para una mujer, obedecían con sobriedad pero con seguridad a su palabra fácil. ¡Qué dijo ella? Nada muy nuevo. Y sin embargo, mientras más hablaba ella y más la atendía yo, más admiraba a esa pobre mujer aislada en su sexo, que se aproximaba al contrario, y dedicada tal vez a una causa grandiosa. Hablaba mucho de armonía universal y mucho del problema en discusión: pero también decía, y puede ser que sin darse cuenta de ello, de cosas bien dignas de ser pensadas después de haber sido sentidas. ¡Sabía ella, por ejemplo, lo que decía cuando pedía la nivelación por



el trabajo, la constitución de una sociedad humana de trabajadores, cuyos secretarios debieran su función a su trabajo? Lo que ella parecía entender mejor y sentir más en todo su discurso fueron sus ataques a los procuradores, los notarios y los abogados mismos. Movida por un sentimiento generoso, ella no se daba cuenta de su inconsecuencia al pedir la supresión de una función que, aun cuando inicua por los abusos que a su sombra se cometen, no por eso deja de ser una función, una obra, un trabajo social. Pero como el sentimiento es la avanzada de la razón, el sentimiento bien dirigido, uno puede explicarse a la vez la inconsecuencia y perdonar a la inconsecuente. El sentimiento es derecho. Sí, es preciso la desaparición de los intermediarios de la justicia: he ahí el desiderátum: los intermediarios de la justicia usurpan siempre y fatalmente, por la fatalidad de las pendientes humanas, los derechos de los individuos y aún los de la justicia misma: he ahí la razón fundamental. Los intermediarios de la justicia, escribientes, procuradores, notarios, abogados —yo agrego jueces y magistrados—, son (las excepciones confirman la regla) desgraciadamente arrastrados por su egoísmo a hacer del derecho, de la justicia, un modus vivendi. La oradora terminó hablando de igualdad: ¿hubiera podido dejar de aplaudirla el pueblo francés?

Un joven de treinta a treinta y dos años, de paso seguro, aire tranquilo, ademanes naturales, sin afectación, se presentó en la tribuna. Prometía menos de lo que dió. Parecía tan burgués como su ropa. Era todo un orador de parlamento, no sólo porque su manera era parlamentaria, sino porque su habilidad en esquivar la cuestión principal denunciaba en él el seguro instinto de los parlamentarios, y también por la fuerza de que daba pruebas en sus argumentos, y por la calidad de ellos. A alguien de la Asamblea que lo interrumpió du-

dando de lo que acababa de decir, le respondió con escapatorias, con círculos viciosos, sin conmoverse, sin inquietarse: a una denegación terminante con que la muchedumbre respondió a una cifra de que él hizo uso, él contestó, sin tomarse el trabajo de sostener su cifra, con firmeza que la había tomado de *Le Reveil*, fuente científica un poco dudosa e indudablemente apasionada, aunque honesta. Son los defectos morales, lo que yo llamaría la *inconscienciabilidad*, acompañados del talento en el decir y de la fuerza en el sentimiento, lo que hacen los oradores de parlamento. La muchedumbre, incluso yo, estaba emocionada. Este hombre hablaba con el sentimiento latente del pueblo, hablaba de libertad, se burlaba de ella, llegó hasta hacer llamamientos a las armas —dulce pero claramente—, lloraba y cantaba a la libertad, castigaba al imperio y a sus partidarios, atacaba las infamias económicas y sociales de que el imperio ha sacado renombre, condenaba con un tono sincero y espíritu austero la explotación de los crímenes que se permite a una prensa habituada a la mordaza; opuso la libertad dejada al mal a la libertad negada al bien, el crimen de Pantín explotado a los estupros de Bauvais defendido del rumor público; los armamentos inútiles a las trabas al trabajo y a los trabajadores; las conscripciones diezmantas de Napoleón a su caída en Waterloo; y aun cuando el comisario del gobierno protestó y se opuso con toda su fuerza, la Asamblea entera y yo con ella aclamamos con aplausos prolongados y repetidos a las ideas personificadas en aquel momento por el orador. Estábamos todos tan emocionados que, si en lugar de una tentativa de explotación (el interés individual está por encima de todo en estas grandes ciudades) declamada por un quídam, se nos hubiera hablado por otros labios con la misma conciencia, el incidente final hubiera

sido estrepitoso. Los dos señores que ocupaban la mesa al lado de la presidencia no estaban menos movidos que el comisario de policía y su adjunto.

Dumont fué llamado a la tribuna, y habló muy enérgicamente contra la falta de sentido que encontraba en los alegatos en favor de la libertad mientras que ellos, los obreros, el pueblo, no gozaban del derecho de igualdad, lo que —de paso— no excitaba el entusiasmo y prueba la rectitud de sentimiento de los pueblos que reprimen sus ideas cuando conciben alguna cosa anterior, como en el caso de Francia, en donde la cuestión política tiene fría ascendencia sobre la cuestión social. Empujado el orador por su propia vehemencia y por la hostilidad de la sala, se apartó brillantemente de la cuestión en debate para llamar a la reunión a aprontar una suscripción para los mineros en huelga. Era lo que esperaba el comisario: declaró disuelta la reunión: pero la presidencia sintiéndose apoyada por la Asamblea declaró que la sesión continuaría, a lo que respondió el comisario con un llamamiento a la fuerza. Un orador se declaró comunista y acusaba a uno de sus predecesores cuando apareció la fuerza: el comisario seguido de una porción de gendarmes, tomó posesión del estrado: el orador se calló, pero algunos obreros se opusieron pasivamente a la entrada de la policía, y ésta tomó la actitud amenazante que precede a toda colisión. El presidente entonces declaró disuelta la reunión por la fuerza armada: hubo protestas, algunas llenas de cólera, pero ya me habían dado abundante ejemplo de prudencia, cuando yo tomé la decisión de salir.

Ayer las Tullerías, esta mañana el Luxemburgo, han recibido mi adiós. En las Tullerías, los prados estaban frescos como en los primeros días: en el Luxemburgo, el césped y los árboles tenían el dulce color melancólico

de las plantas en vísperas de morir: ayer como hoy, era tónico el olor del suelo radiante, y la penetrante brisa del otoño era fortificante. Ayer en las Tullerías, hoy en Notre-Dame, he merecido miradas benévolas a algunas jóvenes y he pensado que también las francesas son amables. Esta noche iré al Jardín de Plantas, después de lo cual podré partir sin dejar pesar detrás de mí.

París, octubre 10, 11 de la noche.

Estoy contento: me he despedido de los castaños de la India, de los plátanos americanos, de los tamarindos, de la magnolia, de las bestias feroces y de los pájaros sumisos; he recorrido diciéndoles adiós los rincones de mi gusto, la pendiente desde donde se ve el atrayente panorama del ala derecha del jardín, el montículo en donde asienta su trono el cedro del Líbano, el banco en donde tantas veces he pedido consejo a la meditación tranquila, los cuadros de flores lucientes, el de forma de ramillete que tanto he admirado, la campanita cerca del banano, el algodouero, la caña de azúcar que me recuerda la patria siempre presente en mi alma; he vuelto a ver el lugar melancólico en donde la santa babiloniana se bañaba en un pequeño estanque, y el árbol de las pajarreras que con algunas plantas exóticas y la encina característica de la vieja Europa, forman un retiro encantador lleno de misterio y de belleza; he saludado a la luna, y varias veces he dado el último adiós al lugar bien amado.

Con el alma reconfortada y el corazón ligero, fui entonces a buscar a Blanco para arreglar con él nuestro viaje al Havre; pero él me dijo de haberse arrepentido del compromiso.

Nueva York, octubre 31, 1869, medio día (Bleeker St. 292).

Como siempre, lo de siempre y para siempre condenado a lo de siempre. La casualidad, la inteligencia, la conciencia y la fortuna unidas no lograrían jamás hacer producir efectos diferentes a causas agentes en medios y en esfera igual; jamás, con razón más grande, lograrán mis deseos la virtud de mis esfuerzos desamparados de la suerte y de la casualidad amiga, conseguir que, por sólo variar de escenario, varíen para mí las escenas, el drama y los actores. Nada, pues, de quejas contra mí ni contra nada. Si logro aprender, lograré ser.

El hecho es que no he salido todavía de España ni de Francia ni de Puerto Rico; que estoy en plena lucha con las mismas ideas, con los mismos hombres, con idénticas pasiones, con igual insolidez de fines, con parecida codicia de medios materiales, con todo lo que en España me ha dañado, con todo lo que en Francia me asustaba, con todo lo que en Cuba y Puerto Rico puede producir el sistema antihumano que enferma allí, como en todas partes, a los tiranizados todos.

Pero, cuidado: no por explicarme con perfecta claridad la causa original de estos vicios colectivos que me salen al encuentro, de esos vicios individuales que se me oponen de continuo, siga yo teniendo la magnanimidad enervadora que en España me ha inutilizado, que me hacía ridículo a los ojos de aquella gente de París. Seamos justos, pero dejemos de ser pasivos: la justicia es tal cuando, considerando fines, medios, esfuerzos, propósitos, intenciones, actos, pensamientos, ejecución, disculpa en nombre del bien, y en nombre del bien, y para el bien y por el bien castiga. Que no me conozcan, nada extraño; que sea imposible conocerme, culpa mía; que yo no sepa enseñar a conocerme, vicio de mi primera soberbia iniciación moralista; que parezca inverosímil realidad el

triunfo de contradicciones que constituyen mi carácter, natural; que sea difícil creer en un conjunto de esfuerzos como los que constituyen mi personalidad íntima y mi exterioridad activa, necesaria; que se huya de mí como de un problema que se tiene por irresoluble, pereza y cobardía de espíritu; que se desatiendan, se olviden voluntariamente, se anulen, se borren mis servicios, competencia explicable que no asombra; que, finalmente, la inopia de medios materiales inspire esa invencible sospecha que inspira siempre el contraste de una impotencia manifiesta con una potencia moral e intelectual tanto más reconocida cuanto más negada, humanidad; pero que se me empuje, se me atraiga, se me engañe, y después se disimule el engaño y se afecte asombro de la conducta provocada, y se desatienda lo claramente hecho entender, eso es lo que no puedo —sí podré—, lo que no debo, lo que no debería perdonar jamás. Y eso ha sucedido.

Nueva York, noviembre 19, 2¼.

A pesar de que han transcurrido veinticuatro horas entre mis palabras inacabadas de ayer y las que voy a escribir, y a pesar de que la conferencia de anoche con Betances y Basora ha cambiado mi posición ante ellos y ante todos los que puedan tener alguna iniciativa en nuestra causa, insisto en acusar y en culpar a Ca. (1), a quien también he visto esta mañana, probablemente influido ya en mi favor por los relatos que de la conferencia le habrán hecho.

Narro la entrevista y tal vez la breve narración simplificará el juicio.

Después de la primera entrevista glacial, abrumadora, con Bs. y Ca., no había logrado verlos; al primero por su ausencia de horas; al segundo por la terquedad

(1) ¡Cabrera! (N. de los Comp.)

probable de su amor propio, que le impidió deferir a la invitación que le envié para que viniera a conferenciar conmigo. Estaba yo dispuesto a no ceder y a imitar la torpe conducta de los que no sabiendo olvidar sus pequeneces, inmolan las mejores causas, cuando, además de la reflexión, consejera de transacciones, vino a aconsejarme una conducta más dúctil la presencia en casa de Pa., R. Nl. y Esca. y la invitación verbal de Bs. a verlo y reunirme con él, al día siguiente (ayer 31), en casa de Ea. Fuí. Allí estaba Ba., que me recibió cordial pero reservadamente. Allí Ms. que, probablemente disgustado por la pérdida que le confesé de la carta de A. F. para él, estuvo frío. Allí Alfaro, el cubano, cuya difícil atención llamé con la energía de la respuesta que di a su chancera acusación a Puerto Rico. Allí Ventura, el dominicano, cuya reserva tanto significaba frialdad para conmigo como embarazo y timidez. Allí el dominicano Delmonte. Pocas palabras con Ba., que excusó cuanto pudo el prodigarlas conmigo, en tanto que afectaba prodigarlas con Alfaro, miembro de la Junta; algunas palabras con Ms., cuya atención desperté con mis juicios psicológicos sobre Peralta, y con mi terminante declaración enérgica sobre Puerto Rico. La impresión de la entrevista, manifiesta cautelosamente en estas palabras a Chavarri, que me acompañaba al salir como al entrar en ella: "La soledad es benéfica y funesta: benéfica, porque desenvuelve las fuerzas del pensamiento; funesta, porque nos acostumbra a aislarnos en nosotros mismos, aun en medio de las mayores expansiones, y en tanto que todos sienten, obran y hablan, el solitario *observa*". Es decir, estaba disgustado. La frialdad, la indiferencia, la afectación sensible de reserva me habían dicho en la conciencia que se me estimaba poco o se me temía mucho. Afectación o sentimiento, sospecha o realidad, temor o desafecto, ninguna alternativa podía satisfacerme, y me

dolía en mí mismo de los sacrificios inútiles, del heroísmo baldío con que he llenado mi vida y satisfecho mi ardiente patriotismo.

Citado para la noche por Betances, fuí a su casa.

Allí estaba Ba., cuya presencia me embargó tanto más cuanto más frío me pareció su saludo. Acompañábanlo en la visita el dominicano Ventura, que se retiró muy pronto, y Vidal, puertorriqueño, que se retiró más tarde, después de oír, con Henna, que entró después, una gran parte de mis juicios sobre los casi-hombres de Puerto Rico, sobre la conducta de todos para conmigo, y sobre mi propia conducta. La mujer de Bs., sencilla al parecer como su nombre ⁽¹⁾, y los adictos jóvenes de casa, únicos a quienes debo hasta ahora una confianza respetuosa y cariñosos cuidados, eran los otros testigos del coloquio. Se entabló, yo no sé cómo. Creo recordar que, contestando a una pregunta de Ba. sobre Aa. y Co., entré en desarrollos sobre mis relaciones con los revolucionarios de Puerto Rico, y opuse a mi espontaneidad la reserva de todos, acusándolos benévola y sobre todo a ellos, Bs. y Ba. Me confesaron su desconfianza, y tuve que demostrar su injusticia, relatando paso tras paso, intención por intención, acto por acto, idea por idea, sentimiento por sentimiento, toda mi vida pública. Es ella tan pura y tan clara la conciencia de mis actos, que todos los circunstantes, desde Simplicia hasta Chavarri, desde Ba. hasta Bs., demostraron visiblemente, los unos con candor, los otros con irreprimible vivacidad, el sentimiento de estimación que inspira siempre la virtud, que ese es el nombre de mi vida, cualesquiera que hayan sido mis vacilaciones, mis torpezas, mis caídas, morales, intelectuales y políticas. "Es doloroso que no nos hayamos conocido antes, es lamentable que hayamos juzgado de ligero", dijeron en palabras diversas Bs. y Ba.

(1) Simplicia. (N. de los Comp.)

¡Triunfo mayor? Yo no lo quiero. Si el de anoche es firme, yo puedo, sin tantos obstáculos como antes, ser eminentemente útil a mi causa. Ese es mi pensamiento, eso mi deseo, esa mi ambición, esa mi gloria, esa mi dicha. ¿Es triunfo definitivo? No puedo esperarlo ni del latente amor propio de Bs., tan claramente manifiesto en el proyecto de atraer a Aa. y Co., ni de la frialdad característica de Ba. Surgirá quizá el pensamiento punzante de la superioridad, y nuevas luchas dificultarán mi conquista y mi victoria. Pero yo sé que puedo obtenerla con ellos y por ellos. Instrumentos, obedecerán sin querer y sin saber, a mi presión. Agentes, el actor, al acotar sabrá dirigirles sin privarlos del carácter de iniciadores.

Logre yo atraerme a Ferrer, a quien voy a ver; a Cisneros, a quien haré presentarme; a Morales Lemus, de quien me haré apreciar; logre también la dirección indirecta del periódico, a lo cual está Ba. muy inclinado y por lo cual trabajará diligentemente, póngame yo en mi medio natural, hágaseme fácil el desarrollo de las cualidades que siento más activas cada vez en mí, y si los coetáneos lo niegan, la posteridad dirá que Eugenio María Hostos fué el verdadero director de la revolución de las Antillas. Sí, que ni la adelantada de Cuba ni la por empezar de Puerto Rico, tienen quien sepa dirigir-las. De esto son comprobantes las confesiones involuntarias de Bs. y Ba. y las voluntarias de éste respecto a los hombres que conducen la revolución cubana. Todo con medios, nada sin ellos, en razón de los que se me faciliten o conquiste, nacen los fines que maduro y los recursos para hacerlos fructificar. (Destruído)..., anoche me despertó mi pensamiento, y me levanté de la cama y arrostré el frío para trazar el plan sinuoso, admirable si se realiza, ridículo si no se acepta, de la revolución armada en Puerto Rico, de la revolución política en Cuba.

De aquí a mañana maduraré ese plan, que expondré a la consulta de Bs. y Ba. En casa del último, esta mañana presencié mi rehabilitación a los ojos de todos. Todos ellos, desde Henna hasta el antes cohibido Cabrera, desde el ya fácil Ba. hasta el ya contemporizante Bs., me demostraron confianza y estimación. Pero Ca. ha seguido guardando silencio, no ha tenido una palabra para contestar a la carta angustiosa en que, desde París, le develaba el secreto de mi vida, mi lucha perpetua, mi perpetua angustia, mi indecible combate entre los medios sociales y mis fines intelectuales, y continúo culpando. Si, pasados quince días y agotados los recursos pecuniarios que exactamente correspondían a los que prometí traer, Ca. no me ha proporcionado trabajo y él y todos con él, o me abandonan o me obligan a otra nueva abnegación de mi dignidad, seré injusto si los perdono. Como siempre, sobrenadando la angustia pecuniaria en el mar de ideas, de sentimientos y de deseos que me agitan, altera y adultera todas mis satisfacciones, todas mis esperanzas. Por eso tiemblo ante el frío nebuloso, ante el frío de hoy y el de mañana, y por eso gozo menos que pudiera con el aspecto de la ciudad, que tanto me recuerda a Puerto Rico, que carácter tan americano tiene, que tanto confirma exteriormente mis ideas sobre el carácter de este pueblo.

Noviembre 2.

Un día hermoso, sereno, de agradable frío, y ya sé yo que la alegría de la naturaleza influye benéficamente en mi ánimo. Nada extraño, por tanto, que me sienta propenso a la alegría.

Había concebido un plan, y estaba inclinado a creer que, secundado, podría llevarlo a realidad. Ausente otra vez Ba., lo expuse a Bs. ¿Qué es Bs.? Los que le suponen la vehemencia de un fanático de ideas, o no saben lo que

es ese santo fanatismo, o juzgan al hombre, como con todos hacen, por las apariencias que da a sus designios. Bs. no tiene la candorosa, la santa expansión de los creyentes. Al menos, conmigo. Y si conmigo no la tiene, o será por desconfianza, o será por intención oculta. Por ambas causas, juicio en contra de él. Un revolucionario no debe desconfiar de sus auxiliares; pero abroquelarse en la reserva, en el silencio, en la duda, en el monopolio de la idea y de sus accidentes, con un hombre que, desconfiado, puede él poner a prueba con distintos medios y éxito seguro, que puede utilizar tanto mejor cuanto mayor sea la avidez de ese hombre por dejarse utilizar, eso no es hábil. ¡Buen deseo? No se lo niego. ¡Sacrificios? Los proclama su mismo aspecto; pero ¡basta!

Al fondo de los hechos, y dejemos las conjeturas para el tiempo. Fuí, cumpliendo lo prometido, a celebrar la convenida entrevista con los dos. Ausente por deber el uno, hablé con el otro. Es claro, el plan, como cualquiera plan, parece atendible para quien ninguno tiene; por eso oyó con atención; pero, conocido, ningún esfuerzo hizo por hacerme entender que entraba en mis pensamientos; al contrario. Y yo, sin auxiliares ¡qué puedo hacer? Yo no tengo a nadie detrás de mí. Después de una vida de abnegaciones que nadie conoce, soy tan desconocido en mi país como en Beocia. ¡Darme a conocer?; ya es tarde: tendría que ir a que me conocieran personalmente. ¡Dar proclamas?; no tengo dinero para imprimirlas. ¡Moverme? ¡Hacia dónde y para qué? Después de esto, no hay más remedio, o me abandono absolutamente a los cubanos, y atiendo exclusivamente a Cuba, y también para hacerlo hallaré dificultades graves. He visto a Ferrer: hombre de inteligencia segura, al parecer. Me recibió cordialmente, y cordialmente nos hemos separado; pero tampoco me conoce, y es necesario hacer esfuerzo de carácter para hacer co-

nocer que el hombre que juzga a España sin el odio ni pasión que parecen necesarios en esta empresa, es un hombre de esfuerzos morales e intelectuales. Yo no he querido, en mi vida, dejar nada a la casualidad, y quizás la casualidad se haya encargado de darme la norma verdadera de mi vida. Dejemos, pues, que el tiempo, padre de la casualidad, la aconseje en mi favor. En tanto, en el aire, en el vacío, en el ocio activo de la soledad de corazón y pensamiento, en la actividad dolorosa de la imaginación.

Nueva York, noviembre 4 y 5, 8 mañana.

Por insinuación repetida de su inteligente hermano Ricardo, he escrito a Ramón Nadal. Es una fuerza, según mi fórmula consagrada, y cualesquiera que sean los esfuerzos que me exijan, yo quiero, como debo, utilizar todas las fuerzas. Para conseguirlo, tal vez no haya sido el mejor medio la carta que su hermano se ha llevado, y tal vez haya sido debilidad de mi delicadeza el entregar esa carta por no faltar al compromiso de entregarla. La demasiada abnegación es un error si no es un vicio, y en las relaciones de la vida, cualesquiera que sean las convicciones de la razón y la experiencia, el hombre debe siempre proceder de tal manera que nunca los demás lo supongan desposeído del instinto de conservación, de los intereses de su amor propio y de todas aquellas fuerzas de la debilidad que, por ser patrimonio de todos, en todos se exigen como necesidad de su existencia.

Márquez, propenso a esa hilaridad inocente pero incómoda, del que encerrado en un círculo prelimitado de acción moral e intelectual, se erige en juez de todo otro modo de obrar y de pensar; Cab. en la actitud embarazosa que va explicándome su reserva; Vidal en su actitud modesta; Ventura en disposición más expansiva que de costumbre; Bs. en su indecisa reserva de sistema; su

mujer en su candorosa deferencia para todos los visitantes de su esposo, tal era la tertulia de Bs. en el momento en que llegué en la noche del martes a su casa. Mi llegada interrumpió una discusión de campanario, que sostenía Ventura, en nombre de su Sto. Domingo, con Márquez, que representaba a Puerto Rico. Tuve más de un momento de alegría cuando, pensando y discutiendo con ellos sobre el cultivo mejor para las islas, los oí razonar con tanta rectitud, demostrar con datos tan considerables el conocimiento que tenían de ese punto importante de nuestro porvenir, y asegurarme, a mí, buscador de hombres para mañana, que no faltarían mañana para la revolución moral como no faltan hoy para la armada. Esta reflexión consoladora he estado haciéndome en casi toda la vigilia de esta noche, al recordar los accidentes de la conferencia celebrada en mi aposento. Era mi pensamiento, pero había desistido de él. Veía la necesidad de reunir a los puertorriqueños, para que pensaran, sintieran y resolvieran en armonía, y para procurarme por su medio la justa influencia que las reservas de que me rodean, están negándome; pero la desconfianza me había disuadido. Ramón Nadal se encargó de recordarme que "es un deber de patriotismo hacer por sí lo que no saben o no quieren hacer los demás", y como esta máxima vino exornada de un capítulo de quejas contra los iniciadores por el abandono y el olvido desdeñoso en que dejan a los puertorriqueños que no los rodean inmediatamente, y como a estas quejas se agregarán las de Pastana y Chavarri, resolví intentar un acuerdo forzoso entre los iniciadores y los olvidados. Lo que éstos quieren es la satisfacción de la curiosidad que altera el reposo de todos los partidarios de una idea en crisis, pasto para esa actividad febril de todo el dominado por una preocupación intensa: ¡desdichada revolución de Puerto Rico, si todos sus auxiliares conocieran sus secretos! La

anhelo demasiado para hacerla correr ese riesgo de muerte, y no es eso lo que me propongo en la reunión permanente de puertorriqueños. Me propongo lo de siempre: organizar y prever. Los revolucionarios al uso son muy fáciles en sus esperanzas, y esperan que la casualidad les dé hecha la obra del día siguiente, la difícil, la digna, la capital. Yo no tengo esas esperanzas y deseo que vayamos a luchar con pensamiento cierto. Se me opusieron, no sé si por espanto de la obra o por modestia, pero logré persuadirlos, y cuando dos veces exclamaron que "empezaban a creer en el triunfo de nuestra causa", no por atribuir esta ponderación a la impresionabilidad, dejé de pensar que podía sacarse útil partido de la buena disposición en que coloqué todos los ánimos. Se puede, pues, dar por iniciada una grande obra. Entre otros, tiene el peligro de poder alarmar a Bs. y los suyos; pero sería demasiada ceguedad el no aceptar la parte que en la obra voy a ofrecerles hoy mismo, y espero que la misma grandeza de la obra engrandecerá a los que se han empeñado en empequeñecerla.

Domingo 7 de noviembre, mañana.

Anoche, cuando después de la reunión, caí yo en la meditación acostumbrada, tuve la franqueza o cometí la debilidad de responder con una queja a la extrañeza que Chavarri me manifestó por la conducta de Bs., y resumí mis tristes pensamientos en esta pueril exclamación: "Si yo tuviera cien mil pesos, no me costaría una batalla cada adhesión que conquisto". "Yo creí que Ud. sabía eso hace tiempo", me contestó Ch. De modo que Azcárate, en Madrid; Ramos, en Barcelona; A.-Pa., en París; en la misma ciudad, Acosta; en todas partes los interesados en justificar con mi vacilación la suya, o los temerosos sinceros de mi mal, han visto con perfecta lu-

cidez una cosa clara que yo, prsbite previsor, he necesitado contemplar de cerca para ver. Y no es extraña la previsión de los otros, ni mi extraña imprevisión. Ellos juzgaban la realidad en uno de sus aspectos; yo no había podido ver ese aspecto de la realidad, absorto como estaba en la contemplación de los demás. Para ellos, como para todos, como para mí mismo cuando examino en todas sus partes el fenómeno, una revolución forzada, producto de la acción de pocos sobre el malestar de muchos, es un problema de dinero. Y claro es que en ese período de formación para el cual se necesitan los auxiliares del dinero, el desprovisto de él es un obstáculo. Y llego yo, que no sólo no traigo dinero, sino que vengo a pedirlo a mi trabajo, y como, cualesquiera que sean las fuerzas de mi corazón, mi inteligencia, mi voluntad, mi abnegación, mi instrucción y mi experiencia combinadas, ninguna de esas fuerzas puede tener hoy útil empleo, se rechazan. Sin más profundizar, ese es el hecho de razón de que soy víctima. Ahora, el cómo se realiza ese hecho, el modo, el medio, la conducta de los hombres, es cosa de menos filosófica demostración. Que el temor, ya manifiesto, de una superioridad que se revela, o prevenciones del presente y del pasado, aumentan cada vez más la desconfianza de Bs., y el embarazo molesto de Ca., determinando en uno y otro, y por medio de ambos, en su círculo, la frialdad, el desvío, el recelo, la conjuración de sospechas que me cercan, eso es más repugnante que irritante, y mucho más peligroso para el porvenir de la revolución y de la patria, que repugnante para una conciencia pura.

 Con qué derecho monopoliza un hombre la dirección de negocios que le pesan demasiado, cuando su inexperiencia de los asuntos humanos, su inflexibilidad para con todo el que no es flexible, y su abandono para con los que se le abandonan, demuestran que elige por

nivel suyo el de los hombres, no el de las ideas que representa? Ahora acaba de salir de aquí, y sus últimas palabras confirman mi juicio desconsolador. Como siempre que se llega a cuestiones personales, me inclino a la benevolencia, como hombre, me inclino a la utilización como político; y hablando del jefe de voluntarios en Ponce, de V. Linares, de Alonso, he optado por el sistema de la prudencia y del optimismo: él dice que es mejor dudar, que es mejor manifestar la duda, que es mejor impedir la rehabilitación, que es mejor acabar para mañana con los débiles, los cobardes, los vividores, los egoístas o los torpes que se nos niegan hoy. Falta de vista: como casi todos los revolucionarios por pasión, fijo en el presente, ni mira ni ve el porvenir. Esa gente no piensa que es más necesario pensar en la difícil obra de reconstrucción que en la otra, a todos asequible, de la destrucción. Y por eso, cuando se les habla de la obra capital, abren los ojos, dilatan el labio de la sonrisa irónica, cierran por sistema su conciencia, desatienden los aspectos totales, y atendiendo a lo pequeño que perciben inmediatamente, en la cuestión, discuten, hasta cansar y cansarse, los inconvenientes necesarios de toda empresa de ideas en toda comunidad de intereses y de sentimientos.

Yo no sé si por ver los inconvenientes personales que encuentra en toda lucha de ideas el acostumbrado a imponer la suya o si por el temor de perder la aureola con que lo rodean el silencio y el misterio, de su parte; la confianza y la seguridad pública, por parte de cuantos se le acercan; pero es indudable que no le ha lisonjeado el anuncio de una asociación: la ha combatido al mismo tiempo que aceptaba estimularla y aplaudirla. ¿Razones? Que no se puede tratar la cuestión de si conviene la anexión o es necesaria la independendencia, porque nos enajenaríamos auxilios; que no se puede hablar de

federación de las Antillas, porque se duda de la aptitud de esos pueblos para la federación. No por deseo, sino por alejar inconvenientes, descarté estas dos cuestiones, que volvió hoy a sustentar Ca., que ya habían suscitado otros más jóvenes en la primera reunión, que yo planteaba a sabiendas por acostumbrar a no temer a las ideas y por empezar a hacer pensar que el tejido de los hechos sociales no es tanto la trama de la casualidad como el arte o el no arte, la ciencia o la no ciencia, la previsión o la imprevisión de los individuos y los pueblos; no pues por deseo ni por impotencia intelectual, descarté esa cuestión fantasma, y describí suscintamente el pensamiento de la asociación, haciendo comprender de paso que yo no quiero ni los clubs ni las juntas de la vanidad, en los cuales puede una lucha de pasiones y de pequeñeces obstar victoriosamente para el éxito más fácil. Ahora, y para mí, ¿cuál es ese pensamiento?

Lunes, 8 de noviembre, 3 de la tarde.

¿Nesno in patria sua propheta? He estado preguntándomelo, a pesar de la desconfianza de mí mismo con que trabajo por mi país, al comparar hoy el recibimiento que me han hecho Ferrer, Mestre, Morales Lemus, Piñeyro, Aldama, cuantos cubanos de representación me fueron presentados por Ferrer, y el que me hicieron Ca. y Bs. y, excepto los jóvenes y los descontentos, los demás puertorriqueños de iniciativa. En tanto que Bs. se encierra en su reserva fría, y busca pretextos para no venir a verme, y viene acompañado cuando viene, al modo que lo haría si temiera conferencias reservadas, y en tanto que confiesa con su misma conducta y su mismo alejamiento estudiado que algo vale el que es temido; en tanto que a los suyos, probablemente con sus juicios apasionados inspira su mismo desvío, y en tanto que los míos

han notado y tenido que notar su conducta; mientras que, faltando a toda consideración, Caba., que, con sus exageraciones, precipita mi venida temprana, huye manifiestamente de mí, y en vez de secundarme, él que con mis cartas, con las últimas, sabe de mí cuanto yo de mí mismo, que soy una conciencia que propugna por la justicia, secunda los planes personales de Bs.; en tanto que Basora, más dúctil a la evidencia, no abandona sin embargo su cautela, a pesar de su confesión pública de error para conmigo; en tanto que, uno tras otro, para acercárase necesitan del esfuerzo denodado para guiarlos sin dominarlos, o del interés de amor propio que me los acerca, unas cuantas palabras me conquistan la visible adhesión de Ferrer, me atraen la probable simpatía de Piñeyro y la atención deferente de Morales: no menciono a Mestre, de cuya amistad ha hecho un misterio tan solemne el bueno de Bs., porque nunca hombre alguno me ha recibido con más cordialidad, con más activa deferencia ni proclamado más alto más títulos intelectuales. De todos ellos, es el que ha declarado conocerme por mis escritos, y prueba terminante de que aprecia al escritor y al político es la rápida facilidad de relaciones que hemos entablado. No se me oculta que la carta de Azcárate ha hecho mucho, que el anuncio de la visita que Morales me prometió por conducto de Ferrer habrá hecho más; pero ¿vale esto la vida de trabajo, de esperanzas, de abnegaciones, de sacrificios hechos por Puerto Rico, conocidos en Puerto Rico, *reconocidos* públicamente por los revolucionarios en jefe de mi patria? Pues a pesar de la sima que media entre una realidad observada, la de mi vida por los puertorriqueños, y una esperanza infundada (1), la de Azcárate en su carta, la realidad es más débil que la esperanza, mi vida menos garantía que la palabra de un hombre que no puede conocerme como debe conocerme mi país. Este es un abismo que no logra

hacerme tener por insignificante la verdadera alegría que tengo hoy. No alegría de vanidad; sí de esperanza: espero que si logro ponerme en actitud de desarrollar sin esfuerzo, sin afectación, sencilla, familiar, cordialmente, las cualidades que me han conquistado mis esfuerzos y mis desgracias, de mis relaciones y de mi intimidad con el círculo cubano saldrá la revolución de Puerto Rico.

La deferencia activa de I. M., la amistosa cordialidad de F. C., la respetuosa adhesión de R. N. y de E., la misma indócil estimación de L., expresión de una simpatía del país, me dan derecho a creer que estoy en actitud de ser útil a las santas ideas de mi vida. Más activo y más resuelto, no por más nuevo, como insinuó con levísima ironía Ca., sino por más consciente de mis actos, de mis sentimientos y de mis ideas, no sólo tengo intrínsecamente condiciones que no desplazan los demás, sino que se revelan exteriormente cuando muchos vienen a tomar impulso en el impulso mío. Esta realidad es digna de observación y puede ser trascendental para el porvenir de mis ideas. Ambicioso, sabría hoy que puedo, si quiero, suplantar al ídolo —Bs.—: pensador desinteresado, obrero más sincero que otro alguno, debo saber consciamente hasta qué extremo puedo usar benéficamente de esa influencia que conquisto. Ponerme en relaciones directas con los que en Puerto Rico podrían y querrían secundarme, mover aquí los instrumentos que se me ponen en la mano, sería una usurpación perdonable a los ojos de la ambición y aún a los de la razón, cuando, como sucede, se me niegan temerariamente los medios de acción que tuve y se me cierran todas las puertas y se me bloquea por la desconfianza y la mala fe, pero ¿sería un bien para el país? Sigo creyendo que todos somos necesarios, y yo sería un apasionado sin elevación de sentimiento ni de ideas, si juzgando a los otros por

los juicios de pasión que de mí forman, les negara las aptitudes y las virtudes que me niegan. El quid difícil y necesario estriba, pues, en la resolución de este problema: Utilizar por mí mismo todas las fuerzas de que disponga y se me ofrezcan, sin enajenar una sola voluntad a mi país. Constitúyase la asociación, trabajemos, vengan Bs., Ba. y los suyos con nosotros, no insistan en su absurda conducta, y todo podrá hacerse. Y si continúan procediendo como han empezado, caiga sobre ellos la tristeza de verse abandonados por la idea que durante un momento monopolizaron.

Profundizo una proposición que me preocupa. “¿Y Ud.?” me preguntó Bs. con ojos que sondeaban mi conciencia, en el momento en que yo combatía el temor de ir a Puerto Rico, estando Sanz allí, que no ocultaba Ca. “¿Yo, qué?”, respondí al sondeo con el sondeo. “¿Por qué no va Ud. a Puerto Rico?” No lo miré con el asombro que hoy lo miraría, y le contesté sencillamente y sin falacia ni exageración: “Porque no puedo. Además de que soy tenido por un enemigo, yo tengo el compromiso de tratar mal a los representantes de España en Puerto Rico, porque yo he sido el que más enérgicamente ha censurado el miedo que, como hombres, han demostrado a los despotillas de la Isla todos los que se han visto forzados a acercárseles”. Insistió en la conveniencia de mi ida. Si le atribuyera los vicios de la ambición, creería que pensaba en sacrificarme, y probablemente me equivocaría, porque Bs. no tiene otros vicios que los de cuantos revolucionarios, obligados por su popularidad a tomar la iniciativa, se conocen superiores a ella y no quieren sacrificar su popularidad. Hay otra cosa, y creo que es ésta. Es seguro que Ca. comunicaría mi carta a Bs. Hayan o no hayan hecho algo por cumplir con los deberes que les imponía aquella carta, nada me han dicho, desembarazándose así de ese deber. Pero

como pesa secretamente sobre ellos, y a imposibilidad de cumplirlo por los medios decorosos que yo designaba, temen probablemente que se los reclame, tal vez han pensado que era sabio hacer de una vez dos obras útiles: desembarazarse de mí, mandándome a nombre de la patria a Puerto Rico, y tenerme allí como garantía del activo progreso de la revolución. ¿Es esto? Es conveniente averiguarlo.

Bleecker St. 292, al patio, Nueva York, 7 de diciembre de 1869.

Puesto que tengo papel, y por falta de papel no me he sondeado un mes há, sondeemos otra vez. No sé precisamente en qué quedaba cuando interrumpí forzosamente la diaria confesión, pero es seguro que, agitado como estaba entonces, por la ociosidad inquieta a que me condenaba la conducta de los puertorriqueños y la de los cubanos, me presentaría en dolorosa lucha contra unos y otros. Tenía razón, porque unos y otros han hecho todo lo necesario para desesperanzarme y para desesperarme; desesperanzarme, hacerme perder la esperanza que pude tener en ellos como revolucionarios; desesperarme, obligarme a maldecir hasta las ideas más queridas.

Por aquellos días fracasaron dos proyectos: la publicación que espontáneamente, y probable es que por su propia conveniencia, me proponía Ferrer, de un periódico independiente para defender exclusivamente la independencia, y la constitución de la sociedad de puertorriqueños que yo había imaginado para precipitar la revolución de Puerto Rico. El periódico murió, porque F. y los que le aconsejaron dejaron de la noche al día de ser independientes para ser anexionistas. La sociedad murió en embrión porque los puertorriqueños maduros no quisieron pasar junto con los puertorriqueños verdes. Después se me propuso la ida a Puerto Rico,

proposición temeraria que sólo yo podía discutir, que sólo mi abnegación podía aceptar: por falta de recursos no quise yo realizarla inmediatamente pero aun pende, y es posible que tenga que hacerla a fines de este mes. Tal va poniéndose el invierno y tales son los pobres medios en que para vivir orgánicamente me he encerrado, que llegue a ser en mi imaginación un ideal lo que quizá puede ser en la realidad un abominable término de vida. Por ahora, emborronando papel en el periódico. *Ella* no tienes fines, *él* no puede tenerlos. ¿Dónde, señor, están los hombres? Pues, cueste lo que cueste, la educación latina es incompleta hasta el extremo de privar a los pueblos de la fuerza de las ideas y personificar ideas, principios, transformaciones y progresos, en los hombres. No los hay, luego no hay nada. Esta conducta del Gobierno federal y los programas reformistas de los diputados puertorriqueños de Madrid van a concluir con la revolución, si pronto, muy pronto, un fracaso y la indignación de los revolucionarios no depone a los hombres sin ideas.

Nueva York, diciembre 9, 11 del día.

Estoy descontento e impaciente: descontento de la marcha de los sucesos, de los hombres que pudieran dirigirlos, de los medios que se emplean para obtenerlos: impaciente, no sé concretamente por qué; si por ir a Puerto Rico o por salir, con muerte o vida, de una vez y para siempre de esta vida insegura y angustiosa.

Trabajo como nadie en el periódico, y me parece poco y es realmente poco; y como no veo fructificar el trabajo, porque la prensa no se ocupa de nosotros para nada, y sólo serviremos de pasto a la pasión de los ociosos o de los apasionados, más de una vez me digo que valdría cien mil veces más el estar combatiendo con el fusil o con el sable perdiendo el tiempo con la pluma.

Y la verdad es que el trabajo es baldío. La revolución no tiene ideas, y no es posible que el periódico, fuerza secundante, ordenación de ideas, dirección de medios intelectuales, expresión de opiniones, sentimientos y deseos, ordene lo que no existe, dirija lo que no hay, y exprese lo que no se encuentra. Allí, se combate por la necesidad, y acaso porque la continua lucha mantenga vivo el fuego de la primera impulsión; pero ¿en qué piensan ni qué hacen los encargados de administrar las comarcas revolucionadas? Harto, pienso, hacen con mantenerse unidos; pero la verdad es que no basta. Aquí yo no sé qué hace la Junta; cuanto hace fracasa; expediciones, corsarios, tentativas diplomáticas, todo huero. Han hecho un arma de la mentira y creyendo que hacen creer lo que no creen, pasan los días atrayendo a la idea de la anexión a los ya de antemano convertidos a la idea, pero no al propósito de compartir sus beneficios con los cubanos anexionistas. Luego, la emigración, semejante a los demás, ha llegado ya a posponer la idea culminante a sentimientos personales, y patria, ideas, justicia, porvenir, son sonidos huecos a que no obedece uno solo de los llamados patriotas que conozco. Si voy de los cubanos a los puertorriqueños, encuentro los mismos vicios aumentados por la desesperación de una impotencia absoluta. ¿Qué he de hacer, sino descontentarme e impacientarme; qué he de pensar sino en recursos extremos? Jugar el todo por el todo vale más que estar siendo cómplice de juegos de impotentes cuando la patria juega el porvenir. Más de una vez pienso en España con un sentimiento que jamás había experimentado, pero cuando reflexiono que todo lo posible de mi parte ha sido hecho por dirigir a aquel pueblo hacia sus fines convenientes, me vuelvo con ánimo tranquilo hacia la revolución, único medio de salvarlo todo, patria e individuos, presente y porvenir.

Domingo 12 de diciembre.

Anoche estaba pensando que podía perfectamente depender de mí la inquietud, el descontento, la insaciabilidad de actividad que siento. Puesto que estoy trabajando ya en pro de la causa constante de todos mis trabajos — me decía— conságrame a ella con toda mi actividad útil; pero ¿trabajo realmente por la causa?, me preguntaba el descontento, y casi me contestó que no, al reexaminar mentalmente mi obra de todos los días, obra de circunstancias, de acaso, de espontaneidad forzada, más que la obra de razón, de meditación, que debiera esperarse de quien, o hace por impulsión de la imaginación y de su corazón las hazañas más insensatas, o se consagra heroicamente a todos los sacrificios, por obediencia a la conciencia. Mi obra de todos los días: no es ella, por cierto, lo que debiera ser, y cada tarde, al terminarla, vuelvo la vista a las playas de Cuba, y me digo: “más útil sería yo allí”. Es seguro que no sería más útil, a no ser que, embrión ignorado de un hombre de acción, me desarrollara inopinadamente en el campo de la prueba; pero es seguro también que, forzado allí a hacer cuanto en mi vida he predicado, estaría más contento de la práctica de mi predicación, que lo estoy ahora de estas contemplaciones en que sigue encarcelado todavía mi pensamiento. Nadie le pone trabas; pero lo entran las circunstancias que la Junta y su conducta han creado para la revolución, y lo enfrena la sumisión a otro.

Realmente, no sirvo para secundar; a lo que veo, yo no tengo, para la vida práctica, otro talento que el de disposición y organización. En cuanto me quitan la iniciativa, ya no sirvo para nada o hago mal o de mal talante o sin fe en mi obra y en mí, cuanto me veo obligado a hacer. Anoche pensaba en la conducta de los que me han quitado la dirección del periódico y en la del nuevo director conmigo. Pensaba que en todas partes ha de

perseguirme la injusticia, y en todas ha de volverse contra mí mi propio carácter respetable. Comprendo que, para poner en armonía a todos, prefieran a un cubano que tenga influencia intelectual y afectiva sobre todos; pero mejor y más fácil hubiera sido asegurar ese trabajo de armonía, no a quien pudiera conseguirlo por sus condiciones sociales y su origen, sino al considerado por todos como más apto para servir al pensamiento. P. es un excelente carácter, una inteligencia viva, una imaginación artística, y un corazón frío, condiciones que lo hacen apto para allegar voluntades y conciliar las angustias de la vida de relación; pero, a pesar de su aptitud y de su penetración, procede sin la conciencia de sus actos que tiene siempre el poseedor y poseído de una idea, y se comprende la acción de los junteros, y siguiéndola escribe artículos diplomáticos discretos, pero ni siente ni concibe ni comprende los santos extravíos de la indignación, la viva excitación en que los reveses y las fortunas, las esperanzas y las desesperaciones ponen a los más sensibles. Z., otro carácter, otro pensamiento y otro corazón, no tiene tampoco moralidad intelectual, y trabaja lo poco que trabaja sin otro pensamiento que llenar su compromiso, sin otro sentimiento que el de la animosidad contra los españoles. En cuanto a M., mayor talento literario y mejor intención política, por lo mismo que me debe el esfuerzo que he hecho para que reconozcan su talento, está fuera de las condiciones necesarias, independencia de acción y consideración externa, para ser tan útil como podría llegar a ser. Luego, un periódico de combate que no combate, un diario de doctrina que no adoctrina, no combatiendo por que no tiene con quién, no adoctrinando por que no puede, sin riesgo de la causa que sostiene, tocar los puntos capitales, es un periódico que podrá satisfacer a los indiferentes, pero que no puede corresponder a mis deseos.

Y planteo mi problema: ¿debo dejarlo? Y si lo dejo, ¿debo ir a Puerto Rico? Y si voy a Puerto Rico ¿debo esperar o impulsar a los acontecimientos?

Mi triste convicción es que si la casualidad no se pone de nuestra parte, Cuba no acabará, ni Puerto Rico empezará jamás.

Miércoles 15 de diciembre de 1869.

El decaimiento de los ánimos, la parálisis de la revolución en Cuba, la conducta comprensible pero censurable del Gobierno federal, el azoramiento que ha producido en casi todos el desesperado intento que en algunos produce de, jugando el todo por el todo, abandonar la isla a Estados Unidos, ofrecerla en anexión, y en odio a España, cometer la indignidad de declararse impotente ante el mundo; todo esto me inspira el vehemente deseo de ir a Cuba; pero pienso que no sabría ir de otro modo que dirigiendo una expedición, y como ni tengo capital para formarla ni tengo influencia para hacerme escoger por director, veo que el pensamiento de ir a Cuba no debe realizarse.

El convencimiento de que no hay ningún trabajo revolucionario en Puerto Rico, la seguridad de que lo dicho y lo hecho, hasta ahora, sólo ha sido pasión personal de B., y ansias justas pero impotentes de todos sus secuaces; el temor de que, pactada secretamente la anexión, intenten extenderla a Puerto Rico, y mi constante y cada vez más enérgica oposición a la anexión, me inspiran el deseo de ir a Puerto Rico, pero el viaje es en sí tan temerario, temo tanto seguir dando saltos en el aire y haciendo sacrificios en tinieblas, que a pesar de haberme presentado como resuelto al viaje, más resuelto estoy a pensarlo que a llevarlo a cabo.

Yo no veo una sola ventaja, y veo todos los peligros de ese viaje. Si yo no hubiera perdido, como he perdido absolutamente, el dón de gentes, el arte de tratarlas, aquella ciencia de la vida que, basada en el disimulo, la reserva y la flexibilidad, sirve para escudarse moralmente y para espiar el espíritu del prójimo, tal vez mi ida contribuiría a la resurrección del sentimiento; hoy mismo, suponiendo que los delegados del Gobierno central lo obedezcan, las reformas podrían servirme para dar lecciones prácticas de resistencia al despotismo; pero, fuera de esto, hay tal multitud de dobleces, de ficciones, de aceptaciones, de mentiras, de ocultaciones, de imposturas —obligado séquito del conspirador—, y yo odio el oficio y sus obligaciones. Y como, en tanto, mi trabajo, a pesar de poder ser tan pecuniario como yo quisiera, me desagrada y me hastía, no sólo porque me parece inútil y lo tengo por inferior al pensamiento que lo inspira, sino también porque estoy ya cansado de las anteposiciones injustas del poder sobre el saber, de las influencias personales sobre las exigencias de la idea y la razón, y como en tanto, digo, mi trabajo no me sostiene y desarrolla las fuerzas del descontento, cada vez que comparo lo que hago y lo que pudiera hacer, lo que he hecho y lo que me vale; la posición que debiera tener y la que tengo, la abandonada y la aceptada, pienso en un pretexto que me dejara dormir tranquilamente en Puerto Rico, abandonando a los exploradores de pasiones y a los soñadores de imposibles. Sí, porque aquí no hay otra cosa; ni uno, ni uno solo de los que conozco, de ambas islas revolucionarios, tiene un pensamiento desinteresado, un sentimiento vasto, una voluntad sin objetivo personal, una conciencia clara y pura de los fines grandiosos a que podría contribuir la revolución de las Antillas.

Jueves 16 de diciembre.

Sigo pensando en el viaje, o más bien, en los motivos que lo condenan como insensata imprudencia. Más de una vez me ha precipitado la escasez; hoy podría precipitarme la impaciencia: dominémosla, pues, y dejemos sucederse los acontecimientos para poder utilizarlos, dirigiéndolos al fin a que conjuntamente caminan mis ideas y mis deseos.

Diciembre 24.

A consecuencia de la primera disensión, he resuelto hacer lo que siempre he debido hacer; un relato minucioso de los hechos en que se relacionen mis ideas con la existencia de mi patria, y retratar los hombres que perturban, hoy como siempre, el desenvolvimiento natural de las ideas.

No había necesidad de ninguna experiencia para prever que, dadas las dificultades del problema, la revolución de las Antillas carecería de revolucionarios: lo dicho de Bs. y los suyos, con tanta razón puede decirse de la Junta y de la emigración cubana; toda la diferencia, que éstos tienen más medios de acción que aquéllos, y bien o mal, los emplean. La envidia reina en ambas emigraciones, más entre la cubana que entre la puertorriqueña, pero no menos impaciente en ésta que en aquélla: con la envidia, reina la ambición pequeña, tanto más pequeña y más ridícula cuanto más pequeño y más inseguro el objeto ambicionado, cuanto menos basada en altos sentimientos y en ideas generosas la ambición. ¡Sentimientos!, de odio les sobra: ¡ideas!, fuera del desalojo de los españoles no conciben otra, y, como todos los hombres, se burlan de lo que no comprenden, de lo que no conciben. Hoy mata a mañana, y como ellos caben en el hoy, por disputárselo entre sí, lo matan. Se

transforma la Junta por celos de los camagüeyanos, por comprar al adinerado Aldama, por ambición de Mestre; se transforma *La Revolución*, por complacer a M. Lemus que quiere complacer a Piñeyro, cuya salida de la secretaría de la embajada complace a Ferrer. Así, celándose los unos a los otros, desconceptuándose entre sí y fuera del círculo inmediato, apellidándose imbéciles, ambiciosos o trepadores, haciendo que hacen más que haciendo, perdiendo un tiempo necesario y preciosas ocasiones, no conociendo ni los medios ni los fines morales de la revolución, anteponiendo las relaciones personales a las públicas, sacrificando en Basora a Puerto Rico por halagar a Morales, sacrificándome a Piñeyro, ignorando el arte de atraer a los hombres, olvidando que el primer deber del revolucionario es utilizar a todos los utilizables, desechando a hombres de probable sinceridad y abandonándose a otros de buena fe improbable, matando la idea por no saber acalararla, habiéndola todos reducido al estrecho reducto de su inteligencia, de sus pasiones y de sus intereses ¡qué extraño es que la mayor parte de ellos descansen en la anexión como de un peso, monopolicen la soberanía de las Antillas y se pongan en contradicción y en lucha ardiente con la opinión de los combatientes y con el deseo de los emigrados?; ¡qué extraño que les espante la iniciativa tomada por mí, qué extraño que hayan empleado los medios indirectos que han empleado para hacerme saber que quieren propaganda anexionista?

Y juzguemos el hecho para examinarlo. De aquí saldremos muy mal mis ideas y yo, porque yo no sé disminuir el fuego de mis ideas para luchar con el frío de los intereses; pero, al menos, sepamos. Cuando yo me presenté a Ferrer, después de muchas idas y venidas, y de una actitud exigente, me ofreció el apoyo de la Junta y todo lo necesario para fundar un periódico que de-



fendiera la independencia. Mi programa lo asustó, y en la misma tarde varió de pensamiento. Yo sé que no era solamente el susto del programa; era también la intriga entonces pendiente. No se atrevían a deponer a N. P., que dirigía *La Revolución*, y quisieron suscitarle una competencia. Yo me opuse: el porvenir de la causa se oponía a toda discusión, y mi reserva necesaria me aconsejaba no ser el instrumento de los demás. Entonces se pensó en dar al más móvil lo que se debía al más útil, y combinaron la redacción actual. Se me recibió con los brazos abiertos, y pronto vi que era justo y necesario. Piñeyro es un hombre de talento, embrión de algo que aun no se define, o un gran artista, o un diplomático; corazón lleno del hastío, el despecho y la ambición de placer y de grandeza que da una cultura exclusivamente literaria. No es, pues, ni puede ser hombre político; no es, pues, ni debe ser el director de un periódico de revolución. Pero tuvo que abandonarse a mí y yo he hecho cuanto he querido, queriendo siempre lo que siempre he creído digno, justo y necesario para el porvenir de las Antillas. Quise, y a pesar de que sé las aspiraciones de M. Lemus, dios pequeño de estos pequeños idólatras, y las de Aldama y Ferrer y Mestre y de Piñeyro, escribí "La situación de las Antillas", con el fin de exponer este razonamiento: Teniendo la vida propia que intrínsecamente tienen las Antillas, lo primero ha de ser la independencia. Anexionarlas es una indignidad y una torpeza: si se teme la fuerza de la anexión, prepárese la federación: ésta se presenta en el movimiento actual de Santo Domingo y Haití. En cuanto se vió el espíritu de los artículos, se hicieron advertencias que dócilmente me las comunicó, y en cuanto P. me las hubo comunicado, le declaré que yo dejaría el periódico: calló y seguí anti-anexionando; pero el último artículo debió ser terrible para ellos y hablaron y llamaron a P. y yo no sé si porque

ya le embaraza mi presencia o de buena fe, se ha puesto de parte de ellos, y aun cuando entre mil reflexiones y consideraciones y respetos y nueva exhibición de aquel acatamiento de los primeros días, me repitió ayer su advertencia y hubiera deshecho lo hecho por mí, en un suelto con que pensaba encabezar la correspondencia anti-anexionista a Santo Domingo, si yo no le hubiera declarado, poniéndome el gabán, que me marcharía inmediatamente. Mestre, con quien había comenzado una conferencia sobre este punto, no quiso ir ayer a continuarla, mandándome en un recado un pretexto cualquiera. Ferrer, con quien ayer empecé a hablar del mismo asunto, se me declaró descontento: veremos lo que me dice hoy, si logro verlo, y dejando mi actitud humilde, tomo la que debo. Si quisiera por la intriga, triunfaría por ella: en vez de razonar prepararía una manifestación antillana que probablemente me sería favorable; pero no quiero otras armas que las siempre usadas, y si logro contenerme en los límites tranquilos, pero sin ser humilde ni condescendiente, yo los venceré también. Me necesitan.

Miércoles, diciembre 29.

Ayer, conteniendo un color que se me iba y apagando el rubor que me encendía, llamé al administrador y le pedí la semana: me dió doce pesos. Cualquiera que sea mi empeño de no deber nada a las ideas que me sacrifican, doce pesos, el jornal de un obrero cualquiera, menos de lo que gana cualquiera de nuestros cajistas, ni es recompensa de mi trabajo ni representación de otra cosa que de la extrema necesidad y del absoluto desinterés con que sirvo a mis ideas. A pesar de todo, temo que influya esa miserable asignación, que prueba mi miserable situación, en las relaciones de P. y de la Junta para conmigo: los creo capaces de cobrarme en altane-

ría el jornal inadecuado que les tomo. Por de pronto, yo creo que el cambio de conducta que noté en P., coincidió con mi primera explicación, provocada por él, respecto a mi posición personal. Felizmente, el asunto de la anexión y mi terminante declaración de retirada han vuelto a imponerle las extremas consideraciones con que me halagó al principio. Todos los colonos, por educación, por costumbre: todos tienen el disimulo por escudo y la segunda intención por arma; no pueden inspirarme confianza, no me la inspiran, y así como voy creyendo que Zenea acogió con profunda alegría la noticia de disensiones entre la Junta y yo, así creo que P. habrá vuelto a su primer plan, profundas consideraciones por delante y quién sabe qué golpes por detrás. Cuando yo no tuviera motivos propios para juzgar tan mal a estos reudentores forzados de una víctima cuya desventura son incapaces de apreciar, de entre ellos mismos saldrían los juicios más severos contra ellos. ¿Qué dice Ba.? ¿Qué dice públicamente P.? ¿Qué dice Z.? Y ayer, cuando con un pretexto cualquiera volvió a hablarme el administrador ¿a qué fué, sino a contarme pormenores entristecedores sobre la expedición del "Lillian"? Tomo de esos pormenores el que conviene a mis observaciones. Z., que después ha hablado tan acerbamente de Goicurúa, era a bordo su más adicto *ad latere*, su sucesor más íntimo, su guía, su conductor, su inspirador. Antes de la partida de la expedición, había declarado en una expansión de amor propio o de franqueza "que dominaba al general y haría de él lo que quisiera". Cae, pues, sobre él una parte tanto mayor de la culpa resultante de esa expedición, cuanto mayor es el esfuerzo que hace hoy por divorciar sus actos del mismo sobre quien influía. Según el administrador, ayer salió el vapor "Asia", llevando a Cisneros con veintiséis hombres y armas y municiones.

Viernes, 31 de diciembre de 1869.

¡Ultimo día del año!... Y todo el *carq imaginar* de siempre, y de suponer en un corazón tan intacto como el mío, Intacto no, porque precisamente en este año que hoy acaba ha empezado a revelarse con punzantes dolores el despedazamiento orgánico del músculo precioso. Pero, en fin, si como válvula no está corriente, como centro de emociones y de sensaciones está íntegro. Verdad es que esa integridad depende en modo del enfrenamiento de los afectos por lo que digo solemnemente mi razón; pero verdad es también que si yo lego una fuente de estudios psicológicos a los que estudien mi carácter y sepan que esta sencillez candorosa de mi corazón, que esta espontaneidad de afectos, que esta presencia de mis sentimientos en todos los actos y en todos los pensamientos de mi vida, es producto de mi concepto sobre los hombres completos, me lego a mí mismo la vida más difícil que conozco. Como Leopardi,

“So che natura é sorda
che miserar non sá”.

y dando gracias pasajeras a Piñeyro que ha vuelto a renovar mis inclinaciones poéticas, trataré de reunir las palabras sin objeto con el objeto inmediato de mis palabras. Ser niño de corazón, adolescente de fantasía, joven de sentimiento, en la edad de la madurez temprana, en lo que quiero llamar edad científica; ser armonía viviente de todas nuestras facultades, razón, sentimiento y voluntad movidos por conciencia; ser capaz de todos los heroísmos y de todos los sacrificios, de todos los pensamientos y de todos los grandes juicios, y poner en todo aquella sinceridad, aquella verdad, aquella realidad del ser que sólo de ese sentimiento, que sólo de él trasciende; ser, finalmente, un mediador entre el racionalismo exce-

sivo, no por racionalismo, sino por absorber en él todas las demás actividades independientes y necesarias del espíritu, y entre el pasionalismo de los que creen que todo lo hace la pasión, eso es lo que llamo yo ser hombre completo, eso es lo que practico. Y como es tan difícil que los lejanos de mi ideal comprendan mi realidad, y como también es difícil que mi realidad no aduldere frecuentemente mi ideal, yo soy un mito, un compuesto de opuestos, una incógnita indespejable. Y, claro es, como no pueden despejarme, no me entienden, como decía sinceramente el buen Basora, y creen o afectan creer, como dijo P., que vivo en las nubes. De un hombre a quien no se entiende, se prescinde; a un hombre que vive en las nubes, se le deja en ellas. Eso es lo que dulcemente dicen los unos y los otros, no sabiendo los unos lo que dicen, sabiendo los otros y queriendo lo que dicen.

Ayer, cuando entré en el *building* de la redacción, encontré en la escalera a Mestre: después de esquivar la conferencia fué a buscarla: probablemente habrá querido satisfacer mis escrúpulos personales, creyendo que ya la materia estaba fría. Cuando entró en la redacción, P. me dijo que Mestre volvería. Me puse a trabajar, y llegó Basora. Me distrajeron, y me puse a conversar con los circunstantes. Celebrando B. un rasgo de ateísmo que L. había depositado en un artículo, quería descubrir de quién era otro que también había descubierto; y como yo quisiera reivindicar el rasgo, dijo graciosamente que estaba seguro que no era de mí, porque "a Ud. —dijo— no lo entiendo". Y a propósito de esto, y ligando yo como acostumbro, y como debo, mis escritos, mis palabras y mis actos, a las ideas que los determinan, entablamos una discusión, que me sirvió para averiguar que mis escritos, impopulares como yo sabía, y a pesar de la extraña, fría, reverente nombradía que les debo, no se entienden; que es inútil para Puerto Rico cuanto

hago; que no se puede ser revolucionario sin tener las pasiones que ellos tienen; que no se puede contar con las simpatías de los auxiliares, teniendo la amplitud de nociones y de miras que poseo y careciendo de las pasiones impulsivas de los otros.

1º de enero de 1870, 2 de la tarde.

Es, es una realidad el sentimiento: más me convenzo cuanto más lo digo. Es posible llegar a las más altas concepciones, complacerse en las eminencias más inaccesibles, prescindir de todos los vicios, desligarse de todas las pasiones sensuales y sustraerse en todo lo posible de las pasiones inocentes; es posible ser hombre completo, ser hombre, el hombre que yo deseo, el hombre que exige nuestra misma naturaleza, y no es posible, sin embargo, esquivar los mudos efectos que producen en nosotros las costumbres a que menos obediencia damos. "Feliz año nuevo, Happy new year", dos frases consagradas por el sentimiento que, en España, me habían conmovido objetivamente, me han conmovido ayer, lo más íntima, lo más subjetivamente que pueden conmover. Cuando los que se despedían de mí, se despedían, empleando la fórmula española o la americana, yo no sé qué natural asociación de ideas reunía en el momento las ideas capitales de mi vida, los sentimientos en ella más potentes, los descos que más he acariciado, y llevando la imaginación del pasado al presente, de lo que debiera ser a lo que es, de lo imaginado a lo realizado, de lo pensado a lo hecho, de lo sentido y lo querido a lo conseguido y a lo hecho, me hería en lo más recóndito del sentimiento y me entristecía con hondísima tristeza. Tiempo perdido; yo no estoy en las circunstancias que exige el análisis: tiempo y conveniencia ya pasaron. Adelante.

Ayer, con intento mal oculto de recobrar el terreno que mi severidad le hizo perder antes de ayer, pero con el objeto manifiesto de darme yo no sé qué inútiles estímulos, B. se me acercó a comentar la discusión del día anterior. Llamó ignorante a Basora; habló mal de quien se le ocurrió, esquivó las cuestiones serias con que yo quise utilizar la conferencia, y me declaró terminantemente, cuando yo le aconsejé la benevolencia, que él quiere ser diputado de oposición para hacer la oposición y para inutilizar a los inútiles.

Salgo ahora de casa de B. Con él, Márquez y Bencances. No pueden ocultar la educación colonial: siempre ocupándose de los otros, siempre juzgándolos, siempre condenándolos, nunca respetándolos, nunca teniendo ideas, nunca otra cosa que fuegos fatuos de imaginación y de malicia. Las Antillas no serán libres aunque sean independientes.

Domingo 2 de enero de 1870, 2 de la tarde.

He pasado una hora en la Iglesia episcopal de los africanos. Todas mis reflexiones tenían por meta el deseo de ver libres a los negros puertorriqueños, de verlos tomar posesión completa de la vida. Como todo nacimiento, el de esa raza a la vida total es digna de profundísima atención, de enternecimiento íntimo, de estímulos activos. Mientras oía el órgano y las voces acordes que lo acompañaban; mientras examinaba la actitud recogida de los asistentes; mientras leía la inteligencia en casi todas las fisonomías; mientras me congratulaba de la rápida connaturalización de esos seres, hace poco desheredados de todo derecho, con todos los que el triunfo del principio abolicionista les ha reconocido; mientras me complacía en la naturalidad con que ya se congregan en un mismo sitio y en una misma creencia; mientras observaba la indiferencia de igual a igual con que miraban

a los pocos blancos que allí estábamos; mientras notaba la facundia, la fuerza y la viveza de elocución con que leía el pastor o improvisaba; mientras saludaba al negro que me ofreció su asiento, pensaba en Puerto Rico, pensaba en sus negros, y me prometía que, pues la determinación reflexiva parece inútil, si la casualidad me da medios de triunfo en la revolución armada, de gobierno en la revolución de ideas, yo podría ayudar a constituir aquel país, ordenar aquella sociedad, unir aquellas razas, concordar aquellos intereses, favorecer la transformación intelectual en que quiero basar la libertad.

Sintiendo tan hondamente como siento, pensando tan radicalmente como pienso, es un placer para mí, no un motivo de admiración ni de amor propio, la práctica de mis creencias, la realidad de mis afectos. Así es tan vivo el efecto que siento cuando otros hombres se dicen partidarios de las mismas ideas que constituyen las raíces de mi alma, practican lo contrario de lo que teorizan, sienten lo contrario de lo que debieran, y contradicen con sus palabras las ideas que predicán. Así fué ayer tan grande mi sorpresa cuando, preguntando a quién llamaba Betances la *Eminencia Prieta*, me dijo que a Castro. Si Castro es de color, no lo es menos Betances. Y sin embargo, Betances, necesariamente enemigo de la esclavitud, necesariamente amigo de la igualdad política y social de las razas, da a un hombre de color, por odio político, un apodo que ridiculiza la igualdad de condiciones y derechos que desea. De esto me acordaba hoy, cuando contemplaba el advenimiento de los negros a la vida completa de la sociedad.

Comprometido con Rodríguez a examinar sus trabajos sobre el estado de la instrucción americana, fuí a buscarlo. Ha tenido que ir a Wáshington. Y como probablemente habrá ido a auxiliar a M. Lemus o a Echevarría o a cualquiera otro, y como, en una palabra, ha ido

a trabajar más libre y más activamente que puedo hacerlo yo, he venido pensando que jamás estaré contento porque, según veo, jamás estaré en el medio que necesito para estar contento de mi trabajo. Luchan mi posición y mi experiencia con la incapacidad de medios que me dan, y es claro, sufro, sí, sufro como no es posible que haya sufrido jamás otro revolucionario, como sólo puede sufrir el que tiene fuerza y está atado.

Salí ayer por la tarde, cuando la luz crepuscular entristecía la ciudad, a buscar con quién hablar: pero me arrepentí; buscar es entregarse, es dar el derecho de abusar. Varié de propósito y me puse a pasear calles y avenidas. Ocasión propicia, la aproveché y me puse a imaginar. Imaginé que había jugado para ganar cien o doscientos o trescientos o quinientos mil pesos, que gané: los gané para hacer la revolución de Puerto Rico. Un acto de abnegación me valió la simpatía de una joven, allí presente: la joven tenía un padre: lo contaminó de admiración por mí, y siendo americanamente millonario el padre, y siendo yo el necesario futuro esposo de la joven, ¡se salvó Puerto Rico! Antes del 15 de enero, el 10, salió uno de los tres vapores que, so pretexto de establecer, con el ya existente, una cuádruple comunicación mensual con Puerto Rico, había de llevar armas, municiones, libros, folletos, proclamas, cuantos medios materiales y morales necesita una revolución. Cada vapor pasaba quince días en el puerto de estación, hasta que fuera a sustituirlo otro; y esto, con el objeto de no llamar la atención cuando, llegado el momento del golpe, se acumularan en cada puerto dos vapores; dos vapores, se entiende, capaces de sostener cañoneo y abordaje. Para preparar la revolución, además de estos medios, yo consagraría toda mi fortuna a llenar de libros elementales, a mandar maestros, a sostener predicadores de la buena nueva; enemigo de la idolatría, quiero destruirla,

haciéndome ídolo bueno, y por un momento; a este fin, asumiría la dirección de los negocios, y para merecerla más, al tiempo que definiera la revolución y la presentara resuelta aun antes de intentada, haría aquellos servicios públicos que atraen la gratitud general y que tan natural pero casi siempre tan injustamente, se convierte en influencia política. En tanto, retirado con mi familia y con la de *ella*, a no sé qué Estado, no sé si del Norte o del Oeste, yo preparaba: a la revolución militar, fortaleciéndome, adiestrándome, cabalgando, estudiando teórica y prácticamente el arte de la guerra; para la revolución mental, haciéndola en mí mismo: estudiaba elementalmente, como los niños, matemáticas, historia de hechos, física, química, astronomía, fisiología, etc., es decir, combinaba el método americano y el comtista. Mis dos familias, auxiliares naturales de mi obra, hacían también su revolución mental, y se preparaban para acompañarme a realizarla en Puerto Rico.

R., a quien fuí hoy a buscar, y que ha sido el primer cubano a quien he hablado de la verdadera revolución de las Antillas, me acompañaba, y se preparaba bajo mi dirección para secundar inmediatamente mis esfuerzos. Esos chicos de Puerto Rico, que pierden aquí el tiempo, sostenidos por mí, se educaban en el trabajo y en la lectura obligatoria y dirigida, para ir a cumplir con su deber: utilizándolo todo, la niña bella e inteligente para la música de quien me han hablado, se educaba para educar musicalmente a mis hermanas: ya tenía preparadas las cartas que catequizaban a los profesores de España; ya habían partido para Puerto Rico el doctor alemán que conocía mis planes y los escogidos por él que debían secundarlos; ya el Gobierno colonial, admirado de mis larguezas y extrañando que yo no desembarcara, dormía en paz; ya se había publicado la proclama en que yo decía vagamente que no cumpliría los treinta y dos años sin

ver independiente a mi isla; ya los polacos, los alemanes, los suizos, los americanos que había reclutado y escogido en las grandes fábricas de mi suegro y sus amigos, estaban dispuestos en conciencia a cambiar el instrumento de trabajo por el de guerra, no sólo por servir a la justicia, de que mis predicaciones los hacían fanáticos, sino también para cambiar de patria, y asegurarse un porvenir tranquilo. Ya Rosita se había casado con mi Ministro de Hacienda, el hermano de mi amada, y ya había yo consagrado social y teológicamente mi cariño; ya estaba preparada la armada, la verdadera armada, que debía dar el golpe, ya estaba constituida la junta puertorriqueña en Nueva York, ya estaban prevenidos en mi favor Sumner, Grant, todos los grandes políticos de América, ya estaban mis agentes en Colombia, ya estaban preparados los de España, Francia, Inglaterra, Holanda y Prusia; ya Betances y los otros caudillos, obedeciendo mi plan montaban sus vapores respectivos... Pero entonces llegué yo a la puerta de mi casa, y las dos revoluciones que concibo se quedaron en donde me quedo todo yo: en las nieblas del deseo.

Martes 4 de enero de 1870, mañana.

Veamos por qué este descontento que me aguijonea, lo mismo cuando me solazo (?) que cuando trabajo (?); lo mismo cuando cometo la debilidad de dormir despier-to que cuando me hago el daño de pasear soñando. Menos frases, y la causa, ¡ea!

Primera causa, el recibimiento que se me hizo aquí, y que prueba el estado moral de los que yo creí revolucionarios, y no son más que colonos disgustados. Segunda causa, el atraso de nuestra revolución armada, que yo creí, como lo aseguraba C., que estaba próxima a estallar, y que está aún tan en embrión que él se ha

marchado; tercera causa, la pasividad visible de Bs. y Ba.; cuarta causa, la indecisión, la falta de ideas y de educación moral de la comparsa. Me convenzo de la imposibilidad de contar con ellos, y me entrego por completo a los cubanos, ¡qué chasco! Hasta el punto de echar de menos a España. Allí, al menos, aunque fuera del clima de mi alma, respiraba mejor y tenía más iguales. ¡Que no podía resistir el espectáculo de la injusticia!; cierto; pero ¿puedo resistir aquí a la explotación de la justicia? Porque eso es realmente lo que sucede: casi todos los que aquí residen son revolucionarios de la miseria o del millón; a los primeros los guía el hambre; el miedo de llegar a tenerla, a los segundos. Estos han monopolizado la dirección de los negocios, y hacen y deshacen, dan un sesgo torcido a la revolución, se convierten de revolucionarios en diplomáticos, siguiendo la diplomacia caduca que se apoya en los intereses de presente. Y, claro es, me desbordo en la idealidad, y sueño andando, y suprimo a los hombres, y seguro de mí mismo, me encargo de la dictadura del bien, y nada hago. Y ¿qué voy a hacer?

Ayer, cuando P. me traducía el "Enoch Arden", sentía yo por milésima vez las secretas sollicitaciones del arte, la voz interior, quizá la vocación interna, que me llamaban al culto exclusivo del arte; pero ¿puedo? La debilidad de pensarlo prueba hasta qué punto ultrajan los otros las ideas que reverencio. Ello es que, impulsado por la razón y la conciencia, más firme que otro alguno, más seguro que nadie, más conocedor del camino y de la obra que todos los compañeros de la casualidad, no puedo porque no quiero ni debo desistir: y pues no debo desistir, tengo el deber de utilizarme y utilizar los recursos a mi alcance. Para quien tiene ciencia, conciencia y voluntad, los recursos más a mano son los hombres. Sí, pero cuando el hondo pensar nos ha hecho sin-



ceros y respetamos en los otros lo que respetamos en nosotros mismos, se adquiere una delicadeza de proceder que no sirve en las dictaduras intelectuales como no serviría en ninguna dictadura; y cuando la lucha con el centavo nos ha hecho enfermizos de dignidad y por sufrir del mal horrible, tenemos que transigir con situaciones como las que habitualmente me han reducido a la impotencia, no hay más remedio que ser impotente y resignarse a ser rebelde contra las circunstancias y los hombres, arriesgándolo todo. Esto es lo que más conforma con mi anhelo de servir activamente a mis ideas y con la convicción que tengo de serles más útil en otra actitud que en la que estoy. Y ¡qué actitud!; de guerra. Si logro poder ir en condiciones de independencia, me voy a Cuba: si no, haré esfuerzos por calmar mis ansiedades, por devorar mi descontento de los otros, y esperar el triunfo de Cuba. Temo no poder esperar, y sigue zumbándome en el corazón el deseo de volver a Puerto Rico.

Viernes 7 de enero, mañana.

Procedo pésimamente. Como revolucionario, porque no sé y me empeño en luchar con las pasiones pequeñas de los otros, que siempre me arrollarán. Como individuo, porque, juzgando a los otros por mí, o mejor, prescindiendo negligentemente del juicio de los otros, olvido que la reserva es un instrumento de respeto, un medio artístico de conseguir de los hombres aquella reverencia tan útil en la vida para todo y que ellos sólo conceden a los que se imponen. Estando tan íntimamente ligado como esto está con el papel que intento y puedo estar llamado a desempeñar en el porvenir político de mis ideas y de mi patria, vivo descontento de mí mismo. Yo siento, yo sé que tengo todas las fuerzas del bien, que no hay uno solo de los hombres que conozco más capaz que yo de llevar a sus consecuencias extremas las

ideas que definiendo; pero este sentimiento, esta idea íntima se desvanece en la realidad, porque diariamente me dice ella que el primer advenedizo, que cualquier intrigante, que el ambicioso menos inteligente, utilizan mejor que yo las cualidades positivas que yo tengo y ellos no. Yo digo una deplorable verdad, que es una verdad de confirmación continua, cuando digo que el hombre es involuntariamente doble; el hombre que hacen sus esfuerzos propios y el hombre que hacen de él los otros, con sus juicios y sus opiniones: ¿por qué, pues, he de consentir, con mi empeño de realizar el hombre completo que concibo y que practico, que los otros me traduzcan a su modo y divulguen de mí conceptos necesariamente falsos, tanto más falsos cuanto, siendo mayor la diferencia que hay entre ellos y yo, más han de engañarse en sus juicios y más daño han de hacerme con ellos? La vida es un arte: ¿por qué, sabiéndolo, he de desdeñarlo? ¿porque así consigo que, siendo enérgico, me tengan por débil? ¿porque así consigo que, creyéndome destituido de toda pasión, cuenten con su necesaria superioridad práctica sobre mí? ¿porque así consigo que, desdeñándome hasta los que más me respetan, me utilicen para lo que más necesitan y me rechacen cuando yo quiero utilizarlos? Me creen demasiado ideólogo para aceptarme en la obra de los prácticos, demasiado sincero para que no crean que sería obstáculo de ambiciosos, demasiado sensible para que no teman que me convierta en conciencia exterior de flemáticos. Y si los del otro lado, empezando por Saenz del Río que, presintiendo por nuestras primeras conferencias la madurez de mi espíritu, sólo sabía explicarse el contraste que con ella formaban mi espontánea fantasía y mi sensibilidad intacta, diciendo que yo necesitaba que me echaran agua fría —hasta Vidal que, más penetrante que ninguno, llegó a concebir, sin medir la trascendencia del descubrimiento, que yo

cra un compuesto de opuestos—, y si éstos que presintieron, no conocieron el hombre que se desarrollaba a su vista ¡cómo han de conocerme los que, teniendo virtudes y vicios opuestos y una educación general menos completa, no comprenden que yo pueda ser otra cosa que su educación no acepta ni entiende, ni está preparada para entender ni aceptar? El abismo es infranqueable, yo lo veo; pero es necesario franquearlo, porque sólo así puedo llegar a mi ideal. Mi ideal, ahora mismo está diciéndome la ternura en que me suspende ese organillo lejano, es la realización de lo grande, lo bello, lo bueno, lo justo y lo verdadero; ideal absurdo, que no realizará jamás un individuo. Y como no sé aplazar y deseo hacerlo todo a un tiempo, concibiendo medios artísticos de verdad, de justicia y de bondad total para fines que, por justos, por verdaderos y por buenos, exigen la extirpación de realidades perversas, inicuas y erróneas, no hago nada. Yo soy aquel en quien se personifica la impotencia del proverbio: *lo mejor es enemigo de lo bueno*. En mi corta vida, he hecho silenciosamente cuanto hubiera bastado para darme una gloria imperecedera. Como individuo, he practicado la virtud, sacrificando temporalmente el amor a la amistad; este acto de virtud me hizo enemigos a todos mis amigos, porque no lo comprendieron; fué la primera lección práctica de justicia. Como hijo y hermano, preferí el dolor de los seres más queridos al sacrificio de la verdad representada en las ideas de mi conciencia, y antes preferí aprender a morir tres veces en las tres largas agonías de los tres, que olvidar un momento a los deberes que el cariño me imponía: mi soledad absoluta de aquellos días fué mi mejor lección de austeridad. Como pensador, produje a los veintitrés años una obra que tiene más valor intelectual, más sustancialidad moral, más personalidad literaria, más originalidad política, que muchos de los libros imaginari-

tas de mi tiempo. Allí sacrifiqué mi reputación a mi conciencia, y por ser lo que quería dejé de ser lo que podía: los hombres, admirando en confidencias y en cartas privadas el libro contra el cual conspiraban con su silencio, me dieron la segunda lección viva de justicia: mi patria, desdeñado el libro y su autor, me dió la primera lección de indiferencia que, aprovechada a tiempo, hubiera hecho de mí un egoísta, pero también acaso una gloria europea. Como periodista, conquisté con mis primeros escritos una reputación; pero reputación callada, sin brillos, sin exterioridad, tal cual convenía a los que querían explotar la inteligencia y desarmar al inteligente. Como amigo de la libertad, jamás hombre ninguno, en igualdad de circunstancias, hubiera hecho lo que yo hice en abril de 1865 ni en medio año del 68 ni en la primera mitad del 69. Esto lo sabe todo el mundo, y todo el mundo lo calla; y si yo digo que he podido ser una gloria literaria, un renombre en el periodismo, una posición capital en política, y que no he querido, y que he sacrificado gloria, renombre y posición a mis ideas, preferirán creer que el sacrificio, de existir, ha sido involuntario, producto de mi incapacidad práctica, de vicios de carácter, de inutilidad para la vida real, y no de la categórica afirmación de virtudes morales e intelectuales. Si un obrero pasara su vida en aglomerar materiales que la niebla desvaneciera perpetuamente en la penumbra; si un artista pasara su vida en crear para la soledad; si un justo pasara su vida en ser virtuoso en el desierto; si un filósofo pasara su vida en filosofar para el vacío, obrero, artista, justo y filósofo morirían descontentos de sí mismos; por dos razones: primera, porque su obra moriría con ellos; segunda, porque este sentimiento de la muerte de su obra determinaría en ellos una veracidad de vida, de actividad, de esfuerzo, que no podría calmar jamás todo el trabajo de la imaginación.

Eso me sucede: desde 1863 acá, algo he hecho: y sin embargo, sé absolutamente que no he hecho nada, que hubiera podido hacerlo todo, y he pasado esa mejor parte de mi vida en la lucha más dolorosa porque probablemente habrá pasado un joven. Si yo hubiera podido dedicarme al cultivo completo de mi razón, si hubiera tenido un torcedor menos teniendo más recursos, y no hubiera tenido que pasar en las agonías de vergüenza que la absoluta falta de trabajo me ha hecho experimentar desde 63 acá, tal vez hubiera vencido a la imaginación, y héchome un filósofo, un solitario, un egoísta de conciencia que, satisfecho con pensar y con sentir las grandes necesidades de mi tiempo, no habría intentado vivirlas en mi vida, combatir las en acción, sacrificarles mi existencia; y entonces, viéndome bajo la faz total que presentara, hubieran dicho: "respetémoslo, es un filósofo". Pero he tenido que luchar con el centavo, he tenido que perder en la lucha aquella susceptibilidad de los primeros días, aquella arrogancia de la primera edad, aquella confianza en mí mismo, aquella selvática indiferencia de carácter, de afecto y de voluntad que tantos sumisos postraba diariamente en mi presencia, y, como coincidiendo con esas pérdidas, la evolución progresiva de mi espíritu ha hecho de mí el verdadero fuerte, el hombre de fuerza sin esplendor, los hombres no me conocen ni me entienden. Así me sucede hoy lo que me sucedió ayer y lo que me sucederá mañana. Y es necesario remediarlo: yo tengo que hacer independiente a Puerto Rico, porque yo quiero la libertad después de la independencia, y los revolucionarios que se han refugiado aquí y en Europa no saben la libertad que tan apasionadamente sienten.

Todo esto que he escrito, es lo que me digo en la conciencia, cada vez que un accidente cualquiera me hace ver que mi conducta política no es la más hábil ni mi conducta privada la más conducente a los fines que me

propongo. Ayer, las palabras de P.; antes de ayer y ayer, la conducta novísima de M., me han obligado a entrar en examen de mí mismo. P. me dijo ayer que yo perdía mi tiempo en hacer la propaganda antianexionista que condena la Junta y que él se digna censurar. Un hombre que se atreve a hablarme en este tono (por muy dulce y muy tímida y muy reverente que fuera la forma, y por muy inestable que haya sido la argumentación) es un hombre que cuenta con una superioridad; y la tiene; hija de sus defectos, engendro de su ambición y de su vanidad, pero superioridad tanto más real cuanto que brilla en medio de un horizonte oscuro. Esa superioridad está, además, autorizada por el puesto que me han usurpado sus influencias personales y el miedo de los junteros, y sobre todo, por la docilidad con que él secunda en este punto a los de la Junta. Cuando añadió que de los acontecimientos por venir responderían los dos o tres que él conoce ¡qué fuerza podría tener a sus ojos la profunda convicción que yo expresé en mis propias fuerzas, mi radical resolución de oponerme con mi inteligencia y mis ideas a la obra que él piensa explotar, si él tenía razón cuando afirmaba que no se trataba de ideas? M. desea cambiar de conducta conmigo; y yo con él. En primer lugar, porque del hombre público decide muchas veces el privado, y quiero que decida en favor de mis ideas; en segundo lugar, porque C. y yo somos carne y hueso y el hueso y la carne concluyen siempre por hacer lo que mi lealtad no quisiera. Conque, a la obra.

Sábado 9 de enero de 1870, mañana.

Está nevando copiosamente. Noticia muy poética para el que puede desde una habitación preparada para el frío, contemplar a lo lejos la perspectiva blanca; noticia terrible para el que tiene una habitación de trece

y medio pies de largo por seis de ancho, una estera insuficiente, un cristal roto en su ventana, paredes desnudas, una silla de verano, una cama de venta con mantas que a su placer disminuye la hostelera, y un lugar de diligencias necesarias, que está en el patio y abierto a todos los vientos y a todos los fenómenos meteorológicos. Noticia muy agradable para los que tienen trineo y son aficionados a gozar desde él de unos cuantos días de privilegio; noticia grave para quien no está acostumbrado a estos rigores y tiene que afrontarlos a pie o en carro según que el carro se presente o no. Noticia placentera para el que sano de cuerpo, se indemniza en la contemplación de la naturaleza de las preocupaciones amargas de su vida. Noticia dolorosa para el que, después de las amarguras pasadas y presentes, se siente acometido silenciosamente de la enfermedad mortal que sus irreflexiones le atrajeron y que una naturaleza implacable como ésta desarrolla. Está nevando, y no por ser yo de los desheredados, dejo de contemplar, mientras escribo, ese bello espectáculo, digno de la augusta soledad del campo, que tan vehementemente me hace recordar.

Aquel dolor del corazón que empezó a rumiarme la vida cuando perdieron la suya mis tres inolvidables, despertó por motivos menos dignos en los primeros meses del año pasado, y ha vuelto a despertar y empieza a devorar ahora. De donde, necesidad de buscar aire, templanza de clima y de emociones, paz y sosiego de ánimo y de cuerpo. Puerto Rico, sólo Puerto Rico puede darme lo que necesito; y para llegar allí necesito, o saltar por encima del Gobierno español, o tener suficiente ductilidad para acercármele y hacerle saltar por medio de explosiones. Una u otra cosa, la última probablemente, tendré forzosamente que hacer. La última, porque desde aquí, nada se puede; la impotencia es igual a la

incapacidad. Yo sé que arriesgo, tal vez infecundamente, la vida que necesito para realizar mis ideas de gobierno; pero ¿qué he de hacer? Más vale ser mártir entre esclavos que cómplice de la incapacidad de los supuestos libertadores. Además, pensándolo fríamente, y haciéndose superior a las calumnias latentes y patentes que me saldrán al paso, lo que necesita Puerto Rico es una propaganda revolucionaria activa, incesante, clara, de sentimiento y de razón. Yo sé que a ella se opondrá perpetuamente, y cualquiera que sea la sinceridad de las reformas, la voluntad siempre discrecional de las autoridades; pero además de que esta imposibilidad es un arma revolucionaria, el secreto, el misterio y la astucia que la propaganda exigiría tal vez la harían más eficaz. Es necesario contar con la imaginación de los pueblos: jamás será estadista, y un verdadero revolucionario es un aventurero si no es un estadista, el que no cuente con los obstáculos y los instrumentos que prevé o encuentra en las facultades nativas del espíritu. Nadie sabe mejor que yo hasta qué punto me ha hecho incapaz mi vida reflexiva del papel de conspirador, pero ¿hay quién se encargue por mí? Es imposible que en Puerto Rico no se sepa la parte que tomo en *La Revolución*, periódico e idea. Aun cuando no se sepa, mi salida de Europa, mi paso por Nueva York, mi misma inesperada vuelta, unidas al interés que tienen las autoridades coloniales de ahogar en las tinieblas del terror los primeros gérmenes de la revolución, se inventarán pretextos para perseguirme o para inutilizarme. Luego, desarmado el país, sin recurso fuera de él, sin confianza en los que pudieran procurármelos ¿con qué voy a hacer resistencia? Además, ignorante temerario de los más vulgares rudimentos de la guerra ¿sustituiré mi incapacidad militar con el entusiasmo que me auxiliaría?

Pues no haga nada, quédeme yo quieto, siga Bs. en su movilidad sin fruto, siga el país deseando y esperando, y he aquí lo que sucederá y lo que me espanta. O triunfa en España el amor propio, y no se accede a las sugerencias del Gobierno federal, o triunfa la impotencia, y se vende a Cuba. Cuba anexionada tendrá la fuerza de atracción que temo, y se llevará tras de sí a Puerto Rico, y si no se la lleva, Puerto Rico es española para siempre. Española o anexionada son dos eventualidades igualmente contrarias a mi pensamiento, igualmente trastornadores de los fines por venir del Continente. Aun cuando yo no tuviera un pensamiento propio, digno de los mayores sacrificios; aun cuando ese pensamiento no concertara con los de los espíritus más perspicaces de este tiempo; aun cuando yo no pusiera en esta revolución de las Antillas toda la vida que pongo; aun cuando no sintetizara en esta evolución todos los fines de justicia, de dignidad y de libertad que me he propuesto, la continuación de Puerto Rico en manos de España o su anexión a los Estados Unidos me dolería en los vacíos más tenues y más hondos de mi alma.

Conseguir la realización de mis ideas, triunfar de los obstáculos que les oponen los hombres, el egoísmo de las ambiciones personales o nacionales y las intemperancias de la casualidad, son deseos tanto más vivos cuanto más contrarios a ellos son las apariencias de las circunstancias y los hechos.

Domingo 9 de enero de 1870, 4 de la tarde.

El artículo del *Herald* me había conmovido tan hondamente, veía yo en él una expresión tan clara de las miras del Gobierno federal y de los deseos del pueblo americano, son tan contrarios a mi pensamiento esas miras y esos deseos, su exposición, en los momentos mismos en que Cuba encuentra más enemigos y más indi-

ferentes, me parecía tan ruda, velo tanto por la dignidad de esta querida revolución de las Antillas, la veo tan comprometida por las reservas mentales de los representantes aquí de la revolución, tan patentemente se me presenta el peligro de caer, de España en Norte América; me parece solución tan contraria a la justicia la de la compra de la pobre isla; hay un abismo tan insondable entre mi fervor y la frialdad de los demás, lucha tanto mi pensamiento total con los pensamientos parciales de los otros; temo tanto que el odio a España sea la única razón del movimiento, y de tal modo me asusta una revolución que sólo tiene odios, que preferiría cruzarme de brazos y esperar estoicamente los sucesos, antes que hacerme cómplice de la indignidad de la venta a que parecen propensos, aun cuando lo nieguen, aquellos que representan oficialmente en Nueva York y en Wáshington, en la prensa y en las conferencias diplomáticas a Cuba.

Había, como era necesario en mí, pensado en la conveniencia de gran cautela, y leí con atención y aplaudí con sinceridad el artículo en que hábil e ingeniosamente contesta P. al corresponsal del *Herald*. Pero como la contestación dejaba pendientes los puntos culminantes y evadía con diestra intención, pero con intención contraria a los fines de la revolución antillana, la insinuación ultrajante de la venta, yo, que había logrado expresar parte de mi pensamiento en el suelto en que combatía la conducta del Gobierno americano, propuse atacar de frente la cuestión de la venta. P. se opuso; primero, en nombre de la inutilidad de toda acción contraria al fuerte, acción que él tiene por ridícula, porque él no quiere impedir que "suceda lo que ha de suceder"; segundo, en nombre de la conveniencia que puede mañana obligarnos a la venta; tercero, en nombre de sus derechos de director que, pues me dejan en el uso de los míos, consinténdome que yo cultive un campo aparte, deben dejarle

también el cultivo particular de sus ideas. Jamás argumentos más insólidos combatiendo ideas más sagradas y sentimientos más honrados. Y, como era necesario, salté. Salté con la fuerza con que salto, y aun cuando él rehuyó cuanto y como pudo la deliberación a que lealmente lo invitaba yo, me levanté severamente, le exigí con el ceño fruncido una inmediata explicación, y se explicó. Se explicó con sofismas. Su talento, su verdadero talento, sustituye su falta de ciencia política, emboza los intereses meramente personales, de ambición y de amor propio con que ha venido a la revolución, e insistiendo en que la revolución no tiene otra idea que la de arrojar de Cuba a España, y negándome que la representación oficial de Cuba tenga aquí los deberes que yo le atribuía, es decir, la representación real y eficaz de los principios.....

.....
..... “Yo no descenderé a otros pormenores. Mas ya que la Junta es la que ha dado al señor P. la dirección del diario, quiero saber si ella apadrina sus ideas. Así quedaré en absoluta libertad de juicio”. Esta es sustancialmente mi carta y esta la intención que la dictaba. Hombre como los demás, si no me parezco a ellos en el uso siempre generoso que hago de mis pasiones, las tengo como ellos, y apasionado por la desviación que se intenta sordamente, por los atentados que se cometen contra los santos principios que yo atribuyo a la revolución y defendiendo en ella, y por la visible desconfianza con que, por miedo a mi severidad y a mi radicalismo, se me trata, yo quería que la carta hiciera comprender la oposición que ellos han comprendido y que, probablemente los habrá asustado, pues si no han venido, como yo presumía, sin esperarlo, a disuadirme, habrán de algún modo influído en la actitud de P., que esta mañana estaba inesperadamente en casa de Basora. No rehuyó la discusión

con que contaba para que mis amigos inmediatos me disuadieran, y la planteó a su modo, y de manera que, poniendo mi resolución como acto impremeditado y como locura de ideólogo, los otros que, por ideólogo no me entienden, desaprobaban mi ligereza y aprobaran su prudencia. No logró completamente su deseo, porque, aunque Basora y Márquez y Betances desaprobaban mi salida del periódico y en todos los tonos y con mil argumentos me aconsejaron mi permanencia en él; Basora, que ve en mí un arma de oposición contra la Junta; Márquez, para quien no es bastante razón un rasgo de dignidad; Betances, que me cree una garantía de las ideas que él por pasión y por más sensibilidad comparte conmigo, todos aprobaron que yo quisiera claridad en la conducta, todos se detuvieron a discutir si era P. o era yo el que representaba realmente la revolución, inclinándose a mi parecer.

Quedó tan probado que era el verdadero amigo de la revolución, que yo representaba realmente los sentimientos que la guían, que yo tengo estímulos más altos, que casi me inclinaron a seguir el consejo unánime de todos ellos y permanecer en el periódico, como garantía de que nunca se hará nada contra la dignidad de las Antillas. Pero yo no seguiré en el periódico, sino después de pactar seriamente sobre estos puntos: 1º mi posición, mi carácter y mis derechos en el diario; 2º que conforme a ellos, no se tomará resolución que yo no apruebe; 3º que se esclarezca la conducta del periódico y que, a la primera coyuntura se me deje dar el programa de la revolución de las Antillas. Así, y con un poco de ductilidad para aprovecharme de la debilidad de los otros, podría yo ser útil. Pero más lo sería si, realizando mi deseo, me mandan a Haití, en donde yo trabajaría a la vez por la revolución armada de Puerto Rico y Cuba y por mi pensamiento federal de las Antillas.

Sí: yo no sirvo para las luchas de miserias. Hoy como ayer, cuanto más aprendo del mundo y de los hombres, con más impaciencia soporto las dificultades que uno y otros oponen con sus pequeñeces a las grandes cosas. Yo sé que la transacción con la realidad es una obligación cardinal del político pensador, del revolucionario de pensamiento, pero como no soy yo quien lucha directamente, como no es a mí a quien dejan vencer esas dificultades, como soy a quien cuidadosamente apartan, como es de mí de quien más esmeradamente prescinden, tanto más fanáticamente me aferro a mis ideas cuanto más satánicamente las maten o las adulteren ellos. La lucha que con ellos entablo es entonces tanto más enérgica cuanto que es manifestación de una lucha más honda, más larga y más tenaz que sustento continuamente conmigo mismo. Quizá nací yo para imponer, como me lo dicen los recuerdos de aquella dominante adolescencia mía y la imposibilidad de imponer en que he caído, no sólo por el mejoramiento moral e intelectual que me han dado mi solitaria y casi heroica educación, sino también por la pérdida de fuerzas que me han atraído las desgracias y los abusos de mi organismo y los rigores de mi conciencia y la alteza misma del fin austero de mi vida, me da estas alternativas de vehemencia exaltada y de pasividad desdeñosa que constituye la impotencia de los que pudieran ser poderosos. Quizá nací yo para poner en acción los principios más racionales, los sentimientos más humanos, las ideas más completas, y como no he podido todavía practicar lo que siento, pienso y quiero, me martirizo en lo incompleto de mi vida, y la hago, sin querer, más infructífera que fuera si con menos fuerza interior, tuviera aquella fuerza de los débiles, aquella flexibilidad que no se atreve a la recta y recorre triunfalmente todas las curvas de los negocios de la vida. Quizá nací yo para el gobierno, y el despecho de



verme mal gobernado me inutiliza. Quizá no nací yo para mártir y el largo aprendizaje que llevo de martirio me encoleriza infecundamente.

Pero sea lo que sea, yo no sirvo para las luchas de pigmeo que me imponen, y en vez de triunfar de P. y de la Junta, quisiera ir a llevar mi pensamiento a esos pobres negros de Haití, con cuyo concurso quisiera yo realizar mi santo ideal del porvenir.

Más fácil y más real, por ser más inmediato y por depender absolutamente de mi voluntad y de mi habilidad, es el programa que cometí la imprudencia de desplegar a los ojos de M. y de B., y que tal vez vuelva imprudentemente a discutir esta noche con Ba. y con Bs. Este el programa. Mañana por la noche discute el Club una proposición absurda, que está basada en un sentimiento sano y en un instinto seguro; se pide el cambio de lugar para la Junta, y que se vaya a Inglaterra a trabajar. El sentimiento, casi siempre incompleto, se siente herido por la conducta norteamericana, y con razón; pero no sabe que todo acto anterior es un compromiso posterior, y que no se puede aventurar el porvenir de una idea al olvido de un compromiso. Yo intento hablar, y decir la verdad sobre la revolución, sobre su desarrollo, sobre la dualidad entre ella y su representación aquí; sobre la necesidad de salvar la dualidad, atendiendo más a Cuba y desatendiendo más a los Estados Unidos, pero sin romper con éstos, y simplemente destruyendo la acción contraria que ellos intenten, con los intereses, las pasiones y la política de otras potencias. Por tanto, no cambio de lugar, sino distribución de agentes. Y como hay el sentimiento de lo que yo diría, y como yo tengo todo el pensamiento de la revolución en mí, bastaría que yo demostrara que los agentes de Cuba aquí no saben que es lo que deben, para concitar contra ellos la justa indignación que merecen. Entonces, de explotado

pasaría yo a la categoría de respetado, al inviolable carácter de temido, y de ese modo podría conquistar la iniciativa que necesito. *Pero yo no sirvo para eso.* Tal vez haga lo que pienso, tal vez la pasión me obligue a hacerlo; pero es probable que no sepa sacar el fruto personal que me conviene.

Lunes 10 de enero del 70, mañana.

Por más que los celos hicieran decir por la noche a B. que M. y los demás de la Junta no habían tenido argumento contra los míos, por más que yo mismo siga convencido de que mi política sería más digna de la revolución y del porvenir de las Antillas, el hecho es que, apenas opuesta la única objeción grave que me hicieron, yo perdí toda la fe que mi punto de vista me inspiraba. Y es conveniente averiguar si mi vacilación era hija del temor de haber expuesto a una ligereza una alta causa, o si depende del vicio, que debo corregirme, de perder la fuerza que aisladamente me dan las ideas, cuando las opongo a los dictámenes opuestos de los otros.

Yo había querido que se hablara de la venta, combatiéndola, porque de todas las soluciones posibles de la revolución, esta me parece la más indigna; y cuando P. insistió en atribuir origen oficial a la correspondencia e inspiración oficial al artículo del periódico, mi resolución creció con la fuerza que me daba la indignación al ver juguete de una fuerza una idea como la de la revolución; y cuando vi que P. tenía algún motivo secreto para reservarse el tratar la cuestión, y cuando vi que mi criterio en ella le asustaba tanto que lo atrevió a presentarme como hecho de autoridad la reserva que hacía de la cuestión, mi indignación se aumentó con mi temor. Este era el aspecto del asunto, antes y después de la disidencia con P., antes y después de la discusión a que lo sometimos en casa de B. En términos que expresan directamente mi deseo, yo deseaba esquivar la so-

lidad que algún día podrá arrojar sobre mí la fría política del diario y de sus inspiradores, y había llegado a desear marcharme para Cuba, no sólo ya para estar contento de mí mismo, sino para estar en el lugar adecuado a la defensa activa de mis ideas, y para que, llegado el día de la venta, fuera yo el que más enérgicamente me volviera contra ellos. Todo este castillo de mis sentimientos alarmados, vino al suelo cuando, girando sobre el mismo argumento, me dijeron cien veces que el motivo de la alarma podía no pasar de una invención, de un ardid de política para calmar al pueblo, con una promesa favorable, del profundo disgusto que le ha causado el despacho de los cañoneros. Yo argumenté con razón que, aun suponiendo esto, había que oponer un pueblo a otro, y que así como aquél se alarmaba por hechos que contrarían sus deseos, así se alarma éste por rencores de hechos que amenazan su dignidad; insistí largamente en este punto; pero no con la fuerza que debía. Ya para entonces me (destruído) interiormente el deseo de que tuviera por excesiva la fuerza de mi sentimiento, por ilusorias las inspiraciones de mi fantasía, por ideológicos mis temores, por no real mi política.

Alguna profunda razón debía no obstante haber en mis clamores, cuando Ferrer, contrario en un principio a ellos, concluyó por secundarlos, apoyándome, y cuando Morales y el mismo Aldama asintieron a que alguna expresión tuvieran en el diario. Después de esto, después de las dos cartas en que se me ofrecían explicaciones tan satisfactorias (destruído) mi salida del diario, después de las diligencias que (destruído) y el empeño con que lo han secundado mis puertorriqueños, mi salida sería una torpeza, pero mi permanencia negligentemente sería una estupidez. Es seguro que yo no podré pasar allí mucho tiempo, no sólo por el apoyo que a la Junta conviene dar a P., no sólo porque yo no puedo ni debo so-

portarlo, sino porque, uno u otro día, y no muy tarde, surgirá bajo otro aspecto, igual o semejante divergencia. Por eso quería yo prepararme la ida a Haití; pero Bs. parece que ha conseguido ser nombrado y yo no quiero oponérmele. De P., a quien no agradó mucho el oscuro anuncio que yo le di de que, según precedente sentado en mi conferencia con la Junta, yo tenía el derecho de oponer el veto que él había hasta ahora podido reservarse, puedo sacar partido, haciéndole servirme para con M. L., y obtener una comisión para cualquiera parte. Anhele aproximarme a Puerto Rico y hacer alguna tentativa o alejarme de ella e ir a madurar mis ideas y a esconder mi impotencia en cualquiera clima americano, en cualquiera comarca hermana de mi isla.

Por la noche estuve con Márquez y Ba. Recogí datos útiles sobre el desarrollo de la revolución cubana y sobre la formación del centro que aquí agencia en su favor.

Nueva York, miércoles 12 de enero 1870, mañana.

Ayer, inconscientemente, durante un cuarto de hora del medio día, cuando salí a dar el paseo con que distraigo mis preocupaciones políticas, siempre que el día es risueño y Broadway está poblada de mujeres encantadoras, estuve haciendo lo que cuadraba con el estado de mi ánimo: estuve complaciéndome en seguir a una graciosísima chiquilla que caminaba por mi camino, de quien me separé cuando nos separó el camino. Yo no lo sabía; pero no por eso dejaba de cumplir mis treinta y un años: treinta y un años empleados en imaginar y en contener la imaginación, en sentir y en ahogar el sentimiento, en pensar y en no utilizar el pensamiento, en luchar por dar realidad a mis imágenes, a mis sentimientos y a mis pensamientos, sin obtener de la lucha otro fruto que la creación de un ser contradictorio que, así como sentía momentáneamente y momentáneamente hacía tal vez

sentir un afecto abandonándolo cuando podía continuarlo, así se balancea perpetuamente en la región de los ideales concebidos, amables por la raza, el corazón y la conciencia, irrealizables para una voluntad que sólo quiere moverse en camino recto, que sólo tiene por recto el camino igual, pulido, sin valladar entre la meta y el punto de partida. Estoy diciéndome interiormente que esto no es absolutamente cierto: que yo conozco demasiado a los hombres para no sentir con ellos, para admirarme de verlos poniendo sus pasiones en donde yo pongo mis principios, su egoísmo en donde yo precipito mi abnegación, su frialdad calculada en donde yo mi indignación y mi entusiasmo; pero si lo que me dice la voz interior es cierto, también es cierto que yo agravo más mi pasividad, justifico menos mi enfermedad, hago más criminal la negligencia con que me someto a luchas que debiera dominar y dirigir, cuanto con más lucidez discerna el valor de los obstáculos, cuanto son serenidad más científica compulse la fuerza de los elementos sobre que tengo que operar (destruido). Y ¿de qué depende esto? De que ellos ponen en la vida una fuerza que economizo yo; la voluntad. Que es ciega, que es móvil, que es irreflexiva, que es malsana, que puede llegar a ser malvada, todo es cierto; pero ellos dan movimiento exterior a sus deseos, a sus pasiones mientras que yo medito y agrando interiormente mi pensamiento que, siendo el más digno y más humano, puede ser el más fácilmente interrumpido por las ambiciones más insanas y por las luchas más antihumanas. Examinemos si no, mi situación actual.

Yo estoy en Nueva York para hacer la revolución de Puerto Rico y contribuir al desarrollo de la de Cuba. No hay uno solo que vea con más claridad la cuestión ni que tenga para ella las soluciones que yo querría realizar. Pues, sin embargo, no hay uno solo que no sea más

útil que yo. Yo traigo mi pensamiento organizado, y no consiento alteración en él. Las Antillas tienen condiciones para la vida independiente, y quiero absolutamente sustraerlas a la atracción americana. Los otros creen que sólo se trata de libertarlas y libertarse de la opresión de España, y conculcan la lógica, la dignidad y la justicia, con tal de conseguir su fin. Yo creo que la anexión sería la absorción, y que la absorción es un hecho real, material, patente, tangible, numerable, que no sólo consiste en el sucesivo abandono de las islas por la raza nativa, sino en el inmediato triunfo económico de la raza anexionista, y por lo tanto, en el empobrecimiento de la raza anexionada. Los otros no hacen estas observaciones minuciosas, se ríen de la absorción, tienen dinero o sueñan en tener dinero y posición, y se ríen de los fines de la raza y del objeto final de la situación del archipiélago. Yo conozco a los americanos, en el momento actual. Son fuertes, son activos, son laboriosos, y aman aquella libertad de hecho que pone a salvo todas las propiedades, así las del trabajo como las del pensamiento, así las de la tierra como las de la conciencia. Educados en la libertad, la completaron en el momento en que, conquistada la independencia, pudieron por sí mismos ordenar en razón sus instituciones y vivir en razón su vida general. Pero como, de todos los pueblos de la tierra, es el único que no ha sufrido, es el único para quien todo camino se ha allanado y toda simpatía ha sido activa y todo obstáculo ha sido un triunfo, le sucede lo que a los individuos de vida fácil, que son fríos por ser felices y son ambiciosos por ser fríos, y es frío porque ha luchado poco y es ambicioso porque cree y le hacen creer que la felicidad se aumenta con la extensión de lo que se cree felicidad. Pues bien, yo, a quien no pueden asombrar las tentativas de un gobierno que dirige un pueblo como éste; yo, que lo estimo demasia-

do para no dolerme de su extravío; yo, que desde *El Progreso*, desde 1867; lloro su ambición territorial; yo, (destruido). Y he aquí como, por desdeñar diariamente mi experiencia diaria, por empeñarme en variar la realidad, por insistir en hacer vida heroica, estoy no haciendo nada por las Antillas, estoy disgustado de lo que veo en el pasado y de lo que veo en el presente y para el porvenir, estoy cada vez más descontento de mí mismo en un abismo cada vez más hondo, cada vez más alto mi ideal, cada vez más bajo yo, y he llegado a los treinta y un años de mi vida sin haber vivido.

Todo dentro de mí; nada fuera de mí. ¡Al sentimiento!: el vacío. María Lozada, niños ambos, sintió por mí un afecto apasionado, que yo no supe apreciar ni corresponder. Enriqueta Muriátegui y una de las Chavarry, en Ludiema (?); Lola Ruiz, Cipriana Mangual, en Mayagüez, hicieron bien en no responder a las demostraciones vacilantes de mi sentimiento; Matilde ha hecho bien en preferir a su marido; amándola cuando encontraba obstáculos, desamándola cuando los obstáculos eran indignos de mi fuerza, haciendo de aquel sentimiento incompleto el pretexto de la prodigiosa actividad moral e intelectual que entonces malvertí, yo no la amaba como amante ni la hubiera querido como esposa. Y sin embargo..... Sí, ahí está el misterio; sin embargo, la amo, como se aman los recuerdos, como se ama la vida que se ha vivido, como se ama la obra que se ha hecho. Es, en la historia de mi sentimiento, la única realidad con que tropiezo, y aun cuando es una realidad confusa, embrionaria, tenebrosa, ideal de un ideal, desvanecido de un color, medio camino de un fin (eso es, como es lo que yo he hecho siempre, *medio camino de un fin*), la acojo en la imaginación con entusiasmo, la acerco a mi corazón con reverencia, la contemplo en mi

alma como un ideal. Después, Amparo. ¿No hay una carta de A. que lo dice todo? Y yo la he dejado, sin embargo, en la crisis difícil en que tal vez contribuí yo a precipitarla. Después, Asunción: ¡pobre Asunción! Ann caen sobre mi corazón y están asomándose a mis ojos las lágrimas desesperadas que vertía en nuestra última entrevista. Después, María, y tal vez Candor. Esta vacilaba, ¡pero aquélla! ¡jamás sentimiento más espontáneo ni más fuerte, más sencillo ni más ingenuo! Y yo pude observarlo con tranquilidad y, hoy, cuando lo recuerdo, me contento con recordar y con decir: *pude*. Después, aquí, Memé. Yo no sé si es amor, pero jamás se me ha acercado con tanta reverencia el fuego: si a solas, o me aproxima su rostro encendido y me besa en los labios y se esconde, o me contempla silenciosamente cuando los demás nos miran, o se deja transportar de su sentimiento o su deseo, y, como hace pocos días, prescinde de la gente y a mi insinuante petición, traslada el beso solitario de los labios a las rígidas mejillas mías que apenas se encienden y cuyo encendimiento nadie observa.

Realidades incompletas, y no las quiero; la que tiene corazón, no tiene cara; las que tienen cara, no tienen cerebro; las que tienen cerebro, no tienen la armonía que constituye la belleza estesiológica; las que no han querido, no han sido queridas, y las que empezaron a serlo, se quedaron en el principio, y allí yacen, en la penumbra de las cosas no acabadas. ¿Afectos de familia...? Si alguien ha amado en el mundo a su familia, ese soy yo. Y sin embargo, he sido el tormento de los míos. ¿Vida de relación? No he dejado de querer a los que quise un día y he querido a todos los hombres que se me han aproximado en mi camino. Y sin embargo, yo no tengo un amigo, un solo amigo. ¿Movimiento intelectual? Desde la imaginación que brotó sin cultivo,

que antes de mis crisis morales armonizaba tan íntimamente con aquellas precoces facultades que eran el respeto de cuantos me rodeaban y la desgracia de mi adolescencia, hasta el juicio temprano que tan inquebrantablemente vigorizó más tarde la experiencia dura, cuanto he sentido en mí he tratado ganosamente de conocerlo y dirigirlo. Y prueba de mi afán, explicación también de mis fracasos, la ninguna aplicación sistemática al estudio del pensamiento de los otros. Con esfuerzos menos constantes, mi ignorancia hubiera sido vergonzosa: no lo es. Unas veces por intuición, otras veces por asimilación, los conceptos primarios de las ciencias me son inmediatamente familiares, y es casi seguro que si yo me dedicara a construir por mí mismo el pensamiento humano, sus evoluciones, sus extravíos, la historia entera, llegaría a obtenerlo. Cuando era muchacho, nada chocaba tanto a mi razón ardiente como los éxtasis de los otros ante la feliz encadenación de premisas y de consecuencias. Me parecía tan fácil que, cuando yo me ponía a pensar, me asombraba de que los otros encontraran tan penoso el movimiento de aquel mecanismo tan sencillo. Me mandaban a la escuela, y en vez de echar de menos los juegos cotidianos, me preocupaba hondamente lo que pensarían de mí; la dignidad temprana: en la escuela, me absorbía en la contemplación del hormiguero que aun veo bajo la mesa de pino a cuyo lado me sentaba; la observación naciente: la primera vez que oí música, me produjo un efecto tan profundo, que me la aprendí de memoria y estuve dos días seguidos recordándola del modo más extraño; me tendía en el pavimento de la sala, me ponía a girar, casi me desvanecía, y entonces los sonidos de la música, la voz de la comparsa de máscaras de quien la había recogido, me herían en lo más íntimo del alma, y me revelaban la tristeza de la alegría: era el sentimiento que se forma-

ba. Cuando me llevaron al colegio, mi maestro de gramática, Roqué, se maravillaba de mis adelantos, sin saber en qué consistían; consistían en la facultad de deducir que se aumentaba. Cuando no iba a la escuela, esquivaba la compañía de mis hermanos, y cuando el sol, a las diez de la mañana, progresaba en intensidad, yo me sentaba en uno de los rincones del balcón, y cuando mi santa madre me buscaba, me hallaba contemplando faz a faz el sol y mirando a lo lejos el centelleo del mar; fantasía que tomaba nociones del universo. La primera vez que oí hablar de filosofía, concebí el propósito de coordinar las escuelas opuestas. Después, una vida más completa, es decir, una más sucesiva exteriorización de mis facultades, la falta de método en mis estudios, la soledad de mi educación propia, el tanteo continuo en que he vivido, el sondeo de conciencia a que continuamente me he consagrado, han completado mis fuerzas, pero en vez de hacerlo, armonizando facultades discordantes, impulsos excesivos, predominio de facultades peligroso, lo hice, dejando intactas fuerzas demasiado impulsivas, coordinándolas forzosamente con facultades más moderadas.

Entonces, con el cultivo al acaso de la inteligencia, coincidió la revelación de la voluntad y su cultivo. Tal vez sea yo el hombre que más suya pueda considerar su voluntad. Yo la tenía tremenda; pero el abandono de mi infancia, igual en cuanto a la dirección del alma que se forma, al abandono de casi todos los niños, extravió aquella fuerza. Lo que contra ella se hizo por apoderado, profesores y amigos, en Bilbao, contribuyó poderosamente a debilitarla: el abandono a mí mismo, el uso imprudente que hice de mi libertad, el ocio, la privación absoluta de obligaciones, la anularon. Entonces era cuando, observando los vicios de la voluntad, creía y decía que la voluntad es necesaria y originalmente per-

versa. Los deberes de familia, que traje con mamá, Eladia y Carlos, la lucha que me impulsiera, la muerte de mis esperanzas de familia, el vigor que puse en convertir en sacrificio aquel semi-amor a Matilde, los dolores que cayeron sobre mí, la ruina que recompensaba en Mayagüez, el martirio de Madrid y el espectáculo de la indignidad, la injusticia y la tiranía en mi pobre Puerto Rico, produjo una fuerza de conciencia demasiado exigente para consentir la libre acción de la voluntad; y caí en la pasividad, medio estoica y medio estúpida, que durante algún tiempo me inmovilizó; pero entonces, y al paso que la crisis se verificaba, mi imaginación y mi sentimiento, guiados por la razón y la conciencia produjeron mi *Peregrinación*. El silencio de todos, la conjuración manifiesta de amigos y de escritores contra el nombre nuevo, me produjeron una de las luchas más graves porque he pasado y de la cual no me he curado todavía. Trastornados mis planes de una gloria fácil, que, de par en par, me abriera la república de las letras, observando por primera vez la diferencia que hay entre la concepción y la realidad, vi con asombro, con maravilla, con espanto el mundo de la realidad, que yo no conocía, y eché de menos la voluntad, y me propuso crearla, y la creé, y al aforismo de la primera observación, opuse éstos: "La voluntad es medio hombre. Elige entre la voluntad y una pistola. Si quieres ser hombre completo, pon todas las fuerzas de tu alma en todos los actos de la vida". Habiendo como ya hay en el último aforismo, una concepción total de la vida y los deberes individuales que impone, se ve que salí bastante adelantado de la crisis; tal vez demasiado, porque si antes había prescindido de la voluntad, en adelante no podría emplearla sino mediante concurso de razón y de conciencia. Y ¡quién se mueve con tan abrumadores compañeros! Verdad es que me ha revivido, verdad es que

a ese momento debo el concepto de valor orgánico, la tranquilidad con que he arrostrado y podré dominar los temores del peligro; pero no sé moverme a tiempo, tengo una profunda timidez para el movimiento y nunca, nunca realizo lo que pienso, y siempre, casi siempre realizan los otros lo mismo que yo no me atreví a realizar. La venida a Nueva York, la resolución de combatir con todas armas la injusticia que paraliza a las Antillas, aquí están convertidas en una vacilación constante, en una perpetua maduración de lo que nunca hago. Verdad es también que la fuerza de mi voluntad consiste en el vencimiento de la fuerza de inercia; pero ¿qué valen esos triunfos oscuros de mí sobre mí mismo, si no dan al mundo otra realidad que la de mi espíritu, acaso poderoso, que no he sabido tener poder para hacer nada? Este es probablemente el hombre que yo soy; superpóngasele ahora el que los demás hacen de mí, y el resultado es claro; un hombre inútil, inutilizado, inutilizable.

Así, luchando a un tiempo con las aspiraciones del sentimiento, con la energía de la razón, con la fuerza categórica de la conciencia, con la voluntad, poderosa para el bien, inmóvil para los medios, he llegado a los treinta y un años de mi vida. Llegar a ellos y no morir de vergüenza por el vacío de una vida que creí tan llena, es tal vez un elogio. No descansaré en él, ni siquiera un momento, porque siempre sigue royéndome el descontento de mí mismo, siempre abrumándome el problema de mi vida: cómo dar realidad a esta vida interior tan saludable.

Si yo siguiera creyendo, aunque no lo dudo, que las crisis morales se resuelven por crisis orgánicas, estaría contento. Desde anoche siento un malestar, que agrava por momentos y estoy sintiendo venir la calentura. El corazón sigue doliéndome; en razón, castigándome.

Viernes 14.

Cuando ayer, el bueno de J. interpretaba demasiado favorablemente para mí la leve enfermedad que me postraba, llegué a creer que efectivamente estaba enfermo por traslación de las preocupaciones patrióticas de mi espíritu a mi cuerpo, pero la probable verdad es que mi enfermedad era de frío o de cualquiera otra causa interior que obraba directamente sobre mi organismo. Conque, atengámonos al frío o al pasmo, y dejemos a un lado la bilis formada por la irritación moral.

Que una causa moral obra constantemente sobre mis órganos, y principalmente, sobre mis vísceras esenciales, el hígado y el corazón, no es de dudar, observada una vez la enorme dificultad digestiva de que sufro, y una vez sentidos los dolores de corazón que, aunque probablemente desarrollados por excesos físicos, tienen su origen en las emociones, en las concentraciones violentas a que he tenido que sujetarme. Somos los hombres creación tan insensata de la general insensatez de nuestra vida, que, siendo elemento componente de ella la salud, si nos ponemos a pensar seriamente en ella, nos pasmamos de pensar, como nos pasmamos de hacer cosas inútiles. Este es el sentimiento que acabo de experimentar al sorprenderme buscando la causa de esa enfermedad de un día. Ha durado lo bastante para probarme que no soy un ser indiferente en la vida de los que me rodean. Los unos por simpatía, los otros, por corresponder así a pruebas anteriores de amistad dadas por mí, todos los habitantes del *boarding* entraron en mi camarote. Memé entró cuantas veces halló pretexto para hacerlo, y me expresó tan cordialmente el sentimiento que le causaba mi malestar que me lo hizo creer y me enterneció: la última vez que me vió, me dió un beso en la mejilla, y como yo le indicara que no estaba

tan apetecible para besos, ella me dijo dulcemente: sí, sí. Cuando el haitiano entró en mi cuarto por segunda vez, oyó la voz ruidosa de Memé que, en la habitación próxima a la mía, y según su costumbre americana, chanceaba ruidosamente. El haitiano es perspicaz como todo desgraciado, y afirmó con su malicia infantil que M. chanceaba y reía y jugueteaba, no por alegría ni por placer, sino porque estaba cerca de mí, por sentirse a mi lado, por complacerme, por amarme. Extraño amor que hace ruido, que me duele en la cabeza, y que no sabe prever que me hace daño, dije sonriendo, y tratando de separar esa idea de esa cabeza tenaz. Pero es lo cierto que tal vez tiene razón, no porque el amor nos hace estúpidos, como a manera de razón terminante añadió él, sino porque el amor es infantil en su comienzo, y se exterioriza por medio de puerilidades. Y no son las graves, lo son las en que incurro al complacerme en un afecto ciego, que yo no siento, y que, ahora mismo, acabo de oír que es creencia de la casa que yo siento. Y como siempre, sucederá lo que siempre ha sucedido; los otros atribuyéndome placeres o dolores y yo, no sintiendo ni dolores ni placeres.

Hoy, 14 de enero, hubiera sido cumpleaños de mi madre; sea cumpleaños del eterno dolor con que recuerdo su muerte dolorosa.

Sábado, enero 15, 70.

Felizmente para mí, cualquiera que sea la opinión que hagan mis ideas formar de mí a los hombres, voy convenciéndome de que no es verdad el proverbio francés que tan frecuentemente me echan en rostro: "Quand tout le monde à tort, tout le monde à raison". Cuando todo el mundo se engaña, se engaña, y nada más. Verdad es que, como todos se creen en perpetuo sufragio universal para el fin de juzgar a los demás y para el fin,

aun más agradable, de obligar al menor número a hacer lo que piensa la mayoría de los tontos, de los irreflexivos, de los inmorales, de los inconscientes, de los juiciosos sin corazón o de los corazones sin juicio, cuanta más razón tenga yo contra todos, menos fuerte seré entre ellos y más decisiva su opinión contra mí. Importa poco que yo razone mi razón (y concuerde aquí el sentimiento quijotesco con una forma quijotesca); que cuando me digo que la reacción producida en mí por la violencia con que los otros hacen imperativo al menor número el juicio y el sentimiento y el deseo del mayor número, la fuerza de mi opinión personal, será mayor, con todo el razonamiento me iré al suelo, y con toda mi razón se me encimarán los menos altos.

Yo quería resumir con esta consecuencia *ad hominem* el resultado violento, producido en mí por la intemperante confianza de ese muñeco. ¡Qué incapacidad moral, qué brutalidad de pasiones, qué impotencia de sentimientos generosos! Y sobre todo, qué abismo entre los hombres que yo suponía y lo que son, entre los que yo esperaba y los que encuentro.

Miércoles 18, mañana.

Al fin, después de dos idas inútiles a casa de Basora, ayer por la noche nos reunimos en casa de Bs., ellos dos y yo. Yo era el provocador de la reunión, porque de los tres soy el realmente aguijoneado por el estímulo incitante de la revolución, y yo tenía que exponer mi pensamiento. Era él tan radical, paso tan atrevido de la impotencia a la posibilidad, de la inercia al movimiento, que no me atreví a exponerlo sin rodeo. Se trataba para mí de hacer comprender a Bs. la conveniencia de jugar el todo por el todo, yendo conmigo a Puerto Rico. Apenas oyó la proposición, se irguió resuelto para oponerse a este consejo de la necesidad, y dijo apresuradamente:

“Eso equivale a que me manden a Fernando Po o al Morro”. Como precisamente por el riesgo a que se exponía le hice yo la proposición, pues de ese modo provocábamos un levantamiento, caso de ser él suficientemente popular para que un atentado contra su libertad y su seguridad conmoviera al país, se lo dije claramente y razoné lo que él creía irracional. No por eso defirió al consejo que, basado como estaba en mi razón por las revelaciones excitantes de V., por los datos que suministró mi larga conversación con Ba. y por la realidad misma de los hechos se defendía por sí mismo. Es conveniente establecer aquí esos fundamentos.

V. me dijo terminantemente que la revolución de Puerto Rico no se ha hecho por mala dirección, por abuso de facultades y por mal empleo del dinero recogido para ella. Con este dinero o con parte de él, se habían comprado cinco mil fusiles, seis cañones y parte de *El Telégrafo*. El director de la revolución, Bs., no ha querido nunca llevarla por sí mismo a Puerto Rico, y contando con el auxilio de los dominicanos, se decidió fácilmente a socorrer a Cabral y Luperón, abandonándoles los cinco mil fusiles, que cayeron en poder de Báez, su parte en *El Telégrafo*, que cayó en poder de las autoridades danesas de St. Thomas, los cañones que están en Curazao o en Río Hacha, donde los habrá dejado Santana, expedicionario dominicano fracasado. Estas graves revelaciones estaban hechas por un íntimo de Cabrera, cuya decisiva intimidación con Bs. estaba determinada por el dinero que le había traído a la revolución; de modo que si V. se queja, es porque C. se quejaba; y si el que dominaba a Bs. se quejaba, es porque los hechos en que fundaba su descontento son verdad. Henna, otro amigo de ellos, el íntimo más íntimo de Ca., ha contado también estos hechos a V.

Ba. es un espíritu melancólico cuya capa de positivismo, de realismo, prueba por su misma naturaleza que

es superficial. Así, basta inspirarle confianza para poseer los pensamientos más secretos de su alma. Abandonado a mí por mi benevolencia y por los actos de ferviente patriotismo con que aquí, todos los días, con exceso, tal vez con imprudente irreflexión, pruebo la sinceridad de mis sentimientos y de mis ideas, me dijo cuanto pensaba de la revolución de Puerto Rico. Que no había nada; que se habían perdido las ocasiones; que desde hace tres años se está señalando la proximidad del estallido; que S. Ruiz afirmaba que "señalar la hora del pelear es lo que falta"; que Betances le había escrito mil cartas contradictorias; que unas veces esperaba y otras no; que cuando desesperaba, no pasaban tres meses sin que volviera a darlo todo por hecho. De todo esto, deducción tranquila; que los corifeos de la revolución de Puerto Rico, Bs., Ruiz y Ba., nunca han tenido plan ni pensamiento; por lo que hace al monopolizador de la revolución, la opinión de Ba. es rotunda: Que Bs. está inutilizado, por carecer de las dotes necesarias.

El último fundamento de la proposición hecha a Bs., los hechos, no pueden ser más decisivos: nada se hace, nada se piensa, nada se decide, nada se remedia, todo se abandona. ¡Quién si no él me ha confesado que está desesperado, que por desesperación va a Haití, que cree que nada puede esperarse de Haití, que espera vivir allí de su trabajo, porque él no tiene recursos? Pues cuando se le argumenta con los hechos y con sus propias palabras, trastorna palabras y actos míos para contestarme: ¡Oh! ¡jamás se pondrán a la altura de la revolución! Me someto tan dócilmente a la insensata proposición de viaje a Puerto Rico, proposición que tal vez no tenía entonces otro objeto que salvarse de una vigilancia activa, y en vez de proporcionarme decorosamente recursos que saben que no tengo, se ponen a discutir por qué habré escrito la clara carta en que pido que me bus-

quen editor para *Bayoán*. Y cuando después de no hacer nada, cae la discusión en el olvido en que cae todo, vienen a decirme que no se llevó a cabo por mí. Le miré intensamente y después de responderle con tranquilidad opuse sus afirmaciones a los hechos, sus palabras a mi conducta, y quedó probado que yo había procedido bien. Lo cual no importa. Mañana afirmarán lo mismo que afirmaban anoche.

Y no es posible que quede eso en este estado. Hay, para esto, dos caminos: constituir una junta, o marcharse a Puerto Rico. Si las cartas me dicen que puedo arriesgar fructuosamente el viaje, arriesgaré. Si no constituiré la junta.

Sábado 22 de enero, 1870.

Bs., Ba. y yo habíamos quedado en estas resoluciones: organizar una correspondencia activa, seguir procurando recursos, e ir ayer a ver a M. L. Con este último fin fuí ayer a casa de Ba. No quiso decir que no cuando se le propuso que nos entendiéramos con el Ministro de C., pero algún grave resentimiento o alguna cosa media entre ambos, pues ayer, buscando pretextos halló medio de enfadarse. Estoy resuelto a no tratar con hombres así. Si se les habla de las bases del problema, se desentienden. Si se les proponen actos, todos les parecen heroicos, todos les parecen irrealizables. Bs. encerrado en sí mismo, sólo a sus comensales comunica los secretos de la revolución, y toda su correspondencia con los agentes de ella la conocen Va. y H. antes que yo, que jamás le pregunto, que pocas veces soy consultado. Todo su patriotismo consiste en odiar a los españoles, todo su deseo en gozar de la gloria de ser el primero en dar el grito. Por eso, porque teme mi actividad y mi sinceridad, quiere inutilizarme, empleando unas veces el

ridículo en que tan fácilmente cae un hombre culto y generoso, otras veces callando tenazmente y empleando contra mí el arma de las reservas premeditadas. Por eso cada acto mío loalconea. Por eso también se opuso a que Lacroix, según afirmación de V. y confirmación de Ba., llevara a Puerto Rico la expedición que quiso llevar, y por eso prefirió, antes que darle las armas que tenía, abandonárselas a los dominicanos, y por eso no ha hecho nada para que Delgado consiguiera lo que necesitaba para llevar a Santo Domingo los hombres y las armas que ofrecía. Y como él no se atreve tampoco a hacer nada, su irresolución le hace perder tantas ocasiones como se le presentan y se le han presentado; ahí está explicada la situación de la revolución. Viendo esto, disgustado del sesgo que dan M. L. y la Junta a la revolución de Cuba, sin recursos pecuniarios para llevarla a Puerto Rico, despertando a mi paso rivalidades que me embarazan para todo, olvidado de la gente de Puerto Rico, estoy realmente desconcertado, profundamente abatido, íntimamente desesperado. Y tan pronto sueño en el sueño de los cuarenta millones, como pienso en ir de diputado a España, para desde su Parlamento hacer la revolución que otros no saben hacer de otra manera, como pienso en retirarme a Puerto Rico, a donde iría si no temiera las luchas de familia.

Ayer ví a Mendive, poeta cubano a quien conocí en Madrid, muy pocos días antes de mi salida para acá. Como habláramos de lo que podríamos hablar, yo me quejé del curso de nuestros asuntos y expuse mis ideas: él, como son fruto, en parte, y en parte expresión de un descontento, el suyo, de otra especie y por otras causas, estalló en estas palabras: "Eso, eso, exactamente eso mismo pienso yo". Y yo me puse a pensar, diciendo: Desde que estoy aquí no oigo más que censura, expresiones de descontento.

Domingo 23 de enero, 70, 3½ tarde.

Si los hombres no tuvieran otra intención que la de consignar un hecho, cuando dicen que me dirige el sentimiento, dirían en parte una verdad: que en vano trato yo de dominarlo y en vano de suponerlo a la razón. Pero cuando, como P. en la conversación de esta mañana, tienen con esa afirmación, el deseo de presentarme a los ojos de los otros como un corazón superior a la inteligencia, me indignan. Tengo sentimiento, y tan poderoso como si empezara a ejercitarse ahora, como si la experiencia maestra no me hubiera dicho hasta qué punto está de sobra en los negocios de la vida, en las empresas que más lo necesitan. Pongo, según mi precepto, todas las fuerzas de mi alma en todos los actos de mi vida y siento tanto como pienso y como quiero, la verdad, la justicia, el bien y la belleza. Sé que el sentimiento y la fantasía, otra fuerza que me imputaba Giner como una falta, dificultan, por hacerlas más intensas, la realización de las ideas; pero sé que sólo de ese equilibrio de fuerzas, de esa común acción de facultades salen los hombres completos, y cuanto más me prueba la enseñanza de la vida y cuanto más se me opone el juicio de los otros hombres, más me empeño en realizar mi difícilísimo ideal. ¿Por qué no he de sentir? ¿Por qué, como hace poco, no he de deleitar mi alma solitaria con los recuerdos de esperanzas concebidas y perdidas, con aquella vida que pasó, siempre patente a los ojos de mi alma? La música, me dije yo cuando sondeé la razón del placer interno que nos procura, es tanto un placer como una enervación, porque habla directamente al sentimiento y porque educa exclusivamente al sentimiento, eso es verdad. Pero si la veo ¿no he adquirido, por haberla visto, la fuerza reflexiva necesaria para complacer en la música mi sentimiento, sin necesidad de

aventurar al ejercicio exclusivo de una fuerza, pernicioso por ser exclusivo, la actividad saludable de otras? Por el mero hecho de ser sensible y de querer serlo conscientemente ¿desatiendo el cultivo de la razón, pervierto mi voluntad? Y si concibo la armonía de facultades, y, en cuanto de mí depende, la practico ¿debo yo moderar una de las fuerzas de que depende la armonía?

Cuando, como hace poco, recordando *Sueños de Amor*, recordaba a un tiempo la viva impresión que esta contradanza me produjo en Barcelona, y, más tarde fué mi distracción en Madrid, en el dulce recuerdo, en el triste-placentero sentimiento, muevo también la imaginación, renuevo el juicio, y juzgo aquellos días e imagino que hubiera podido hacer algo distinto y, acaso, más útil de lo que hice, y asocio mi pasado a mi presente, y viéndome hoy en la realidad de las consecuencias lógicas, provocadas por las ideas y los sentimientos de entonces, pienso que sentía más de lo que era conveniente, y veo en claridad que había desequilibrio. Cuando, como hace poco, oía en un piano vecino uno de los ejercicios que recuerdan mi infancia y mi familia venturosa y mi patria aún sumisa, el sentimiento que evoco y que ejercito, asocia mis ideas oscuras de entonces, mi primer vago deseo de acción, a la práctica dolorosa que hago hoy de aquel primer vislumbrar de mi voluntad y mi razón. Variedad en la unidad, ese es el principio aunador del mundo; ese el ordenador del universo, y yo quiero realizar en la unidad primitiva a mi ser complejo, todas las variedades del ser así reducido a una unidad preestablecida. Empeño sano; pero ¿se realiza con los medios que yo empleo? Esto es lo que dudan los hombres, cuando, juzgándome por las mostraciones de mi carácter, los unos me creen demasiado imaginaria, los otros demasiado sensible, los otros demasiado intelectual; algunos, demasiado fanático de ideas al propio tiempo que dema-

siado débil por exceso de sentimiento; quien, como Morales y su esposa, hombre sin corazón, que necesita leerles las primeras páginas de *Bayoán* para ser tenido por hombre de corazón; quien, como otros mil, demasiado oscuro; algunos, como Vidal, resultante inverosímil de todas las oposiciones.

Dando a las opiniones de los hombres el respeto que otorgo a todas las opiniones, y reflexionando que es efecto de imperfección en mí esa disparidad inconciliable de opiniones, y estudiándolas en los resultados y viendo que hacen de mí un hombre totalmente impotente, cuando es palpable que tengo cuanto se necesita, me recojo en mí mismo, y me pregunto: ¿En qué consiste que abarcando intelectualmente cuanto abarca la inteligencia de mi siglo, que pensando tan altamente como el pensamiento contemporáneo, que sintiendo tan activa, tan sincera y tan desinteresadamente como exige la constante depuración que hace mi conciencia de mi vida entera, yo no soy lo que pudiera, lo que quiero, lo que debo, y, ora abandonado al sentimiento y a la fantasía, ora a los mandamientos de la razón, ora al imperativo de la conciencia, ora a los estímulos dolorosos de la voluntad, yo no realizo nada, yo no vivo ni mis ideas ni mis sentimientos, yo vivo poco, yo soy juguete de las circunstancias, yo no armonizo en la realidad las facultades que armonizo interiormente, el ser interior que he construído, con el hecho externo, con las relaciones exteriores?

Tengo una alta idea de mí mismo, dice Basora, que oye al enérgico partidario de una idea, y que no conoce al moralista severo para quien sería un crimen todo apostolado que no empezara por una absoluta abnegación. Intento ser el primero en Puerto Rico, dirá Betances, que no comprendiendo el deber de principio y de patriotismo que cumplo, cuando combato su conducta y muestro mi ansia fervorosa de hacer algo, no compren-

de que es el hombre político el que habla, que es un revolucionario verdadero, poseedor de los fines de la revolución, el que por ella y por las ideas que en ella empeña, se toma la pena de combatirlo. Y tienen razón en no entenderme; yo mismo no me entiendo. Sé lo que quiero y quiero ansiosamente lo que sé. Llevo a la realidad mi voluntad resuelta, y como tengo que atemperarla a otras, distintas de la mía por los móviles morales e intelectuales que la guían, pierdo en claridad y en resolución el tiempo que ganaría si tuviera por servidores a los que tengo por auxiliares y si, pudiéndolo todo por mí mismo, no diera a los hombres otra parte que aquella para que los considero necesarios.

Caos, hay todavía mucho caos.

Miércoles 26 de enero, 70, mañana.

La lectura de las últimas noticias de Cuba me contentan. No sólo adelanta la revolución militar, sino que las necesidades de la guerra y las extrañas condiciones en que se realiza ha producido un fenómeno admirable, del cual puede sacarse inmenso partido para la revolución política que ha de suceder a la armada. La industria, no sólo militar, sino civil, no sólo la que llena las necesidades de la guerra, sino la que completa la vida cotidiana, ha empezado a desarrollarse en donde menos se lo esperaba; en los campamentos. Y es que, llenos como están, de familias que huyen de los españoles o que han hecho activa causa común con los cubanos, siguen teniendo necesidades que satisfacer y era necesario que las satisficiera la industria. Abandonados como están los defensores de la dignidad, la industria extranjera no los alcanza, y han tenido que crearse una industria propia. Este es un dato que la historia filosófica utilizará para comprobar los datos racionalistas de la sociología,

para probar la fuerza conservadora de las sociedades, que ellas no son otra cosa que organismos vivos, que estos organismos tienen necesidades y funciones que, so pena de muerte, necesitan satisfacerse y ejercitarse, que de esta necesidad nacen las manifestaciones de la vida, que estas manifestaciones de la vida, son, según las necesidades a que corresponden: 1º, caza o pesca, arquitectura y agricultura rudimentaria, edad de piedra; 2º, perfeccionamiento de la industria, dilatación de esfuerzos, expansión de vida por medio de la fuerza, edad militar o de hierro; 3º, nacimiento de la poesía heroica, canto de los beneficios de la vida social, apoteosis de los héroes, primer período de razonamiento de la vida; porque en el individuo, como en los pueblos, o al revés, que es lo que quiero expresar, la imaginación y el sentimiento son anticipaciones de la razón, juicios anteriores a la experiencia; 4º, conversión de las primeras observaciones de la naturaleza, en leyes científicas; 5º, organización de las sociedades conforme al ideal científico realizado, y ordenación de la vida bajo la norma de los prejuicios de castas, divinidades, privilegios, etc.; 6º, revolución, por el nacimiento de un ideal más humano, etc. Es decir que, pues toda la historia no es más que expresión de necesidades, intereses, fuerzas, afectos, sentimientos, ideas, juicios, razonamientos y conciencia, en dondequiera que se forme una sociedad, allí se ejercita la vida con todos sus móviles, con todos sus medios, con todos sus fines. Es decir que, pues la revolución de Cuba, correspondiendo a necesidades físicas, morales e intelectuales que España no sabe satisfacer, y realizándose en condiciones anormales, produce el fenómeno natural del desarrollo de toda sociedad, aun antes de estar constituida la naciente en sus fundamentos naturales, la revolución es ante la razón tan necesaria como ante el sentimiento.

Cualquiera que sea el desdén con que los revolucionarios al uso contemplan lo que no entienden, yo creo que mi propaganda será útil, y que, mejor o peor comprendidos por el entendimiento público mis artículos federalistas, mis profecías sobre el porvenir de las Antillas, mi aspiración humanitaria, cosmoplita y generosa; cualquiera que sea el aumento de desconfianza que suscite mi manifiesta superioridad de medios, con tal que se utilicen, yo habré cumplido con mi deber. ¡Ah! cumplirlo totalmente en Puerto Rico, revolucionarla militarmente, triunfar, luego ordenarla y, aplicando a su vida mis teorías, verla entrar la primera por la vastísima senda de un nuevo ideal político y social, ese es mi sueño.

Enero 27 del 70.

...La situación es clara y envuelve el germen de graves responsabilidades para quien o quienesquiera la conozcan y no traten de salvarla.

Cuba se ha puesto en revolución: primero, porque era necesidad de su estado anterior; después, porque el sentimiento popular se personificó en los trescientos decididos de la Demajagua. La revolución hubiera sido clara, terminante, decisiva, si no hubiera tenido precedentes contrarios a su nuevo carácter y si estos precedentes no hubieran hecho fuerte el partido anexionista, representado en los conservadores de la Isla. No pudo ésta levantarse en masa, no supo Norte América aprovechar los momentos y ocasión aprovechables, y en tanto que, como necesario, la revolución militante se hacía cada vez más digna y cada vez más fuerte, por lo tanto, cada vez más independiente, el partido conservador, siempre desconocedor de sus intereses por anhelo de preservarlos, era vigilado, perseguido, y tuvo que expatriarse, y cuando fué confiscado, se echó en la revolución y de tal

modo, que a un tiempo mismo salvará sus bienes de manos españolas y de ímpetus revolucionarios. Vino a Nueva York. Lo traía el egoísmo y el egoísmo lo mantuvo. ¿Puede la Isla, pueden las Antillas ser independientes? Lo dudaron. ¿Pueden vivir por sí solas? Lo negaron. Y como, además de la representación de la revolución que hábilmente supieron atraerse, reproduciendo aquí la Junta de la Habana, y en nombre de ésta, imponiendo su representante oficial a Céspedes —éste y el Congreso de Guáimaro autorizaron sus afirmaciones, consintiendo el primero y el segundo votando en favor de la anexión a los Estados Unidos—, los conservadores se pusieron en oposición de los hechos que la revolución provocaba, y desatendiendo el dualismo que de esto resultaba, se consagraron exclusivamente a provocar el advenimiento de un estado de cosas favorable a su ideal. Si los Estados Unidos no quieren apoyarnos, tal vez querrán anexarnos; si no quieren anexarnos, tal vez querrán comprarnos. Con tal de salir de España y con tal de asegurar bienes materiales y morales, se dijeron, aceptémoslo todo; la anexión, si la quieren; si no quieren la anexión, la venta.

Absolutamente consagrados a este objeto egoísta, supeditados por inferioridad intelectual y por las mismas conveniencias del momento al que llamaron Ministro de Cuba, le dejaron hacer, lo autorizaron con su docilidad a hacerlo todo, justificaron en vez de condenar o de impedir, actos de debilidad y equivocaciones inmensos, y ni aun prudencia ni resolución tuvieron para ordenar las expediciones, que casi todas fracasaron, unas por dificultades pecuniarias, lo cual prueba la cautela revolucionaria de los conservadores, otras veces por elección de hijos del favoritismo que, apenas creada artificialmente una situación semi-diplomática, semi-política, engendró los parásitos del favor y la fortuna.



Esta pérdida de expediciones, y la creciente avenida de entusiastas, y también de aventureros, creó una colonia de cubanos suficiente para representar las dos revoluciones: la que patriótica, heroicamente, y con fines cada vez más claros, se hace en los campos de manigua, antianexionista, independiente, fácilmente federalista, hija del sentimiento de la dignidad y de la patria, revolución de ideas y de afectos; la otra, egoísta, fatalista, pendiente de Wáshington, anexionista, revolución de intereses materiales. Aquella sumó carne en los engañados, en los atraídos por el entusiasmo y por la fuerza de las ideas, anhelantes de consagrarlos con su sangre; los descontentos por ambición no satisfechas y los aventureros que conocidos y mal tratados por la Junta disimulan con máscara del patriotismo vocinglero los propósitos oscuros de su vida. La revolución conservadora tomó por verbo a M. Lemus, quien tomó por consejero a P., el cual con más talento que todos, se plegaba al más poderoso, y se burlaba de la Junta. Los que salían de la Junta, por intrigas de la Junta misma, por animosidad de su presidente o por mandato expreso del pueblo, representado en las masas de los dos partidos, se iban al popular y desde allí, Basora, aunque pasivamente, Macías y sus parciales, dirigen a los representantes de la verdadera revolución; pero como no son las ideas ni los sentimientos los que a ellos especialmente los dirigen, el fruto es la lucha vacía, el descrédito mutuo, la ociosidad.

Organizar la masa, dirigirla, ya a las costas de Cuba, ya a las costas de la revolución lejana, calmar y mejorar sus sentimientos, esclarecer sus ideas y fortificarlas, depurar y fortalecer sus deberes, exponerles vigorosamente sus derechos, enseñarles prácticamente a ejercitarlos y defenderlos, pensar con ellos, sentir con ellos, vivir anticipadamente con ellos la vida futura de la libertad;

hacer de ignorantes, de hijos del despotismo, hombres, corazones, voluntades, ciudadanos, amigos conscientes de la libertad; crear una fuerza impulsiva de la Junta, un poder vigilante que, desde el Club, inspirara las sanas ideas de la revolución a los encargados de dirigirla desde aquí; ponerse en comunicación directa con el Gobierno de Cuba, ser un intermediario para con la Junta, oponerse ejecutivamente a ésta, sustituir en caso necesario a los mandatarios libres o infieles de la revolución, esto es lo que podría hacerse, esto es lo que yo haría, si pensando menos en Puerto Rico y más en mí, si contando más con los otros y contentándome menos con lo que concibo y no realizo, respondiera activamente al llamamiento que los revolucionarios del club me han hecho. Esto es tanto más urgente cuanto que, según Ferrer interpretado por Basora, en Wáshington no hay ni una sola intención en favor de Cuba, y el mismo Banks se opone a toda tentativa, por estar seguro del mal éxito. Tal vez la visita de M. L. tuviera este objeto general y el concreto de inducir a P. a que fuera a Wáshington, pues le oí decir: "Yo creo que Ud. debe hacerlo", censura blanda de que no se ocupará P., demasiado cuidadoso de su amor propio. Tal vez, también, si el Club se organizara ahora bajo un pensamiento hecho y derecho, salvaríamos de una vez la revolución, quitando a la Junta el carácter de cuerpo político, dando más importancia a la representación de Cuba, en Inglaterra, Francia y aún España, que aquí. Inglaterra tiene intereses americanos y una rivalidad dirigible y aprovechable; Francia está en situación de asegurar su nueva evolución por un acto brillante y si se le condujera a pactar con Inglaterra la federación de las Antillas, lo pensaría; España está ansiosa de salir de las Antillas, sólo quiere el pretexto decoroso.

Viernes 28 de enero de 1870, mañana.

Durante aquellas luchas oscuras que, a un mismo tiempo, sostenía yo en España con el ochavo y con la pasividad a que me condenaba la falta de recursos y el perpetuo dolor de dignidad que generaba, ¡cuántas veces he querido inútilmente bajar a mi conciencia, sondearla, y dirigirla por medio de este examen diario! El examen era imposible, y esta nueva impotencia adicionada a las otras que me inutilizaban, hacía más amarga mi existencia, más incompleta por falta de unidad, y más odiosa por el exceso de flaqueza que repugnándome más cuanto más las repetía mi inercia general, me descontentaban de todo y de mí mismo. Entonces cogía la pluma y se me caía de las manos. Hoy celebro el advenimiento de un nuevo estado. Tranquila mi dignidad, apacigua las intranquilidades de sentimiento y de imaginación que la empresa de mi vida determina, y puedo entregarme complacientemente a este benéfico trabajo de unificación, mediante el cual, ordenados los hechos de mi vida por el examen a que los somete la conciencia, ésta se vigoriza y aquéllos dan a mi ser la patente realidad que naufragaba en el abandono de mi vida a la fatalidad de acontecimientos ingobernables y al yugo de una impotencia radical. Aun cuando no tenga otro placer, hoy tengo el de pensar con método y paso todo el día ordenando mis ideas, mis sentimientos y mis actos, y reduciendo, tratando de reducir toda mi vida a la sencilla expresión que, con voluntad más conscia o más imperativa, la ha resumido siempre. ¡Con qué placer pienso en el momento que consagro a este estudio! Si mi trabajo de redacción suscita ideas nuevas o remueve ideas perdidas en el desorden anterior; si voy al Instituto Cooper y observo una faz de la vida de este pueblo; si anhele,

aplicando siempre el bien que no he realizado a la patria en donde intento realizar el que concibo, verme en ella aplicando a la realidad mis pensamientos; si veo a Memé y su vista o su palabra, apenas entendida, se completa por la palabra de sus ojos, todo se refiere en mi pensamiento a esta hora de examen general, y gozo. Es que la vida es un placer, y que el placer es mayor y más digno si la conciencia lo unifica, si la razón lo depura.

Por la noche, fuí a Cooper. En una de sus salas bajas había mucha concurrencia, y curioseé. Curiosidad favorable a mis ideas continuas. Yo no sé el inglés, pero me he propuesto aprenderlo, y lo adivino. Adiviné que se trataba de una discusión sobre el flúido lumínico. Adiviné que el concurso constituía una especie de asamblea que juzgaba al expositor, dirigida por un *speaker*, probablemente el profesor habitual de la materia en discusión. Cuando el expositor vacilaba o aventuraba, un circunstante pedía la palabra, la usaba, discutía, se acercaba a la pizarra, completaba con medios gráficos su razonamiento y se retiraba para oír al expositor, que, siguiendo en la afirmación o ampliación de lo que había dicho, lo contradecía. Si alguno quería hacer una observación, la hacía; si una ampliación, ampliaba; si una confirmación, confirmaba con razonamientos o con relatos de observaciones hechas, en Massachussets, Indiana o algún otro punto. Yo no sé a punto si aquello era un juicio de un invento o de una exposición científica; pero sé que una u otra pasaron por el criterio y el sufragio popular, al cual lo acomodó el *speaker*, preguntando a la asamblea su adhesión o su condenación. Ann cuando yo no hubiera entendido otra cosa sino que hasta la ciencia tiene aquí su sufragio universal, hubiera bastado para darme en qué pensar y en qué soñar. Soñar en el día en que yo pueda aclimatar iguales instituciones en Puerto Rico; pensar en el beneficio de esas institu-

ciones y en la sutileza de los medios que se emplean para hacerlas agradables, y de agradables convertirlas en fructíferas.

Lunes, enero 31, mañana.

No habiendo podido *mañana*, hago pasado mañana las observaciones prometidas. Unos cuantos jóvenes, probablemente los más sinceros de la reunión; unos cuantos hombres, P.; el bueno de Escobar, en quien los años no han destruído aquella sencillez de origen que hace modesto al mérito y débil al fuerte, y en quien un desarrollo intelectual desordenado ha producido un pensador excéntrico; Alfaro, entusiasta y apasionado; Rius hombre de talento y creó de sentimientos rectos, en quien la pasión anima la pasividad y cuya pasividad aniquila su pasión; H. Cisneros, cuya reputación de inepto produjo una reacción de admiración en mí, al oírlo defender con calor y con facilidad a Echevarría; Mestre, talento de los más educados entre la emigración; Fernández; Gálvez, cuya cabeza pintoresca me llamó la atención, y que tal vez tenga más talento que sentimiento; Lanza, que siguió pensando en su heroísmo y practicándolo, Ponce de León; Márquez, de Puerto Príncipe, y Céspedes, que dan más que prometen. Total, treinta individuos, tal el Club. Ni reglamento, ni obediencia a él; ni mesa; ni respeto a ella; ni orden, ni objeto, ni medios. El Club se empezó a constituir, dicen, en agosto; todavía no está constituido; todavía no tiene estatutos ni reglamento; todos hablan más que deben. Se discutió una fórmula de juramento, antigualla de los despotismos que han violado perpetuamente todos los despotizados. Se discutía; pero yo dije que el juramento no ligaba a los falaces y retraía a los veraces; P. propuso, como yo, que se presentara una moción anulando el juramento, y sin más encomienda la presentaron, se discutirá esta noche,

y, sin que ninguno se opusiera a ello reformaron el reglamento. Se pasó a la proposición de Armas que, so pretexto de felicitar a Echeverría por su nombramiento para la agencia o la representación en Inglaterra, nada menos quería sino que el felicitado se viera obligado a dejar el puesto. Nadie comprendió esto, y en vez de contestar a los razonamientos bastantes juiciosos en que Armas se apoyó, los veinte que hablaron sobre su proposición, la atacaron, no una vez, dos, tres, alguno cuatro, por su punto de vista personal y salieron a relucir las divisiones. Cisneros habló para defender a sus amigos los conservadores; Fernández para atacarlos. Mestre fué el único que puso una intención en la contienda: negó al Club el derecho de aplaudir, por lo mismo que le negaba el de censurar, y a pesar de que con mucha cautela y previendo la impopularidad de sus ataques a los derechos que representa el Club, aseguraba a cada paso que nada estaba tan lejos de su imaginación como oponerse a lo mismo que se oponía. De aquí surgió la proposición de Rius, con la cual se favorece la empresa para que me han llamado. Esclarecimiento de los artículos que expresan el objeto del Club para que no quede duda. Ayer nos reunimos para pensar en esto y ordenar nuestras fuerzas, Escobar, Basora, Rius y yo en casa de éste. Yo dije lo mismo que hoy, encargado de defender la proposición, repetiré. Hay un pueblo cubano, que tiene sus representantes aquí. Esos representantes tienen el derecho de reunirse para pensar en los negocios públicos, juzgarlos e influir en su dirección. Por eso se fundó el Club. Si no se hubiera fundado para eso, no serviría para nada; luego es necesario que sirva para lo que se fundó. No estoy convencido de la eficacia de nuestros deseos y por eso dudo hasta de la utilidad de manifestarlos; pero es posible que las equivocaciones de los otros contribuyan a completar la obra nuestra, y es bueno

acometerla. Que el pensamiento que yo llevo es probablemente diferente del de los otros, indudable; pero que la mezcla del mío con el de ellos, me dará, justo o injusto, un carácter de opositor y de ambicioso, también es indudable. Así, desde esta noche, es necesario echarse a la arena, y luchar con todas las fuerzas, pues si no triunfo es porque he perdido mi tiempo en vacilar.

El parque, los hoteles de la Quinta Avenida y de Hausman House, las observaciones que me suministraron, forman parte, con mi discusión de toda la mañana, en casa de Basora, de mi día de ayer. La discusión renovó una idea que ya tenía yo, pero que fortaleció Márquez, P. R., y que hoy mismo empezaré a desarrollar.

19 de febrero de 1870, mañana.

Noche de Club, estuve en él a cumplir mi compromiso. Tenía que hablar y no estaba tranquilo, pero tenía la tranquilidad suficiente para contribuir a ordenar aquel desorden, y lo hubiera conseguido si tuviera las cualidades que me faltan. Indudablemente, me falta el talento de los pormenores mecánicos, el ingenio, la claridad de vista para las cosas reales, con la cual y con el cual se ven de una ojeada los defectos y los excesos de las cosas y los medios inmediatos de corregirlos. La proposición contra el juramento halló dos obstáculos, uno de conducta y otro de principio. Aquella se oponía a que, pocos días después de convertido por la discusión en imperativo reglamentario el juramento, se volviera a discutir. Principio libremente aceptado era que las mociones reformadoras de estatutos no se discutieran sino quince días después de presentadas. No podía, pues, discutirse lo que se discutió. Pero, pues se había discutido y pedía una votación, era necesario que ésta completara la discusión para cerrarla de una vez. Esto era

tan obvio que no se me ocurrió, así como tampoco se me ocurrió otra cosa igualmente obvia de que inmediatamente sacó partido Mestre. Pues hay aquí una asociación que, después de votada una resolución, la rechaza, la asociación tiene el derecho de volver sobre sus acuerdos y anularlos. Pero si me falta absolutamente esta sutileza, no me falta el vivo deseo de que el ensayo que hace el Club produzca sus frutos naturales e hice cuanto pude, y logré que se ordenara aquel desorden. Algo hay allí y algo puede sacarse. Pruébanlo la atención y la animación que después, cuando Rius, Escobar, Mestre y yo hablamos, manifestaron los asistentes. Mestre habla bien y tiene sutileza, la conveniente para hacer de él un político prudente. Escobar es un hombre muy sincero y de pensamiento muy sano. Rius es un talento claro y un hombre que ama las ideas. Yo hablé mal, por más que me oyeron atentamente y me aplaudieron, cosas las dos que probablemente se aplicarían, sin que lo conociera el auditorio, a las ideas parcialmente tomadas del discurso, o a éste en sí. Ningún orden, ningún pensamiento dominante, y mucho miedo. Todos los días hablando con todo el mundo, digo cosas mejores en series más completas. Si yo hubiera dicho lo que había pensado o hubiera repetido lo que dije a mis coadyuvantes, hubiera dicho algo.

Miércoles, 2 de febrero del 70, mañana.

Después de exigírmelo a mí mismo he pedido a Castro, Acosta, Márquez, a cuantos pueden dármele, a cuantos debieran poder, el plan de hacienda que necesito para la revolución y para la reorganización. Aun no lo tengo, y probablemente, como no lo forme yo en vista de las circunstancias y de las necesidades, nadie me lo dará. En todo tan atrasado como en esto, y cada vez más comprometido y más resuelto yo, pienso con insistencia en

si, no teniendo como no se tienen, los elementos de la revolución, es patriótico el provocarla y es prudente el llevarla desde fuera. Tanto más me convengo de la necesidad de ir a Puerto Rico, cuanto mayores son los obstáculos que se presentan. El mayor de todos no es la posición que tengo en la emigración cubana.

2 de febrero, noche.

Pensemos en lo digno de pensarse. ¿Puedo yo, desconocido en mi país, sin amigos en él, sin otra influencia que la poco expansiva que conquistan la profunda posesión de las ideas y el sacrificio por ellas, intentar en mi nombre una revolución? ¿Puedo contar con Betances, que, además de su decaimiento, ha cometido la ligereza de ver en mí un rival, y, tratándome como tal, ha desconocido sistemáticamente hasta el derecho que, como soldado de la misma patria y de la misma idea, tenía? ¿Puedo yo contar con Basora que, hoy mismo, anunciándome la partida de su amigo, me decía con inequívoca intención: "Queda Ud. dueño del campo, y queda solo. Yo voy a ponerme a trabajar para vivir"? ¿Puedo yo contar con recursos que nadie me ofrece, que nadie me dará, que son absolutamente necesarios? ¿Puedo, por otra parte, exponerme a las exigencias constantes, incesantes, implacables, de mi corazón, que me llama a Puerto Rico, que a bien de realizar el objeto de su continua palpitación, me hace amable el sacrificio de la vida, pero no deja ver tranquilamente a la razón los peligros de un golpe de mano en vago? ¿Debo yo, sobre todo, obrar por sentimiento, por esta pasión de la razón que convierte en activo movimiento todas las meditaciones de mi vida, cuando acaso mi país pueda entrar en las vías de la revolución tranquila? Harto me ha engañado la generosidad de mi alma, harto me ha alucinado el desinterés absoluto de mi apostolado, para no detenerme una

vez a compulsar las circunstancias. Sí, todo lo veo, todo lo comprendo, todo lo domino en mi razón y en mi conciencia; pero no doy un paso, no inclino la cabeza para meditar, no recojo el corazón para sentir, sin que a cada paso, a cada meditación, a cada palpitación, surja el ideal de la patria deseado, del porvenir buscado. ¡Ah! tremendo error del entusiasmo, el cometido al venir aquí. Puerto Rico, Puerto Rico era mi puesto. Si sólo se tratara de la patria, Cuba independiente me la daría, pero se trata de toda la vida reflexiva de mi espíritu, y necesito que Puerto Rico complete la obra de Cuba y realice el ideal de las Antillas, independientes, fundadas en la libertad y en la igualdad, procurando la unión de todo el Continente, sirviendo de mediadores al comercio y a la civilización del mundo. Y desde aquí no se va a eso. Aquí se pierde el tiempo y nada más.

Viernes, 4 de febrero, 70, noche.

¡Qué sería mejor para conseguir de hecho el lugar que de derecho me corresponde en la revolución de las Antillas? Maldigan cuanto quieran de las ideas esos fatalistas que el despotismo ha hecho adoradores de los éxitos, alguna influencia tienen las ideas cuando a mí, que no sé más que pensar y sentir, se ven obligados a rendirme un pleito homenaje que no sé exigirles. Me lo rinden, pero de tal manera, que la fuerza mayor que yo desarrollo en ideas quede anulada por la mayor fuerza de habilidad que ellos emplean: y como ellos son los árbitros, el rendimiento que hacen a mis ideas y a mis sentimientos es un nuevo recurso que utilizan, un motivo de justificación a que se abrazan. Es como si dijeran: "Nosotros pensamos lo que piensa él; tenemos sus mismas ideas y sentimientos; pero él quiere llevar todas las cosas a sus consecuencias extremas sin reparar en los

obstáculos, y es más un entusiasta que un político, más un visionario que otra cosa". Y sobra que digan visionario. La mayoría perpetua no se para a examinar, ni puede, de qué parte está la razón, de cuál el supremo interés de las ideas, en cuál los motivos de acción más generosos, en cuál concepción más completa del pensamiento, en cuál capacidad mayor para realizarla. Ve que los detractores cautelosos de las mismas ideas a que afectan obedecer, son los que tienen en su mano la suma de facultades necesarias para obrar, y se inclinan al que algo puede. Así, todos, empezando por P., que ayer se tomó la libertad de borrarle algunas palabras de mi artículo, sólo porque se referían a Morales Lemus. Este, que no verá con gusto la propaganda independiente que hago y que sentirá además una inferioridad de medios manifiesta cada vez que contraste sus actos con los que yo propongo, debe ser, estoy próximo a creerlo, el que más me combata y el que haya contribuído más a mi posición penosa entre esta gente.

Pero, no: algo esencial, radical, hijo de mi propia naturaleza, producto de mi exigente educación intelectual, engendro de mi educación moral, efecto de mi austeridad refractaria, debe haber en mí que produce en todas partes los mismos resultados. ¿Cómo es que, a pesar de todos los sacrificios de amor propio que les hago, los míos, los mismos por quienes estoy aquí, con quienes he venido a trabajar, buscan, provocan y aprovechan cuantas ocasiones son aprovechables, para atormentar mi amor propio? Porque hago con ellos lo mismo que con los otros; cuidar su conducta, y lo que es más y es peor para ellos, les pruebo que es mejor la que aconsejo. De modo que entre ellos y las circunstancias que me crean están haciendo a la fuerza y por dignidad, un ambicioso de un ideólogo inofensivo.

Lunes, 6 de febrero del 70, mañana.

Bs. salió el sábado. Fuí, y no me arrepiento, a verlo a bordo. Así, cosa bastante inútil, constará que mi resolución es tan firme, que ni aun ante las pequeñeces de los otros se detiene. Es difícil saber de qué sentimientos iba animado nuestro apóstol; pero es fácil conjeturar que, siendo su viaje la determinación de su impotencia y el propósito de vivir para sí, sólo en el caso de favorabilísimos trances para la revolución dominicana y de incondicional disposición de Cabral y Luperón en favor nuestro, se decidirá Bs. a hacer algo.

Es necesario que yo siga conquistando adeptos en el Club. Si responde a la verdad como respondió en la última noche de sesión, y soy yo quien, como entonces, logro ser intérprete de la verdad, aun puedo esperar algo. El sentimiento y el entusiasmo son fuerzas. Todo depende del modo de ponerlas en actividad.

Anoche reuní en casa de Rius a los que con él han de secundarme, y me he convencido de que la asociación puede llegar a adquirir poderosos desarrollos. Los hombres son niños que, cuando pueden combinar sus deberes con el ansia nativa de acción que tiene todo espíritu, hacen maravillas. Hagamos, pues, del Club una distracción para honrados, y enseñémosles a distraerse con medios más nobles que los vulgarmente aplicados: matar fastidios.

Sábado, 12 de febrero, 70, mañana.

La actitud indecisa de Escobar; la resuelta de Aldama y de Mestre y de la Junta contra el Club; la siempre vacilante de Piñeyro; la de los miembros ardientes del Club; el valor general de todos ellos; lo que significan las palabras y los actos de L. Delmonte en la sesión de ayer; juicio de mí mismo, como guía de un partido y como orador, tales debieran ser los objetos de este diario.

No tengo en este instante aquella ansiedad de sentimiento que suele ser inspiradora de mis sondeos más largos, y acaso no sondee como deba. Trataré de hacerlo.

Escobar es un hombre de sinceridad suficiente para no poder ocultar las inconsecuencias a que lo conducen; por una parte, la fuerza de los principios absolutos que oscura pero resueltamente invoca; por otra parte, la situación de amor propio en que lo han colocado los probables desdenes de la Junta. Por eso, tan pronto predica el absolutismo revolucionario, como transige secretamente con aquellos de quienes lo separa su amor propio. Dice él que trabajó en las Cinco Villas, principalmente por la abolición de la esclavitud, que es efectivamente su preocupación continua, y en el momento sólo en que, prohibida por Dulce la discusión sobre la esclavitud, se convenció de que España no resolvería jamás esta cuestión. Es decir, que para él la patria, la dignidad, el derecho de los blancos, todas eran cuestiones secundarias, en cuyo arreglo transigía con España. Planteada la cuestión capital, no transigió, conspiró, concitó el ánimo de los negros, fué perseguido y remitido a España. Vuelve, y se encuentra con todos los puestos ocupados, con todos los honores repartidos, con la dirección despótica que se ha dado aquí a la revolución de Cuba, y obedeciendo a su amor propio y escudándose en la cuestión de la esclavitud, se puso en la oposición. Acostumbrado a exaltar su ánimo en la lucha solitaria y a ser estimulado por las insinuaciones de los otros, ha perdido el tiempo en buscar caminos que no ha hallado, en unificar su pensamiento cada vez más dispar, y en exigir vanamente de los hombres lo que sólo debió exigir a los principios. Sigue aún, y tal vez por mucho tiempo, en idéntica apreciación de los sucesos, en idéntico punto de conducta, y es inconstante, inconsecuente, ahora partidario del terror, partidario más tarde de la concilia-

ción, hoy enemigo acérrimo de todos los prohombres de la Junta, defensor de ellos y de Aldama cuando éste o aquéllos lo han tratado con deferencia. Alguien le habrá dicho, aceptando interesarse en su favor, y queriendo servir a su propósito, que disuena su nombre respetable en una reunión de entusiastas, de declamadores, y dice que quiere retirarse, como antes había dicho que era necesario sustituir a Aldama. Si, como decía Basora, el efecto causado en la Junta por la actitud del Club, es tal que el Club adquiere toda la preponderancia que la Junta pierde, no sólo por sus fuerzas propias, sino por la debilidad de su rival, es necesario que Escobar esté siempre a nuestro lado, por su carácter y por ser representante de algunos propietarios de Cinco Villas.

Mestre y Aldama, o más bien la Junta, o más bien, Mestre, que es el director espiritual de Aldama, en cuyo valimiento pecuniario se resume la Junta entera, está resueltamente en contra de la actitud del Club. Creen que éste les opondrá obstáculos y como, además de no tenerlos nunca y de gozar de la amable irresponsabilidad, tienen un propósito deliberado, la anexión, por el cual trabajan y del cual saben contrario a todo el elemento desinteresado de la emigración, temen. Temor de asustadizos, por supuesto: que si en vez de considerar las cosas desde el punto de vista en que se sitúan, las consideraran desde el alto que debe dirigir toda política revolucionaria, lejos de temerle, sacarían partido del Club. Pero Mestre y Piñeyro y Morales Lemus no comprenden esto, no comprenden tampoco que la lógica está de parte del Club y en contra de ellos, han creído que era bastante asustar a los asustadizos y ridiculizar a los tímidos. Forzados a aceptar, aceptan cuando no pueden esquivarse, pero esquivan cuando pueden. Así ha hecho Aldama con la presidencia de la comisión encargada de preparar la expedición. En vez de aceptar la pre-

sidencia, para seguir dando pruebas del fácil patriotismo que consiste en dar dinero, ha renunciado. Para la renuncia, sus motivos probables: primero, dirigir al Club la censura de que es antipatriótico distraer de la Junta los recursos que el Club logre atraerse: segundo, no dar dinero para la expedición del Club, y contribuir por su parte a hacer fracasar la empresa.

Era bueno que esto constara; pero era necesario que constara sin que de esto naciera una autorización a los rumores de que el Club tiene un empeño contrario al de la Junta. Yo me levanté, tomando así de hecho la dirección de la fracción resuelta; pero no estoy satisfecho. Más lo estoy del modo que tuvo de apoyarme Rius. Tampoco estoy satisfecho del discurso de sentimiento que pronuncié después y en que, y en nombre del Club, recibí al mensajero del "Ana". Nada importa que el primer discurso me valiera una adhesión unánime ni que el segundo estuviera cubriéndome de aplausos durante cinco minutos: en el primero, me apoyaba la inexperiencia: en el segundo me aplaudía el entusiasmo. Es necesario no abusar del entusiasmo. El que yo siento e inspiro es de buena ley, el más santo y el más noble, pero por lo mismo, más irreflexivo que otro alguno. Si, como veo con asombro, yo sirvo para el arte de orador, es necesario que yo realice el arte de la manera original que lo concibo; como expresión nítida de la solidaridad de todas las fuerzas del espíritu. Sentimiento, bueno; pero no superior a la razón, y siempre razonando en la conciencia propia. Esto en cuanto al fondo, que en cuanto a la forma, tengo que hacer grandes esfuerzos para corregirla. No he logrado todavía que reproduzca mi pensamiento, no sólo por difusa, sino también por incompleta. Puesto que el arte oratorio consiste en la persuasión del sentimiento extraño por el propio y en el convencimiento de la razón pública por la razón pri-

vada, el artista más perfecto será aquel que, realizando lo que concibe, se dirige siempre por su conciencia, y teniendo por instrumento el sentimiento propio y el extraño, lo mueve por la razón. Yo no hago eso. Una vez, la primera, hablé exclusivamente en nombre de la razón y por su medio, exponiendo principios dispersos, en vez de presentar la serie; después, he hablado casi exclusivamente en nombre del sentimiento, expresando en divagaciones en vano solidarizadas por la razón, índices de sentimiento, en vez del sentimiento completo que quería expresar.

Lo que para mí es poco, es bastante para los que me aplauden, es mucho para los que no me creen capaz de hacerlo.

También para las señoras es bastante mi palabra, pues se dignan solicitarla. Ayer la señora de Zenea me invitó a dar unas lecciones, lecturas o conferencias para la Junta de Señoras. La amable, la interesante, la digna Carmita, de quien, a pesar de no entender los sacrificios de puro sentimiento, son admiradores muchos emigrados, apoyó tímidamente, con una mirada cuidadosa, con un rubor incontenible, la petición de su amiga. Carmita es una señora joven, bella, cabellos rubios, ojos negros, perfil enérgico, contorno gracioso, actitud modesta, noble y digna, para quien el sentimiento de la patria es un deber sagrado, y en quien el deber no tiene obstáculos. Era rica y se ha resignado a ser pobre. No por serlo ha de dejado de ser desinteresada, y hasta P. admira el desinterés, el abandono, la abnegación tranquila con que esa noble criatura, que sólo vive ya de las prendas que logró salvar de los españoles, comparte sus prendas con los desgraciados para quienes la emigración es un tormento de alma y cuerpo. Yo sé lo que ella hace; ella sabe lo que yo hago; yo sé que en ella, la posesión absoluta del sentimiento generador de su

heroísmo la hace modesta, que la modestia la hace inadecuada para el brillo, que el brillo deslumbra en otros que valen menos que ella, y tal vez, a esta comunidad de oscuridad y de sacrificio, de abnegación sin recompensa, y de resolución superior a toda acción externa, se deba la viva simpatía que me inspira, y la simpatía que debía inspirarle. ¡Oh! indudablemente era para mí dulcísimo el aliento que recibía del sexo amable que, al levantarse con la patria cubana, para disputar a los españoles su derecho de patria y de independencia, adquiere toda la fuerza que puede adquirir para la causa. Ser independiente y obrar independientemente, tales son los objetos que para ser digno auxiliar de las cubanas yo debo proponerme.

El Club, la expedición, los hechos personales, mi conducta, mis escritos sobre Puerto Rico. El Club es una fuerza, y puede llegar a ser una potencia. Representa la libre iniciativa, la práctica activa de la libertad por la emigración cubana, es un pedazo de Cuba haciendo ejercicio de derecho. En tanto que se limite a esto, en tanto que meeting perpetuo del pueblo cubano, hará bien. Pero si se convierte en instrumento de oposición, se consagra exclusivamente a oponerse a los que debe considerar como fuerzas auxiliares—el Ministro, el Agente,—entonces, puede ser un precedente funesto para Cuba independiente. No es tanto oponerse por razones, en su mayor parte personales, como examinar, discutir y demostrar la conveniencia patriótica de la oposición, lo que al Club toca; no tanto hacer oposición como aprender a hacerla en justicia y en razón, lo que le incumbe.

Cierto es que, además de con sus actos, la Junta ha provocado con la suya hostil, la hostil actitud del Club; pero si ésta puede ser una razón para otros, no debe serlo para mí que llevo una idea de porvenir en donde

los otros no tienen más que una volandera pasión del presente. Independientemente de la acción de la Junta, el Club tiene un objeto concreto de acción; representar frente a frente, en parangón y como contraprueba de la acción conservadora, anexionista de la representación y de la Agencia, la acción crecientemente impulsiva, la idea crecientemente clara, los sentimientos crecientemente incontenibles de la revolución. Esta quiere, no puede menos de querer, debe querer, la independencia de la Isla; la igualdad de derechos, hija de la abolición de la esclavitud; la subdivisión de la propiedad, como producto de la reorganización del trabajo. Los conservadores de la Plenipotencia y de la Agencia quieren y deben querer la anexión, que les asegura sus propiedades y riquezas, que contendrá los estímulos de la raza esclava, que sobre todo, y según su creencia, convirtiendo a Cuba en estado federal, la obligará a entrar ordenadamente en la vida de la federación, sustrayéndola a los presuntos peligros de la vida propia.

Si el Club necesita usurpar atribuciones o tiene las necesarias para servir de contrapeso al abuso que hacen de las suyas los que representan al Gobierno, éste es el punto de grave preocupación; tanto más grave para mí, cuanto que, conociendo tanto como siento y deseo la libertad, sé que no se conoce, que no se sabe, hasta que se vive, y sé que no se vive sino en cuanto obedece al límite del derecho individual. ¡Atenta el Club al derecho de los unos, a la que debe ser ley de todos, convirtiendo en determinaciones ejecutivas los propósitos que le inspire el patriotismo? Toda la acción posible de la emigración, se reduce aquí a buscar auxilios militares y auxilios diplomáticos. Probado que el Ministro y su Junta no han bastado para lo primero, probado que ha habido intenciones oscuras e inactividad para lo segundo ¡no tiene el Club el derecho de suplir la

deficiencia primera y de oponerse a los graves riesgos de la revolución a que pudiera llevarla la idea manifiestamente anexionista del enviado diplomático? Si en uno y otro caso secunda a la revolución, y el instituto capital del Club es ése, parece indudable que tiene, por una parte, derecho para preparar expediciones, derecho para censurar y, aun por actos públicos, condenar y renegar los actos del Ministro. Tengo la fortuna de no poner ni un átomo de personalidad ni un escrúpulo de amor propio ni un soplo de ambición en mi empresa, y esto que puede ser contrario a mis mismos altos fines, pues parece ley de vida individual que aquellos negocios se consigan más totalmente que más encienden la pasión del negociante, es hoy calmante de mi conciencia y estímulo de mis altísimos deseos. Y puesto que incidentalmente toco un axioma, compruébelo mi experiencia diaria, y empiece a renunciar a esta categoría imposible de la conciencia. No, cuando se tiene una idea, para que triunfe, es necesario que triunfe su apóstol. Hoy, como siempre, mi obra es fruto excelente para otros, amargo para mí. Obvia razón. Amo demasiado la idea, me olvido demasiado de mí mismo, siembro para dejar voluntariamente que cosechen otros, y los otros, que tal vez admirarían más la obra, si identificado en ella, quisiera yo triunfar con ella, viéndome abandonarla a todos, hacer abnegación de mí mismo porque triunfe ella, consideran, como se considera, una abstracción la realidad viviente que yo les presento, les expongo, les enseño a amar. Todo es un arte en esta vida, y el arte más difícil el que, venciendo la pasividad generosa que infunde el amor incondicional e impersonal del bien, supone la condición de personalizar en sí el bien que contribuye activamente a conquistar. Un poco de ambición, un poco de estímulo personal me daría la fuerza que hoy me falta.

Así no sucedería lo que hoy sucede. Un obstáculo, un temor los paraliza, y los mismos que han obedecido ciegamente al consejo de mi razón, al impulso de mi sentimiento de conciencia, me desoyen en el momento mismo en que puestas mis ideas al contraste de la realidad, yo me escudo en la austeridad de mi pensamiento, y ellos, reconociendo su terreno me creen inferior a ellos, en tanto, por lo menos, cuanto son inferiores a mí en la concepción de mi ideal.

Martes 15.

Supuesto el derecho de todo amigo de la revolución a socorrerla, se propuso el proyecto de expedición y se adoptó. Llevar la expedición significaría que el Club tiene tantas fuerzas como la Representación: no llevarla, declararse impotente, no ya para secundar, sino hasta para representar la revolución. Esto es tan sencillo que a todos les parece evidente. Y sin embargo, proceden de tal modo, van tan despacio, los separan tantos reparos, es tan poca la duración del sentimiento que los anima, que estoy temblando por el éxito del proyecto y por el crédito del Club.

Febrero 18, del 70, noche.

Y sigo. Se trata de explicarme por qué se siente dolor de alma en el cuerpo, por qué se ahoga mi corazón en el vacío, precisamente cuando se ha satisfecho un anhelo de corazón, una necesidad, más o menos vehemente, más o menos comprendida y exteriorizada, del alma. Es decir, y fíjese la averiguación sobre un dato constante. Yo estaba perfectamente tranquilo y tan completamente contento como puedo estarlo yo que bien puedo abandonar la idea de la ventura. La había visto:

ella había estado tan afectuosa como convenía a mi ansiedad, y ni aun el pretexto más leve de disgusto tuve. Fuí al Club, pude distraerme, tenía de qué hablar, tuve que hablar, lo hice, y en medio de todo, y a pesar del estímulo externo, caí en una melancolía abrumadora. Melancolía de afecto, dolor del placer, que pasó de la fantasía a los órganos alojándose en los pulmones, que me ahogaba. Causas posibles: la conocida; los excesos de imaginación cometidos al imaginar en la calle, paseando, discutiendo conmigo mismo el porvenir de mi país y mi presente actual y las manifestaciones diversas de mi ser y las modificaciones que los accidentes de la vida me imponen; el temor de mí mismo que me sobrecogió al hablar en el Club, y que, descontentándome, añadió uno más a los motivos de congoja que me agobian.

Está bien. Ya satisfecha la parte más exigente de mi espíritu ¿no podríamos satisfacer a la más soberana? Pues, a escribir el manifiesto.

Miércoles, 23 de febrero, 70, noche.

Ha caído mi vista sobre mi última palabra, en el momento en que, fijándose mi reflexión, en los accidentes desanimadores que han sobrevenido, sentía decaer la fe de estos últimos días y contemplaba como vano edificio del deseo lo que llegó a parecerme realidad posible. Y me he dicho lo que estoy diciéndome: “¡Manifiesto!; ambiciones de la sinceridad, cálculos del fervor, delirio del patriotismo; todo, menos recursos adecuados al fin. Con alguna resolución por parte de los puertorriqueños, con sólo el imperfecto conocimiento que de mí tienen los cubanos, con algún dinero, y con los recursos bastantes para emprender una expedición, conseguiría más en dos días que imaginé en meses de tar-

día propaganda". Esto no me lo digo solamente porque el nacimiento de la Liga venga a servir de obstáculo al Club, y me retire de él los recursos que de él pensaba yo arbitrar, sino porque pienso en las palabras de.....

Estoy preocupado. La Liga, que un discurso mío ha destruído en Cooper Institute, ¿puede servir de algo, e hice mal en oponerle mi palabra y mis reflexiones contundentes, o no puede servir, más que de rompimiento entre las fuerzas ya desunidas de la emigración, e hice bien en contribuir a matarla? Habló por mí el patriotismo y el patriotismo estaba iluminado por la razón más clara y por la sinceridad más diáfana. Sin embargo, la pasión de los interesados se fija principalmente en mí, que era uno de los pocos de buena fe que allí había, y me enajena el afecto de hombres que, como Rius y Escobar, se habían voluntariamente puesto a mi lado. Yo no he pesado todavía las circunstancias de que me he visto rodeado desde mi llegada. Será necesario que lo haga para medir la inmensa caída de mi entusiasmo, de mi abnegación y de mis sacrificios, el egoísmo y la reserva de los otros.

Bleeker St. 292, viernes, 25 de febrero de 1870, noche.

Cojo la pluma para despedirme de la casa. En estas cuatro paredes queda el secreto de profundas angustias, de ideas punzantes, de contradicciones vivas; pero también queda el recuerdo de un alma sincera y de un corazón sensible. ¡Mi estrecho camarote! Ni tu frío, ni tu incomodidad han logrado doblegar mi espíritu ni lograrán hoy, en esta última mirada, reconocerte como uno de los calabozos en que más libre he sido. Yo me alejo; pero aquí te queda mi recuerdo, y siempre convertiré complacientemente los ojos a este retiro en donde he amado. ¡Amado! ¡Ah!, como siempre, empezó por

otro corazón y concluyó en el mío: ella ha sido la primera en sentirlo y en manifestarlo, yo soy el último en sufrirlo. Por sufrirlo te huyo.

Nineth St. 53, sábado 26, noche.

Tomo posesión del aposento nuevo. Cuatro veces más espacioso que el antiguo: una vasta chimenea, que no necesita fuego, pues el cuarto es abrigado: tan interior, que dudo se vea bien de día; no da ni al patio ni a la calle. Está alfombrado, tiene un sofá, un balancín, dos sillas, una cómoda, un estante de libros, un espejo de adorno, un lavamanos, una cama para dos en donde sobro yo, y una seguridad tan grande, que el vecino podría entrar impunemente en mi habitación y apuñalarme, que sin duda para acostumbrar a trances tales, de dormitorio anejo, separado de su gabinete por dos vidrieras, han convertido este dormitorio en casa completa de un hombre solo. El aspecto exterior es infinitamente superior al de la otra casa. La comida es peor y el modo de comer insoportable. La comida se ha reducido a una sopa, y un plato de carne, acompañado de verduras y legumbres y seguido de un pedazo de pastel y de una taza de té. Yo me he quejado tanto de aquella pobre Mme. Griffon, que es justo elevar su comida cotidiana a la categoría de banquete. A pesar de todo, y a pesar del oscuro malestar que produce todo cambio sin progreso, me he sentido bien.

Hay mucho ruido en esa sala. Esas mujeres que la ocupan, hablan gritando y ríen a carcajadas. Decididamente, esas mujeres son muy ruidosas. Dos de ellas, muy agradables: la más próxima a mí en la mesa, es morena, tez pálida, ojos negros, aspecto melancólico y movimientos malignos de ojos y de boca. Cuando se levantó, de delicada que parecía, se presentó fuerte y

erguida: desproporción entre su estatura, alta y el tinte de su semblante. La otra es rubia, y me atrajo con sus miradas, que me honraron más de una vez.

Soy un niño. Sigo diciéndomelo, tanto cuando examino la absoluta sinceridad de mis relaciones con los hombres, como cuando juzgo este estado moral, medio real y medio artificial, que me da dolores de corazón involuntarios, que ocupa voluntariamente mi imaginación, que provocho al mismo tiempo que esquivo. Soy un niño. Ella no lo sabe, no podía saberlo, no era capaz de gozar del deleite eminente de atraerse el afecto ingenuo de un corazón de niño en un espíritu de hombre, y de la misma ignorancia que en ella está haciéndome infeliz, padecen los que me juzgan por sí mismos e involuntariamente me aleccionan. Aquella sonrisa confidencial que cambiaron M. y C. era un juicio. Lo expresó ella, al preguntarme quién era el autor de los juicios sobre el meeting. Bastaba la tranquila confesión que de mi obra hice, bastaba la ingenuidad de mi alegría cuando, interpretando su asombro por acatamiento al dominio de mí mismo porque yo había creído juzgarme, creí que ella aplaudía mi conducta. ¡Cuál fue y cuán infantil mi asombro, al oírle decir que me desaprobaba, que yo me había elogiado con exceso, que ella había sufrido por creer que me habían herido en mi modestia! Su marido confirmó su pensamiento, y quedó convenido que yo era reo de vanidad ridícula en el momento en que yo seguía pensando... despacio. Si yo no tuve otra intención que la de probar que me juzgaba a mí mismo con severidad, la publicidad del juicio era un acto de soberbia: y si yo tengo suficiente resignación para hacer caso omiso de las alabanzas de los hombres, contentándome, como he logrado aprender a contentarme, con el beneplácito secreto de mi conciencia, he incurrido en un delito contra la austeridad de

mi causa y de mis fines, al hacerme yo mismo apologista de mi austeridad. No es ésta la primera vez en que el juicio de los hombres condena la extraña apariencia que toma en mí la vanidad; pero es la primera vez en que me ofrece patentemente una prueba palpable de mi flaqueza. Me he hecho daño y estoy avergonzado. Las debilidades son perdonables, y hasta son fructíferas y conducen al término buscado, si son un sistema, si forman un todo espontáneo con las virtudes, las aptitudes, las fuerzas naturales; pero son un mal, una causa verdadera de dificultades si contratan con el deseo de corregirlas, con un sistema de pensamiento superior a ellas. Así, no sólo son desagradables porque son discordantes, sino que son inconvenientes porque son inútiles. Conque, a curarlas y piense que la egolatría debilita, y la debilidad hace impotente.

¡Singular perspicacia de la mujer! Se han cansado los hombres de combatir en diversos sentidos mi conducta en el meeting, y, firme como estaba yo, en la generosidad general de mis sentimientos, en la constancia de mis ideas, en el patriotismo de mis palabras, he estado toda la mañana oyendo impasiblemente a Basora y Márquez acusarme de irresoluto porque creen que varío de punto de vista al transigir; pero cuando C. me ha dicho sencillamente: "No era bueno hablar de un asunto importante en el cual no se había pensado", yo vi que ella era la única que veía en mi conciencia. Mi conciencia no está quieta. He estado diciéndome que acaso la Liga concebida debía existir por sí sola, para su fin especial, con medios y recursos especiales, y si yo hubiera tenido tiempo de pensar o me hubiera resignado a callar para dar tiempo al pensamiento, a la consideración trascendente de la discusión, que fué mi argumento primero, tal vez se hubiera opuesto la de esa especialidad de acción. Indudablemente, las miras de

los ligneros, como las de los junteros, son personales; pero si ellos podían servir con sus pasiones a la causa ¿no hubiera podido llegar a ser político el utilizar sus pasiones, en vez de aniquilar? Eso mismo estoy pensando al transigir con ellos y eso mismo trataré de conseguir: ¿no hubiera sido mejor hacerlo antes?

Salirse de la realidad es una torpeza más que una injusticia; pero si yo prefiero la torpeza a la injusticia, coadyuvé a no salirme de la realidad el temor de ser injusto. Lo soy con Puerto Rico, desde el momento en que me coloco en un punto de vista ideal, el del deber abstracto, que no por ser el que yo amo, es más imperativo entre los hombres y me quejo de un pueblo incapaz de hacer más de lo que hace. La injusticia está aquí duplicada de torpeza, y pues hay quien aquí, como en Puerto Rico condena por injustos mis artículos, tengo obligación de moderarme, de ser más cauto, de ser más justo para no ser tan torpe, y para recordar que una torpeza basta para inutilizar a un hombre, y a veces, para desarmar una causa.

9th St. 53, lunes 28 de febrero, 70.

Vengo del Club. Yo creo que no se pierde el tiempo que se pierde en aprender a no perderlo, y me opongo tan enérgicamente como puedo, a las protestas de los que no toman en serio lo que debiera parecerles serio, a las censuras de los que contribuyen a hacerlas merecidas, y al desaliento de los pocos sinceros para quienes la caída de hoy sería un desencanto para mañana y una causa de desmoralización para siempre.

Dice Alfaro que la expedición ha muerto por la oposición que hay entre M. L. y A. Dice B. que por ser incapaz la comisión. Viene Quesada, y unos lo acusan sin pruebas, y otros sin pruebas lo alaban. Estoy ya satisfecho de haber dicho la verdad sobre todo cuanto

de palabra y por escrito, he dicho, y cuando más descanso en la veracidad de mi conciencia y en la rectitud de mi conducta, vienen a decirme indirectamente que, o mi obra no sirve para nada o merece censura por ser obra de debilidad. Y en tanto, aquella fuerza de ideas que me animaba, va flaqueando, y mi santo entusiasmo disminuye, y así como en el cuerpo siento dolores de cansancio en el espíritu.

Martes 1º de marzo de 1870.

Voy a tratar de escribir el manifiesto a los puertorriqueños; pero no quiero dejar de pensar en lo que he hecho durante el día. Así, mientras escribo, dejaré la vacilación que me ha sorprendido al volver a pensar en el contenido, en el fin y en el compromiso que representará la proclama. Quiero que el contenido sea una exhortación razonada; un juicio de mi vida pública; el compromiso, uno de vida y muerte a la causa de la justicia y de la dignidad; el fin, preparar los ánimos para un levantamiento. Me pregunto dos cosas; si, con los recursos que tengo que crear, con mi absoluta soledad de acción, y, operándose la contraria del Gobierno español con sus reformas; si, después de mi dolorosísima experiencia personal, es éste el momento oportuno y es realizable el compromiso que quiero contraer.

Cuando oigo a Basora, autorizando con su fría desesperación la mía; cuando recuerdo el desmayo de Betances; cuando pienso en la actitud de los más resueltos, y me veo solo, aquí y allí; sin auxiliares aquí; sin popularidad allí, y recuerdo la cosecha de desaires, que personal y colectivamente, me han hecho los puertorriqueños y medito en los sacrificios que el amor de su dignidad me ha costado y cuesta, reflexiono en las palabras de Basora: "No conviene que se sacrifique Ud. inútilmente, cuando acaso pueda Ud. hacerlo con utilidad". Pero cuando veo roto el porvenir de las Anti-

llas por la pasividad de Puerto Rico; cuando contemplo escarnecida la justicia en seiscientos mil seres racionales; cuando mezclo mi amor a aquella naturaleza con la suma de ideas que constituyen mi carácter; cuando pienso en conciencia, me olvido de todos los augurios, me abandono a la idea de mi deber, considero fríamente la necesidad de hacer la revolución, y sigo excogitando medios, o más bien me abandono a la esperanza de hacer los suficientes para ir a provocar el sacrificio. Estas últimas palabras, sobre las cuales recae mi pensamiento, después de haberme distraído de ellas, expresan involuntariamente mi resolución y mi situación: situación de impotencia; resolución de salir de ella, aún a precio de muerte. No sé más; pero sé esto, y esto es realmente el fondo más íntimo de mi conciencia. Fondo sin fondo. No hay más que sentimiento y fantasía.

¿No es mejor esperar a que las circunstancias me secunden, me den la fuerza que ellas dan a los deseos, a los sentimientos y a las ideas? ¿no me he dicho que es sabio el esperar? ¿no me dice toda mi vida que la abnegación incondicional, como todo lo que se comprende, nos arrastra fuera de la realidad? Y si yo tengo que operar con ella y sobre ella ¿a qué salirme de la realidad? Y si es salirse de ella el cerrarse voluntariamente los caminos ¿a qué he de escribir ese manifiesto que, por una parte, forzará una palabra sagrada, y por otra, acabará de vedarme para siempre la tentativa, aun posible, de volver a Puerto Rico a valerme de los medios que suministre el Gobierno español y atacarlo con ellos? ¿Qué sé yo! Pero es un hecho de conciencia en mí que, cada vez que considero la necesidad de la revolución, la impotencia centuplica el valor de mis deberes, y creo que es necesario hacerlo todo aun cuando empiece por nada. Bajo este punto de vista, el manifiesto puede ser importantísimo: conquese, a hacerlo.

Ha llegado Quesada. Piñeyro quería y no quería que le acompañara a recibirlo: yo quería y no quería acompañarlo; pero al fin, sobre el querer de la vanidad pueril de hacerme conocer, prevaleció el consejo de mi razón, que siempre ha repugnado esos homenajes, y no fuí. Dijo Arizmendi que había visto una procesión de cubanos, en coche y a pie, con banderas, y dando muestras de alegría, siguiendo al General. Yo he pensado después que, siendo buena la manifestación para probar unidad de sentimiento entre la revolución y la emigración, hay cierta especie de improcedencia en ese triunfo, concedido en tierra extraña a un soldado de cuyos antecedentes se hacen cargos, de cuya deposición por el Congreso de Guáimaro y de cuya venida no se hacen comentarios favorables. Ya la otra noche se vió en el Club que los mismos que se atrevieron a protestar contra los alardes de partidarismo, callaron ante la pasión de los partidarios. De esa ovación de hoy hecha por la adoración interesada, puede Quesada salir hecho un coloso, y el militarismo un poder fuerte.

Miércoles, marzo 2 del 70, noche.

Basora se equivoca cuando cree que va a volverme loco la revolución de Puerto Rico. Gracias a él, a Betances, a Cabrera, a R. Nadal, a los Acosta, Castro, Padiá y Vizcarrondo; gracias a los jóvenes como a los viejos, a los presentes como a los ausentes; gracias también a mi venida a Nueva York y al examen de las cosas y de los hombres; gracias al abismo que he medido entre mi ideal y la realidad; gracias por fin al íntimo dolor de que hablaré después, no, no es posible que me vuelva loco. Necesito completa razón, helado mi entusiasmo, rígida mi conciencia, tranquilo el juicio para

ir despacio a donde no ha podido llevarme de prisa mi absoluta abnegación. Yo puedo, y tal vez debo, perseverar en mi pensamiento humanitario; pero es preciso que no me anticipe ni me exalte ni me extravíe la exageración de un deber que soy el único en obedecer. Despacio.

Despacio, sí, que cada vez se abren más los horizontes, cada vez es más diáfana la luz, cada vez más probado mi idealismo, cada vez más pavorosa la desatendida y desatenta realidad. Si es verdad, si esas cartas publicadas por el *Diario de la Marina* son, como parecen, la ingenua expresión del estado interior de la revolución, ¡ah, pobre ideal! ¡qué lejos estás de realizarte! Íntimo dolor del alma, pesadumbre de conciencia, desmayo de corazón, tristeza inmensa, todas las fórmulas son insuficientes para expresar el estado en que he caído al leer esos documentos. Yo soy un inocente. Creí que allí, al menos, la inminencia del peligro, la posesión de la idea por cada combatiente armado, la lógica de los hechos, la necesidad, mantendrían la unión. Engaño. Los hombres siguen siendo lo que han sido; el despotismo los ha deformado.

Jueves 3 de mayo de 1870.

He recibido carta de mi padre: está contento. Mi primera alegría desde que estoy aquí. Piensa en haciendas y en trabajar y en descansar de los dolores que sus negocios le han causado. Que así sea. En tanto, yo pienso en destruir el orden de cosas bajo el cual intenta él ordenar sus asuntos.

Siguen quejándose del periódico y haciéndome solidario de faltas que no son mías.

Después del sobrecogimiento de corazón que me causó ayer la lectura de los primeros documentos de Santa Lucía, he pensado hoy que acaso no había nada

de racional en mi miedo, que por lo mismo que me empeno en prescindir del hombre, olvido que lo que sucede es natural.

Sábado 5 de mayo de 1870, noche.

¡Qué coincidencias tan ejemplares son las que me aleccionan! Acababa yo de leer algunos de mis *Diarios* de París y de saborearme a mí mismo, con ingenuidad, sintiéndome agradable; cuando salí a la calle y en ella encontré a I. Armas. Hablando yo de mi esperanza de ir pronto a combatir en Puerto Rico, me dijo textualmente lo que textualmente quiero copiar para enfrenamiento de la vanidad que yo, enfrenador perpetuo de mis defectos, refreno en la soledad y desboco frecuentemente en sociedad. Me dijo: “Quédese, Ud. no sirve para las armas, y hay papeles marcados: en la tierra de los ciegos, el tuerto es rey”. Rey entre ciegos: he ahí lo que hacen de mí las luchas interiores, los conatos de virtud, los esfuerzos de razón, los sacrificios a las ideas, alguna inteligencia y mucha moralidad que tengo. Es decir, que, haga lo que hiciere, impónganme cuanto logran imponerme las virtudes que he tratado de crear, los hombres, no me conceden nada. Todo el mundo me ha disputado el pedazo de reputación honrosa que han conquistado mis esfuerzos; y yo, entre tanto, ingenuo, sencillo, inocente, queriendo hacer más cada día, estoy descontento de mí mismo, y si por ventura me reconforto con las pruebas de mí mismo que en mi pasado encuentro, tengo que ceder a esta evidencia de mí mismo y dudar de mí y de mi obra para atender a la opinión desfavorable o erizada de reservas que de mí forman los demás. Esto no es mucho, porque de esta absoluta soledad saldrá la fuerza vencedora de mi vida; pero no es bueno, porque lo que gana en vehemencia la conciencia, lo pierde en tranquilidad el corazón.

Que mis escritos son oscuros y muy largos mis discursos: confieso sin reserva lo segundo y, ¿qué he de hacer?, me hacen creer en lo primero. Ricardo y Larrínaga me han dicho, juzgándome también, aunque indirectamente, que mi plan de comité no es bueno, que no llevará a ninguna parte, que haré lo que se ha hecho, y nada más. ¿Estoy yo condenado a ser un mártir? Porque de esta glacial indiferencia de los hombres y de esta hirviente llama de ideas y de sentimiento que hay en mí, una de dos, o sale una muerte repentina de mi alma, por plétora de fuerzas, o sale el esfuerzo que medito, y él consagra en la muerte mi existencia entera. Hacer una revolución sin auxiliares, sin medios o con los mezquinos que acaso pueda obtener a última hora, es un delirio. Y es, sin embargo, tan patente para mí la necesidad que otros no ven, que cuanto más me persuado interiormente y cuanto más me convencen la conducta y las palabras de los otros, más ciega es mi resolución. Así, a primera vista, que es la única que tienen los hombres para las luchas, y sobre todo, para las oscuras formaciones de los caracteres, estoy loco, y es locura cuanto pienso y cuanto intento. A mi visita interior, todo me parece complemento sencillo de mi deber, y todo es obediencia a la necesidad creada en mi alma por las meditaciones de mi vida.

Lunes 7 de mayo, 70, noche.

Voy a constituir el comité revolucionario de Puerto Rico.

..... La misma idealidad, con ideal más alto, está embelleciendo hace diez años, hace veinte, una realidad más tenebrosa: la revolución, la independencia, la libertad y la prosperidad de Puerto Rico. Antes que Don Quijote, Sancho ha visto la realidad desnuda: un pueblo de esclavos blancos y de esclavos negros. Éstos,

envilecidos por la esclavitud social; aquéllos, por la política; los últimos madurando su odio contra los déspotas; los primeros, rumiando su venganza contra sus amos; injustos los unos con los que quieren salvarlos de la ignominia, y justos los otros con los que no han podido impedir su esclavitud; ingratos; como todos los ingratos, enemigos de sus bienhechores. He pasado toda mi vida pensando en el modo de libertarlos, de mejorarlos, de hacerlos felices, y soy el único hombre a quien ellos no conocen, el único de quien prescindan, el primero de quien dudan. Y es que el despotismo, que los ha incapacitado para toda acción que no derive del odio que ha engendrado en ellos, les ha dado todas las supersticiones de la autoridad, cualquiera que sea la forma que ella revista, y como yo carezca absolutamente de la autoridad de la riqueza, y todo el Puerto Rico que ha ido a Madrid, me ha visto pobre, en vez de pensar que mi pobreza era por ellos, han pensado que un pobre era impotente para todo, y han pasado.

Ver esta realidad, hija del despotismo, me ha costado tanto trabajo y tan dolorosa suspensión de espíritu, como me costó en 1863 mi primer contacto directo con la realidad de la sociedad y de la vida. Yo había creído que Puerto Rico era un paraíso y que sus habitantes eran los ángeles del mundo. Todo lo refería al cielo, al sol, al campo, al aire embalsamado, a la belleza soberana de la naturaleza, y así como me parece imposible que la naturaleza se deforme allí, me parecía imposible que el espíritu del hombre se hubiera deformado, y aun cuando tenía pruebas duras de ello, me negaba a la prueba; y aun cuando todos los días veía la evidencia, me negaba a ella; y cuando alguno de mis paisanos me presentaba la fotografía verdadera, yo la rechazaba por hecha a la luz de la pasión. Nadal, Cartagena, la familia Polo, la familia Quijano, Ruiz, Acosta, Pastra-

na, Escoriaza, Vizcarrondo, Tapia, me presentaban diariamente pruebas de mi error, y la conducta de mi patria conmigo y la de mis compatriotas con mi familia, me decían todos los días que la realidad no estaba en la santidad que suponía, y cuanto más los próximos y los extraños, los amigos y los deudos, el mismo Carlos Bonilla, la misma Caridad, me demostraban que la regla no tiene excepción, que el despotismo influye invariablemente, más reaccionaba y más me encaramaba en mi ideal. Y en él estoy, y por él empezaré mañana a construir artificialmente un edificio en el aire, que acaso no me dé materiales bastantes para construir la Puerto Rico que deseo, pero que probablemente será lo suficientemente débil para derrumbarse sobre mí y anonadarme. Y la idealidad es tan tenaz que aun bajándose aquí a la realidad, y coincidiendo con ella, la abandona, sigue su vuelo, y me engolfa en el mar de nubes de lo imposible.

Miércoles 9 de febrero de 1870, noche.

Contrasentido chocante, dice Jules Fabre, es prescindir de las personas cuando ellas pueden tener una influencia decisiva en los negocios de la vida. Y yo, por una tenacidad de generosidad que no me exime, sin embargo, de los juicios personales más severos, pero que me priva de la justa pasión que el mal personal debiera darme, tengo por sistema prescindir, olvidar y perdonar a las personas, y, en vez de juzgarlas, combatir las e inutilizarlas por sus faltas, las juzgo, las perdono y las contemplo por sus virtudes morales o intelectuales, y me hago su juguete.

Por lo mismo consiento en dejarme explotar por las pasiones de P. Que eso nada menos significa el sesgo sincero que dí yo a la consulta capciosa que, después de una impertinencia mía, vino a tener conmigo. Se tra-

taba de un asunto grave, cuya trascendencia de porvenir ví inmediatamente, descuidando la de presente. Hay una lucha secreta entre la Junta, Morales Lemus y Quesada. Se supone que éste abusa y extralimita sus poderes, dándose el carácter de enviado que no tiene. Se le suponen intentos militaristas y deseo de vengar el golpe recibido del Gobierno y del Congreso de Cuba. Mañana examinaré este asunto.

Jueves 10 de marzo, 70, 12½ noche.

No tengo tiempo ni disposición para examinar el asunto que dejé pendiente, aunque no me he ocupado, en toda la noche, de otra cosa. Voy a leer la carta de Varona y Zambrana y tal vez deduzca de ella los elementos que me faltan para el juicio. Por ahora, los hechos van presentando como una evidencia la inducción que hice al día siguiente de la llegada del General. Es un soldado, me dije; ha sido vencido por la influencia civil; tendrá ambición, necesitará rehabilitarse, y viene aquí a buscar medios de hacerlo.

Viernes 11 de marzo, noche.

Ruiz me ha dicho: "Mil enhorabuenas por el manifiesto: es el acto de un hombre honrado". Primera y única alabanza por un acto que me compromete a jugar la cabeza. Márquez, el puertorriqueño, el hombre de juicio a quien he hecho mi amigo, el hombre a quien reservamos para la presidencia de la república futura, se contentó con decirme: "Qué quiere Ud. decir con aquel *cuando queráis?*". Basora, el hombre en cuyo inseparable me he convertido, Basora no ha sabido hacer otra cosa que celebrar la malicia de su amigo. Estos son dos hombres de experiencia, y se creen con la calma de alma que tienen en la palabra y en los movimientos; Ruiz es un hombre de experiencia, con toda la vivacidad en la

palabra, en la conducta y en las impresiones, que tiene en el fondo del alma. Los unos callan, porque juzgan el resultado de mis actos, y no ven resultado: el otro aplaude por que hace abstracción del éxito y adivina y descubre al hombre que se muestra tal. ¿Cuál de ellos juzga bien? Estoy pensando que no lo sé; que a tal imparcialidad me lleva el estoico deseo de juzgarme con justicia; pero me hace bien la conducta de Ruiz. Es venturoso encontrar quien nos anime cuando todos se empeñan en oponernos el obstáculo de su indiferencia o de sus mezquindades.

Sigue la cuestión Quesada dando pasto a la voracidad ociosa de los emigrados. Yo no sé si la actitud en que me mantengo es la más conveniente para mí; pero me parece la más digna de mi posición intelectual y moral. No tanto, sin embargo, que guarde la reserva que convendría a mi pensamiento. La generosidad me arrastra algunas veces, y, por reacción contra la debilidad de P., estuve a punto de hacerme su instrumento cuando me confió con oculta intención el estado de las relaciones entre la Junta y Quesada, y me ha hecho su instrumento cuando en el Club me he opuesto al nombramiento de esos soldados para socios de honor, oposición que él no se ha atrevido arrostrar.

Es necesario que yo trate de representarme concretamente, historiando lo que he visto, la verdadera situación de la revolución aquí. Sólo cuando lo haya hecho, podré con fruto examinar el conflicto que hoy se provoca esquivándolo.

Sábado 12 de marzo, 70, noche.

Si hubiera de hacer lo que, a pesar de mi repugnancia, debo tal vez hacer, recogería todas las palabras, todas las censuras, todas las murmuraciones, todas las expresiones de pasión de que soy forzado testigo; for-

maría con ellas una crónica de la revolución y de la emigración, y convertiría en Crónica mi *Sonda* (1). Yo no sabía en conciencia cuán profunda verdad, qué axioma de vida tan completo es el que se me escapó en *Bayoán* cuando dije: "Tengo la desgracia de explicármelo todo". En primer lugar, esto prueba una poderosísima facultad de generalización cuyos males en las relaciones de la vida son palpables: en segundo lugar, determina un estado de abstracción, mediante el cual nos aislamos de todo el movimiento de la pasión humana, y, por ver más que los otros, vemos menos el mal y lo perdonamos y no lo combatimos o lo combatimos con armas que no se sienten. No, no se trata de dar explicaciones y de explicarse nada: se trata de ver, de sentir, de juzgar, y de obrar secundando el juicio. Cuando yo me explico y explico a los otros por qué los antecedentes de la tiranía producen en nosotros los efectos desorganizadores que producen, la explicación contribuye a aminorar los efectos porque la luz alumbraba y guía aún a los más empeñados en no guiarse por la luz; pero como no los mejora inmediatamente, me priva de la influencia activa que mayor lucidez y más elevación de juicio y sentimiento podría darme si yo practicara un poco más la vida que me explico. Me explicaría por qué ellos me envuelven en las acusaciones que dirigen al periódico y condenan mi conducta y me amenazan con la pérdida de una popularidad que dicen que he adquirido; y además de explicármelo, sacaría partido de la explicación y tal vez, contribuiría a dirigir un poco mejor la revolución. Se quejan, en parte con razón, porque dicen que el periódico no tiene color; se quejan, además, por su inquina para con P. y para con sus inspiradores. Con sólo estimularlos, vendría a mis manos el periódico, y entonces podría yo exponer libremente, dirigir con propia iniciativa

(1) Hostos llama *Sonda* a su diario. (N. de los Compa.)

mis pensamientos y el de la revolución. Pero me contento con explicarme los móviles, con explicarles sus errores, y si ellos se aprenden la lección, se olvidan que he sido yo el aleccionador. Y esto no es bueno. Demasiada serenidad en el juicio, en la conducta, en el sentimiento y en la vida, hacen creer en un misterio, en algo que los más atrevidos no se atreven a seguir.

He llevado a obsequiar a Sellén, no sólo por que su conducta conmigo es de las más dignas, sino porque me interesa la situación de su espíritu. Hemos hablado de muchas cosas; y las mejores, aquellas que hemos dicho sobre el pasado, el presente y el porvenir de este pueblo. Será bueno hacer un esfuerzo de memoria, conservar en ella los puntos capitales que yo expuse, y trasladarlos aquí. Es necesario socorrer a ese desgraciado. A falta de dinero, con palabras, consejos y bondad.

Lunes 14 de agosto, noche.

Ahora que veo la fecha; hace poco cuando Mz. me disuadía, con una chanza bárbara, del proyecto que, a fuerza de creerlo yo de mi deber, me atribuyen los otros de ir a cumplir con él en Puerto Rico, me detengo a considerar lo que deseo, lo que quiero, lo que digo, lo que aseguro, y veo que hay una contradicción y una temeraria dualidad entre mi objeto y mis recursos, mis medios y mis fines, mis actos y mis palabras, mis propósitos y mi conducta. ¡Cómo! Pienso en ir a Puerto Rico, y dejo hacer a la casualidad y no la prevengo y la domino, y me abandono a los sucesos, y los espero, yo, que quiero provocarlos, y me hago instrumento de la pereza de los hombres, yo, que anhelo combatirla! Que el hecho es ése. En tanto que no tenga otros medios, es necesario crear artificialmente una representación revolucionaria, y pues los míos me abandonan, apóyeme en los otros. ¡No estoy pensando yo todos los días lo que todos los días digo; que no hay cosa pequeña; que la sucesión de

las pequeñas engendra las grandes; que no hay situación falsa cuando se sabe aprovecharla? Pues ¿por qué vacilo ante la realidad y la temo y la armo con los temidos agujones de mi propia timidez?

Yo debo ver en el fondo de estas quejas una prueba del lento efecto que va produciéndome el creciente sentimiento, la ya clara idea de mi incapacidad para la práctica de los negocios y de la vida. De M. decía yo esta tarde que sabe concebir, pero no expresar ni practicar. Yo, yo soy el que debo cargar con la censura; yo soy el que concibo y no expreso ni practico. De la concepción a la práctica no hubiera tal vez habido en mi vida más que un paso, si desde que empecé a concebir hubiera empezado a *poder* practicar; no empecé a poder, y para indemnizarme de mi impotencia, empecé a imaginar. Aquí es donde cabe, aquí donde engrana aquella idealidad formidable que tantas veces me ha espantado y tantas veces me he empeñado en corregir. De esa imposibilidad de realizar, ficticiamente burlada por el imaginar ansioso de lo que podría hacer en esto, en aquello en tal época, con tal fin, nació la fuerza morbosa que inutilizó la sana. En vez de hacer, imaginé. Imagino, probablemente no hago hoy más imaginar, cuando supongo que yo debo absolutamente sacrificarlo todo, y en vez de ponerme al sacrificio, me contento con esperarlo estoicamente sin hacer nada para llegar a él. Lo que para hacer la revolución, para hacerlo todo. Cuando el más inexperto de los jóvenes ha encontrado en el Club el medio práctico de hacer una cosa, estoy yo imaginando todavía, no el medio, sino el fin a que el medio se dirige. De aquí, y de la extraña vanidad, perpetuamente muerta y perpetuamente resurrecta, que creo haber dominado en lo grande, que me domina en lo pequeño, nace la inutilidad de mis esfuerzos, la incompleta opinión que tienen de mí hasta los que más forzados se ven a estimarme y la in-

solidez de la que pudiera ser una de las más sólidas de todas las posiciones en la emigración.

Jueves 24 de marzo, 70, noche.

Acabo de leer la observación que he hecho en mí mismo siempre que me he decidido a algo, y cuantas veces, las pocas en que he hecho lo que antes decidí: "el espíritu se irgue, el corazón se levanta, el ánimo se siente fuerte cuando se toma una resolución". Por el contrario, cuando la resolución no es decisiva, o es una alternativa entre la duda y el deseo, todo se debilita. Yo llego al séptimo año de mis alternativas entre la duda y el deseo, y voy cansándome de esta larga irresolución, de esta penosa oscuridad sin día. Déme o no cuenta del motivo, ese debe ser el de los repentinos desmayos de sentimiento y voluntad en que suelo caer, en que caía esta noche al entrar en el mismo Instituto Cooper donde he leído la observación correspondiente al estado de mi ánimo. Ganas de morir, al entrar; ganas de llorar, al salir.

Esa debe ser en conciencia mi esfera de acción. Si no hago nada, preferible es morir; y si pienso en lo que puedo hacer y no he hecho ¿qué he de hacer más que llorar? Yo me recorro en todas las fases de mi ser, y no encuentro en ellas otras huellas que las del dolor. ¿Inteligencia? Ni un placer para ella; todo ha sido trabajo solitario; desordenado, penoso, oscuro, lleno de tormentos y de dolores de injusticia. ¿Voluntad? Una lucha gigantesca por crearla; creación de ella por esfuerzos radicales y recónditos, que no ha apreciado nadie, y que la han hecho tan perfecta que nadie la comprende, tomándola por débil cuando es buena, tachándola de insoportable cuando austera. ¿Sensibilidad? Toda mi vida la he empleado en mantener intacta esa función, desviándola de los extravíos que repugna la razón, distra-

yéndola de los atractivos de la realidad, consagrándola devotamente al amor de las ideas puras. Y ella tan viva todavía, que cualquiera realidad que la haya conmovido, sigue conmoviéndola indefinidamente. Aun vive, aunque tardío, el recuerdo de Memé.

Armas decía anoche que había oído pocos aplausos como el que antenoche acogió mi imagen de los huesos, y cuando yo recuerdo que, a pesar de todo logré improvisar durante hora y media, no diciendo tonterías ni hablando de memoria, estoy pensando que mi amor propio exagera, y meditando que, por una parte, mi excesiva buena fe, y por otra, mi desdén de los hombres de cierta clase, dan a éstos las armas que voluntariamente me quito. Poco a poco. Esto va siendo grave, y es necesario cortar el mal a tiempo. Yo sabía, cuando era débil, que el respeto se confunde por el miedo; sé hoy, experto, que respeto o miedo, se necesita algo que complete artificialmente nuestra fuerza real.

Sábado 26 de marzo, 70, noche.

Mucha pereza, que llega hasta dormirme una hora después de levantarme y cuantas veces me pongo en estado de reposo; un abandono tan apático como en los días más oscuros de mi lucha; un tedio que llega hasta el abatimiento; estado de inconciencia que pasa al de indiferencia; inseguridad que se revela en la propensión a apasionarme. En todo esto puede influir: primero, el cambio de costumbres, el verdadero trastorno de hábitos a que me obligan los de estas casas americanas: segundo, la perpetua oscuridad de mi aposento que exigiendo perpetua luz de gas cansa mi vista y mi cerebro: tercero, el creciente sentimiento de mi soledad de corazón, de pensamiento y de voluntad, unas veces despertado por el recuerdo de ella, más veces, por la falta de amigos, de auxiliares.

Lunes 28 de marzo, noche.

La del lunes pasado, fué una noche de descontento; ¿debe ser de contento la de este lunes que termina? Vengo del Club, en donde tan inconexamente como siempre, he expresado entre truenos de aclamaciones y de aplausos el pensamiento de mi vida. Ahora, al unir esos aplausos, que más me importunan que me embriagan, con mi pensamiento dominante, veo un motivo de regocijo: no estoy solo: es decir, mi idea no es mía, es de todos. Pero ¿hice bien en expresarla? Cuando pienso que todos somos tan cobardes de pensamiento que todo pensamiento enérgicamente expresado nos asusta, creo que sí; cuando pienso que la revolución está en manos de los que aquí la interpretan mal y la hacen esclava de la idea anexionista, creo que sí; cuando pienso que Macías, el autor de la Liga, no sabe otra cosa que pedir anexión y buscarla y predicarla, creo que sí; cuando pienso que Escobar, por sus ideas, su energía y su sentimiento, en favor de la anexión, y esta noche, delante de los americanos, ha abogado por ella y la ha razonado y la ha elevado a la categoría de sistema, creo que sí. Y creo que sí, porque creo que son perjuros de la revolución cuantos no quieren sus fines lógicos, y que son apóstatas de la patria-suelo y de la patria-libertad cuantos venden los dolores de la independendencia por la felicidad de la anexión. Pero cuando pienso que allí había dos americanos delegados de la asociación popular que se ha formado aquí en pro de Cuba, creo que no. Y no porque las virtudes sociales, cortesía, deber de hospitalidad, gratitud, etc., me impusieran la obligación de enfrenar un sentimiento generoso, de acallar una idea poderosa, de perder una excelente ocasión de conocer, fijar y dirigir el sentimiento popular, sino porque, además de abandonarme con exceso al sentimiento, que, gracias a su pureza misma no se ha desbordado en clamores peligrosos, pero ha

presentado incompletamente mi pensamiento, era necesario en mí el atender a las pasiones que rugen a mi alrededor, en vez de aguijonearlas como temerariamente lo he hecho en mi discurso. Político verdadero es aquel que sabe utilizar todas las fuerzas, las pasiones y sus hombres entre ellas, para dirigirlos a la satisfacción de las necesidades morales y materiales, intelectuales y afectivas, de momento y perdurables, que tiene una sociedad en sus crisis como en su marcha regular.

Si Macías me mira con ojos rencorosos; si la Junta me esquivo y me aísla; si los mismos entre quienes soy popular y ante los cuales tengo el deber de realizar las esperanzas de hombres que les doy, no tienen para mí aquella continuidad de afecto, de resolución en mi favor, de confianza en mi fuerza moral e intelectual como en la sanidad de mi sentimiento, es porque yo mismo no sé completarme ni completar mi obra, ni ser lógico en mis manifestaciones como lo soy en mi desconocida realidad.

Yo hubiera esta noche podido hacer un servicio eminente a las Antillas, y les he hecho un medio servicio. Hubiera podido decirles lo que pienso, y sólo supe decirles lo que siento. Siento con viveza mayor cuanto más estimulada por las ideas de mi coauxiliares, que esa sagrada revolución de las Antillas puede caer en el abismo si triunfan los intereses y las segundas intenciones de la oligarquía plutocrática e intelectual, y, recordando la acción ejercida hoy por el Gobierno federal contra Santo Domingo y viendo con ojos que ven la palpable indiferencia por las ideas que este negocio y toda la política federal en las Antillas patentiza, sentí con violencia y olvidé la austeridad del pensamiento. Pienso que es necesario que América complete la civilización, sirviendo a estas dos ideas: unidad de la libertad por la federación de las naciones; unidad de las razas por la fusión de todas ellas. A este trabajo han de concurrir todos los

miembros del Continente; tierra firme e islas: la tierra firme ha entrado en fusión; el Norte, llevando a su consecuencia la libertad sajona y sirviendo de fundente a las razas europeas: el Sur, fundiendo con la europea la raza indígena: fuera de la esfera de acción americana, intentando entrar en ella, las Antillas: ¿qué son las Antillas? El lazo, el medio de unión entre la fusión de tipos y de ideas europeas de Norte América y la fusión de razas y caracteres dispares que penosamente realiza Colombia (la América latina): medio geográfico natural entre una y otra parte del Continente, elaborador también de una fusión trascendental de razas, las Antillas son, políticamente, el fiel de la balanza, el verdadero lazo federal de la gigantesca federación del porvenir; social, *humanamente*, el centro natural de las fusiones, el crisol definitivo de las razas. Por eso sirven de estación necesaria a las comunicaciones comerciales de la tierra, por eso serán un día la casa de peregrinos de la Humanidad. Por eso también es un crimen de lesa providencia el intentar separarlas de sus fines.

Todo esto lo dije; pero lo dije deshilvanadamente, a borbotones, como relámpagos que exhalaba el sentimiento. No hice bien.

Martes 29 de marzo, 70, noche.

Acabo de preguntarme si es digna de la razón humana, si es lógico el proceder de la emigración, que vive como viven normalmente los hombres; de pasiones, de envidias, de rivalidades, de relaciones siempre acibaradas por intereses que son contradictorios, o que hacen contradictorias las pasiones. Hay algo de inmoral, de repugnante al sentimiento delicado, en esta mezcla de pequeñeces que sirven de materiales a una obra grande. Yo recuerdo que, recién llegado aquí, oyendo a Basora hablar de las rivalidades que separaban a los emigrados,

me escandalicé, me llamé a engaño, me dí por abismado en una decepción y no sabía darme cuenta de mi escándalo y de mi indignación. Hoy, resistiendo cuanto puedo a la corriente, me encuentro en medio de ella, y ya sólo me extraña el ser yo el arrastrado en ella, no el que ella arrastre. Y que arrastra, las mismas debilidades en que incurro yo lo dicen. Yo también soy un hombre, yo también tengo pasiones, y si mi distintivo consiste en dominarlas, mi debilidad social consiste en no saber aprovecharlas declarándome sujeto a ellas, y mi debilidad moral consiste en no anularlas. Así, por querer utilizarlas, los perdono, no me defiendo de ellos, no cuento con ellos sino como con factores de antemano conocidos y destruidos, y los demás me arrollan, me hieren con las armas que les abandono, y como suelen burlarse de los débiles, se burlan del desdén del fuerte.

Miércoles 30 de marzo, 70, noche.

¿Cómo es posible que yo esté contento? Tengo tanta confianza en mi fuerza, que prescindo de mi experiencia, y me abandono a los hombres, a la vida y a los hechos con el mismo candor con que los niños. La franqueza es virtuosa en tanto que ni para los otros ni para nosotros es dañina; la verdad una virtud, mientras no daña a los fines generosos; la justicia una obligación, mientras no nos atrae la injusticia; el valor una fuerza, siempre que no sea una imprudencia. Pero cuando somos o intentamos ser tan virtuosos que, por serlo, nos privamos de los elementos que necesita el triunfo de la virtud; cuando hacemos una necesidad orgánica de las que son satisfacciones excepcionales de los espíritus más elevados; cuando por la práctica habitual de pensamientos y de sentimientos a que los demás hombres no pueden o no quieren elevarse, sugerimos a la envidia y a la calumnia su hija, el dictado de locos, entonces da-

ñamos, más que servimos a nuestro fin de vida. Esto me ha sucedido y me sucede. Vivo en absoluta soledad. ¿Qué me valen las pruebas de simpatía que mi conducta me procura si no se aprovecha la simpatía? ¿qué me vale el poder que me otorgan sobre ellos los demás, si no lo empleo? ¿de qué sirve que tenga conciencia para llevar el deber hasta el sacrificio, si antes que los medios de evitar ésa contraída conmigo mismo en la conciencia, me abandono a la seguridad que tengo en ella, vivo indefenso contra el accidente y confío tranquilamente en que sabré sacrificarme? Oscuramente está presentado el triple roedor de mis días: mi situación actual, mis luchas con los hombres, y mi pensamiento de Puerto Rico. La situación es grave: por una parte, corifeo de la idea de la revolución; por otra, director cotidiano de la opinión. Para el primer papel, ni bastante actividad ni bastante laboriosidad; para el segundo, ni bastante desembarazo ni suficiente meditación. De mis luchas con los hombres, no saco ningún fruto porque no peleo: doy el paso, realizo el acto que contraría a los demás, y me aíso como si pudieran aislarme, como si debiera hacerlo quien ha dejado una espina en el corazón de un ambicioso. De mi pensamiento de Puerto Rico no puedo hablar, porque lo reduzco a sentimiento; sin recursos para realizar lo realizable que deseo, no hago lo realizable que conviene.

Esta vida fuera de la realidad del mal es un error y es quizás una debilidad: pensémoslo. El mal existe porque es necesario: puedo y debo evitarlo, pero sin huirle, sin prescindir de él. El mal *consciente* ejercido por el bien es bien. El mal como retribución de mal, obediencia al instinto de conservación. El mal como testigo de las injusticias que se me hacen, un acto de justicia. Sí, es tarde para la reforma; pero sea tiempo para la re-

serva. Pensando diariamente en esto, no tomaré el papel activo de la pasión; pero me precaveré contra ella.

Después de la carta de Amill, la de Rigual. Aquél ofrecía ir tras de mi palabra; éste, desde New Orleans se pone a disposición de la patria. Estos inesperados y algunos fieles, próximos los unos, conocidos los otros, son todos los auxiliares con que cuento para sacar aquí de su estado embrionario y para empujar a la revolución de Puerto Rico.

Viernes 19 de abril, 70, noche.

Al fin he dado gusto a P. Quería, y no sabía cómo, desembarazarse de mi incómoda compañía, y ha encontrado el pretexto que buscaba. Tal vez a estas horas esté buscando o haya encontrado el medio de deshacer lo hecho; por una parte, no puede convenirle privarse de un trabajador asiduo; por otra parte no querrá privarse de la popularidad que, a duras penas, conserva ya el periódico. Quizá los asustadizos de la Junta, no menos deseosos que él, le habrán sin embargo representado la *gravedad* del hecho, el escándalo, el conflicto a que puede dar lugar. Pero, suceda lo que quiera, yo he procedido como de costumbre; contribuyendo sandiamente a lo mismo que he previsto como un daño para mí. Verdad es que si el miedo prevalece en ellos, mi posición será tanto más firme cuanto más insegura la de P.; mas es cierto también que entonces serán más repetidos los conflictos, más difíciles las relaciones, más enojosa la tarea infecunda: sobre todo, entonces como ahora, vencedor de carácter, habré sido un vencido de la malignidad. Yo tengo obligación en todas partes, contra todos los obstáculos, defendiéndome de todas las armas: me he formado lo bastante para exigirme una virilidad completa, y no hay virilidad cuando hay vacilación en la elección de medios. Luego, el defecto capital de siempre: mucha impetuosidad y mucha excitabilidad. La suposición de una ofensa

me irrita más que la ofensa y lo echo todo a rodar. Así hice esta noche en el Club, como hice por la tarde con P. Con esto perdí la partida, no sólo porque él pudo salirse con la suya estando en calma, mucho más moderado que yo y más diestro, sino porque me preparé una retirada imposible: he dicho que allí representaba el espíritu de la revolución y que me saldría de allí: no me atacarán por la fuerza, me atacarán por la resistencia: prohibirán a los cajistas que reciban mis artículos o me los publicarán o hallarán medios de oponérseme sin exasperarme, y por cansancio y por dignidad me retiraré.

En la discusión de la moción de mensaje me ha sucedido lo mismo. Estoy seguro de que la pérdida de la votación fué la indignación prematura con que injurié al leal presidente del Club, suponiéndole que prevenía en su favor la votación, cuando, por el contrario, sólo tenía un noble pensamiento de imparcialidad y de adoctrinación cuando dijo a los jóvenes que el votar contra él sería un acto de valor. Yo dije lo contrario, y los muchachos, a quienes después acusé de ineptos, votarían probablemente bajo la presión de mi conminación. Luego, tan suspicaz como siempre. Desde que entré, me pareció que todo el mundo conocía el altercado, que todo el mundo se ponía de parte de P. y ya estaba prevenido contra todo, y principalmente contra M., a quien si luego conseguí dominar con la sonrisa y el donaire, contesté con áspera intención cuando le pedí el fundamento de su oposición.

El frenólogo inesperado me ha dicho algunas verdades: que todo lo improviso, que no tengo venerabilidad, que soy muy áspero y que propendo al empleo de la fuerza. Parece mentira que toda mi educación concienzuda no haya logrado armonizar esas fuerzas, o pa-

rece mentira que ellas hayan prevalecido sobre la educación o que no hayan ahogado mi espíritu en sus luchas. Sí, lo mejor; a dormir.

Sábado 2 de abril, 70, noche.

No he ido a la redacción; después he variado de propósito; luego no puedo estar contento. Mi propósito era seguir allí, sin aceptar el sueldo, y para probar que, por encima de los poseedores oficiales del periódico, hay otra cosa, las ideas de la revolución, que dan fuerza para oponerse a las discrecionalidades y vencerlas. Pensaba también suscitar un examen público de mi conducta, convocar a la emigración como jurado, y vacilo. Sin embargo, cuando pienso que es conveniente empezar a dar lecciones prácticas de libertad a bajos y altos, para que aquellos confíen en ella, para que éstos la teman, creo que es bueno realizar mi propósito. Trataré de madurarlo.

Aldama dice secamente a P.: “Espero que desaparezca el dualismo que se nota”.

Sigo madurando mi desconfianza de los hombres. Con motivo de las insoportables luchas pequeñas con P., la animosidad injusta de M. y de cuantos lo oyen y lo siguen. M., que a pesar de ser espejo de la Junta y de conocer la hostilidad de ella hacia mí, no ha podido menos de sentirse atraído y me ha llenado los oídos de palabras de estímulos y los hombros de apretones, me miró esta noche de reojo. Historia triste, pero eterna; eterna, pero triste. Por supuesto, presente otra vez el fantasma de la pobreza. Inmediatamente visto el mal, imaginado el remedio. Contra pobreza, Cuba. Es realmente lo que mejor puedo hacer. Así me acostumbraré a la guerra y podré prepararme a la de Puerto Rico.

Hoy, Arizmendi, hombre de cuarenta años, soñaba despierto con Puerto Rico, a donde fué niño y de donde

tiene recuerdos muy vivos. Soñaba, porque es desgraciado y sitúa el lugar de su ventura allí donde le abren horizonte para verlo. Le he dicho que me lo llevaré para allá y ha hecho su escenario. ¡Qué extraño que yo sueñe también!

6 de abril del 70, noche.

Heme aquí arrepentido, arrepentido no, sorprendido, inseguro de mi acto. Un sacrificio inútil, no a la patria, no a las ideas, no a la dignidad, no a la impaciencia de carácter, no a la violencia de mi susceptibilidad, no a nada fijo, determinado y determinable, sino a todo junto. Sabía que eso era lo que se buscaba, y en vez de esquivar el golpe, me he puesto a recibirlo. ¡Confiado en algo? Positivamente en nada. Con la creencia que tengo de ser el pensamiento de la revolución, con la fuerza que han adquirido mis esfuerzos de dignidad y de sinceridad, yo podría impopularizar a esos trabajadores oscuros de años de malicia: me han hecho voluntariamente, y tal vez, al devolverles el daño, evitaría uno de porvenir a la patria y las ideas; pero vacilo. No sólo no estoy seguro del bien que obrando así realizaría, sino que dudo de la gente. Excepto dos o tres imberbes de corazón sano y de voluntad bien dispuesta, nadie se me ha acercado esta noche a condoler la pérdida que mi salida puede causar a la revolución sincera. Error perpetuo. Deslizándome siempre por la pendiente, por remediar el cometido, estoy madurando otro: irme a Cuba. Sé que allí me reconfortará el espectáculo que da un pueblo armado por su derecho, y espero que, tanto más la amaré y tanto más resuelto seré en su defensa, cuanto más activamente la defienda.

M. L. escribe a B. diciéndole que forme la Junta. Objeto, contentarme. B. pactará, le conviene, y por in-

terés, hará inoportunamente hoy lo que se resistió a hacer cuando yo lo persuadía.

Sábado 9 de abril del 70, noche.

Ante todo, una fecha memorable. Ayer, 8 de abril, los negros han tomado en New York pública posesión de sus derechos de hombre: son hombres desde ayer.

Hoy he recibido cartas de Mayagüez. Me han espantado. En vez de estimar mi conducta de abnegación, la culpan. Los hombres y la opinión aprecian los sacrificios que les sirven, reniegan de los que no concurren directamente a su fin. Así, nada de quejas, y volvamos a coger la cruz; pero pesémosla para saber cuánto pesa y hasta cuándo podré resistir.

Acabo de leer el primer número de *La Estrella de Cuba*, que bajo tan mal aspecto me presentaban. Prueba que Cuba tiene hijos inteligentes, y que todos ellos la aman sinceramente. Ya esto es mucho. Se ocupa de mí con exceso. De mis ideas de solidaridad antillana, en el torpe artículo en que denosta a Puerto Rico. De mis ideas antianexionistas en el artículo conciliador sobre la cuestión. De mi conducta, cuando censura ásperamente a los que se dejan aplaudir y a los que aplauden. Si yo fuera un hombre al uso, estaría contento. Se ocupan de mí y por todas partes me combaten.

Domingo 10 de abril, 70.

El buen humor de los días en que renace primavera y el mal humor de la oscuridad y las preocupaciones de la falta de trabajo. Siempre lo mismo y siempre el mismo.

Lunes 11 de abril.

Meeting de Quesada. Desde que se anunció, se calumnió. "Va a atacar a la Junta. Va a quejarse de

todos. Va a decir que aquí faltamos a nuestro deber. Que entre Cuba combatiente y Cuba emigrada hay un abismo. Que es necesario que haya otros hombres al frente de los negocios. Pedirá dinero." "Se le debe interpelar. Diga por qué vino, qué intenta. Esto es muy grave, gravísimo. Sirvamos a la patria. Se va a dar un escándalo. ¡Iremos! ¡Si no fuera nadie!" La Junta, sus parciales; los enemigos de ésta, los amigos del otro; las ambiciones, la envidia, el despecho, el amor propio; la buena fe, el patriotismo, la sinceridad, todo había convergido al mismo punto. Y era en verdad un momento grave. Si Q. y los suyos se atrevían y decían lo que pensaban, escisión segura; nadie se atrevería a evitarlo. Allí Piñeyro, allí Zenea, allí Ruiz. Ni Mestre, ni otro alguno de los que, presintiéndose atacados, habrán sentido el temor. Habló Quesada. Algo dijo de lo que se esperaba; pero no lo que se esperaba. Habló Varona más seguro de sí mismo y de su propósito; pero dijo tan tímidamente lo que se proponía, que nadie quiso entenderlo.

Yo buscaba con la vista a los héroes de conversación cuando el público me llamó dos veces. Dije como pude lo que pensaba, y entendieron. Mañana vendrá lo que venga, y seguirán haciendo lo que han hecho. Razón demás para que, en vez de contribuir yo a que sustituyan con otros a los inútiles de hoy, ponga mi buena fe al servicio de lo malo necesario en contra de lo igualmente malo amenazante.

Después hubo una escena. Habían dicho que Q. llevaba señoras dispuestas a dar brillantes, y yo estaba prevenido. Así, cuando uno de los adláteres dió su reloj y su alfiler de precio y cuando Q. lo imitó y cuando las señoras les secundaron, no me conmoví; pero cuando de todas partes, hasta los más pobres, cuando los negros se aproximaron y dieron su dinero, yo vacilé, pero me

resolví a dar lo que llevaba, lo único que tengo, todo mi capital: un peso diez centavos. Subí, di y hablé. He estado temiendo que fuera un acto de vanidad (de tal modo han secado los hombres mi entusiasmo) lo que, no, no, cien veces no, no era un acto innoble, sino un acto de olvido, de abandono, de espontaneidad generosa. Sí, hablaba al alma, y es verdad que pensaba y que sentía que nunca había presenciado escena igual.

Y estaba tanto más contento, cuanto que manos honradas me apretaban cariñosamente y la voz de un hombre honrado vino a decirme que me comprendía, que me estimaba como a hombre verdadero. Había dejado a P. y a A. murmurando; pero ya no me acordaba de ellos, cuando complacido en la alabanza del suceso, entré en casa de B. Como se precipitan los buenos sobre un malo, así se precipitaron aquellos ciudadanos sobre mí. Había puesto mi palabra al servicio de la impostura; había hecho un daño a Cuba. Yo era responsable de lo que sucediera. Repetí lo que dije: todo lo contrario de lo que habían dicho los mismos que acababan de escucharme. ¡Ah! entonces... entonces he hecho mal. Debía haber dado a la Junta. Doy a un pícaro, no a un hombre honrado. Debí oponerme a que los negros dieran, en vez de abandonarme al entusiasmo que los negros me inspiraron. Era responsable del empleo de ese dinero. ¡Para Cuba! Una carcajada.

Y cuando el alma postrada gemía profundamente y por milésima vez en mi vida, sentía la angustia de esta absoluta soledad que me ha enfermado de implacable nostalgia de una patria que no existe, me dijeron benévolutamente: "Ud. se mejorará".

Martes 12 de abril, 70.

Y cuando veo que esta fuerza del ataque se liga con el aumento de mi pobreza y con el temor que esa gente

tiene a que les sea gravoso, la indignación me ahoga. Todo, todo el día lo he pasado hablando y oyendo hablar del mismo asunto. He oído tantos pareceres a una misma persona, cuantas veces la he oído hablar. He tenido tres violencias y hubiera podido llegar a tres disgustos graves si, como estoy irritado, estuviera ciego.

Jueves 14 de abril, 70, noche.

La reunión de Yrving Hall excitó la alarma de la Junta: destacaron a Z.; éste se unió a otros, concertaron un meeting de cubanos para pedir explicaciones sobre su conducta a Q. y lo celebraron. Hasta aquí, todo bien. Pero parece, según de la misma discusión se desprendió, que el enviado de la Junta se cuidó más de ella que de los a quienes había apelado para combinar el plan, y sin convenir con ellos, llevó preparada una moción según la cual, en vez de entenderse directamente la emigración con Q., éste daría explicaciones a una comisión que el Club nombrara.

Lunes 18 de abril, noche.

Empezando por lo que puede ser más inmediato en resultado ¿de qué modo ha respondido Q. al interrogatorio de la comisión? Diciendo con pruebas fehacientes, documentos firmados por el Ejecutivo y autorizados por la Cámara, que trae comisión para llevar recursos militares, con o sin el concurso de la Junta, y que, en virtud de esa facultad, se ha creído con el derecho de intentar todos los medios, empleándolos todos de tal modo que no rompieran, antes estrecharan la unión, pues él está dispuesto a aceptar la suprema dirección de la Junta, a darle sus recursos, a acudir a una asamblea de cubanos para que ventilen el punto, a todo, en fin, menos a embarcarse ni a desembarcar en puntos determinados.

R., que ya se arrepiente de la parte activa que ha tomado en la acusación de Q., me decía hace poco que la cosa es grave. Yo empiezo a creer que lo es. Los temores de usurpación que tantas debilidades han inspirado a la Junta; el miedo a su responsabilidad que ha influido en M. L. hasta el punto de trasladar su representación a M., la manifiesta segunda intención con que trabaja Q., cosas todas que se unen para formar la trama, no tienen más importancia hoy, que se aclaran, que ayer que oscurecían el siempre oscuro imaginar de todos. Lo que es importante, lo que es grave, lo que puede ser de porvenir es la negativa de ese hombre a aceptar designación de punto para el embarque y el desembarque. Ha revolucionado, revuelto en Méjico, y puede dejarse arrastrar por sus pasiones. Viene arrojado de Cuba y puede querer vengarse. En este caso, una guerra de partido incubada en la misma de independendia, el militarismo por porvenir, la anarquía por resultado.

¿Tiene razón la Junta? Pues debe negarle todo recurso a Q. ¿Tiene éste razón? Pues se debe combatir a la Junta hasta que cumpla con su deber. ¿Tienen ambos razón? Pues el deber de ambos consiste en representar genuinamente la revolución, aun extralimitándose de la acción pasiva del pueblo así representado. Más vale asustar con un escándalo aparente a los asustadizos, que malversar una revolución. Y preparándome para otro examen con datos, me pregunto: ¿habría escándalo en que la emigración censurara a la Junta, la reconociera débil para luchar con Q. y, con objeto de salvar de éste al porvenir sustituyera con una Junta de elección la autoritaria que existe? La Junta es un auxiliar del Representante, que éste tiene el indisputable derecho de nombrar puesto que se hace responsable de sus actos. Pero como esta responsabilidad es ficticia y está además esquivada, desde el momento en que, pidiendo asesores

al Club, el Ministro reconoce que necesita de la opinión cubana para compartir con ella la responsabilidad de sus actos, la emigración tiene el derecho de hacer efectiva esa responsabilidad, aceptando de hecho lo que indirectamente le impone el representante. Aun cuando, pues, no hubiera un interés revolucionario, superior a todo otro; aun cuando la emigración no tuviera el derecho natural que su mera representación del pueblo cubano le da, bastaría el que el mismo representante le reconoce. Si no se practica, aun cuando esté reconocido, el derecho no es derecho. Que es urgente practicarlo está demostrándolo la lucha entre Q. y la J., si no lo demostrara la inhabilidad de ésta, si no lo probara la conducta cada vez más arbitraria del representante.

Martes 19, noche.

Realmente es importante la contradicción que han hallado los cubanos entre el telegrama de hoy y los anteriores. Si Modesto Díaz y Máximo Gómez han podido tomar la ofensiva, romper las líneas de Balmaseda y acercarse a Oriente, la derrota que asegura el parte, aun siendo cierta, no significa nada en comparación de lo que significa la actitud de esos caudillos.

La Revolución sigue publicando con deleite los artículos de *El Universal*, periódico de los progresistas y de Rivero, que abogan por la cesión de Cuba a estos Estados. En vano anteponer palabras atenuantes del efecto; el efecto es siempre la propaganda en favor de la cesión. ¿Podemos nosotros consentir que así se desencauce la revolución? Pienso en la necesidad de pedir explicaciones en el Club; pero la apatía de los otros aumenta la mía.

Miércoles 20, 70, noche.

El Boletín de Puerto Rico que la casualidad puso en mis manos ha sido una revelación. El editorial del pe-

riódico y la narración de los festejos a los voluntarios de Lares, me están haciendo ver estas dos cosas: primera, que la idea de la revolución está viva en Puerto Rico, porque el miedo del Gobierno y de los privilegiados es visible: segunda, que yo tengo razón contra todos cuando insisto en hacerlo todo, grande y pequeño, pues indudablemente responden esos temores del Gobierno colonial y de su gente, expuestos en el periódico, a la invocación que, en el Club, dirijo yo a los puertorriqueños. Y cuando veo que da fruto lo poco me desespera el pensar que con algo más podría yo hacerlo todo y que me lo quitan todo para que no haga nada y me avergüenza en conciencia el ver que allí nos creen en diligente movimiento cuando no hacemos nada.

Jueves 21 de abril, 70, noche.

Es de estimarse la observación de Sellén. Supone que Balmaseda y Rodas están separados por graves disensiones; que es objeto del uno lo que es horror del otro y que, por tanto, siempre es trabajo de ambos el destruir el que el otro ha hecho o intenta. Presenta como prueba el parte que noticiaba ayer la reocupación de Bayamo por fuerzas insurrectas, y argumenta así: "R. tenía el plan de encerrar en un círculo de fuerzas españolas el núcleo camagüeyano de la insurrección: lo hubiera conseguido si B. no hubiera dejado romper las líneas en que él, por su parte, circunscribe el núcleo sud-oriental". La Cuba de los españoles tiene dos jefes. Algún día podrá servirme de guía y luz esta observación fundamental.

Decían ayer que la Junta se había reunido para tratar de los veinte mil pesos. Asistían algunos de los capitalistas cubanos y dieron algo: cuatro o cinco mil mejicanos. Se atribuyen a A. estas palabras: "Si no



puedo lograr que se nos den esos recursos, venderé los vapores y las armas y me retiraré de la Junta”.

A la reforma de ella, ha seguido la de la Representación. Echavarrí, con el título de secretario, auxiliará a Morales Lemus.

Viernes 22, noche.

Hace poco salí del Club: estaba lleno. ¿Lo llenaba la curiosidad o el patriotismo? A juzgar por el asunto en discusión, el patriotismo: a juzgar por la actitud, la curiosidad. Se trataba de discutir el informe de la comisión nombrada para averiguar las causas de la disidencia entre el Representante, con sus delegados, y el general Quesada. El informe refiere que la comisión conferenció con el Representante, el cual les dijo de palabra, lo que más tarde les dijo por escrito, autorizando con documentos sus palabras. Según ellos, él —que reconoce el perfecto derecho con que la emigración pide cuentas a los agentes de la revolución, no sólo no tiene inconveniente, sino que tiene un placer en deferir al derecho de la emigración, como lo tendría en oír sus consejos—, desde el día siguiente de la llegada de Quesada se estableció la incompatibilidad. Los documentos que así lo prueban son seis o siete comunicaciones cruzadas entre el Ministro, la Junta y el general. En esos documentos brillan por su significación el en que Quesada pide doscientos mil pesos en bonos, llamando su comisión *Misión extranjera de la República*, y el en que Morales Lemus le contesta negándoselos. La Junta, a quien vió también la comisión, reiteró lo que había dicho su delegante. Q. dió en conclusión una proposición escrita, según la cual estaba dispuesto a secundar a la Junta, dándole todo lo que hubiera recogido, dirigiendo a sus fondos los que pudiera renir, con tal de que se le diera el mando de la expedición y de que se le reser-



vara el derecho de fijar el día de salida y de determinar el punto de desembarque. Esto sólo bastaba para fomentar las sospechas que inspira el general, y para justificar la negativa de la Junta: pero ¿basta para justificar las resoluciones que la comisión llevaba preparada? Según ellas el Club resuelve: no apoyar en nada a Quesada: apoyar en todo a la Junta. Si yo hubiera visto entonces tan claramente como ahora la dualidad que aquí hay, la incondicionalidad de la censura y de la adhesión, hubiera combatido, y desde que salí del Club estoy sintiendo la inquietud de conciencia que ahora siento: temo no haber hecho lo que debía.

El papel que Rigual me manda es un nuevo incentivo a mi descontento. Hay un hombre que es más concienzudo que yo; el que pide justicia para los españoles, una política que no los exceptúe, una conducta generosa, la independencia de la Isla, y todo esto, contra la opinión de muchos y haciendo frente a acusaciones pavorosas, ese es hombre concienzudo. Estoy pensando en llamarlo para intentar una propaganda activa.

He escrito a papá, C., R., L.-C.

Sábado 23 de abril, noche.

Si no me hubiera propuesto *objetivarme*, me halagaría recordando la salutífera influencia que tiene sobre mí la naturaleza, me recordaría las dos vueltas que he dado en la plaza de la Segunda Avenida, buscando aire campestre para los pulmones, olores vegetales para el olfato, remedos de los espectáculos de la naturaleza para la vista. Pero me he vedado ocuparme de mí mismo en cuanto no se refiera a mis relaciones con el porvenir de las Antillas, y no hablaré de la beatífica contemplación de Anna ni de la acerba rigidez de espíritu que me produce la conducta de mis íntimos amigos. Digo íntimos

para expresar aquellos a quienes veo todos los días. B. vuelve a su antiguo modo de ser. No hace un mes, su pobreza y mis triunfos me lo entregaron por completo: hoy, después de la enfermedad en que su mejor acompañante he sido yo, mi pobreza y mi separación del periódico vuelven a entregarme el hombre que conocí en los primeros días. M. lo imita y el mismo R. parece de cuando en cuando obedecer a la corriente contraria que empuja siempre contra mí a los que más motivos y más deber tienen de ser mis auxiliares.

La Revolución publica hoy un artículo de *La Discusión*, Madrid, en el cual se habla de una acción común por parte de Estados Unidos e Inglaterra en favor de Cuba. Por la tarde, *The Evening Post* publica un telegrama según el cual Prim está preparando la opinión española para vender Cuba a los cubanos, en tanto que el Presidente y el Secretario de Estado de la Unión declaran en círculos políticos que son favorables al establecimiento de una confederación de las Antillas. Si no fueran tan dispares como se presentan ahora los intereses de Inglaterra y los Estados Unidos, yo estaría de enhorabuena y bien podría dejar aclamar mi pensamiento, como lo aclamaban esta tarde A. y R., que al oír la lectura del telegrama, gritaron irónicamente el uno, sin reserva al otro, cariñosamente ambos, ¡Viva Hostos!, no sabiendo que tal vez ese grito pueda ser algún día expresión del triunfo de la idea. ¡Ah! Qué partido no puede sacar un hombre atento, observador de los hechos y de su desarrollo, apreciador de las circunstancias, conocedor de los móviles de hombres y de pueblos. Cualquiera que sean los obstáculos, dos intereses tiene Inglaterra en las Antillas que podrán obligarla a mucho; los comerciales representados por sus Antillas; los políticos involucrados en el problema del desarrollo de América sajona.

Demostrar que las Antillas pueden ser independientes y libres por sí solas, si Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos garantizan su independencia; demostrar que la libertad y la estabilidad se arraigarían con la federación de todas ellas; hacer ver el papel que en el porvenir comercial del mundo tendrían esos pueblos, que servirían de fiel a la balanza de valores; probar su influencia en el porvenir político de América, en la cual representaría el fiel de la balanza de poderes, no es difícil. Y en tanto que este alto fin se ofrece a nuestro esfuerzo, esa gente pierde su tiempo en contemplar a los que nos amenazan, y, fijos en el porvenir de su dinero, nada más que en eso piensan!

Si yo ejecutara todo lo que pienso, muchas cosas saldrían mal, pero muchas más de las que hago haría. Ahora tengo en la imaginación todo el plan para, desde mi aislamiento, empezar a tejer la santa trama. Inconvenientes ridículos, la impotencia odiosa de la pobreza se interpone, sucede la consideración de la realidad a la concepción de la posibilidad, la calma restituye a su desnudez mi situación, y todo se desmorona, y así ha desmoronado toda mi vida activa, todo el movimiento de trabajo moral, afectivo, intelectual y orgánico que he construído en el vacío de mi imaginación. Relacionarme con el Cónsul Inglés, interesarlo, ganarlo a mi causa y mi persona; valerme de él para conferenciar con el Embajador; de éste para relacionar la revolución con Inglaterra; del Club para ejercer presión sobre la Junta y el Ministro; de éstos para obligarlos a entrar en la senda cuya meta busco, he aquí cosas que tengo en mis manos y que se me escapan de las manos.

Como todo, se me escapa por motivos idénticos la revolución de Puerto Rico. Bastaba que ese firme L. C. y algunos otros respondieran a mi llamamiento para que,

previsto como lo tengo todo, si dispusiera de recursos, intentara con éxito la obra salvadora.

Lunes 25 de abril de 1870, noche.

Pensemos en lo que dice el buen F. Ha visto a M. L. que le ha dicho que la federación es el porvenir de las Antillas: escándalo de honradez el que sentí. Ese hombre, que se despierta hoy dominado por esa grande idea, ha pasado año y medio en buscar la anexión y sigue consintiendo que la prediquen prácticamente sus delegados de la Junta.

Miércoles 27 de abril.

Según los últimos telegramas, la revolución busca otra vez la parte oriental, hacia la cual, no obstante los obstáculos, se ha dirigido victoriosamente. Los partes españoles hablan de derrotas; pero, aun suponiéndolas, derrotas para las cuales necesitan los vencedores de tres batallones y de nueve horas de combate, representan un crecimiento extraordinario de fuerzas por parte de los revolucionarios. Y como ese aumento de fuerza corresponde a un pensamiento militar, es posible concederle importancia. Al parecer, el plan de Rodas consistía en bloquear con las fuerzas del Norte y Sur la parte de la insurrección organizada en sociedad civil y militar. El trabajo de Díaz y de Gómez, al romper ese bloqueo, ha inutilizado o tratado de inutilizar el propósito español. Morelo, nombrado para sustituir a Balmaseda, representará en la revolución de Cuba el pensamiento genuino del gobierno americano, suponiendo, pues, que Balmaseda no se retire, y en caso de retirada los voluntarios crearían un conflicto, éste será probable, pues M. determinará una conducta nueva, que no será otra que la de preparar los ánimos a la solución, aun oscura pero probable que

buscan Prim y sus auxiliares. Y como esa solución corresponderá a la triple necesidad que siente el Gobierno español de desembarzarse de la cuestión de Cuba, de aplacar la excitación pública que esa cuestión empieza a causar en España y de evitar las dificultades internacionales que puede causarle, los voluntarios se opondrán. Entrando está, pues, en una nueva fase la revolución.

Calle Octava 33, viernes 5 de mayo de 1870.

Desde mi última fecha hasta hoy, el curso de la revolución se ha precipitado. Muchos telegramas, procedentes de Wáshington han autorizado la creencia de que los voluntarios se disponen a desobedecer a su Gobierno. Que esto es posible, lo afirma el telegrama de hoy en que se presenta al Gobierno español aplazando indefinidamente la discusión de la Constitución de Puerto Rico por consideración a los españoles que, desde Cuba, han pedido que no se hagan concesiones. El Gobierno accede, luego transige; luego teme. Así lo prueba también el telegrama de Wáshington en que se noticia falsamente que algunos cubanos importantes han entablado conferencias preliminares de arreglo con el Ministro español, con el solo objeto de decir que éste no se niega, antes se muestra dispuesto a pactar. Así, finalmente, lo prueban la avenida de telegramas de Wáshington en que, ya denunciando el estado de desorganización del imperio español en Cuba, ya manifestando la aquiescencia del Ejecutivo Federal a la idea de federación de las Antillas, se muestra indirectamente que se da por aniquilada la dominación española en Cuba. De modo que, por una parte, el Gobierno español se declara impotente contra los voluntarios, que, a su vez se declaran impotentes contra los cubanos, en tanto que las potencias extranjeras em-

piezan a pensar en el papel que los acontecimientos pueden obligarles a hacer en las Antillas.

El sueño empieza a realizarse, y yo sigo soñando; empiezan a despertar los que más dormían cuando yo anunciaba la buena nueva, y yo me veo obligado a dormir. A soñar y dormir, que dormir y soñar es este aislamiento, esta inactividad en que me desespero.

Ha llegado Jordán. Se han abstenido de recibirlo en triunfo, pero lo reciben con fe, esperanza y caridad, a reserva de destrozarlo mañana. Ha llegado Armas, de quien tan mala opinión tienen sus hermanos, y han empezado a destrozarlo, reservándose el derecho de reconstruirlo. Es verdad que el discurso es temerario, pero también es verdad que el Club no se ha ocupado sino de la parte condenable, dejando la parte en que con razón condena. Tenían razón para atacar y desenmascarar a Quesada; pero no para divinizar a la Junta, y yo me abstuve de intervenir: tienen razón para censurar la apoteosis de Q. hecha por A., pero debían haber considerado que había dos enemigos, el descubierto a quien atacaban, y el encubierto tan bien atacado por su víctima, tan apadrinado por ellos. La notabilísima proclama de Céspedes contribuye, sin saberlo, al funesto error. La Junta es el peor enemigo de la revolución, y él la ampara.

Sábado 7 de mayo, 70, noche.

Si hablo de la desconsoladora versatilidad de esas pobres gentes, que no tienen un solo día de seguro pensamiento, tendré que hablar de las burlas que hacen a todo pensamiento firme, del escepticismo mordente con que juzgan mi idea de la confederación de las Antillas: en uno y otro caso, diré en el fondo lo mismo, y diré una cosa que es bueno que me espante pero que es necesario que no me desanime. Si hablo de lo que hablan, y digo

que piensan en banquetes intempestivos a J., me ocupo de una pequeñez tanto más repugnante cuanto más antipolítica. Si hablo del nuevo artículo de *The Evening Post* sobre confederación de las Antillas, incurro en el pecado anti-mundano de ocuparme de una cosa difícil, de porvenir lejano.

Hablaré del telegrama de la Habana por Wáshington en que se menciona la alarma de la oficialidad española por los conciliábulos secretos que en estos días han celebrado los voluntarios jefes de la Habana; en que se da por inminente el rompimiento entre los españoles de Cuba y los de España; en que se atribuye no sé qué increíble aquiescencia por el Gobierno español a estos planes.

Calle 8ª 33, New York, domingo 8 de mayo, 70.

Según telegramas de la Habana, ayer agarrotaron los españoles o Goicuría. Me ha impresionado hondamente la noticia. El único interés que ya me queda es el interés por la desgracia; la única indignación que sobrevive en mí es la indignación contra las cobardías de la suerte y de los hombres. Víctima de ella, ha sucumbido aquel hombre desgraciado. Si no hubieran zaherido tan cruelmente la debilidad o la irresolución de que dió muestras en el "Lillian", tal vez hubiera llevado al sosiego y a la oscuridad su vencimiento. Pero lo maltrataron, lo empujaron, y ha sacrificado a su honra su existencia. Tomarán el hecho, lo registrarán y vendrán a decirme que acuso injustamente porque la desgracia de ese hombre ha sido independiente de los motivos que lo llevaron a Cuba, pues ya estaba seguro en Cuba, de donde, si ha salido, lo ha hecho por la movilidad de su carácter, por la inquietud de su espíritu, que le impidieron seguir en donde estaba y lo obligaron a salir a aventurar, a exponerse. Tomo yo el hecho, escudriño

las ideas que lo han formado y digo sencillamente que si no hubiera ido a Cuba no hubiera salido de ella, y que si no hubiera salido no lo hubieran cogido y ajusticiado. ¡Y qué justicia! Unas cuantas horas, un juicio, una sentencia y el cadalso.

Martes 10 de mayo, 79, mañana.

¿Haría mal si me marchara a Cuba? Saliendo de mí mismo, y considerando bajo su aspecto general el problema, se me presenta erizado de dos dificultades capitales: la familia y la patria. Acabo de sacrificar a la primera, abandono a la segunda. Es posible que viendo en mi ida a Cuba una prueba de la impotencia revolucionaria de los puertorriqueños, el Capitán General deje en paz a mi familia, pero también es posible que aumente su animosidad y es de seguro probable que aumente el desaliento de mi padre. A los ojos de los puertorriqueños, ir a Cuba equivale a no poder ir a Puerto Rico. Allí están esperándonos. Aunque es verdad que esperar a los que sólo con deseos inseguros se llama, no es esperar. Mas sea porque la revolución está aún en su período de sueño dorado, y sin inspirar la idea del sacrificio personal a los que más la desean, estimula el deseo de todos, o sea porque preparada de la manera con que ha sido preparada y dirigida, no teniendo allí iniciadores decididos los busque en la emigración, es realidad, es verdad que los emigrados somos la esperanza de aquella gente. ¿Defraudaré esa esperanza en mi ida? En este instante veo claramente todos los inconvenientes, y creo más heroico quedarme que partir; vendrá F., me alucinará el entusiasmo comunicado, y desearé partir. Iré a ver a B., me desesperará su impasibilidad, y desearé partir. Veré a R., volverá tal vez a recordarme con su conducta nueva, la vieja maldad de los hombres, que no saben ser útil a otro sin hacer pesar

sobre su dignidad el servicio con que la han cargado, y desearé partir. ¡Ojalá me arrebate la desesperación, la indignación o el entusiasmo de un momento! Más vale morir luchando, que vivir muriendo. Es mejor el mal provocado que el sufrido.

Miércoles 11 de mayo, 70.

La salida de la expedición y los temores que inspira; la muerte de Goicuría y las reacciones forzadas que logra en su favor el sentimiento puro del egoísmo admirador del éxito; el sentimiento de conservación individual que asoma detrás de la exclamación “¡Esto va largo!”; el nombramiento de Baldorioty, la actitud de Sanz y los sacudimientos que me traen esas noticias; las palabras de Otway, Ministro de las Colonias, sobre la revolución cubana; el carácter de la evolución que agita a Francia; el juicio inesperado que sugiere a la prensa americana, y el descontento de mi situación actual, esos los motivos de pensamiento que he tenido.

El optimismo, cuando sobre todo es, como en mí, reacción enérgica contra los males de la vida, es una virtud; pero es también un error si se empeña en prescindir de la realidad. Por eso es bueno tener cuenta del pesimismo de los otros y por eso pienso que es mejor pesar las probabilidades de éxito o los obstáculos que tenga la expedición ya próxima a salir, que abandonarse a la fe irracional. Temen que aquí, a última hora, pongan obstáculos. Bien pudieran. Todo el mundo sabe cuándo, de dónde, en qué buque, con qué elementos sale la expedición. Todo el mundo sabe que no ha salido antes por falta de unos muy pocos miserables mil pesos y de muchas rencillas miserables. Todo el mundo sabe que es relativamente formidable, y todos éstos son estimulantes poderosos para los españoles. Felizmente, la desgracia que ha abismado a Goicuría despierta interés

en este país, y el Gobierno no se atreverá a incitar el clamor que acogería cualquier acto de parcialidad contra cubanos en pro de españoles. En cuanto a la llegada, si es verdad que dirige la expedición ese excelente joven que no parece tan capaz como es sensible, tal vez los españoles, que no dejarán de esperarla, nos den un mal rato. La culpa, a quien le toque.

La revolución está en su período de crecimiento; pero como carece de elementos para ser expansiva y ofensiva, se fortalece en la inmovilidad y en la defensa. Lo ven los que creían que la revolución acabaría muy pronto, y, sin tener en cuenta el carácter del movimiento, sus relaciones con el interés del mundo, la actitud de los gobiernos extranjeros, se espantan, se ponen en examen de su patriotismo, dudan que dure lo que la lucha, y empiezan a cansarse. De aquí al momento de paz a toda costa, que tiene toda revolución, no hay más que un paso.

Domingo 15 de mayo, mañana.

Ayer, a las doce y unos minutos, salió la expedición. Iban en ellas doscientos catorce jóvenes entre los cuales habían empezado mis ideas a germinar. Cuando en la noche anterior, algunos de ellos se despidieron de mí, los abrazos y apretones de manos que me dieron y las calurosas palabras que me dirigieron, tan íntimamente penetraron en mi corazón que hicieron más dolorosa la situación de mi ánimo y me dieron en el de ayer uno de los días más melancólicos de mi vida.

Viernes 20 de mayo, 70.

Esos pobres españoles causan la admiración del mundo. Después de sus barbaridades de año y medio há, el inútil martirio de Goicuría y de los Agüero. Des-

pués de la promesa del Ministro de Ultramar de hacer la abolición de la esclavitud, el telegrama de esta noche en que Rodas comunica al mundo que hace libres a todos los esclavos de los insurrectos combatientes o laborantes, en Cuba o en el extranjero, o "que hayan cogido las armas o servido como guías a las tropas españolas o prestado cualesquiera otros servicios a la causa nacional", según el tenor literal del despacho. La explicación más obvia es que el Gobierno colonial prepara la obra del metropolitano. Pero ¿por qué se ocupa éste de un asunto que exasperará contra España el interés de sus representantes en Cuba? Impotente España para contener a los voluntarios y para resolver la cuestión de Cuba, ha pactado indudablemente con el Gobierno americano para, por su mediación, pactar con los cubanos. En este caso, la resolución del Gobierno colonial y la determinación del central significa un rompimiento terminante con los voluntarios para que, reconocida por éstos la inutilidad de continuar su lucha en favor de la esclavitud, depongan en aras de los intereses que aun les quedan las pasiones que les mueven contra los cubanos. Esta política, en el primer caso, sería una tristeza; en el segundo, un acto de grandeza; en ambos, demasiado atrevida para que pueda esperarse del Gobierno español.

Tal vez se espere favorecer de ese modo la rebelión con que amenazan los españoles de Cuba, para hacer entonces intervenir, de acuerdo con ellos, a las potencias interesadas en el porvenir de las Antillas. Tal vez no significa más que un pleito homenaje a los voluntarios para quienes sería una venganza sabrosa el despojar completamente de sus bienes a los independientes. Pero entonces ¿por qué libertar a los negros que ellos mismos han armado? ¿Será quizá que, deseando contrastar el efecto funesto para ella, producido por los

últimos patíbulos, quieren calmar el ánimo de este gobierno, diciéndole: Todo es mentira en la revolución; la libertad de los esclavos, porque para que sean libres hemos tenido que libertarlos; la causa de la revolución, por que mal puede levantarse contra nosotros un pueblo cuyo gobierno deja que nos anticipemos a sus medidas revolucionarias? Como ellos sostienen que la emancipación ha sido una falsa de la revolución, la declaratoria de Rodas es un arma para sus amigos.

Escribir artículos para los diarios insurrectos y americanos, examinando todas las probabilidades, y provocar en el Club una resolución, tal debe ser mi preocupación en cuanto vea confirmada esta noticia inmensa, hasta hoy vaga en forma y fondo.

Sábado 21 de mayo del 70.

Si es ser soñador el desear el bien, el caminar perseverantemente por el camino de espinas que conduce a él, el perdonar las maldades de los tontos, las tonterías de los malvados, las intemperancias de los apasionados, los errores, las falsedades, las injusticias, la vanidad provocadora, sigo soñando y pasaré soñando el resto de mis días. Lo poco que he intentado hacer por Puerto Rico despertó las pasiones secretas de los monopolizadores, y hoy estalla Betances en su triste carta que fecha desde Port-au-Prince, en doce del pasado. Los que no ven la cara de las pasiones en la mía ni los impulsos irreflexivos de la pasión en mi impasibilidad, no saben hasta qué punto es prueba de fuerza la que diariamente doy, cuando me excitan las pasiones de los otros. Si lo supieran, tal vez tendrían miedo y el miedo les haría más cautos. Ven el resultado del esfuerzo, no el esfuerzo, juzgan de mi insensibilidad por la indiferencia que aparento, y no sólo me excitan y me inquietan y me perturban, sino que se atreven a querer demostrarme que

ellos son los tranquilos de pasión, yo el intranquilo apasionado. Así hace B. en su carta. He tratado de contestarla como debo, de modo que brille en ella el político que prescinde de cuanto no le guía a su objeto, y espero continuarla en perfecto dominio de mí mismo.

Las noticias que me han legado de Puerto Rico anuncian la próxima llegada de Baldrich, ejecutor probable del pensamiento de los progresistas, que será una transacción insegura con el espíritu liberal al mismo tiempo que con el de statu quo. Creo, y a L. C. y papá expreso mi creencia, que si se saca partido de la situación nueva que forzosamente creará ese hombre, la revolución, hoy dormida, despertará.

Lunes 23 de mayo, 70, noche.

Ejercicios de voluntad. Si me digo al salir de casa. "Iré por tal parte", aun cuando me olvide y tome otro rumbo, vuelvo al propuesto, y voy a donde pensé que había de ir. Si me he propuesto en estos *Diarios* hablar de mí mismo cuanto menos pueda, y, por lo que a esta noche se refiere, me he propuesto recorrer el mundo político ¿por qué no he de acallar los sentimientos que más íntimamente me combaten? Me ha sorprendido extraordinariamente la lectura de los telegramas de Londres y Lisboa que cuentan el pronunciamiento de esta última ciudad: ha dado por resultado la elevación de Saldanha al poder. En España ha producido tal efecto que, según un despacho de Madrid, se le atribuía como éxito definitivo la unión ibérica. Quizás algo de esto haya en el fondo, pues *The Times*, de Londres, arroja su mal humor en carcajadas sarcásticas contra el octogenario duque. Su homónimo en dignidades, el duque de Espartero se ha resuelto, al mismo tiempo que él, a aceptar la presidencia del Ministerio portugués, a aceptar el trono español. Si coinciden en ideas como han coinci-

dido en vidas y preparan o realizan la unión de España y Portugal, la causa de la federación habrá dado en Europa su segundo paso y muchas cosas serán perdonadas a esos dos pueblos.

Sigue Napoleón haciendo su papel y sigue la pobre Francia ignorando que la revolución interna que la impulsa no es la revolución terrorista de los que la representan ni la revolución recortada que quisieran los demócratas del Parlamento.

El parte telegráfico que hace dos o tres días hablaba de conferencias preliminares entre plenipotenciarios de Inglaterra, Estados Unidos y Francia o de conversaciones diplomáticas entre los Gobiernos de esas tres potencias, sobre la solución de Cuba y la petición colectiva a España para que ésta emancipe a sus esclavos, explica, en parte, el decreto abolicionista de Rodas y quizá confirma la noticia del pensamiento federalista que se atribuye en la cuestión de las Antillas a Inglaterra. De Cuba, no otras noticias que los pormenores de la muerte de Gaspar y Diego Agüero; murieron como indios que, después de la de Sócrates, es la mejor muerte que se conoce. Sigue siendo en la prensa de Nueva York visible la influencia de estos hechos en la política del país. Publica *The Sun* las declaraciones de Phillips, el cónsul americano en Santiago de Cuba. Son tremendas contra España colonial. Las noticias de Santo Domingo presentan a Cabral adelantado y cada vez más antianexionista el espíritu del país. Las noticias de P. Rico son desconsoladoras. Reformas sin plan. He aconsejado que se secunden las circunstancias. Y como S. me dice que teme por la vida de mi padre si hay un movimiento cualquiera en Puerto Rico, y yo he tenido la puerilidad de decirlo, seguro estoy de que, sin otro juicio, llegarán a condenarme y me preparan para algún día algún expediente de cargos formidable. Son incapaces de compren-

der las resoluciones completamente impersonales del verdadero político, y aun cuando supieran que yo no he hecho otra cosa que la imperiosa para todo corazón de hijo, al dominarme motivadamente por los tres únicos seres queridos que me quedan, atribuirán a debilidad de corazón lo que es fortaleza de mirada, así como creyeron y dijeron que el meeting de pesadumbre, acto manifiesta, obviamente político, era un asunto de sentimentalismo. ¡Pobre gente!

New York, Calle 8ª 33, martes 24 de mayo del 70.

Visita de Monge y conversación sobre Puerto Rico: cartas de papá: visita de Varona: noticias de la expedición. Prescindiendo de la situación interior del espíritu, tal es mi día. Según las noticias, el "Upton" hace agua y ha tenido que aproximarse a la costa. Si es cierto, y una noticia desgraciada encuentra crédulos, expositores de su necesidad y explicaciones muy lógicas, que todo es lógico contra el fracaso como suele todo serlo en pro del éxito, ¡pobre expedición! Para hacerla todavía más desgraciada cuentan que se han enviado dos buques del Estado en persecución del expedicionario. Con ocasión de estos rumores, V. me ha referido episodios joco-serios que dan carcajadas de dolor, sobre las expediciones anteriores. Refiere la de Q. y dice que, a pesar de desembarcar en el mismo muelle de la Guanaja, a pesar de haber construído barricadas para contener los primeros ataques de los españoles, quince ⁽¹⁾ después de llegada la expedición, aun estaban las armas, municiones, cajas, etc., a tres millas de la costa. De donde él, generalizando, mantiene que está perdida toda expedición cuyo material no esté en proporción del cuerpo expedicionario, porque no hay allí medios de transporte ni

(1) ¡Días! (N. de los Comps.).

pueden llevarse, ni abandonándose ciegamente al acaso, puede contarse con la absoluta ausencia del enemigo. Habla de la expedición de Jordán. Habla de la primera expedición de Goicuría, como del fracaso de la confianza. No sólo embarazaron el buque con todo lo superfluo sin nada de lo necesario, de modo que en la misma bahía de Nueva York tuvieron hambre, lo cual les obligó a cometer las imprudencias de New London, sino que dieron completa publicidad al hecho, aceptaron como expedicionarios a reporters de periódicos y a gente mercenaria, que espiaban en nombre de España.

Miércoles 25. día.

El sueño que anoche me rendía y me quitó la pluma de la mano, va siendo un fenómeno digno de atención. ¿Por qué, cuando falto de un trabajo asiduo, incapaz de consagrarme con método a mis meditaciones, el cuerpo se postra fácilmente, el cerebro se adormece, y así como la imaginación de sueño en sueño, va de somnolencia en somnolencia el organismo? Por una razón probable: porque la imaginación sueña demasiado y o la pereza es una de las formas del exclusivo imaginar, o el sueño la necesidad salutífera del cuerpo cuando el alma se prodiga en fantasía. Lo que fuere, ello es que me dormí y me acosté. Momento inoportuno y abandono criminal de la conciencia, porque debí hablar de la inmensa emoción de las dos cartas. Una corta y otra larga, ambas de mi noble padre. La primera, aguda, como sus angustias; conmovedora como sus lágrimas la otra. Según ambas, el efecto de mi rompimiento con España ha sido trascendental para mi familia y para mi país. Para éste, que esperaba de mi acción en España una revolución sin sangre; porque he defraudado sus esperanzas; para aquélla, porque he interrumpido la penosa reconstrucción de la fortuna doméstica, porque he alejado de la casa del



perseguido a todos los amigos, los aduladores o los temerosos del perseguidor; porque los que olfateando la fortuna nueva y el poder inesperado que yo representaba, volvían a la casa abandonada, a la amistad interrumpida por la ruina, huyen otra vez del abandono. Dice papá que el ridículo y el sarcasmo le persiguen: son los españoles que paladean de antemano su venganza; me dice que el respeto y la veneración de los nuestros no recompensan las irreverencias de los otros: es que los hijos del despotismo no conocen los deberes de la libertad que ansían, no aman a los que, por adhesión racional a la libertad, no quieren ser idolatrados, y por más que diga "423" (1) que mi manifiesto ha aumentado, *si es posible*, el cariño que inspiraba, yo no debo ser popular en Puerto Rico. Fuera mi padre rico, y tal vez el prestigio de su riqueza, centuplicado por el de mi nombre, contribuiría, no sólo a la veneración de todos por él, sino a hacerlo una bandera, un símbolo de revolución. Entre tanto, abandonado a su angustia el digno anciano no habla la palabra de la desesperación, y anoche, como antes de anoche, he tenido pesadumbre en la conciencia. Es necesario resistirla y seguir caminando con ella mi camino.

No hay en él un espacio que no tenga un obstáculo. Si oigo a C. no es prudente hacer nada; si a M. todo es posible. Si ofrezco medios de acción, no los aceptan; si ofrezco medios de sacar partido de las circunstancias, piden acción. Eso me sucedió con M. En la primera entrevista, todo estaba perdido. Ayer le expuse el plan realizable para, por medio de las reformas a que se verá obligado B., hacer la revolución, y hasta llegó a demostrarme que la revolución estaba hecha. Y entre tanto, aquí nada se hace, de allí nada se manda, y el plan más irrealizable, el que tantas veces, cuantas sugerido por la imaginación, rechazado por la razón, es el que mejor puede llegar a realizar.

(1) Debe referirse a algún corresponsal. (N. de los Comps.).

Miércoles por la noche.

Probablemente es más importante el consagrar mi tiempo a averiguar de qué depende esta atonía intelectual que me sorprende cada vez que las contradicciones se suscitan enérgicamente contra mi pensamiento y por qué me domina la indiferencia que, en medio de las mayores excitaciones siento, que el consagrarlo a recordar lo que pasa en el Club; pero además de que todo es importante en la vida de los pueblos, es conveniente para mí el salir un poco de mí mismo, (y acaso de mi exclusiva clausura depende la dificultad intelectual de que me quejo), y es bueno pensar en los demás.

R. me ha hablado de la proximidad de la solución que se prepara a la cuestión de las Antillas. Lo ha hecho en términos ambiguos porque no han logrado hacer que se me escape la relación que hay entre la actitud de la prensa española, que augura la intervención de Inglaterra en la contienda hispano-colonial y los trabajos efectivos que se hacen en el gobierno de éste y de aquel país. Al parecer, algún sondeador inglés ha debido tratar esa cuestión con Morales Lemus y de ahí el empeño de presentar como primera base el libre cambio. Libertad de comercio y no anexión de las Antillas, tales son los objetos que puede proponerse Inglaterra en la intervención. Así, le conviene. R. asegura que en el arreglo entrará Puerto Rico; luego el arreglo es la confederación de las Antillas.

Cartas de L. C. y de "Martel". Aquél pide una proclama; éste aplaude la mía.

Viernes 28, por la mañana.

Cogía la pluma para examinar en mis recuerdos el problema de porvenir que plantean los cubanos, cuando me he encontrado con la fecha. Es 28 de mayo de 1870. En 28 de mayo de 1862, hace ya ocho años en el tiempo,

no hace tiempo ninguno en mi corazón, murió mi madre, la santísima mujer a quien debí una vida que pudo ser feliz, que yo he hecho a sabiendas desgraciada. Son las nueve de la mañana, y a las nueve de la mañana, llorando todavía la ausencia de su esposo y de sus hijos, murió aquella esposa, aquella madre, aquella hija incomparable. ¡Cuántas veces, desde entonces, he recordado los esfuerzos de ella por atraerme a un porvenir más positivo que el temerariamente solicitado por mi afán! ¡Cuántas veces he recordado aquella conversación acalorada, convertida en altercado por mi celo juvenil, en que yo le presentaba la pobreza como un estímulo del talento y la virtud; y en que ella, asustada de mis palabras, de antemano irritada contra la suerte que diera oídos a mi excéntrica optación, la escarnecía con sarcasmo centelleante, la maldecía con ímpetu de corazón atribulado, y de la cólera pasaba a la tristeza, y del grito a la queja maternal, y rogaba sumisamente a Dios que no me oyera! Dios no me oyó, pero me ha oído esta conciencia impasible para la cual no hay sacrificio inaceptable ni circunstancia que no exija un sacrificio, y aquí estoy, después de ocho años de miseria y de miserias, más miserable cada vez, cada vez más tenaz en mi propósito, cada vez más estoico en mi conducta, una vez seguro de mí mismo, cien mil veces dudando de mi fuerza, algunas veces apoyándome en la conciencia, imperativa, otras veces buscando auxiliares sobrehumanos, pidiendo hoy desde lo íntimo del alma el auxilio eficaz de aquella que me puso en el camino de la vida, que guió amorosamente mis primeros pasos, que quiso, al abandonarme, en medio del camino, enderezar la dirección que yo tomaba, y desembarazarme de los obstáculos y de los peligros que voluntariamente ponía mi idealidad, que temerariamente provocaba mi confianza en la fuerza pasiva de que no he carecido nunca. ¡La fuerza pasiva!

¿Qué he hecho yo con esa fuerza? Soportar las injusticias de la casualidad, de las circunstancias, de los hombres, de los amigos; llegar a la atonía; salirme tan absolutamente del mundo de los vivos que cuando tuve que volver a él no lo conocía y, como niño, me espantaba de lo desconocido; perder la noción del derecho; abusar de la noción de mi deber, convertir en deber los actos más insignificantes, dar a la palabra de los hombres la fe que la mía me inspiraba, juzgar prácticamente como una negación el mal, como una afirmación absoluta el bien, desviar dulcemente a los malvados, elevar a la categoría de buenos, espíritus rudimentarios que siempre han concluído por aceptar en sí y fuera de sí el mal reparador, y llegar a ser hombre. *Ser hombre*, mi gran conquista, mi solemne orgullo, mi horrible mito. Estoy diciéndome persuasivamente que en lo hecho, he adelantado cuanto se puede adelantar y que el día en que este hombre formado por el esfuerzo perseverante de sí mismo, llegue a encontrarse en circunstancias favorables...

Pero no me digo que es necesario buscar, encontrar, conquistar esas circunstancias, ni me digo que cada vez soy más perezoso para buscarlas, cada vez menos idóneo para hallarlas, cada vez menos perseverante para conquistarlas. Si mi madre dirige hacia mí las miradas de su alma, tal vez vea con absoluta lucidez que aquella pobreza que yo no temía, que ella odiaba por mí, ha contribuído funestamente en el desarrollo de mi vida, en la inútil fortaleza de mi carácter, en la impotencia de lo que llama A. mi virtud. Si ve, que se sonría piadosamente de mi error; si puede, que me inspire los medios de repararlos a tiempo. Y si Carlos y Eladia que de distinto modo contribuyeron a la obra previsora de mi madre y contribuyeron con su muerte a hacer más consciente mi inconsciente vida, aun obedecen como entonces

al influjo de aquella alma cariñosa, que secunden su voluntad y que me auxilien.

Esta piedad que imploro de los muertos, ténganla los vivos. Persuadida por su voz, la buena Clara quería que todo el mundo se hubiera ido ya, acriminaba a todo el mundo, culpaba por la inacción a Puerto Rico y de paso, me culpaba. No hay uno de esos pobres cubanos o puertorriqueños para quienes no sea yo un fantasma. En todas partes me ven, en todas partes me atacan. Perdonados, aun cuando sepan lo que hacen. Pero esta desunión, que es real, efectiva, positiva y formidable, superior a todos mis esfuerzos por negarla, hecho más contundente que la energía de mi buena fe y de mis ilusiones, adquiere cada día más vehemencia. Tiene dos aspectos: el personal que es el de las pasiones de todos y de cada uno; el local que es el de la lucha latente entre la parte occidental y la oriental de la Isla.

28, noche.

He leído la carta de los Agüero a sus padres. Es un monumento de tranquilidad de espíritu. Escriben una hora antes del suplicio y es tal la absoluta independencia que los sobrepone al trance amargo, tal la adhesión a la idea que los sacrifica y tan radical el olvido de sí mismos que dicen sencillamente: "Nos apresaron antes de ayer: hemos sido juzgados y condenados: moriremos dentro de una hora". Y textualmente: "Esperamos que reciban Uds. con resignación esta noticia". Es una carta familiar, escrita a la familia. Como ellos la han hecho, con más cuidado de los suyos y de sí mismos que lo han hecho ellos, noticia el vulgo de los hombres los accidentes vulgares de la vida. Imposible, es imposible que deje de ser independiente una raza que, a pesar de abatida por la tiranía, tiene esa independencia de

alma en sus sacrificados. Imposible parece también que, siendo tan activo como es el patriotismo en todos los cubanos que conozco, tan espontáneo y tan intenso como lo he observado en la sesión de esta noche, el influjo letal de la educación despótica produzca los efectos que produce.

Domingo 29, noche.

He escrito a Morales Lemus, diciéndole que quiero representar a Cuba en Venezuela. Mi plan es conseguir la declaración de beligerancia, hacerme amigos y auxiliares, y llevar una expedicioncita a Puerto Rico. Para obtener recursos aquí, no hay más remedio que dar lecturas y para que éstas sean productivas es necesario que haya un interés superior al que mi delicadeza pone en los asuntos de dinero. Si se me da la representación, M. L. y la Junta, a quienes digo que no aceptaré auxilios de la revolución, se esforzarán porque yo los consiga decorosamente y tomarán a su cargo la dirección de la lectura. Puede producir seiscientos pesos, con los cuales tal vez pueda pasar dos meses en Caracas. Dos meses dan tiempo para una de estas dos cosas: o para favorecer el alzamiento de Puerto Rico, si las reformas y el plan que he mandado producen su efecto, o para prepararme trabajo, si siguen las cosas como están. Así, a primera vista, el éxito parece probable.

Martes, junio 7, noche.

Las noticias de Wáshington; las referentes al "Upton"; mis entrevistas con Rivero y Echavarría; el estado físico de M. L.; la situación nueva en que he observado a la Junta, tales son los motivos de inestable meditación que he tenido en estos días.

Han aumentado los esfuerzos de los políticos americanos en favor del reconocimiento de beligerancia, y el

informe publicado del Presidente del Comité de Negocios Extranjeros, Banks, en el Congreso, es completamente favorable a la beligerancia.

Según un telegrama la expedición fué sorprendida en el acto del desembarco, y destruída por los españoles, que, si no mataron más de diez ni prendieron más de tres expedicionarios se apoderaron de casi todo el armamento. Tal vez noticias posteriores nos den pormenores más halagüenos que los ofrecidos por los españoles.

Rivero, con quien empecé a preparar el terreno para la representación en Venezuela, cree seriamente que Puerto Rico no se levantará hasta que Cuba le mande tres mil hombres. M. L. está moribundo. Si muere, preveo graves disgustos entre los gestores aquí de la revolución. Y tanto más cuanto que la Junta ha adquirido ya aquella fuerza de gobierno que atrae a todos los parásitos y todas las adulaciones. Con decir que ayer me acordaba de las antecámaras de los ministerios españoles, digo mi pensamiento.

Jueves 9.

Quizás no sea tan falso como hoy afirman los nuestros el rumor de las tentativas de soborno, pues Rivero me decía hace tres días que una de las glorias diplomáticas de Morales Lemus había sido el destruir el plan de denuncia que hace dos meses había fabricado el Ministro español; pero de todos modos es singular, a un tiempo favorable y desfavorable para este país el que así influyan en la marcha de sus asuntos los ardides, las argucias del interés y la pasión, la inmoralidad supuesta o realizada. Es favorable, porque demuestra una fuerza de resistencia en las instituciones y en el espíritu público de este país, que no sólo no tiene ningún otro sino que ningún otro puede tener, porque ningún otro tiene tanta juventud de pensamiento unida a un tan absoluto siste-

ma de publicidad. Es desfavorable, porque prueba que hay un principio de corrupción allí donde la suposición de corrupción alarma a los buenos y hace vacilar a los falibles. El hecho es éste: el Ministro español, por medio de sus heraldos en la prensa y en los círculos políticos, ha divulgado la noticia de que M. L. y otros representantes de Cuba han tratado de comprar con bonos cubanos la aquiescencia de senadores y representantes. Sea o no cierto, el hecho no se presenta como una protesta de la moral, sino como un ardid de la política. Se trata hoy de discutir la cuestión de Cuba en el Congreso, se teme un voto favorable, y para prevenirlo, se acusa ante el público de prevaricadores a los que han de resolver la situación de Cuba respecto a los Estados Unidos. Ya hace dos meses, y con el mismo fin, se hizo la tentativa, y la moral escrupulosa se aplacó tan pronto como desapareció, con el aplazamiento, el peligro que ve España en el reconocimiento de beligerancia. De tal manera es viciosa la política del mundo que Europa se reiría del puritano que quisiera paralizar la acción de un Congreso o de un Gobierno por medio de una acusación de ese género. Yo mismo que aun tengo la fuerte debilidad de creer en la moral que yo practico o quiero practicar, me asombro de que sirva de elemento político.

Una terrible noticia, que da alborozada *La Revolución*. En una carta de Adolfo Cavada, que publica, dice éste que todos los cubanos de allí son favorables a la cesión. Si esto no es una impostura de un deseo personal, será la infamia de un pueblo. ¡En ese caso, maldita sea la hora en que yo tuve la abnegación de ponerme a pensar libremente en nombre de esclavos sin pudor!

Lunes 13 de junio, noche.

Hoy debe haber partido para sus amados bosques, para el rincón en que han acotado a esos pobres sobre-

vivientes de los antiguos dominadores naturales de este suelo, la delegación india que vino a exponer sus quejas a los hombres blancos, el Gran Padre. Se ha distinguido por su elocuencia, por su fervor de sentimientos generosos, por su firmeza y por su enérgica veracidad, "Red Cloud", *Nube Roja*, jefe de los Sioux. "Desnudo nací, desnudo moriré. Pero lo que el grande espíritu me dió, quiero tenerlo. Deseo la paz con el Gran Padre y con los blancos; pero si los bebedores de whiskey que nos mandan al fuerte Fetherman siguen violando los tratados, robándonos, matándonos porque cazamos, ellos son los que querrán la guerra, no nosotros. Que el Gran Padre destruya el fuerte y nos mande otros hombres que no sean bebedores ni soldados." Esto, en dos entrevistas con el Presidente, y en tres o cuatro con el Secretario de asuntos indios, Cox, ha dicho el noble patriota de las selvas. ¡Cuál y cuán humano y cuán saludable y cuán fecundo sería el poder de este país, si en vez de rechazar a esa noble raza, se la atrajera por el cruzamiento y por la civilización! Pero no hay quien se eleve a esas consideraciones. Lo mismo que sucedió en otras ocasiones, la opinión pública ha intercedido por los débiles; pero por pura fuerza de las instituciones de la libertad, no por el lógico enlace de ideas que, yendo al fondo de las cosas, encuentra en ellas la base de los procederes lógicos e invariables, los procederes de la razón, siempre concordantes con las inspiraciones del sentimiento generoso. Los Creeks y otras tribus vecinas se han congregado en los contornos del Canadá para dirigir un mensaje al Presidente y al Congreso, exponiendo las quejas de la población india y los medios de establecer relaciones más humanas. ¡Quiera la justicia hacer posible las consecuencias de la libertad!

Martes 14.

Un tremendo contratiempo. El Presidente ha interpuesto su voto, casi puede decirse su veto entre el Congreso y Cuba. Debía hoy empezarse la discusión del informe de la Comisión de Negocios Extranjeros de la Cámara, según cuya mayoría, deben los Estados Unidos, 1º reconocer el estado de guerra en Cuba: 2º declararse neutrales: 3º conceder iguales relaciones y derechos comerciales a ambas partes beligerantes: 4º condenar el rigorismo de los españoles. Aun cuando la minoría del Comité se oponía y en su contrainforme declaraba que no había razones para reconocer beligerancia, pedía la clausura de los arsenales, astilleros y armerías de la Unión a todo poder europeo que quiera con sus recursos combatir los esfuerzos independientes de sus colonias. Así, más tímidos los unos que los otros, todos secundaban el espíritu del pueblo que, por cualquier motivo, entre ellos, su sincero anhelo de libertad para todo el Nuevo Mundo, se ha declarado por Cuba. La Cámara hubiera votado en favor del informe de la mayoría, quizá el Senado la hubiera secundado y este reconocimiento de beligerancia, concediendo derechos, que hoy no tiene, a la revolución de Cuba, la hubiera impulsado visiblemente: el mensaje del Presidente ha venido a destruir esa esperanza. Verdad es que, lejos de desanimar, animó a los sostenedores de la revolución; pero inmediatamente se vió en las palabras del demócrata Cox la intención de hacer cuestión de partido la de Cuba, y éste y no otro es mi temor, y ésta y no otra cosa, arredrará a la mayoría republicana de la Cámara. Los telegramas de la Junta decían hoy a las dos que a aquella hora se contaba la mayoría; pero los del *Evening Post* que, después de presentar a Banks en actitud resuelta, anuncian el aplazamiento para la sesión nocturna, prueban que los amigos

de Cuba no tenían confianza y necesitaban tiempo para prepararse una votación.

Y ese mensaje ¡qué dice! Aun cuando no dijera nada, por el mero hecho de recaer en una cuestión tan complicada para la política federal, desuniría las fuerzas del Congreso; pero diciendo lo que dice, maravilla será que no produzca un efecto desastroso. Dice sustancialmente: "No podemos declararnos neutrales porque no hay tal guerra. Los cubanos no se baten. Alguna *bala ocasional* mata a algún español; pero casi todos mueren de enfermedad. Si los cubanos se batieran y los que vienen aquí, en vez de venir a *embrollarnos* en una guerra, se fueran a pelear, tal vez ofrecería las garantías que la ley internacional exige a los combatientes que piden el reconocimiento de beligerancia". El momento escogido, el tono del mensaje, el carácter personalista que tiene, la pequeñez de miras que revela y la mezquindad de argumentos que expone, hacen odioso ese documento. Si produjera el efecto, ya lógico, de abrir los ojos a nuestros interesados anexionistas, la lucha sería más larga, pero el éxito más seguro, de fines menos dudosos y de trascendencia más universal. Y, aquí, una queja melancólica, un suspiro impotente y una indignación de enfermo: ¡si yo pudiera!

Ayer me conmovió profundamente y dígolo con alegría, me reconfortó la noticia de las tentativas revolucionarias de Puerto Rico. La noticia era del corresponsal del *World*, y dice: "He sabido por un pasajero del vapor de Guadalupe que ha habido tentativas en Puerto Rico; que se han preso a sospechosos, y que veintiocho de ellos han sido fusilados". Para mantener viva la esperanza, inquirí la veracidad del corresponsal, y averiguada, (destruído) los ojos del entendimiento para ver mi deseo y para no ver la probabilidad que lo (destruído). Tentativas, más de una, y en pocos días, puesto

que cartas hasta el 28 de mayo nada dicen, y la noticia se refiere al tiempo transcurrido entre ese día y el 6 de junio: ningún dato, sino el de las prisiones y el de los prisioneros, veintiocho fusilados.

Miércoles 15.

Tenían razón los españoles: la expedición ha caído parcialmente en sus manos, y bajo sus balas han caído algunos de aquellos dignos jóvenes que fueron a cumplir con su deber. Entre ellos, fusilados, Almeida, Medal y L. García. Decadencia terrible de la moral que en los momentos en que nuevas víctimas consagra de ese modo la causa de la justicia, el Presidente Grant con su mensaje, dificulte el esperado triunfo, según lo anuncia hoy un diario republicano.

Jueves, 16 de junio del 70, noche.

Siguen llegando pormenores de la expedición medio perdida. La *Gaceta de la Habana*, que no he podido conseguir, publica las exposiciones de Medal, Almeida e Isidoro Fernández, los tres jóvenes fusilados. Según parte de esas declaraciones, hubo una dispersión. Los sanos, con su jefe a la cabeza, se internaron; los enfermos quedaron en la costa. Allí les sorprendieron los cien artilleros españoles y les mataron diez hombres, perdiendo dos. Si es cierto que entre los muertos está I. M. Fernández, la sinceridad ha perdido una personificación. Aquel excelente joven era realmente un patriota sin reservas. Tal vez es mejor que haya muerto: así se ha salvado de amarguras que no experimentó. Los cubanos acusan a los tres jóvenes que, en su angustia, cometieron la debilidad de creer que, haciendo confesiones, salvarían su vida. Es triste morir y luchar por los injustos.

Viernes 17 de junio, 70.

En vez del *bill* de Banks, lo que votó ayer la Cámara fué la proposición de Bingham. Así, pues, hoy como ayer, sigue siendo árbitro el Presidente; así, pues, los intereses del partido republicano siguen siendo antepuestos al alto interés de conveniencia por venir, a la lógica de los principios y a las exigencias de la justicia. No por eso es menos patente, antes lo veo patentemente con hondo dolor de mi alma, que el sentimiento público, más perspicaz, más generoso, más activo que el gubernamental, aquí como en todas partes, es juguete de las clases gobernantes. Una diferencia ya considerable, que aquí, al fin y al cabo, siempre es el sentimiento público el que triunfa. Así parece ahora mismo demostrarlo la emoción de la Cámara, de la prensa y de la opinión en estos días, que ha llegado hasta el punto de producir una crisis ministerial. De la recomposición del ministerio, de la sustitución de Fish y de cuantos en el gabinete secundan su política, parece que se ha producido el pacto en transacción que generó la votación de ayer, por la cual, el partido republicano quiso salvar a su Presidente y desviar los golpes preparados por los demócratas.

Martes 21 de junio del 70, mañana.

Ayer llegó el "Upton". Ya ha variado la opinión de la mayor parte de la gente, y las que antes congojas, son hoy esperanzas halagüeñas. Para mí, la llegada del buque, fué confirmación del último telegrama español en que se presentaba perseguido vivamente Leño. Felizmente, otro telegrama de ayer dice que Leño, desembarcado con veinte y dos hombres y mucha parte del cargamento del vapor está en salvo, que, pues no lo han cogido, no era tan cercana ni tan peligrosa la persecución.

También recibí ayer cartas de papá. Multitud de sensaciones: congojas profundísimas, seguidas, continuadas y completadas por emociones más dulces, por esperanzas más alegres. Primeramente, exposición de los males causados por mi rompimiento con España; agravación de los males de Rosita; demencia puerparia de Lola; enfermedad de papá. Segunda parte: convencimiento de un cambio favorable en la situación de la familia; de una lucha de opiniones en el país respecto a mí, de donde sugiere mi calma de este instante que si los conservadores me combaten de todos modos en el ánimo de mi familia, los radicales, los pobres, aquellos por quienes trabajo, me consideran.

¡Amor! Deliberadamente, sondeando, averiguando, inquiriendo, excitándome, Clara sencilla, indiscreta por sencilla, me provocó a que hablara. Aun cuando esta mañana me he levantado pensando que mi franqueza es fruto inmediato de mi amor a la verdad, la franqueza ha dado una noche de insomnio a mi conciencia. Contesté sencillamente la verdad, la verdad de lo que pienso, y dije que me parecía una infamia el unir a mi destino actual a una mujer. Clara miraba a hurtadillas a Carolina, ésta interrumpía levemente su silencio para aprobarme con voz que más de una vez creí que estaba ahogada, y yo sentía que allí había una situación de porvenir. ¡Amado! No quiero averiguarlo. ¡Amante! No a fe; pero si amado pienso seriamente que será la última vez que pase por las inútiles, peligrosas y enervantes luchas secretas que he mantenido. Puesto que me hacen esperar, es necesario seriamente trabajar; y puesto que tengo tiempo para trabajar, creo que lo tendré para fijar definitivamente la posición de mis afectos. Si me ama, que no llore; iremos juntos a la patria.

New York, Clinton Place 33, martes 21 de junio, 70, noche.

Hace ocho años que murió Eladia, con quien fuí injusto, a pesar de quererla entrañablemente y de respetarla como respeto la virtud. La vida pasada va presentándose con creciente lucidez a mi conciencia y a la injusticia de los hombres y a los golpes de la adversidad deberé este beneficio. Voy sabiendo lo que perdí y cuanto más lo sé, más profundamente lo deploro. ¡Ah! ¡noble hermana, perdóname las injusticias de mi susceptibilidad.

Yo creo que estoy viviendo lo que imaginé un tiempo que había de vivir. Hechos, circunstancias, palabras, sentimientos, pensamientos, todo lo repito. Anoche me sorprendí en una de las situaciones de Barcelona; hoy he estado comparándola, explicándola por unas palabras de *Bayoán*: "Las pasiones del hombre... Un raptó las inflama". Yo no amaba a esa criatura, y hoy creo que la amo. Por lo menos, hoy he padecido pensando en ella, y he *pensado* en ella, que es más grave todavía. Deseo ardientemente que llegue el sábado para verla, para examinarla, para consultar su corazón, para ver, para entender, para creer, para decidirme y resolver. Por de pronto, ya la imaginación tiene la iniciativa y ha resuelto llevarme a donde ella.

Jueves 29 de junio, 70, día.

Voy a despachar los asuntos de sentimiento para consagrarme a los de razón. Llegó el sábado y pasó. La vi, la examiné, y de dos sentimientos contradictorios germinó una duda en donde acaso reposa la verdad. Empezó por recibir con infantil agradecimiento la hoja de mangle que, dijo, "guardaré toda mi vida". Después, cuando yo dije que acaso iría a Cartagena, interrogada por mí, contestó a mi duda, diciendo que, si me viera, tendría una de las mayores alegrías de su vida. Más

tarde, durante el paseo, como su hermana adelantara o acortara el paso, ella me contemplaba en ávido silencio como si esperara que yo aprovechara aquellos preciosos momentos de confesión y averiguación. Después, ya en su casa, y definiendo yo el amor comedido, respetuoso, desapasionado, más de reflexión que de corazón, con que deseo ver pagado el que yo sienta, le hablé de la simpatía que me inspiraba, de la cautela que me imponía, de la reserva con que debía proceder. Y ella me dijo yo no sé qué de amistad y de cariño frío, y estas palabras sondeadoras, en donde ya no estaba la sencillez encantadora, en donde palpitaba o el despecho del afecto impaciente o el rompimiento del encanto: "Ud. me ha conocido. Yo no amaré nunca ni nunca me casaré. Una casa en el campo y una tranquila soledad, todo mi anhelo". Poco antes había dicho que ella no podría ser feliz. Y, uniendo yo todas las insignificancias de aquel día, las efusiones del principio a las reservas del fin, entre modesta y angustiosamente deduje que ella no me ama, que acaso ha obedecido a la fascinación de lo desconocido y de lo nuevo, acaso a la influencia de su hermana, que ha visto en mí la esperanza de un esposo como el suyo. Contradicha, una pasión se inflama. ¿Se ha inflamado la mía? Tal vez sería más lógico averiguar si la pasión existe.

Después del baño de naturaleza que en la tarde del domingo me dí en Central Park, era probable que el sentimiento estuviera aún más dispuesto a abandonarse y tal vez esa predisposición explica mis anhelos del lunes por verla, por hablarle y por explicarme. Principio funesto. No estaba Clara en la habitación, y tuve que vencer mi timidez para hacer que la noticiaran mi presencia. Lo hicieron, y ella me dijo en ese tono confidencial que toman todas las indiscreciones del afecto: "Ella está arriba: no habrá oído que llamaba Ud." "Y ha hecho muy bien", respondí. Apenas entramos en la habita-

ción, C. pasó a la de Caro, y le dijo: "Vamos, H. está aquí, y ha estado llamando". Yo me avergoncé de que convirtieran mi nombre en imperativo para ella, y dije desde mi asiento para que lo oyera: "Si ha oído Ud. ha hecho perfectamente en no responder". Clara volvió, y nos pusimos, ella a conversar, yo a esperar. Esperé veinte o treinta minutos que me parecieron dos horas de indiscreción; temía ser indiscreto; temía que ella se incomodara conmigo por la frecuencia de mis visitas, y sólo cuando la ví salir, y sonreírme... Pero aquella salida fué mi encanto. Primero, entreabrió la puerta, sacó la cabecita, me sonrió, se sonrojó, se escondió y al fin se resolvió a salir. ¡Qué sed tuve yo en aquella noche, de sus sonrisas y de sus miradas, y qué parca fué conmigo de miradas y sonrisas!

Cuba ha recibido en las resoluciones presentadas por Sumner al Senado, un auxilio que puede llegar a ser eficaz. En esas resoluciones que se refieren a una política de pensamiento, el pueblo de los Estados Unidos es quien habla y quien, por medio de su Senado condena en el Gobierno español el mantenimiento de la esclavitud, el designio de reducir por la fuerza a la colonia que quiere emanciparse, y las crueldades que comete. Esta condenación, que no excluye la más viva simpatía por el pueblo español, está basada en tres principios: el de la abolición o el de que el hombre no puede ser propiedad del hombre; el de independencia entre el continente europeo y el americano; el de humanidad, recientemente consagrado por la guerra civilizada de los cuatro años. Los pueblos jóvenes no aman los principios; aman sus consecuencias, con las cuales se contentan. Esta es probablemente la razón de la extraña hostilidad que ha encontrado la resolución de Sumner en casi todos los americanos y casi toda la emigración cubana. En Europa, al contrario, es probable que el triunfo de esas resolu-

ciones en el Senado sea el primer paso efectivo en favor de la independencia de Cuba.

La pérdida de los recursos llevados por el "Upton" parece absoluta. Todas las correspondencias de los periódicos americanos favorables a nosotros, la confirman. Desembarcó la segunda expedición en Herradura. Vió-la un pescador que dió aviso al campamento español más próximo, y al día siguiente salieron de él cuarenta hombres que encontraron a veinticinco cubanos guardando los pertrechos. Hubo una lucha, de la cual salieron un muerto y dos heridos españoles; dos muertos, cuatro heridos y un prisionero cubanos: al prisionero, que dicen era el buen M. Mestre, lo fusilaron; a los heridos los acabaron: entre ellos estaba el no menos buen Leite Vidal. Los demás se acogieron al monte, y los españoles se llevaron nuestros recursos. El corresponsal de *The World* titula su correspondencia: "The Junta blunders". Es odioso, realmente odioso que así se sacrifiquen al acaso las vidas preciosas de los jóvenes que más valen, que más han amado la causa de la justicia y de la patria: es criminal que así se desaliente a los sostenedores de ella, para quienes cada fracaso es un golpe mortal y cada esperanza perdida un incentivo de divisiones y anarquía.

Morales Lemus murió antes de ayer. Pormenor: no han sentido esa muerte. No lo sustituye F., sino M.

Hoy he leído el proyecto de ley con que el diputado Holguín, de la Cámara de representantes del Parlamento federal de Colombia, intenta sentar las bases de una alianza de las repúblicas latinas para hacer independientes a Cuba y Puerto Rico. Tiene cuatro considerandos y tres artículos. Según el primer considerando, la América latina declara que no puede ser neutral en la guerra de España y Cuba. Por el segundo, declara la urgencia que la América latina tiene de manifestar su

condenación de los procederés bárbaros de España. Por el tercero, que no pueden permanecer inertes los que hace poco hicieron lo mismo que Cuba hoy. Por el cuarto, que la circunstancia de ser europea una de las partes en contienda exige una manifestación más explícita que la del Paraguay. Decreto, pues, Primero, Que el ejecutivo se dirija a todos los gobiernos republicanos de la América latina, solicitando un pacto basado en la mediación con España, para que acabe su dominación en Cuba y Puerto Rico y a la reanudación de amistad con España si ésta transige, o a la guerra, si no. Segundo, Que el Ejecutivo quede autorizado para declarar la guerra a España. Tercero, Autorización de gastos. Propuesto el proyecto en doce de mayo, fué tan calurosamente acogido que muchos diputados quisieron que se considerara inmediatamente; pero se aplazó la consideración hasta el catorce, día en que fué discutido y aprobado por gran mayoría.

He aquí un refrigerante del espíritu. El proyecto nace muerto porque está concebido en términos inaceptables para su práctica y para muchos de los poderes que habrían de validarlo; pero es una explosión de generosidad que indemniza de muchos golpes, que prueba cuánto partido podría sacar Cuba de la fraternal disposición de esos pueblos, y que corrobora mis ideas, pues precisamente esa acción colectiva de todas las repúblicas era la preocupación en mi próximo viaje a Venezuela y había sido el deseo manifestado cuando se habló de las conferencias de paz entre España y repúblicas latinas.

Viernes 1º de julio, 70, tarde.

La más importante que puede haber es esa bendita tenacidad con que el Senado rechaza el tratado entre los presidentes Baez y Grant. Se lo presentaron bajo forma de compra de bahía de Samaná y lo rechazó: se lo

presentaron bajo el concepto de anexión de la Isla de Santo Domingo, y lo rechaza. Este último rechazo lo impuso ayer mismo. Dicen que con la anexión de Texas sucedió una cosa semejante y que para hacer aceptar aquel tratado, fué preciso una votación conjunta, mayoría de ambas Cámaras reunidas; pero *El Herald* duda que el Senado vote jamás a favor de la resolución conjunta. La fe va, pues, dándome frutos más ciertos que suele darme la convicción. Tengo fe en el porvenir independiente de las Antillas confederadas, creo que se confederarán, creo que sólo así cumplirán el destino providencial a que parecen, por su situación y por sus tradiciones, abocadas, y aun cuando he llegado a temer que el Senado, cohibido por el Presidente, aceptara el tratado, anexara a Santo Domingo, me decía con viva convicción que por encima del poder federal estaba la voluntad de la Providencia. No habrá probablemente necesidad de ir tan arriba ni de salirse de este mundo ni de buscar en mecanismos sobrehumanos lo que sólo ha dependido del mecanismo de instituciones humanas; pero no es malo abandonarse alguna vez a creer que, si en el mundo no es constante, fuera del mundo es invariable la ley de la justicia y la moral.

Anoche se empeñaron los cubanos reunidos en el Club en sentir a Morales Lemus, y lo sintieron, hablando P. cuatro palabras de efecto, y M. para acusar oscuramente a otros cubanos, combinando entre P. y M. el medio de tener una biografía para el que hoy llaman hombre ilustre. Cuando yo creía que en todo aquello había sinceridad, M. el joven se me agarró del brazo y me contó cosas tremendas: las mismas hechuras de M. Lemus han sido sus obstáculos: él vió los peligros de la Junta, la disolvió dos veces, y A. y M. y P. volvieron a formar-la: él quería algo que no fuera la anexión, y ellos, que querían la anexión a toda costa, en todo se le oponían:

ellos pidieron al gobierno de Cuba que mandara una declaración de anexión a Wáshington; y él tuvo que reparar la debilidad del Gobierno y la Cámara guardando el documento: él tuvo que resistir a Fish y Grant que le aseguraban el reconocimiento de beligerancia si él les aseguraba la anexión, y por no comprometer a su país, M. L. prefirió el no reconocimiento, los disgustos públicos y privados que le trajo, al compromiso. Todo esto podrá ser absolutamente cierto o podrá estar impregnado del barniz de parcialidad que todas estas gentes dan a todo; pero de los datos se desprende que si M. L. fué débil hasta ser inepto, los que debieron ser sus auxiliares fueron sus rivales.

Veo claramente un plan de acción para nosotros, los antianexionistas: lo maduraré, y si no puedo ir a Venezuela, que, dudo la posibilidad de reunir gente y de llevar una expedición a Puerto Rico, este es el camino más corto para hacer independiente la revolución de las Antillas, lo pondré en plan.

Sábado 2 de julio, 70, noche.

Lamentando el no poder estudiar a fondo esta pujante sociedad. Hoy la agitan dos cuestiones, que con aspectos distintos, son una sola en realidad; la lucha con los indios; la inmigración de los chinos. Una y otra son el problema del trabajo, de la producción, de la riqueza, de la población en situaciones distintas. En la primera apariencia, la fuerza expansiva del trabajo se abalanza sobre el trabajo inerte, y hay lucha y continúa la lucha: hoy mismo hablan los periódicos de un nuevo encuentro entre indios y exploradores. En la segunda apariencia, la fuerza atractiva de la riqueza, buscando brazos en mercados más baratos, ha traído chinos, los chinos han creado un desequilibrio, los trabajadores blancos lo han

sufrido pero no pueden soportarlo, y así como, en el primer caso, la expansión ciega no ha encontrado otro remedio ni otro medio que la fuerza, la destrucción y el exterminio; en el segundo caso, la reacción irreflexiva no ha hallado otro recurso ni otro curso que la violencia, si felizmente no de otra, de intención y de disposición. Los meetings que en Boston y aquí se celebran se dirigen, como es necesario y natural, a los representantes del pueblo; pero hay en sus resoluciones una marcada animosidad, una manifiesta violencia de deseo, contra esos pobres aventureros del trabajo que, anhelantes de su producto y careciendo de él en su país, vienen a buscarlo en éste. No vienen, que los traen. Como a Cuba, como a California, los ha traído a Boston una compañía de especuladores. El hecho es tan sencillo en sus causas como trascendental, económica, social, política, *humanamente* puede serlo en sus efectos. Por una parte, grande oferta de trabajo en China, país de población exuberante; por otra parte, gran demanda de trabajo en los Estados Unidos, país de población en formación. Pero éste es el fenómeno general que, atrayendo las emigraciones europeas, puebla esta parte del continente. El fenómeno especial es que, siendo pletórica la población de China, estando allí depreciada la mano, siendo escásimo el trabajo y teniendo efectos particulares en la cantidad y en la calidad del trabajo las condiciones etnográficas y fisiológicas del chino, el trabajo del chino puede obtenerse a infinito menos precio que la mano de obra europea. Intentando luchas contra el encarecimiento de ésta, el interés individual y el capital han formado compañías de emigración que, yendo a China, contratan allí, con arreglo al valor medio del trabajo en el mercado oferente y en el demandante, a precio más alto que en aquél, a precio más bajo que en éste, los brazos que la industria necesita. Los ha necesitado la industria del cal-

zado en Boston, y los ha traído. Efecto inmediato, desnivel del salario, depreciación del trabajo, preferencia del más barato, huelga forzada del más caro. Este, naturalmente, se defiende, y de aquí la lucha. Para resolverla, los dos eternos remedios de los conflictos económicos, la libertad, la protección. Partidarios de éstas los trabajadores europeos, lo que puede llamarse el trabajo nacional, ha dicho en los meetings que es necesario que lo protejan contra esas invasiones, no vedando la inmigración de brazos chinos, sino vedando el previo contrato, el que hace el capital demandante con el trabajo oferente, porque ese contrato establece una especie de esclavitud, y porque, si no lo dicen éste será el resultado, o la no demanda acabará con la inmigración o la inmigración sin contrato restablecerá el nivel del salario. Representantes de la libertad algunos, muy pocos diarios y no muchos políticos, objetan que no se puede poner obstáculo a la inmigración por contrato, pues así se atacaría la libertad de contratación individual que cualquier patrono tiene con cualquier asalariado, y porque, si hay por el momento un desnivel, el nivel se restablecerá. Esta es mi opinión y mi deseo. Es cierto que hay un abuso infame en los contratantes y que el contrato crea para el chino, aquí como en Cuba, una especie de esclavitud; pero el interés del obrero chino, ya conocedor de las condiciones verdaderas del trabajo, y del obrero caucásico, movido a dar a su trabajo las condiciones por las cuales triunfa el otro, resolverán la cuestión. Además, y principalmente, involucrada en ésta, hay una cuestión de cambio de progreso, más interesante para la humanidad que la huelga accidental de unos cuantos trabajadores.

Domingo 3 de julio, 70.

Vengo de la clase de inglés. Tanto se ha anunciado Mr. Alexi y con tanto calor aconsejaba la asistencia a su

enseñanza el remitente de *El Demócrata*, que fui. En vez de un profesor de inglés, me encontré con un profesor de religión; en vez de un maestro, encontré un discípulo de sectas. Toda su enseñanza de inglés ha estado reducida a leer y a hacer leer; pero, en cambio, no ha ocultado por mucho tiempo la secreta intención de su enseñanza; y la más leve ocasión le ha servido de pretexto, y aun cuando más de una vez ha recordado su extravío, más de una se ha extraviado. Dos ideas no claramente expresadas por él han sido luminosas para mí; la una, relativa al pensamiento del protestantismo; la otra, a la esencia y al fin mismo de la religión. Del protestantismo dijo que era la expresión de la libertad en el fondo y en la forma; en el fondo, porque interpreta libremente, es decir, se atiene más al espíritu que a la letra de la ley sagrada; en la forma, porque en la organización del gobierno de la iglesia y en las relaciones del Hacedor con la hechura, del religionario con el Ser religionado, simplificaba los intermediarios, buscaba la unidad, ponía en contacto más directo al ser que cree y al creído. A propósito de esto, describió suscita y es probable que parcialmente el fin particular de (destruido), la unitaria, la universalista, la presbiteriana, la anabaptista, asignando a los primeros un fin más espiritual, un fin más formalista a los segundos. Los unitarios creen que no hay más que un Dios; que Jesús fué un hombre que tuvo la abundancia de la divinidad, y que el Espíritu Santo no es más que ese hondo sentimiento de la divinidad, esa abundancia de conciencia que inspira actos, afectos e ideas conformes con los naturalmente imbuidos por Dios en el espíritu. Los universalistas son inmortalistas; es decir, que consideran la religión por su resultado; que creen que todos los hombres se salvan, y que si hay premio y castigo, el premio es el más pronto goce, el castigo el goce más tardío de la Divinidad.

Episcopales, presbiterianos anabaptistas son la expresión inmediata del cisma protestante, es decir, que se ocupan principalmente de la organización: los primeros creen que el obispo es el jefe natural de la iglesia; los otros creen que son los ancianos. Como A., no comprendiendo bien el espíritu del propagandista, le dijera que él era naturalista, creyente de Dios en la naturaleza, el profesor pronunció una palabra honda: "La naturaleza, reveladora de Dios, nada más cierto; pero ese Dios que se ve en la naturaleza no es el padre: F. lo admira, no lo ama". Es decir, creer es poner toda el alma en lo creído. Dios es, no sólo el Creador, sino el Padre: o tanto vale, Aquel que, por ciencia y por amor, hizo lo hecho para amar y ser amado; pero que se vea en El lo que el hijo en el padre, un auxiliar inmediato, un amparo real, un director efectivo, un consejero amable, bondadoso, cariñoso a quien es necesario amar para conocer completamente. Si no me engaño, esto. La religión filosófica enseña a conocer a Dios: la histórica a temerlo; la teológica a creerlo; la natural a sentirlo; es necesario que haya unión de estos extremos, conocimiento y amor para ser religioso.

"¿Estaré yo asistiendo al nacimiento de una nueva secta?", me preguntaba esta tarde al detenerme en Washington Square ante un meeting al aire libre. Era un meeting religioso. Veinte hombres, a lo sumo, eran los fieles; los demás eran curiosos. Un hombre de mediana estatura leía en la *Biblia* unos versículos, y después leía en un papel unos versos, que los veinte fieles repetían cantando. El concurso escuchaba, oía, se disolvía, volvía a reunirse, los coches pasaban, los pilluelos saltaban y gritaban, los indiferentes sonreían y pasaban, los atentos atendían, los observadores observaban. Un imprudente se burlaba, y uno de los directores del meeting se alejó pocos pasos de él, habló con un policía, el

policía se dirigió al hombre, el hombre resistió por un momento, después se disuadió de la resistencia, se retiró, y nadie se apercibió, y los nuevos creyentes siguieron leyendo, predicando, cantando, atrayendo, propagando. Habló un anciano, luego habló un joven, después habló fogosamente un hombre ya maduro, más tarde hizo una plegaria un hombre de pelo ceniciento, y cuando todos los apóstoles de la nueva idea hubieron completado su propaganda, repartiendo unas tarjetas impresas "*Hark! come, do come! Whosoever believeth in Christ shall be saved*", y hubieron anunciado que el próximo domingo tendrían en idéntico sitio idéntica reunión, se retiraron. Era la primera vez que yo gozaba de ese hermoso espectáculo, y daba gracias al acaso que me dió la ocasión de gozar de él. ¡Cosa más natural! Unos cuantos fieles a una idea, que creen en ella y la comunican, y buscan secuaces en el pueblo, y lo atraen, y se la presentan en lenguaje sencillo, con la elocuencia de la fe, con el fuego de la sinceridad, y un pueblo que ve, oye, piensa, respeta y se retira sin escandalizarse, sin anatematizar, sin dudar del derecho de los otros, sin reconocer para sí otro derecho que el del juicio! Y esa cosa tan natural, tan sencilla, tan racional, tan primitiva, es un crimen en casi todo el mundo, sería una ridiculez en los pueblos que pasan por más civilizados.

Otro baño de naturaleza artificial en Central Park. ¿Qué será de mis ávidos pulmones el día en que respire el aire puro, el ambiente perfumado de mis campos?

Martes 5 de julio, 70.

Ayer, desde las siete de la mañana, hasta las seis de la tarde, me lo pasé contemplando y admirando a este pueblo: desde las siete de la tarde hasta las doce de la noche, queriendo y no queriendo, sintiendo y arrepin-

tiéndome de sentir. A las siete de la mañana salí, y la siempre animada Broadway estaba más animada que jamás. En una de sus aceras, desplegadas las milicias; en la otra, desplegada la curiosidad de millones de hombres, mujeres, mozos, niños, viejos, negros, europeos: resonaban en ruidos y sonidos las calles circunvecinas, todo el mundo estaba en la calle celebrando un acontecimiento que pasó, el más grande de los acontecimientos de la edad moderna. Era 4 de julio, y en 4 de julio de 1776 nació a la vida independiente el pueblo que hoy respetan los poderosos de la tierra. Yo comparaba aquel día con éste: la situación de entonces y la presente; los adelantos, el camino recorrido y bendecía el advenimiento de este pueblo. Me preguntaba de dónde eran, si americanos o europeos, los mil pobladores de las calles, los voluntarios que representaban la fuerza del Estado, me respondía que casi todos eran extranjeros, y sentía el deseo más piadoso del porvenir venturoso de esta hospedería del mundo, y veía de antemano confirmadas en una realidad embrionaria la prepotente realidad que, imaginando, he atribuído a todo este continente. Después fuí a Central Park: gente en todas partes, y allí también la hospitalidad delicada atrayendo al extranjero. Al "please keep off the grass", habían sustituído sobre el césped unos tarjetines con la palabra *Common*, y en un padrón más grande que los otros, esta explicación: "Visitors are allowed to-day on the lawn, where the word *common* is put".

Por la noche fuí con la familia de Cara a ver unos fuegos que no vimos y que no me ocuparon ni por un momento. Me ocupaba Cara. Una importuna intervención de F. me explicó dos horas después, delante de toda la familia y provocando una explicación espinosísima, el sentimiento que experimento y el que inspiro. "No se ande Ud. con rodeos; hable Ud. claro para que lo entien-

dan", dijo en resumidas cuentas, y en resumidas cuentas, lo que pasa es eso: que no hablo claro, que quiero y no quiero, que siento y no siento y que determino quizá en ella una lucha más violenta que la que sustento en mí. Esto es serio, quizá lo más serio que me ha acontecido desde la resolución de venir a Nueva York, y es necesario estudiarlo cuando esté con disposiciones para hacerlo.

Miércoles 6 de julio de 1870.

Mi imaginación matará a mi voluntad. Si el tiempo que pierdo en imaginar lo empleara en buscar medios de realizar lo que imagino ¿quién sabe? Y no soy nada. Se me ocurre utilizar las disposiciones favorables de Colombia, y paso dos horas imaginando. Se me ocurre utilizar la fuerza de Sumner, y paso otras dos horas en imaginar. Se me ocurre ligar el porvenir de las repúblicas hispanoamericanas al porvenir de las Antillas, y la imaginación eleva a la categoría (destruido) los medios que, desde la ley Holguín me ofrece la fa (destruido) me ocurre que la independendencia de Cuba es un hecho de re (destruido) que está ligado a intereses internacionales, manejables, dirigibles, convertibles a ese fin, y me contento con imaginar. Se me ocurre que la revolución de Puerto Rico puede llegar a ser la última palabra, el hecho decisivo, la fuerza dominante, y en vez de moverme, me siento y me recuestó para imaginar. Estimulada por la lectura de los telegramas europeos que atribuyen a la política francesa el designio de arreglar por medio de un congreso la situación de España, hoy más grave que nunca, pues si prevaleciera el deseo del gobierno español que ha ofrecido la corona al príncipe Leopoldo de Hohenzollern, las conexiones de éste con el jefe de su familia, el Rey de Prusia, y con su mujer, infanta de Portugal, serían en un porvenir, quizás muy próximo, de

inmensa trascendencia en la política europea, la fácil imaginación concibe derechamente el medio de arreglar la cuestión de las Antillas por medio de un Congreso americano-europeo, y todo lo que hace es expresar por medio del periódico el pensamiento.

Lo que con los hechos de vida general, con los de mi vida individual. Ahí está Cara, que puede contar las vacilaciones mías; ahí está su hermana, que puede referir sus impacencias. Aquí estoy yo, que puedo anotar mi incertidumbre. Anoche la vi. Estaba meditabunda. ¡Meditaba en el efecto que presume pueden haberme causado las indiscreciones de F.! Estaba encantadora. Su vestido blanco realzaba su belleza; sus miradas furtivas iluminaban; su sonrisa exteriorizaba su alma candida. Hubiera tenido una ocasión, y quizá le hubiera dicho la verdad. Y la verdad ¿cuál es? ¿La verdad? que la amo, que me siento inclinado a amarla, que quisiera amarla, que la amaría si los impulsos primeros del corazón prevalecieran. Pero no deben prevalecer. El que todo lo aplaza para cuando Puerto Rico sea independiente tiene obligación de consagrarse a Puerto Rico y no debe pensar en otra cosa; el que, aun salvado ese sagrado compromiso, no puede contraer el espinoso de crear una familia en los momentos mismos en que intenta crear una patria, porque no tiene recursos para nada, no puede, no debe sentir otra cosa que su impotencia. La admiración de esa alma sencilla, la atracción poderosa que ejerce sobre mí, el hambre de afecto que me devora, la sed de felicidad que me ahoga, la necesidad de reposo moral que me agujonea borran a cada (destruido) cada pensamiento en ella, la idea de los obstáculos, el deber de seguir solo mi camino solitario, y anoche, dispuesto como iba a continuar denodadamente la conversación de la noche anterior, hubiera dicho lo que pensaba y lo que pienso. No tuve ocasión, y nada dije. Ella

fué quien me dijo con una energía que admiré y estimulé: "Nunca, nunca, por nada ni por nadie, diré que sí, en tanto que no ame apasionadamente, en tanto que no ame con idolatría". Y yo recibí como un desahucio aquellas palabras que tuve el valor de aplaudir, y en tanto que se me recogía el corazón, y que todas las esperanzas imprudentes se escondían, yo no sé qué hondo sentido, qué intención amiga prestaba yo a aquellas miradas luminosas, a aquella sonrisa transparente con que la noble niña moderaba la desesperación de sus palabras. Dos veces me las ha dicho, y dos veces las he recibido como una desesperanza, y dos veces, después de herir en lo profundo mi esperanza, han vuelto a reanimarla. Encantos tormentosos de nuestra situación.

Tal cual es. Vi a Cara en casa de Catalina: me encantó. No se describen los efectos de la luz. Una alma sencilla, en unos ojos muy negros y muy intensos, en unas facciones regulares, en una sonrisa infinitamente diáfana. Aproveché el primer pretexto que me dieron, y volví a verla. La hablé como un padre y la traté como a un niño, como trato yo a los niños, respetando el ser que se anuncia, buscándolo, indagándolo, excitándolo, cuidando de que mis ademanes, mi palabra, mis efectos, mis pensamientos y mis actos lleven al alma nueva un concepto puro de la vida, una noción severa del mundo. A la segunda o tercera vez, la familiaridad era completa. Ella me atraía, yo le inspiraba confianza. La noche de la taza de café fué deliciosa. Ella no estaba en casa de Catalina cuando yo llegué, y su hermana que allí estaba, me ofreció una taza de café. Salió para llevármela, y a los pocos momentos se presentó tímidamente queriendo entrar y no queriendo la sencilla niña. Yo la recibí con alborozo, la rogué que se sentara, me opuso la presencia de visitas en su habitación, salió, volvió al poco tiempo con una taza de café, yo busqué mil pretextos

para hacerla volver y, al fin conseguí que se sentara. Como se acaricia una esperanza, como se contempla un sueño, así la acariciaba con los ojos, así la contemplaba con el alma. Interpretando a su manera, C. o su marido dijeron que "haríamos una buena pareja". Ella aludió donosamente a su estatura, y yo, acercándome a ella, rogándole que se levantara, ofreciéndola mi brazo, llevándola al espejo y haciéndola que comparara las estaturas, le contesté. Pero reflexionando en los riesgos de la sencillez, dije: "¡Pobre criatura!, más le valiera no casarse que casarse conmigo. Hija mía, yo no soy lo que acaso aparezco. Yo soy un carácter violento, un espíritu exigente, una voluntad imperativa; sería un pésimo marido". C. y su marido dijeron en mi favor lo que quisieron, y ella creyó lo que creyó; pero yo pensaba que era verdad lo que había dicho, y pensaba además que era muy grave para un hombre que tan fácilmente convierte en deber (destruido) más embrionarios y sus ideas menos formadas; (destruido) ni aún en chanzas ideas y sentimientos que implican la idea y el sentimiento del deber. Si no fué en aquella misma noche, fué anterior o posterior la expresiva comparación tácita que hice entre Cara y Teresita. Había yo contemplado durante una parte de la noche a la primera, y hallándola llena de encanto: cuando la comparé a la otra, más educada por el mundo, de conversación más culta, incapaz de cubrirse el rostro con el pañuelo, que ni una sola vez se rió a carcajadas, Cara me pareció inferior. Y sin embargo, esos defectos, esa inmediatez a la naturaleza, esa pureza prístina, esa sencillez, ese candor, eso es lo que me encanta. ¡Ah! ¡fuera rubia!... Voy aceptándola con su pelo negro y con sus ojos de tinieblas luminosa. Otra noche, la segunda que la vi, me empeñé en vencer la antipatía puramente fisiológica que le inspiran los hombres y mujeres de color, y vi en esta antipatía

otro defecto. Después he encontrado otros más graves, una gran incultura de su inteligencia, una postración casi absoluta de su actividad. Cuento, computo, contrabalanceo, discuto. El amor no me cogerá de sorpresa. Pero en cambio, he descubierto en ella una penetración admirable para el bien, una docilidad prodigiosa de alma, y una firmeza de carácter que germina. Firmeza de carácter. Su conducta conmigo desde que, conteniendo yo mis sentimientos y asustado del camino recorrido, hablé de amistad donde pude hablar de amor: docilidad de alma, en la fortaleza con que, por complacerme y obedecerme, contuvo su terror al trueno y en la naturalidad con que después lo ha contenido: penetración para el bien, en el visible progreso de su sentimiento y de su imaginación.

Con todo esto podría llegar a justificar mi amor, si lo sintiera, la condición más imprudente, si a ella me arrastrara, pero no acabo de exponer la situación. Es esta: Por su parte, simpatía hacia mí: me ha dicho textualmente: "E. Ud. me es muy simpático". Según su hermana, ayer mismo me ponía por ejemplo a uno de sus enamorados. Si hay algo más en su corazón, ese es mi temor, porque en el momento en que yo haya inspirado un afecto verdadero contraigo el compromiso inviolable de pagarlo. La conducta de su hermana, llena de cuidados y de contemplaciones para mí; atenta a ella con aquel cuidado con que las madres esperan los afectos de sus hijas; favoreciendo estas extrañas relaciones; inquietándose y aun impacientándose de que no sigan el curso común. La conducta de su cuñado, en la cual quizás haya cierta especie de ambición intelectual, es más reservada que la de su mujer, pero da por existente la creencia de ésta. F. dijo claramente las otras noches estas dos cosas: que lo que se quería es que yo hablara claro; que se sabía que yo estoy enamorado. Saliendo

de casa de este último, Arizmendi me dijo que se decía que *ella* estaba enamorada de mí, y yo de ella, y que había ya un compromiso.

Es decir, que la viva simpatía mutua, el encanto que ella me da con su sencillez y su pureza, contrastando con mi conducta, a los ojos de los otros reservada, excesivamente indiscreta a los míos, han dado este resultado: que no sabiendo yo si la amo ni si ella me ama, los demás dan por sabido lo que nosotros no sabemos, y por lógicamente concluído en un matrimonio este pacto aún no formado de dos almas. Y, la verdad reflexionada, es que tienen razón en llegar a esa consecuencia. Sería más racional, más digno, más noble, menos expuesto a infelicidad irremediable el amar conteniendo el amor y educándolo en sí y en el ser amado, y fortaleciéndolo en la estimación; pero es más humano, más de la naturaleza instintiva el estallar, el errumpir, el apasionarse, el enloquecerse, el enamorarse locamente, suceda lo que quiera, ya termine un matrimonio desgraciado la locura, ya la apacigüe un rompimiento inesperado. Mi propia lucha así lo dice. Hay en esta resistencia sorda más dolor, para ella y para mí, que acaso habría en una lucha abierta de pasiones duras. ¡Cosa más rara! La voluntad, facultad adquirida, hija penosa de mi experiencia y de mi esfuerzo, muere siempre a manos de la imaginación o vive en ella. La razón, facultad que, tal cual la recuerdo en sus primeros días, ha sido una fuerza formidable en mí, convertida de fuerza de acción que naturalmente fué en fuerza de oposición que se han hecho el sentimiento y la imaginación predominantes, mata a la imaginación y al sentimiento.

Clinton Place (calle 8ª) 33, Julio 7 de 1870.

Venga de donde venga, y produzca el afecto o el interés que la produzca, oigamos la voz de la verdad. Ano-

che, cuando me retiraba para casa, tuve el mal encuentro de ese joven falso, quizá no más que otros muchos de su mismo origen, pero más peligroso por tener una cultura superior. Me habló de la situación actual de nuestros asuntos, me demostró con sus palabras lo que ya con tanto horror en él y en otros he observado; que hasta del mal de su patria se alegran si ese mal es obra de sus enemigos y los condena ante la opinión. Como yo tratara de calmarlo y de darle esperanzas en lo porvenir y acudiera a mi repertorio de esperanzas intelectuales en la influencia de la revolución de Puerto Rico y censurara a los que intentan divorciarla de la revolución cubana, me dijo fríamente dos verdades: "Que si Puerto Rico estuviera en actitud revolucionaria tenía pretextos y los había tenido para, cuando menos, dar muestras de agitación: Que nosotros no contábamos con el país, ni lo conocemos ni podemos juiciosamente esperar que nos responda cuando no sabemos más que lo que nosotros mismos nos decimos". Estoy haciendo examen de conciencia y averiguando la inmensa gravedad de mi posición. Si voy a Venezuela y logro reunir fuerzas y las llevo, no puedo contar con nadie. El pueblo no me conoce; los conservadores me temen; la juventud me cree rival de Betances. Como político, condeno la expedición y creo inconveniente el momento; como hombre, no tengo las cualidades necesarias para empresas de aventureros; como ciudadano, he hecho más de lo que me pide mi país puesto que mi país se queja de que he hecho más de lo que él me pide y dice, y tiene razón que sólo ahora veo yo, que más útil le sería si estuviera en las Cortes españolas. Si me quedo aquí, ni por Puerto Rico ni por mí ni aun por C. hago nada. ¿Qué hago yo? Desarrollar en el periódico un pensamiento que nadie entiende, chocar en el Club con los hábitos y la educación despótica de algunos de sus miembros; hacer sencillamente en to-

das partes actos de virtud política y de valor civil que nadie entiende; vivir arrinconado por los fuertes, mal comprendido de los débiles; sin elementos, sin secuaces para hacer fructífero mi oscuro apostolado; avergonzado, si como de mi trabajo para el periódico, no sólo porque me duele desviar de la revolución doce o diez y seis pesos semanales, sino porque me han abrumado diciéndome que eso es explotar la política; avergonzado e inquieto, si como y debo lo que como; irritado con todos, con todo y conmigo mismo si me cruzo de brazos para esperar un trabajo que no viene, si solicito empleo para mi actividad, que no me dan. ¡Voy a Colombia? Entonces rompo con la revolución, porque iré para consagrarme al trabajo individual, y tal vez no llegue a tiempo si llego a Puerto Rico. Y en cualquiera parte donde esté si la revolución se anticipa a mi esfuerzo personal, yo no estaré contento. Hay, ya, en el fondo de este incansable patriotismo al cual lo he sacrificado todo, un fermento de ambición, que no consiste por Dios en dominar por el poder, sino en dominar por la inteligencia y los servicios. Ambiciono hacer más que nadie, lo que nadie, y necesito para eso ser el primero en la primera hora. Sé que nunca se llega tarde cuando se lleva la palabra del enigma, la resolución del problema; pero este saber esperar, que es una virtud del político como del hombre, me parece un vicio del egoísmo y la ambición pequeña. Mi plan no sería malo si yo llegara a tenerlo en la conciencia como lo tengo en la imaginación, porque entonces sería el fruto de la verdad en vez de ser, como hoy es, el fruto de la impotencia. Pienso ir a Venezuela; obtener el reconocimiento de Cuba; ligar en una acción a Venezuela y Colombia; dejar sentadas las bases de una política colombiana (latinoamericana) con relación a las Antillas, y, después de escribir, predicar y favorecer con recursos debidos a mi influencia, la revolución cu-

bana, intentar la de Puerto Rico. Para esto, dos meses; agosto y septiembre. Si entonces se ha levantado Puerto Rico, ir a cumplir con mi deber. Si no, y no he conseguido lo que busco en Venezuela, ir a buscar en Cartagena a Cara, casarme, trabajar, acumular ahorros y disponerlos para el día en que quiera Puerto Rico. Plan completo, que como todos los planes de la vida y todos los sistemas de la filosofía, prescinde involuntariamente de una realidad imprevista que inopinadamente se presenta y lo trastorna. En el mío hay desde ahora una realidad hostil. Suponiendo que yo ame a Cara, suponiendo que el continuo pensar en ella sea amor, suponiendo que me resuelva a resolverme, y que me atreva a decirle que la amo ¿me ama ella? Sonríame cuanto quiera la esperanza, yo no quiero creerla hasta que la vea realizada. Pienso temerariamente matarla de una vez o verla radiante en esta misma noche, por obedecer a un impulso de conciencia, por destruir las tinieblas que yo mismo he formado, y por obedecer al movimiento de afecto que desde anoche me estimula.

Pasé parte de la noche en casa de M., cuya esposa dulcifica de tal modo las amarguras de la emigración, que apenas penetra en el hogar y apenas ella se le acerca, de agitado que esté se tranquiliza. Durante dos horas estuve yo observando estos efectos, pensando en Cara, imaginando que ella podía ser el bálsamo para mis heridas, la paz exterior de mi alma, aliento de mis desmayos, compañera de mis ideas solitarias, madre de mis hijos, la vi, hubo un momento que la vi delante de mí como vi delante de M. a Ursula, y cuando salí a la calle y respiré ansiosamente el ambiente de las horas avanzadas y contemplé la dulce tranquilidad de la bóveda estrellada y admiré la luna, en todas partes me hacía falta Carolina cuanto más creyera verla en todas partes. Pienso que si esto es amor hay en ese amor algo

más que el fuego de dos almas; hay la idea de una reproducción en una criatura como la de M., y este pensamiento me parece el del egoísmo; pero es un egoísmo santo o tan bueno como santo. Pienso que ella necesita educación, y no me espanto, y estoy pensando en los medios de dársela. Pienso que no es rubia y mi ideal estético se pasea a cada momento por la idealidad; pero tal vez vale más la tranquila confianza que me inspira esa alma sencilla, que los transportes de alegría frenética que me causara la realidad de mi ideal. Pienso que soy pobre, pero pienso que sé y puedo y quiero trabajar. Pienso que puede sorprenderme la revolución de Puerto Rico, pero pienso también que, antes que obstáculo, es un incentivo para el deber, un amor puro.

Lunes 11 de julio del 70.

Anoche, por fin, aprovechando un solo momento de tête-a-tête, le dije que estaba enamorándome. Me contestó con la risa con que ella disimula sus turbaciones; pero me contestó mejor con el involuntario sonrojo que iluminó todo su rostro. Tal vez me ame. Si la próxima ausencia o contrariedades impensadas no lo mortifican, el afecto realmente moral que ella me inspira, el amor apacible que tengo a su alma sencilla, no llegará a pasión, y podría dominarlo en cuanto quisiera: anoche mismo, después de aquella muda confesión, ninguno de los síntomas del amor enfermizo me dominó. Pienso más en el matrimonio que en la pasión; más me ocupo de ella como esposa que como amante. Decía ella, y ahora comprendo la intención, que quisiera ser rubia y tener ojos azules. Sabe que este es mi ideal. Lejos de contradecirle, apoyé su amorosa optación y, dando un suspiro al ideal perdido, la dije que hasta de él me haría olvidar. Al ideal lo amaría como ideal: tal vez logre amar en

ella una realidad amable, sencilla, perfectible, modelable, formada por mí para mi paz y para la educación y la dicha de mis hijos.

Martes 12 de julio del 70.

Fuí con el corazón enamorado, la confesión en los labios, la resolución en la voluntad, a un tiempo inquieto y tranquilo, conmovido y satisfecho, a verla. Su hermana hizo cuanto pudo decorosamente para dejarnos hablar; pero siempre intervino en la conversación, y yo tuve que hacer pública, y en términos menos calurosos que lo hubiera hecho en la intimidad, la confesión de mis disposiciones al amor. "Cuando veamos a H. llegar a Cartagena", decía Clara, interrogando con los ojos a Cara. "Todo el mundo se alegrará, dije yo, excepto Carolina, que se morirá de tristeza..." "O de alegría", dijo ella con un candor apasionado que estuvo a punto de causarme el efecto que esperaba. Mucho más le dije con los ojos, que expresé con la palabra; pero dije lo bastante para expresar la inmensa gratitud de mi alma. Yo no sé si es que el amor necesita confesiones sigilosas, confidencias directas, comunicación inmediata de emociones, o si estoy yo tan enfermo de atonía o estoy amando más con la imaginación que con el corazón y la voluntad; pero es verdad que aquella atrevida confesión de Carolina tan ávidamente expresada con sus ojos, tan manifiestamente expresa con la movilidad que adquirió todo su cuerpo, más me aterró que me complugo. Por una parte, el corazón agradecido preguntaba: "¿Será verdad?" Por otra parte, preguntaba el temor del presente y del porvenir: "¿Y cómo contraigo yo compromisos que no sé como cumplir?" Hablamos de la necesidad de la educación intelectual; la prometí un plan de estudios; me prometió seguirlo; hablamos más sustanciosamente que suelen en caso igual hombres y mujeres,

casi convinimos en un plan de porvenir, casi nos dimos una promesa íntima, y la familiaridad llegó a tal punto que yo me tomé la libertad de darme una de esas felicidades infinitesimales, cuya repetición constituirá probablemente la gran felicidad que nadie conoce y que es tan fácil conseguir. Me dolía el dedo, más porque deseaba que ella pensara en mí pensando en él, que por dolor muy vivo, e hice que dos veces me compusiera el vendaje: La segunda vez fué un largo momento de delicia, que ella debió experimentar con más intensidad que yo, porque al levantar la frente, la bañaba, como a todo su semblante, la aurora de las felicidades amorosas, el sonrojo.

Martes 12 de julio del 70.

A consecuencia de las acusaciones de Céspedes, según las cuales nada hace la Junta porque intenta encerrarse en una conducta que dé la anexión por resultado, el Club se vió anoche forzado a tratar la cuestión capital de la revolución: “¿Es ésta independiente o anexionista?” Según el entusiasmo que inspiraban los independientes, es independiente; según las declaraciones de los junteros, anexionista. Esas declaraciones se refieren: 1º a la carta dirigida por Céspedes a Seward: 2º a las resoluciones del Congreso de Guáimaro: 3º a la carta colectiva de Figueredo, Peralta y otros combatientes, pidiendo la anexión. Pudiera añadir que, hace muy poco, Adolfo Cavada se pronunciaba también por la anexión. Ahora bien ¿qué valor tienen esos documentos? Tengo delante el de Céspedes, y voy a examinarlo. Es una carta de Céspedes y de los miembros de la Junta consultiva del Gobierno Provisional, datada diez días después del alzamiento (10 de octubre) y en la cual exponen el origen de la revolución; su objeto, agruparse

bajo la bandera de la libertad, constituir un gobierno libre; los triunfos conseguidos, la posesión de cincuenta leguas de territorio, la liberación de una población de más de cien mil colonos, la ocupación de poblaciones, como Yara, Jiguaní, Tunas, etc., y de ciudades como Bayamo, asiento del Gobierno, y Holguín, y la prisión de doscientos enemigos, entre los cuales, jefes militares y civiles. El objeto preciso de la carta es meramente pedir recursos, pues "sólo nos falta para llevar a cabo nuestra santa empresa que las naciones civilizadas y libres interpongan su influencia a fin de que, reconocidos como beligerantes, hagan respetar el derecho de gente". No por otra cosa, no por deseo de anexión, como sostienen los anexionistas. "Por eso, al acordarnos de que hay en América una nación grande y poderosa, a la cual nos ligan importantísimas relaciones de comercio y grandes simpatías por sus sabias instituciones, que han de servirnos de norma para formar las nuestras", se dirigen al Ministro de Estado para que les preste sus auxilios. Si inmediatamente dicen que "no será dudoso ni extraño que, después de haberse constituido la nación independiente, formemos más tarde o más temprano, una parte integrante de tan poderosos Estados", no es porque vayan a la anexión, sino "porque los pueblos de América, es decir, de todo el Continente, Sur y Norte, Costafirme e Islas, están llamados a formar una sola nación, y a ser la admiración del mundo". O lo que tanto vale: creyendo que el primer ensayo de confederación en todo un continente y entre razas y costumbres diferentes, ha de hacerse en América, los firmantes no se extrañan de que llegue el día en que se unan todos los pueblos del Continente. Así, vista de cerca, la carta es profundamente antianexionista por los muchos cuidados que pone en la única afirmación federalista y no anexionista que contiene. Si así es de todos los demás documentos anexion-

nistas, nada hay en ellos que turbe la paz de la dignidad humana.

Miércoles 13 de julio, 70.

Ahora, cuando me sorprendí leyendo con reflexión y examen cuidadoso uno de los libros que he reunido para instruir a Cara, he sentido la alegría más pura que debo al sentimiento consciente que estimo, y por primera vez he creído en que estoy dominado por ese sentimiento. Paz en el alma, ejercicio agradable de sus facultades, quietud en la imaginación soñadora, apacible movimiento en la imaginación que completa, abriéndola y transformándola a la realidad, unidad de pensamiento, uniformidad de sentimiento, seguridad de mí mismo, todo esto ¿qué es, si no es posesión de una seguridad, fijación de mi vida, lo que se llama amor? En vano me sobresalta el temor de faltar a mi deber eminente; en vano, contestando mi incertidumbre a mi temor, me digo que el que no va derecho a su fin no llega a él, que yo no he llegado a ninguno por haber abandonado ciento; a esto me respondo que, lejos de haber incompatibilidad, hay correlación entre ambos deberes, y que mejor llegaré yo al más grande, tranquilizado ya el espíritu por el más pequeño, iluminada el alma por un rayo de felicidad, que siguiendo convulsivamente por el camino solitario que seguía. La duda, que no es mala cuando su origen es bueno, la conciencia, sigue elaborando sus cautelas. Dudo si la amo, si debo amarla, si ella me ama, si merezco amor; si es amor lo que siento, si es amor lo que ella manifiesta, y ahora, cuando lo recuerdo, como anoche cuando no me atreví a entrar en su casa, dudo que el sentimiento benévolo de ahora y el sentimiento de temor entonces, sean expresión de un

afecto determinado y no representación de mi carácter general, tímido y benévolo con todos y en todo.

Jueves 14 de julio del 70.

Estoy enamorado. Antes de ayer dudaba, porque no luchaba: hoy creo porque lucho. Y ¿por qué lucho? Porque estoy enamorado. No lo estuviera, y el obstáculo insignificante que irrita la pasión dormida, no hubiera, ni por un momento, intranquilizado mi atención. Yo, que buscaba en mi conciencia la seguridad de que mi conducta no se opondría a mi deber, la seguridad más preciada todavía de que con ella no alteraría la paz de esa alma nueva, estoy ahora irritado contra los efectos necesarios de la conducta que pedí a la conciencia. En resumen ¿qué es? Que esa criatura duda. Por una parte, duda de sí; por otra, de mí. De sí, y afirma con persuasión su amargura, que ella sabe que podría inspirar el sentimiento absorbente de que yo hablo: Duda de mí... siete veces más niño, más nuevo, más tímido que ella!, ¿qué ha de dudar ella de mí? Lo que ella duda es el momento de la contestación; vacila, teme, se detiene, dice con los ojos lo que calla, con la sonrisa luminosa lo que oculta, con palabras a otro las que no se atreve a dirigirme.

Cuando entré en su casa, estaba llena. A su lado, un buen muchacho, que me parece tanto mejor, cuanto que no me inspira celos: él ocupó el centro entre ella y yo. ¡Oh! ¡inefable alegría la del amor furtivo! ¡Cuándo hablarán sus palabras, cuándo hablarán las mías, con la fuerza expresiva que sus miradas furtivas para mí, que mis ansiosas miradas para ella? ¡Cómo relampagueaban sus ojos! ¡cómo centelleaba su sonrisa! Con qué elocuencia esquivaba encontrarse con mis ojos, con qué santa afectación se complacía en desentenderse de mí

para escuchar a los que hablaban! ¡con qué alegría, que sólo yo sabía apreciar y agradecer, se transformó de reservada y cautelosa en expansiva y confiada, cuando logré atraerla a una conversación en que, siendo intermediario involuntario nuestro interlocutor y su hermana, nos hablábamos de nosotros por medio de ellos, sin que ellos supieran que así hablábamos! Cuando la convidé a que se acercara a la ventana, en donde estaba ya el consejero de reserva, recibí dos veces una blanda negación en su doble negativa. Cuando se hizo una invitación general para salir a tomar el fresco, nada se opuso a que ella contestara en alta voz al secreto anhelo de ambos, e inmediatamente después de oír la invitación, la aceptó y se dispuso a salir. Nos detuvimos en la escalera de la calle. Allí, en frente de la luna, embalsamado el aliento por la brisa que dulcificaba la temperatura, quise hablarla, la hablé tímidamente, queriendo arriesgar y no queriendo comprometerme, dejando que mis largas miradas concluyeran las frases inconclusas. Hay un pacto secreto que ni ella ni yo nos atrevemos a firmar: éste el obstáculo. Imposible que creyera lo que dijo: que no me cree, que no se atreve a creerme, que es acto de voluntad benévola, lo que es sentimiento arraigado y enredado en toda mi alma!

En toda mi alma, y pasarán los días, y sobrevendrán nuevos sucesos, y como nos haya ligado mi palabra ¡a dónde os iréis, noches de alegría inocente, recuerdos de estos días, memoria de esa nobilísima criatura?

Conferenciaron sus hermanos, nos invitaron a subir de nuevo, yo anuncié por cortesía que me marchaba, ella insistió en que me quedara, yo quería darle *Las Cartas abiertas* que le había anunciado y que una timidez invencible, que le confesé, no me había permitido darle antes, subimos, seguí aprendiendo qué dura cosa es amar sin libertad, qué duro espectáculo la impaciente indi-

ferencia: me pareció, siguió pareciéndome que su hermano, a pesar de su respeto por mí, está impaciente en la situación que le crea mi presencia, y me levanté, me despedí, fruncí el ceño, experimenté la primera contrariedad de este cariño, resolví aumentarla con otras, pensando que no era digno de mí el prodigarme con exceso, y esta mañana al levantarme, se formuló la sorda tempestad de anoche en esta resolución que está angustiándome: "Esta noche no iré a verla". Lo resuelto, hecho. Pero, al menos, escribiendo otra *Carta abierta*.

Viernes 15 de julio de 1870.

Fuí, contra lo que quería y resolví, a verla. Me esperaba: su traje, más cuidado que de costumbre, me lo dijo: y yo, ingrato, iracundo, irreflexivo y ciego, iba a darla al dolor de defraudar una esperanza! La sencilla criatura! Con qué anhelante atención, con qué paciencia cariñosa me escuchaba! Ni una palabra de amor. Allí sus hermanos, allí ese F., que si no está enamorado de ella, afectando interés por ambos, después de provocar declaraciones mías, después de arrancar de la conciencia de ella la confianza involuntaria de su amor, pasó toda la noche empeñándose y consiguiendo que no hablara con ella una palabra. Y no salí disgustado. Todo es amor cuando se ama —no por el temor o la previsión de que pase, deja de ser realidad la realidad— y ella y yo estábamos contentos teniéndonos al lado, mirándonos, sonriéndonos furtivamente, asustándose ella del ruido que oyó, tranquilizándola yo, buscando ella en mí un apoyo, ofreciéndoselo yo en mi tranquilidad, reconviniéndome ella porque por buscar la causa del ruido la dejé sola y me dijo: "¡Me han dejado sola!", abriendo una puerta que ella cerraba, para que viendo la nada que la asustaba se acostumbrara a no asustarse.

Domingo 17 de julio del 70.

.....El ejército francés se encuentra en Metz, formidable plaza fuerte francesa del departamento del Mosela, sólo distante cincuenta y cinco millas de Treves, uno de los puntos atacables de la frontera prusiana. Napoleón salió o debió salir ayer de París para campaña. Intenta empezarla pasando inmediatamente el Rhin. A los generales de que ayer se hablaba, añaden hoy el nombre de Canrobert. El Almirante Ganouillés mandará la escuadra del Báltico, la flotilla de cañoneros que debe bombardear los puertos fluviales del Rhin. Será simultánea la acción del ejército y la armada francesa; a no ser que se confirme el despacho que presenta a la flota francesa aguardando en el canal británico a la prusiana. Se han duplicado las fuerzas de la escuadra francesa en el Mediterráneo, que manda J. de la Gravière. Actividad militar extraordinaria: salida de regimientos para la frontera: la carne de cañón está contenta. Se hace esfuerzo por localizar la guerra y quitar todo pretexto a Alemania. Los puentes fronterizos entre Francia y Bélgica han sido cortados. Todas las potencias observarán neutralidad, excepto Dinamarca que ha ofrecido reunirse a Francia, para la cual la llave del Báltico será una excelente arma. Suecia se declara neutral; Austria, si Rusia no se mueve; Italia simpatiza con Francia; España también, de donde dicen que Prim ha escrito a Napoleón. En este caos de pasiones, Inglaterra se presenta en actitud honrosa: aun está su Embajador en París, Lord Lyons, tratando de atraer a sus colegas a un congreso que termine racionalmente la contienda.

No menos entusiastas que los franceses y más adictos a su Rey que aquéllos, los alemanes han celebrado el tránsito de Guillermo desde Ems a Berlín con una ova-

ción loca. Toda la Alemania hace causa común con la Prusia; la del Sud con la del Norte: la patria alemana está hoy representada en Prusia. De todas partes se piden armas para defenderla. De todas partes se envían hombres, caballos y dinero al Gobierno para sostenerlo. Para concentrar esa fuerza de expansión, se reunirá el Martes el Reichstadt. Se ha ordenado la movilización de todo el ejército. Un despacho de Seltz, veintisiete millas de Strassburg, dirigido ayer a París, dice que un destacamento prusiano ha invadido por Opothbach, Baviera, el departamento del Mosele, quizá como avanzada del ejército que se supone intentará apoderarse de Metz.

Si este rumor es cierto, y lo es el que se atribuye a Francia de caminar en dirección a Treves, el espacio de cincuenta o setenta millas que separa el ejército francés avanzado del punto prusiano que sirve de objetivo a los franceses, será el teatro inmediato de la guerra, o estará siéndolo ya.

¿Qué consecuencias tendrá ella? Quizá sean tremendas, si como dice un telegrama de Londres, la neutralidad de Inglaterra se dificulta por la apurada posición de Bélgica y Holanda, cuya invasión no podría consentir. El resultado sería funesto para Francia si, como anuncia *The Times* de Londres, Inglaterra interviniera en caso de que Prusia perdiera fuerza, y si allí se aplaude, como el periódico dice que lo aplaudiría la humanidad, la reversión de todas las provincias alemanas de Francia a la patria germánica. Y en caso de que Rusia, como se afirma en Londres, esté de acuerdo con Prusia, la posición de las demás potencias será embarazosa, e imposible de prever el resultado de la lucha.

Lunes 18 de julio del 70.

Venciendo la pereza, hija, en parte, del formidable calor de noventa y cinco grados; en parte, del decaimien-

to de fuerzas morales que acompaña a toda incertidumbre, voy a hablar de Candorina. De tal modo prevenida estaba, que me pareció no estaban preparadas para acompañarme. Sí lo estaban, y salimos solos, ella, su hermana y yo. Estaba encantadora. Su rostro, cada vez más pálido y más expresivo, estaba iluminado por esos dos ojos luminosos que tantos cielos me prometen: su pequeña estatura, su sombrerillo, su chaqueta de lino blanco acompañando a su saya negra, la daban todo el carácter de su edad; y el cruzamiento modesto de sus brazos, y la inocente sonrisa con que me hacía sus confidencias mudas representándomela como el tipo de la adolescente que he soñado, me la hacían más amable. Hablamos, por impertinencia mía, de la inclinación de F. hacia ella y yo le dí esos estúpidos celos que sirven de confesión al amor mudo, y provocando sus opiniones, la dije que no era malo casarse con el dinero. Se enfadó, y por Dios que yo hice mal en aplacar su enfado, que además de animar su semblante, me daba el placer de la confesión indirecta que cuanto más provocho más codicio. ¡Casarse ella por interés! ¡Qué exclamaciones me dirigía, y cómo me miraba y qué gracioso apretaba los labios y volvía la cabeza! Puesto que no quiere dinero, ¡qué es lo que quiere; cómo quiere que sea su marido! Este tema nos ocupó durante todo el paseo. Sólo quiere que sea bueno su marido. Yo soy más exigente, y quiero que sea un hombre, y que valga en la tierra y en su esfera. Yo no debo olvidar la hora pasada a su lado y al de su hermana, ni el banco mezquino ni el parque indigno de su amor en que nos confiamos en silencio nuestro afecto, y en que hicimos castillos del porvenir con voz y con voto de su hermana. Esta nos dijo algo que a Candorina no agradó; pero yo la dije que ella era mármol del cual estaba seguro que sacaría una estatua incomparable, y mientras estuvimos juntos, y solos los

tres, estuvimos bien. Dejamos de estarlo en cuanto llegamos a la casa. Su hermano, por cualquier motivo, nos llevó a un salón extraño en el cual tuvimos que ser extraños uno de otro. Jamás me pagará ese hombre el disgusto que me costó. Pasar de aquellas dulces confianzas mudas a aquel silencio embarazoso, de aquel continuo ser mirado a aquel no mirar ni sentir en el alma el efecto de sus ojos, y sufrir la transición de un espectador benévolo, amigo, estimulante, como Clara, a espectadores como Q. y como S. Quiso reparar la impertinencia de la noche anterior, y estuvo insólitamente afable, pero no tardó en arrepentirse y empezó a apuñalarme con el puñal que más honradamente me penetra; afectando desdén por Puerto Rico y llevando la duda al ánimo de ella. Me levanté fríamente, saludé y salí.

Imposible parece que sea tan frío mi pensamiento en el momento en que echa fuego mi imaginación y en que está mi corazón inflamado del sentimiento más decidido que me ha hecho experimentar criatura humana. Estas extrañas contradicciones demuestran que mi enfermedad moral sigue su marcha.

.....Bajo este aspecto, como bajo otros muchos, estoy en plena situación de *Bayoán*.

En plena: amando sin saber y no sabiendo si soy amado, queriendo y no debiendo amar, resistiendo y abandonándome al sentimiento, luchando sin lucha. Contener una vida es peor que matarla; es obligarla a ser voraz en el momento de abandonarla a sus impulsos propios. ¡Qué habrá en el mundo que satisfaga este vacío? ¡quién será quien calme esta sed de desconocido? ¡quién el que diga más allá al inaccesible más allá que siempre busco?

¡Oh! Estaba celestial, sí, celestial; suelto el cabello, flotante el largo traje, su color blanco comenzando en su cabellera negra y el cuello alabastrino contrastando

con el collar negro de azabache. ¡Extraña cosa!, ya no es tan sencilla como era. La rabia con que pienso, con que siento y con que escribo estas palabras, demuestran el crecimiento de la pasión, no la verdad de la observación. Cuando le salí al encuentro, postrándole mi corazón, la dije que postraría mis rodillas, la modestia asustadiza que siempre ha ocultado su rostro a la muda alabanza de mis ojos, lo ocultó anoche. Que se sintiera contenta, que estuviera contenta de agradarme, que el cuerpo se aligerara y cuando tuvo que levantarse, corriera como una niña y gorjeara como un pajarillo satisfecho, y tuviera relámpagos en los ojos, y luz de luna en la sonrisa, y tuviera más seguridad y se sintiera confiada y lo manifestara ¡qué quiere decir todo esto sino que el amor que no me ha confesado con palabras la acusa a ella como me acusa a mí? ¡qué quiere decir sino que va creyendo que es posible que yo la ame, que cree en mi amor, que va dejando de admirarse de que ella lo inspire y yo lo sienta? Pasado, pasado para siempre, el tiempo en que yo podía, sabía y me complacía en analizar, en sondear y en iluminar los sentimientos más oscuros, los siempre oscuros que yo he inspirado o he sentido. Ahora mismo estoy burlándome de mí porque, aun haciéndolo mal, me ocupo de un afecto que me distrae de mi deber.

Sea, pues, del género que sea, si el sentimiento existe en ella como existe en mí, vengan sus manifestaciones, aceptemos las cosas como son, sin verlas por dentro, y sintamos el sentimiento consolador y desconsolador que estoy sintiendo. Ibamos a hablar, cuando se presentaron dos visitas. No lo disimulé, y en voz alto manifesté mi disgusto. Hice muy mal, pues gracias a ellas, pude tener la hora completa de mi vida. Ella cerca de la ventana, recibiendo en el rostro la claridad indecisa del cielo y de la calle, unas veces mirándome con firme inten-

sidad, otras veces huyendo la mirada, ahora sonriendo blandamente, más luego fijando los labios en un índice y poniéndose a meditar, siempre escuchándome con vivísima atención, y con mirada más segura que ha tenido nunca. Entre dudas, vacilaciones, suspensiones de palabras y de respiración la dije en una hora estas palabras que pueden decirse en un segundo: "Estaba consagrado a un deber, y creía que un deber excluye otro: Ud. me ha hecho comprender que no, y estoy resuelto a cumplir mejor mi deber de patriotismo, fijando definitivamente mis afectos: si tengo la honra de ser oído y logro merecer la felicidad de llamarla mi esposa ¿será mi esposa la primera que me recuerde mi deber?" Sobre la luz de su alma en sus ojos y en sus labios, brilló dulcemente la luz de la sinceridad. "No sé; no me atrevo a decirlo: mi hermano fué a cumplir con su deber, yo lo aplaudo, y sin embargo, lo siento." ¿Qué he de decir yo en palabras lo que siento? Hace media hora que estoy mirando hacia arriba, con las manos cruzadas sobre la cabeza, mirándola en mi imaginación, oyéndola en mi corazón, sintiéndola en mi alma, encendiendo en su recuerdo, alma, vida y corazón: ¿cuándo la inútil palabra, hecha para las necesidades de los hombres, o por los errores del sistema o para el placer de los amantes de la forma, cuándo dirá lo que yo sentía al decirla, después de mucho contemplarla, después de mucho devorarla con el alma "La adoro a Ud.?" Yo la dije, yo, de cuyos labios no había salido jamás: yo la amo.

Se me va mañana: ya empecé a llorarla hoy. *Consumatum est omnia*, yo la amo. Sí, el sentido involuntario de la aproximación, se hace patente: toda mi vida se ha encerrado en el amor de un día, y quizá no volveré a verla, no volveré a amarla, no volveré a morir de vida.

Hablemos pacíficamente de la guerra. Las noticias de importancia son las que remite el corresponsal tele-

gráfico G. W. S. de la *Tribune*... Los jefes del ejército en campaña son: Canrobert del 1^{er}. cuerpo; Paliken, del 2^o; Frossard, del 3^o; Mc Mahon, del 4^o; Foilly, del 5^o; Bazaine, de la reserva y de la Guardia Imperial. No sé por que presentimiento, hijo directo de las ideas que me inspira la guerra, creo que Bazaine será el que tenga un trabajo más ímprobo y más sombrío.

Los prusianos ocupaban hasta el diez y siete los siguientes puntos: Saasbruck, de la Prusia reniana; Neuburg, de la Baviera reniana; Linden, del Hesse-Darmstadt. Las tropas del contingente de Baden están en Rostadt. De Moltke, ha dicho en Consejo de Ministros que nunca ha estado Prusia tan preparada para la guerra como hoy. El Príncipe Federico Guillermo mandará el ejército de Alemania meridional, y su primo Federico Carlos, el de la septentrional. La neutralidad es ya general, aunque es dudosa de Rusia y de Inglaterra.

Miércoles 20 de julio del 70.

Corazón más descontentadizo que el mío, no lo ha sufrido hombre: alma que más se rebele contra el límite de los sentimientos humanos, no la ha encarcelado otro; inteligencia más exigente, imaginación más soñadora de todos los ideales, juicio más severo, jamás ser racional las combatió. ¡Qué noche y qué emociones, qué delicia y qué desgracia, qué deleite y qué tormento, qué alegría y qué tristeza, qué felicidad y qué descontento de ella, qué sentimientos y qué presentimientos, qué anhelos y qué desmayos, qué insensatez en la cordura, qué locura en la razón, qué hielo en el fuego, qué calor en la frialdad, qué reserva en el abandono, qué duda en la confianza, qué desesperación en la esperanza, qué incredulidad en la fe, qué amor tan sin amor!

Del jueves al sábado el impulso de la vacilación a la determinación; del sábado al domingo, el paso de lo determinado a lo resuelto; del domingo al lunes, el salto de la resolución a la acción; del lunes al martes, la carrera desenfrenada de la acción, hasta el examen de la acción en la conciencia. El tiempo se precipita, y la pesca se precipita con el tiempo. Lo que no hice en un mes de sondeo, lo he hecho en cuatro días de pasión. Lo que no me atrevía resolver mientras conté con el tiempo, lo he hecho en el momento en que el tiempo me faltó: el sábado balbucí mi amor; el domingo lo articulé; el lunes lo razoné; el martes lo enlopecí: En sábado, me enterneció; pensaba en mí y sufría por mí: en domingo me enamoró; con su amada sencillez, sus ojos confesaban su cariño; en lunes la adoré; se me presentó como la virgen de mis sueños; en martes la he amado con todos los amores del amor; con la blanda quietud de los efectos reflexivos; con la dulce inquietud del cariño intransigente; con la duda de los primeros desengaños; con el arrepentimiento de las primeras injusticias; con la virtud de los amores verdaderos; con el fuego contenido de la pasión fugaz.

Estaba vestida, cuidadosamente vestida de negro; el claroscuro después del rayo de luz; me senté a su lado: tímidamente, porque había muchos visitantes, porque quiero que mi amor sea lo que pienso mucho más que lo que siento, y porque no quería ser espectáculo de ociosos. Le dije la verdad, que estaba triste, que había pasado uno de los días más tristes de mi vida, una de las congojas más acerbadas de mi alma. Como siempre que la hablo en mi lengua que no es ella la única que no entiende, que acaso sea ella quien más fácilmente ha de aprenderla, abrió los ojos, me miró fijamente, atendió intensamente, entendió presintiendo y respondió sintiendo. Me inquietaba el concurso, me incomodaban los tes-

tigos, quería libertad y la dije: “¡cuánto deseo que hablemos!...” Beatísima naturaleza, tú eres en todos los seres la autora de la verdad en el sentimiento como en la razón! Ella me contestó con una ingenuidad, maravillosamente manifiesta en el tono de su voz, en el rápido fulgor de su rostro, en la alegre sonrisa del corazón que hablaba en ella: “Yo también”. “Ud. también!”, la dije con larguísima sonrisa e intensísima mirada. Y ella, como el niño sorprendido en una acción que aun no sabe si es buena y es plausible, o si es mala y es punible, quedó suspensa, entreabierta la boca, el índice de la mano izquierda entre los labios, no atreviéndose a mirarme, no atreviéndose a dejar de examinarme con el ángulo del ojo. Al fin descansó de su inquietud en una sonrisa que se dilató hasta la carcajada breve. Haber recibido la primera luz del sol recién creado, la primera iluminación de la luna recién adoptada por el sol; haber recibido en el pulmón y en el cerebro el bálsamo primero de la primera brisa, el aroma primero de la primera flor, todo no vale lo que vale la primicia de un alma nueva, de un amor único, del despertar de un espíritu, de la primera revolución de un ser.

Hora bendita y preciada fortuna la de aquel que merece la desgracia de tener una conciencia bastante formada para ser a un tiempo juez y cómplice, autor y cómplice de esa transformación de un alma! Si yo la observara, la estudiara, la analizara, más que me estudio y me analizo, quizá el primer amor digno del hombre de que hubiera sido testigo esta tierra enlodado por el amor-instinto, sería este amor tan doloroso, tan complejo, tan vasto y tan estrecho, tan escéptico y tan crédulo, tan infantil y tan viril, tan consciente y tan inconsciente, tan vicioso y tan loco, tan apasionado y tan frío, tan contradictorio, tan lleno de combates, que estoy sintiendo y acaso estoy haciendo sentir y conocer. ¡Qué

importa que yo, perpetuo luchador entre cielo y tierra, diablo y ángel, bestia y hombre, incorregible perseguidor de lo difícil, inenmendable conciliador de los contrastes, haga hoy en la realidad lo que antes en la idealidad y realice arbitrariamente lo soñado, y esté fuera de la realidad de los otros estando en una perfecta realidad que es mía, y luche y haga luchar, y sufra y haga sufrir, y me aliente y desaliente, y me arrepienta y reincida, sin que haya otro punto de relación entre mis afectos, mis actos y mis pensamientos y el pensamiento, actos y afectos de los otros, que la mera existencia de una realidad común, apreciada por ellos y por mí de un mismo modo, ejercitada a su modo por todos, al mío por mí? Lo que importa es ver cómo nace ese espíritu dormido; cómo se forma esa razón naciente; cómo está ese sentimiento, cómo se encauza esa imaginación, cómo se educa esa naturaleza, cómo se repite la creación de un ser.

En un momento de amante osadía me dijo antenoche la expresión mal expresada de su estado moral: "Yo quisiera que Ud. fuera un poco menos a su manera, *un poco más estúpido*". Es decir: ella quisiera que yo me pusiera un poco más en la realidad universal: teme no alcanzarme o teme que yo tenga que bajarme. Errores ambos, porque la noble criatura no entiende, no sabe entender cómo y hasta qué punto es igual a un espíritu, el más alto por mejor coincidencia de cultura artificial y de cultura natural, el espíritu simple, nativo, naturaleza viva por donde se deslizan con igual espontaneidad los productos siempre amables de la naturaleza y los artificios siempre tristes de los hombres. En esto que ahora pienso con piedad, con religión, con reverencia de esa alma que tan intensamente he ligado hasta la mía, no pensaba anoche, y por eso, en la superficie de mi primera felicidad, sobrenadaban las contradicciones. La he conocido en el momento de completa inconciencia; yo

mismo he sido el autor de su dicha, y quiero que, a pesar de la lucha, conserve íntegramente las fuerzas que tanto amé en un principio.

Durante mucho tiempo, es probable, es seguro, ella me ha amado más que yo la he amado: primera revelación, primera fascinación, alma menos usada, corazón más joven, choque más vivo. Mi conducta la ha hecho luchar, y ha necesitado combinar la fuerza de su cariño con las de su hermana y con los artificios que la necesidad y la experiencia extraña suministran. Ha conseguido el deseo de mi alma, el suyo mismo, y anoche decía con una profundidad de intención en una palabra ingenua, la verdad: "Es cierto, la voluntad lo consigue todo", y me sonreía triunfalmente. El afecto convertido en pasión por la lucha, ha hecho vivir rápidamente su espíritu y lo ha cargado con las facultades nativas y con los medios adquiridos. Lo que yo quiero son las facultades, lo que me incomoda son los medios, y como éstos, según ella cree erróneamente, han asegurado el triunfo apetecido, éstos son los que yo encuentro combinados con aquella adorada sencillez que me ha esclavizado. No es tan sencilla como antes; afecta alguna vez, disimula algunas, reserva muchas, ha aprendido a callar por conveniencia, sabe rehuir contestaciones, atormenta diálogos, no toma una parte muy viva en el sentimiento que inspira y se fija más que conviniera en la contradicción manifiesta y necesaria que hay entre mi predicación y la práctica del mundo. Estos estados de transformación, tan interesantes para el observador, son insoportables para el vividor, el sentidor, el hombre que siente y hace, vive y quiere vivir. De aquí mi lucha de afectos en la noche más llena de mi vida.

No quiso decirme que me ama; pero no ha cesado de decírmelo desde que yo resolví amarla. Y me ama. Ah! ¿cómo no? "Mi hermana M. me decía que yo no puedo

ocultar mis sentimientos, y es verdad. Cuando yo amo, no pueden dejar de conocerlo". Esta fué una confesión. Esta fué otra: jugaba ella con el dije de sándalo que la había regalado; lo olía, me lo daba a oler; yo me empeñaba en atribuir a sus manos el olor, ella se empeñaba en retirar la mano para que yo no lo confundiera, y yo cogí el dije, lo besé, se lo entregué, y le dije que hiciera ella lo mismo. Divina confesión de un gesto! Lo hizo con desdén en el labio, se puso encarnada, me envió uno de los relámpagos de sus ojos, y me dijo: "Yo besar un pedazo de madera!... Si fuera un ser amado..." "¿Qué haría Ud.?" "Lo devoraría a besos". Y después cuando, juntos en la ventana, insistí en que ella consagrara con uno de esos besos el dije bienhadado, qué mirada precedió y qué sonrisas siguió al beso depositado en el juguete inerte! Ah! y esto, apenas comenzado, acabará; y mañana habrá todo concluído, y la soledad y el vacío y la oscuridad y el desafecto y el silencio y la lucha sin auxiliares, volverán cada vez con más empeño! Tiembla, haces bien en temblar, corazón triste.

Jueves 21 de julio, 70.

De qué hablaré yo que no sea de su partida! Hace tres días que está martirizándome, hace tres días que estoy estimulando y conteniendo el dolor anticipado, que ha caído hoy por completo sobre mí. Y cuándo ha caído! Después de la noche más agitada, de la única agitación de nuestro amor. Lo contaré otro día. Estoy provocando voluntariamente la honda tristeza que roe sordamente allá en el fondo, y no debo estar triste. La edad de los afectos infecundos ha pasado.

He recibido una carta de Lacroix y parte de una de "Martel". Es imposible conciliarlas: lo que el uno afirma lo niega el otro; las esperanzas del uno son dudas en el otro. En ambas se descubre la existencia de

un estado revolucionario en la Isla; pero ambas demuestran que ese estado es todavía embrionario.

Prevost-Paradol se ha suicidado ayer. Víctima de su delicadeza y de su ambición. Arrójenle la primera piedra los infames; yo le arrojo mi profunda conmiseración.

Se ha declarado oficialmente la guerra por Francia a Prusia. Ayer leyó la declaración el Ministro de Estado y consignó que desde el 19 existía un estado de guerra entre las dos potencias. La declaración se ha leído también en el Parlamento alemán, y así queda probado que la provocadora es Francia. En el mismo se ha leído un discurso del Rey que ha producido entusiasmo universal y el rápido empréstito de 120 millones de thalers. No es menor el entusiasmo en Francia. Hasta los extranjeros se contaminan, y se habla de una legión, trabajo cuesta decirlo, de cien americanos.

Viernes 22 de julio, 70.

Ahora, contemplando por centésima vez su retrato, comparaba el estado de mi alma con los deberes de la posición que voluntariamente me he creado, y he tenido miedo. Yo no hago nada por complacencia con la opinión del mundo, por halagar preocupaciones, por lisonjear pasiones, por secundar errores; por lo tanto, no puedo temer el ridículo vulgar, y lo he desdeñado, y ¡ojalá no lo hubiera desdeñado tanto! y lo he provocado y ¡ojalá no hubiera cometido nunca la temeridad de provocarlo!; pero hay un ridículo formidable, digno de ser consultado y de ser temido; el que denuncia la discrepancia entre la fuerza que se tiene y la que se emplea, entre el esfuerzo y lo que obtiene, entre los fines que se buscan y los medios que se emplean. Indudablemente, sí, indudablemente, yo he tenido fuerza, yo

tengo fuerza para la empresa acometida; pero siempre la he empleado mal; he hecho esfuerzos infinitamente superiores a lo que quería obtener, y no he obtenido nada nunca; he concebido clara, lúcida, precisamente, todos los fines que me he propuesto realizar, pero nunca he sabido, podido ni querido saber y poder reunir los medios. Una vida así empleada es una vida penosa. De esa vida forman parte los días que ahora se deslizan, los pensamientos que ahora me solicitan, los suspiros que me ahogan, la tristeza que anoche me agobiaba, el recuerdo tenaz del alma mía, el amor, la pasión, la inflamación de espíritu que sufro. Y ¿es o no es ridículo estar en esta situación de ánimo al mismo tiempo que me desespera la situación de Puerto Rico, cuando quiero y no puedo libertarlo, cuando en proporción del aumento de mis compromisos, ceden los que el país tenía consigo mismo, y el país se abandona a una confianza infundada en tanto que yo, víctima, en vano me ofrezco en holocausto y por todo porvenir tengo el de un sacrificio estéril?

Tengo más ganas de dormir que de escribir, más ganas de soñar que de pensar, y se van los pensamientos que concibo; pero estoy pensando que no debe continuar esta situación: una de dos: o logro reunir fuerzas y llevar una expedición de víctimas al victimario, o me retiro a trabajar. Para aquello, no tengo recursos ni auxiliares ni otra idoneidad que la de una tranquila indiferencia por la muerte; para esto tengo motivos de todos géneros; desde los motivos del amor propio, hasta los motivos del amor nuevo que siento. El amor propio me aconseja que no me prodigue, que dé valor a mis palabras, a mis pensamientos, a mis actos y a mis sentimientos; que para esto espere; que para esperar, trabaje; que para trabajar, deje la estúpida política que me obliga a seguir los acontecimientos. El amor nuevo, el amor ver-

dadero me aconseja que dé satisfacción a la nunca satisfecha necesidad de amar que tan tempranamente sentí, que tan largamente he combatido y sofocado, que tan inoportunamente he dejado de satisfacer en estos días. Las necesidades no son utopías, ni teorías, ni idealismos: son necesidades: ¿dejan de serlo porque sean del espíritu? y si, por ser del espíritu, siguen siendo necesidades, y acaso más urgentes que las del cuerpo ¿no pueden ser alteraciones de la salud del alma los desequilibrios, la falta de armonía, la desproporción de fuerzas, de predominio de unas sobre otras, efecto necesario de la no satisfacción de nuestras necesidades morales? Yo he pasado toda mi vida intelectual en combatir mi actividad afectiva, toda mi vida afectiva en llorar la falta de ideales. He podido amar mucho y no he amado a nadie. De tal modo he perdido algunas veces la conciencia de ese sentimiento que su sola mención me repugnaba cuando era mención impúdica del mundo; me escandalizaba, cuando era mística aspiración del pensador. Hoy, por primera vez, sé lo que es amor; y lo sé más que por sentirlo (que aun no estoy seguro de sentirlo) por el efecto que experimento al presentirlo, y por la claridad con que me explico sus caracteres, sus fenómenos, sus impulsos, sus extravíos y sus beneficios. Hoy sé, creo saber que no hay incompatibilidad entre el amor a una mujer, el amor a la familia y el amor a la patria y a la idea: sé, creo saber que se puede pensar a un mismo tiempo en la patria y en el hogar, en construirse una patria y un hogar. Si el hogar por construir estuviera en la patria, y no hubiera obstáculos de tiempo, de distancia, de comunicaciones, de recursos, bien, dice en voz tímida el sentido común; pero habiendo esos obstáculos... Precisamente esa es la cuestión: vencer esos obstáculos y hacer que del vencimiento de

ellos salga conjuntamente mi felicidad de hombre y mi gloria de ciudadano.

Mi situación es ésta: respecto a mi patria, el compromiso de contribuir a libertarla: respecto a Candorina, el compromiso de ir a buscarla, si en septiembre u octubre no se hace algo por la libertad de Puerto Rico. En septiembre y octubre, como están las cosas, no sólo seguirá Puerto Rico como hoy está, sino que cualquier cosa que se haga, sólo concitará la animadversión de los mismos interesados en hacerla: las revoluciones no se hacen con expediciones, y el pueblo que aun las pide, no quiere hacer la revolución. Por tanto, si además de este estímulo, tengo el desaliento de pensar y de saber que nada se puede conseguir en Venezuela, que nada puede hacerse aquí, donde lo único que hacen los buenos es concitarse a los malos, por tanto, yo podría, sin escrúpulo, irme a reunir desde el día seis con ella. Que pienso en ella, que quisiera tenerla al lado, que su partida me ha conmovido más hondamente que creí, que la echo de menos a todas horas, que el día no tiene ya objeto para mí y me fastidia, todo eso es verdad, y prueba que existe la causa que produce esos efectos; pero no es menos verdad que mi dolorosa situación, mi vida inquieta, mi corazón vacío, mi carácter melancólico, la complacencia dolorosa que me produce la tristeza, todo eso es motivo poderoso para aumentar mi dolor, quizá para hacerlo accidental, quizá para creerlo artificial, hijo del empeño deliberado de sentir y no de la espontaneidad del sentimiento.

Sábado 23 de julio de 1870.

Ante todo, es bueno que se estudie la actitud de América. Si hace dos días los alemanes celebraron en Steneway Hall el meeting que reunió en una misma todas las opiniones alemanas; si ese meeting coincidía con

otros cien en la misma New York y en otras ciudades federales; si la población francesa ha tenido la prudencia de reconocer su inferioridad numérica y de abroquelar su conducta detrás de la opinión de que era faltar al deber de la hospitalidad el celebrar reuniones que pudieran producir conmociones en la patria adoptiva, y si en Canadá la población francesa aclama en sus reuniones a la madre patria, el sentimiento público americano, verdaderamente americano, es favorable a Prusia y se ha manifestado antes de ayer en la reunión del Comité general republicano.

Se está verificando en estos momentos un fenómeno de extraordinaria importancia que, bajo cualquier concepto, demuestra la influencia de la opinión pública en el mundo. Sea que Francia tuviera motivos para estar alerta desde marzo de 1869, en que hubo tentativas de elevar al trono español a otro Hohenzollern, Federico, el hermano de Leopoldo, sea que Prusia haya sido sorprendida por la repentina actitud guerrera de Francia, es indudable que una y otra potencia, ya desde el 66 preparadas para la guerra, esperaban la que está ya declarada. Lo que ha sucedido desde el 6 de julio acá, principalmente lo que está sucediendo desde el día de la declaración, 19, demuestra que ni una ni otra potencia se resuelven a prescindir de la opinión del mundo, y que todo ese trabajo diplomático, toda esa parsimonia en el empleo de la fuerza formidable que se han opuesto una a otra, no son más que vacilaciones debidas al temor de pasar como provocador. Así lo dice claramente el Presidente del Legislativo francés, Schneider, al dirigirse en corporación al Emperador, recordándole las palabras de Montesquieu: "No es autor de la guerra el que la declara, sino el que la hace necesaria"; así lo dice Napoleón al contestar, glosando las mismas palabras. Este hecho y el de los pasos que se han dado para neutra-

lizar absolutamente las mercancías, prueban que la guerra va perdiendo en Europa su carácter de duelo a muerte entre poderosos, para convertirse en luchas de intereses y por intereses. Verdad es que Francia se niega a respetar los buques mercantes y las mercancías que no vayan guardadas por bandera neutral; pero también es cierto que Prusia ha declarado que el comercio será respetado cualquiera sea la bandera que lo ampare, y esta simple declaración bastará para hacer más simpática la causa de Prusia.

Miércoles 27 de julio del 70.

Aun cuando ya está vencido el error en mi razón quiero seguir venciendo en la costumbre. Desde que se ha ido Candorina, más de una vez he suspirado llamándome desgraciado, recordando la brevedad de mi ventura, anotando los rápidos contentos, contando las breves horas de alegría, diciéndome que nunca enamorado alguno las tuvo más veloces, que nunca amor alguno fué más breve: he pensado que esta era una debilidad de la melancolía. Si es cierto que apenas he tenido tiempo de creer en el afecto que inspiraba y que sentía, no es menos cierto que yo no quería inspirarlo ni sentirlo porque no debía ni podía llegar ahora al único fin que puede tener un afecto tan noble, tan superior a la pasión, tan virtuoso: de aquí la breve lucha, y de esta lucha la pérdida de tiempo, y de esta pérdida, la abreviación del ya brevísimo espacio que sabía de antemano, pues sabía que ellos debían partir, duraría la correspondencia inmediata, íntima, directa, de este amor. Así, lejos de imputar la desgracia, si es desgracia santificar con la prueba los afectos, si es desgracia mantenerlos por la ausencia en la pureza inmaculada de intención que acaso no resiste al deleite que produce la contemplación de lo bello, lejos de imputar la desgracia a la anómala manera de realizarse las cosas para mí, impútela a mi pro-

pia voluntad, obediente a una esperanza, movida por un sentimiento, en vez de obedecer a realidades y en vez de moverse por deberes.

Nueva York, jueves 11 de agosto del 70.

Cuanto más áspera es la lucha, más viva es la ternura con que pienso en Cara. Me convierto hacia a ella como a un refugio contra esta inundación de miserias que me ahogan. Han acabado ya con toda mi paciencia, han zapado aquel edificio incontrastable de benevolencia y de abnegación que la soledad y la idealidad habían construído, y me debato inútilmente en esta corriente de pasiones. La reserva de todo el mundo ha dado otro estallido con ocasión de mi *Mensaje*... Yo lo había hecho de tan buena fe, con deseo tan puro, con intención tan sana, con patriotismo tan generoso, pensando tanto en los nobles pueblos a quienes lo dirijo, acordándome tanto de Cara a quien deseaba que llegaran las alabanzas que suponía yo que merecería en aquel país, tanta y tanta conciencia había puesto en él, que hasta indiscutible lo creía. Error de la buena fe. La iniciativa que tengo en todo, la profunda verdad de mis sentimientos y de mis principios, todo hace de mí el más formidable de los adversarios; por tanto, el más odiado de los revolucionarios. Lo que yo sufro, sometido a esta gente, conociendo a fondo, y por la fuerza de las cosas, a estos hombres; lo que yo sufro, viéndome en donde me tiene esa querida revolución de las Antillas, único sueño de mi adolescencia y de mi juventud; lo que yo sufro, viendo en el periódico atacado por los míos lo mismo que los otros atacan después; lo que yo sufro, viendo que nadie me entiende, ni cuando hablo ni cuando escribo ni cuando pienso ni cuando hago; lo que yo sufro al verme hoy tan obligado a disminuir la estatura de mi alma, al recordar que, en otro medio, tuve que sufrir el mismo do-

lor, al presentir que tendré que sufrirlo mañana, luchando o triunfando, en la pelea o en la organización, entre soldados improvisados o estadistas del acaso, es demasiado sufrir, y la muerte vendría a tiempo si he de vivir para no realizar lo que he pensado.

Nueva York, sábado 13 de agosto, 70.

Tengo necesidad de ocupar constantemente el cuerpo y el espíritu, la imaginación y la atención, la razón y el corazón, para vivir contento de mí mismo. No puedo ocuparme en nada, porque estoy fuera de las condiciones de la vida que deseo, a un abismo de objetivo que buscaba, y muero. Es insoportable esta vida. Siempre ante mi razón y ante la conciencia el contraste de lo que soy y lo que pudiera ser, de lo que debo y quiero con lo que puedo; de lo que hago con lo que sería capaz de hacer; de lo que veo con lo que esperaba ver; de lo que pienso con lo que debiera pensar; de lo que siento con lo que quisiera sentir; de mi infortunio, con la pureza de mi vida y de mis fines, que debieran hacerme venturoso.

La situación de Puerto Rico, y la en que me coloca; la lucha de Cuba y las ásperas que me cuesta; la necesidad de trabajo para vivir y para estar contento de la vida, y la necesidad de abandonar el que gratuitamente desempeñaba; la necesidad, ya inaplazable de un afecto de esposa que aliente en la soledad el ánimo que decae en la sociedad, y la imposibilidad de dar satisfacción a esa necesidad, todo me agujonea, me espolea, me hierre, me quebranta. Ayer, la falta de la carta que esperaba de Cara, y la sesión del Club me anonadaron, en cuanto pueda anonadarse un hombre que casi ha perdido la conciencia del dolor: hoy estoy todavía bajo la presión de las dos luchas, y estoy enfermo de ánimo: olvido de la amada, perfidias de los amigos, envidias ás-

peras de los enemigos, celadas de hoy y de mañana, conspiración para impedirme llegar a tiempo a Puerto Rico, mil cosas he temido y pasado temiendo durante casi toda la noche. Oh! me hacen falta circunstancias, hace diez años que estoy buscándolas y perdiéndolas, diez que estoy padeciendo el tormento infernal de estar siempre fuera de mi orden, y es necesario que o caiga en mi centro de gravedad, y que repose, o que me arrastren otras fuerzas, y me destrocen.

Nueva York, Clinton Place 33, agosto 15, 70.

¿Por qué no he de contar mis emociones? ¿por qué no he de examinar mis sentimientos? La profunda tristeza de estos tres últimos días, el incesante volver el pensamiento a Cara, la intranquilidad por su silencio, el continuo pensar en lo que hará, en lo que pensará, en su estado físico, moral ¿no es una serie de manifestaciones importantes en la guerra de mí mismo contra mí mismo que origina mi anhelo de perfeccionamiento? La tristeza, como revelación de un afecto radical; el afecto como revelación de un movimiento del espíritu hacia esfera más completa del vivir; la conjunción de toda una vida de ideas y de una experiencia la más áspera, en un sentimiento tan buscado y tan huído ¿no son hechos importantes para mi porvenir? Hoy mismo, cuando esa tristeza es producto probable de las tres causas activas de malestar, el estado de mi patria, la lucha infecunda con los hombres, la sinceridad del sentimiento ¿no es un síntoma de evolución que esa tristeza se resuma en el pensamiento de mi amor y en el recuerdo de la niña amada? Que mis luchas en la emigración me abismen en la tristeza; que me sumerjan en ella las lluvias y la oscuridad congajosa de estos días, bien, no lo niego; pero ¿puedo negar que algo nuevo hay en mí cuando todo lo refiero al sentimiento que me embarga?

Me avergüenza ocuparme de esto. Sé lo que es; conozco su grandeza; favorezco la altísima necesidad que representa, y sin embargo, cuando pienso que todo lucha con todo, que, ya no es tiempo para otra cosa que para acabar de sacrificarse, me avergüenzo. Y ¡quién sabe! ese afecto sencillo, hijo de la admiración a la naturaleza, producto de la reflexión y del razonamiento sano puede ser mi salvación, no ya sólo como hombre, sino como ciudadano. Hoy no veo yo más que el sacrificio, y el sacrificio es estéril, y no debe hacerse nada con un fin que no lleve al fin.

Y siempre solo, sin nadie a quien oír, a quien hablar, a quien querer, a quien creer, porque hasta ella me abandona, hasta ella me priva de sus cartas.

Viernes 19 de agosto del 70.

En el momento de la resolución, las dificultades de la resolución. Tengo a mi disposición el dinero que pedí a mi padre; sobre mi corazón, el peso abrumador de la ingratitud; en mi alma, el sentimiento profundo de la inutilidad de mis sacrificios; en mi razón, la causa fría de esa inutilidad de abnegación; en mi juicio, la condenación de casi toda mi vida, por contraria a la realidad y por exclusivamente sentimentalista; en mi experiencia, el espectáculo triste de la emigración, la conducta de los puertorriqueños, el conocimiento de la impotencia a que me reducen la pobreza mía y la adoración que individuos y pueblos tienen al dinero; en mi conciencia, la evidencia de que no es posible hacer la revolución de Puerto Rico. Tengo esa carta de mi padre, tengo la conducta de los que más debieran respetarlo; tengo el proceder aquí de los que más debieran auxiliarme, lo tengo todo, cuantos motivos de resolución puede tener un hombre, patria, familia, afectos, necesidad de felicidad, indignación contra el presente y el pasado, necesi-

dad de otra vida, imposibilidad de continuar en la presente, amor propio, orgullo justo, dignidad herida, sentimiento de la gloria, todo, todo, todo y sin embargo no sé qué hacer de ese dinero ni a donde ir ni cómo romper con todo mi pasado.

En frente de los motivos, las dificultades. Con cuatrocientos pesos no se hace nada. No se casa un hombre ni se establece una familia ni se crean deberes nuevos ni se fomenta una fortuna. Si yo me hubiera quedado en España, sería diputado de Puerto Rico. ¿No hubiera yo hecho más en un día de Parlamento que en ocho meses de emigración?

¿Qué hago? Lo que pienso. Esperar a A. y prepararme para el seis de septiembre. Si las cartas de la familia Bda. son las que espero, me reuniré a ella.

Lunes 22.

Ha llegado Azcárate. Lo he visto y lo he abrazado; pero no he hablado todavía con él. Viene con poderes del Gobierno español; y lo esperaban aquí algunos telegramas de los Ministros de Ultramar y de Marina.

Nueva York, jueves 19 de septiembre del 70.

Pensando tristemente en este aniversario de mi llegada a París, de paso para esta impotente emigración, he comparado el estado de la gran ciudad entonces y hoy, al en que estoy yo y estaba entonces: cuando transformaciones tan inesperadas acontecen a los pueblos, bien pueden los individuos acostumbrarse a las tristes que provocan ellos.

París trastornada, Strasburgo, Salsburgo, (1) Toul, Metz, resistiendo al asedio, dos departamentos ocupados por prusianos, más de dos recorridos por ellos, Bazaine acorralado en una plaza fuerte, Mc Mahon derro-

tado en una frontera, toda Francia preparándose a la defensa, toda Prusia preparándose al ataque.

Lunes 5 de septiembre del 70.

Los telegramas del sábado trajeron la noticia más conmovedora que, después del triunfo de las armas federales, ha recorrido el mundo. Napoleón había entregado su espada, Wimpffen había rendido su ejército, Bazaine el suyo, Mc Mahon estaba rendido, Berlín, Londres, Nueva York, Wáshington entonaban victoria, los alemanes paseaban su alegría por las calles de la ciudad, los franceses paseaban su tristeza. Mc Mahon y Wimpffen tenían sus ciento veinte mil hombres en Sedán: el Rey Guillermo, el Príncipe heredero, el de Baviera, tenían sus dos cuerpos de ejército, doscientos cuarenta mil hombres alrededor de Sedán. A las seis de la mañana comenzó el Waterloo de Augústulo: el círculo de alemanes fué estrechándose a medida que el combate adelantaba, hasta que apretó por completo al ejército francés; derrota de éste, después de una lucha épica, dispersión de fuerzas, fusilamiento del general de Failly por sus mismas tropas, persecución de todos por los prusianos, ausencia del sol que presenció la muerte de diez mil hombres y la caída de veinte o treinta mil: era jueves. Al día siguiente, dos de septiembre de 1870, el autor de la guerra entregaba a las doce del día su espada inútil, diciendo en una carta embustera: "No pudiendo morir a la cabeza de *mi ejército*, pongo mi espada a los pies de V. M."

Septiembre 7 del 70.

El domingo, 4 de septiembre, será para Francia el símbolo de su rehabilitación, será para todos los hombres dignos la fecha de una era de dignidad, y ojalá sea para Europa el primer día de un período nuevo. En

ese día sagrado, la minoría republicana del Cuerpo Legislativo y el centro izquierdo orleanista declararon caducado el imperio, se constituyó un Gobierno provisional: París aclamó la república, la manifestación del gobierno proclamó la república. Francia la aclamó, y el espíritu postrado de un pueblo generoso se levantó otra vez. La revolución que, desde 1866 profetizaba y que coincidiría con la primera guerra a que el imperio se abandonara, ha coincidido. Quizá todo el fundamento de mi profecía consistía en mi odio al despotismo: inducía por el mío el odio de Francia; suponía que toda guerra exterior sería una derrota, y veía en la desorganización de la derrota la posibilidad de una república vengadora de la dignidad y de la libertad. La realización de la profecía es confutación suficiente de los argumentos de hecho que siempre han defendido, que hoy justifican, que acaso mañana divinicen al segundo como han divinizado al primer imperio. Que una sociedad ya vieja, secretamente disgregada por la continua acción de necesidades exigentes, crea mejor satisfacción de sus necesidades un gobierno de fuerza que la fuerza de los gobiernos de la libertad; que un pueblo imaginaria, susceptible, dominante, ansioso de gloria, secularmente educado por el principio absoluto de una autoridad sin contrapeso, trueque imprudentemente su libertad por su gloria; que, en la perversión de sentimientos y de ideas que los hechos renovadores y la avidez re-constructora del siglo han producido, una nación confunda la gloria de las armas con la gloria del trabajo moral, intelectual y físico; la legítima preponderancia del progreso con la imposición de la fuerza y de la astucia; en una sociedad, así postrada por elaboraciones latentes y por vicios de su carácter y por errores del siglo, un ambicioso, con sólo el talento necesario para ver las cri-

sis, las flaquezas, los errores, los intereses malsanos, con la voluntad suficiente para explotarlos dirigiéndolos a su fin, con la astucia que dan la debilidad y la ambición, llegue al dominio absoluto de esa sociedad, y la engañe y engañe al mundo y soborne la conciencia de una época y soborne la conciencia de la humanidad en la historia, presentando como obra suya lo que es obra del tiempo, de las necesidades biológicas de los pueblos, del concurso de circunstancias determinadas por la opinión universal, por el estado del mundo, por el del país que domina, nada quiere decir. Los malvados pueden ser ricos, llegan a ser poderosos, suelen llegar a ser omnipotentes, merecen el respeto interesado de sus dependientes, la estimación aduladora de todos los insensatos o sencillos y cuentan y pueden contar con la complicidad del silencio del honrado: pero nadie puede decir del malvado afortunado que es autor de los bienes fatales, que fatalmente se derivan de toda fuerza, cualquiera que sea ella, por mal que se emplee, por perversamente que se la dirija. Nadie tampoco podrá decir que un ambicioso que mancha con su conducta los primeros años de su vida, que engaña a un pueblo con un juramento falso, que baña en sangre sus triunfos, que corrompe por reinar, que guerrea por sostenerse en el trono, que contribuye a la inmoralidad de una época, que pervierte el sentido de las palabras, el carácter de los afectos, el valor de las ideas, la significación de los actos, el espíritu de la historia, que es poderoso porque ha hecho impotente a todo el mundo, que se hace oír porque ha hecho callar a todos, cuyos argumentos son las armas, cuyos medios son la tiranía y el personalismo, la astucia y la cautela, nadie puede decir que ese hombre sea acreedor al respeto de la historia, ni bienhechor de la humanidad, ni creador de la estabilidad de un pueblo ni fomentador de su prosperidad. Después de las guerras de Luis XIV,

de las crápulas de Luis XV, de los horrores necesarios del Terror, de las conquistas devastadoras de Napoleón I, Francia gozó de una paz interior y exterior que no han logrado alterar las tres revoluciones y las seis o siete cortas guerras que ha sostenido desde la restauración de la monarquía hasta la del imperio. El segundo imperio encontró un pueblo que crecía y se atribuye la proporción favorable que hay entre los treinta y dos millones de almas que el censo reconocía en 1815 y los cuarenta y dos que hoy reconoce: encontró una sociedad demasiado excitada por las luchas intelectuales, de principios, de sentimiento, de conciencia, que produjeran las nuevas ideas del 92, y se atribuye el reposo, en parte producido por el desarrollo físico, en parte producto del gobierno personal: encontró una Europa indefinida, un mapa bosquejado, y se atribuye la reconstitución de la Europa política en las bases geográficas que hoy tiene. Es decir, que la prosperidad de Francia, hija del aumento de población, del cansancio del espíritu público y del desarrollo del trabajo, lo atribuye a su influencia; la preponderancia en Europa, a las guerras con que se ha puesto en Europa de parte del tiempo y de la libertad contra el pasado y la tiranía. Y ¿por qué ese poder que tanto bien ha hecho es hasta tal punto impopular que, en el momento de recoger el fruto de su obra, en el momento de la desgracia, lo destrozan? Cuando los novelistas del segundo imperio hayan contestado a esa pregunta, entonces relataré yo los fundamentos de mi profecía. Entre tanto, sigo creyendo en la inmanencia de los grandes sentimientos en el espíritu de la humanidad y de los pueblos, sigo viendo la obra de ellos en esa catástrofe de un engañador de medio mundo, y sigo esperando, como espero, que, por reacción natural, el sentimiento redentor de Francia,

obrando eficazmente sobre el alma de ese pueblo cure en él y en Europa de las pasiones aviesas que han estado gobernándola y que han llegado hasta aquí y que forman donde quiera la atmósfera moral de nuestra época.

Desdichadamente, no puedo tener confianza en la república. Creo, como los positivistas, que es obra social, trabajo de ciencia y de conciencia, compulsión de vanidades sociales, computación de intereses, transformación, cambio radical, lo que representa para Francia y para toda la Europa central el gobierno del pueblo por el pueblo, y no veo unidad de pensamiento en las escuelas socialistas, pensamiento social en las escuelas políticas, conciencia de la situación en nadie. Tengo confianza en la espontaneidad generosa de la nación, en la fuerza expansiva de sus sentimientos, en las virtudes de su carácter, en la fuerza de cohesión que creará probablemente la igualdad de principios, de gobierno, de situación en toda la Europa occidental; pero temo a la ignorancia y la miseria, dos aliados perversos de la filantropía y de la filosofía que, desviando de su curso natural los preceptos de éstos, los llevan a ejecuciones repentinas que espantan a la propiedad, al trabajo, a la producción y al cambio, y dan armas a la hipocresía, a la iniquidad, al despotismo, perpetuos rehabilitadores de todas las causas contrahumanas.

Un mundo que se mueve, un hombre que se para a ver el movimiento, tal mi situación, tal mi desesperación. César se mesaba a los veinticinco años los cabellos, porque había llegado a la edad de Alejandro sin ser lo que Alejandro; yo estoy golpeándome el pecho desde los veinticinco años, porque desde entonces me siento fuera de mi obra, inútil para mi destino, extraviado de mi senda, separado de mi fin.

8 de septiembre del 70.

Lo visible, hasta ahora, es que el Gobierno provisional, cuyos miembros no tuvieron en el Parlamento el valor necesario para descartar a tiempo la responsabilidad de los actos del imperio, comprenda que lo salvador es la paz y teme la paz salvadora, porque teme la cólera del pueblo. Ese pueblo, a cuyo deseo teme el Gobierno no corresponder fielmente, no quiere la guerra. Tenía el instinto de su situación, preveía mejorarla con la guerra y la exigía. Caducado el imperio, sólo piensa en aclamar su obra, la república: los soldados recién llegados a París manifiestan profundo descontento de la guerra; los secundan la Guardia Nacional y la Movable y es probable que el interés individual, convencido a estas horas, de la inutilidad de la resistencia y de sus peligros, la condene. Si el Gobierno provisional sabe arriesgar su popularidad, la salvará: con ella, la república.

Viernes 9 de septiembre del 70.

Cuba, por medio de su Comisionado, ha saludado a la República Francesa.

La circular del Ministerio del Interior de la República Francesa declara francamente el peligro que amenaza a París: están a sus puertas los prusianos: tal vez hayan llegado ya a las fortificaciones exteriores. El Gobierno provisional tiene confianza en sus medios de defensa.

Si los gobiernos vacilan, los pueblos no han titubeado ni un momento. El de Irlanda, el de Inglaterra, el de Italia, el de Francia, el americano, el español, aclaman, proclaman y bendicen la república, piden y trabajan febrilmente por la unión republicana de Europa. De

todos, el cuyos actos pueden llegar a ser más decisivos y son ya dignos de profunda atención, es el inglés. El meeting celebrado antes de ayer en una de las grandes ciudades de la Gran Bretaña, las amargas censuras que la prensa de Londres lanza contra la Reina y la convicción universal de que la constitución de la república sería una evolución tranquila y no una revolución violenta en Inglaterra, dan un carácter trascendente a la actitud directa del pueblo, único en donde la libertad ha prevalecido sobre la monarquía, en donde la república podría hacer la obra inmensa a que está destinada en las sociedades carcomidas de la vieja Europa.

Estamos en el primer momento de una renovación. Ya no mueren los pueblos, y para que no mueran, es preciso que se regeneren: para que se regeneren es preciso que se sometan a la guía de los principios. Hay mucha inmoralidad, mucha ignorancia, mucha miseria en Europa y en América, y las sociedades que mantuvo en equilibrio falso el interés material, no podrán volver a su equilibrio, si hoy lo rompen, hasta que lo encuentren en su centro natural de gravedad; la libertad y la justicia, la ciencia y la conciencia. Bajo este punto de vista considerada, la situación de Europa será tanto más natural cuanto más grave sea, y la guerra que acaso no puedan contener los esfuerzos de la monarquía, morirá de una vez en una guerra general, que no será de poderes que buscan ponderación artificial, sino de ideas que necesitan realidad. Ah! quiera el cielo que, pues me lanzo a la vida de este siglo y me ha dado inteligencia, sentimiento, voluntad y conciencia para comprender, sentir, querer y conocer el triunfo de la verdad sobre la mentira, de la justicia sobre la iniquidad, tome yo en esta contienda guerrera la parte que me siento capaz de tomar, que anhelo con delirio tomar y realizar.

Nueva York, septiembre 10 del 70.

Ayer hablé en los dos centros. En la Liga, para contestar a los ataques que se dirigían a mi *Mensaje*, cuyo examen sincero hice: nadie me comprendió. Al salir de la Liga entré por casualidad en el Club de los Artesanos, en donde se hablaba de mí y en mi contra en aquel momento. Les di una lección de libertad, de justicia, de verdad y de sinceridad que yo quisiera otros pudieran repetir. Me designaron para la misión a París. Quise excusarme, pero no aceptaron mis excusas. Héme aquí, pues, perplejo.

Nueva York, jueves 22 de septiembre del 70.

Cartas de Puerto Rico. No hay esperanzas.

Nueva York, viernes 30 de septiembre del 70.

Todo se concentra en mi cerebro: la duda, el temor, recuerdos amargos, previsiones atormentadoras, tristeza, descontento, horror a la vida sin objeto.

Nueva York, octubre 2 del 70.

¿Podré yo descender al fondo de mi corazón y encontrar en él la razón profunda de mi tristeza? Ciertamente, reflexionando, encuentro que estoy entre un fin ignorado y una falta de decisión acabadora. ¿A dónde voy?; no lo sé. ¿A qué?; no lo sé. ¿Por qué?; no lo sé. ¿Con quién?; tampoco lo sé. Dudo hasta de quien nunca había dudado: de mí mismo. Temo hasta las tempestades que antes eran un placer para mí; y héme aquí dudando si debo o no exponerme al mal tiempo que se anuncia en una navegación.

Haré siempre lo que he hecho, lo que hago; quejarme y echarme la culpa a mí mismo. El que se mira mucho a sí mismo no ve bastante a los demás. Clara prueba la de mi vida en New York. Hubiera podido hacerme un hombre útil, no he hecho más que conquistarme enemigos. Es verdad que no he hecho más que lo que me mandaba la idea que vine a servir aquí: pero, ¿desde cuándo se sirve a las ideas desentendiéndose de los hombres? La grandeza de los hombres que han llegado al fin que buscaban no ha consistido más que en el arte con que han sabido hacerse instrumentos de los hombres que necesitaban para sus ideas. Es una regla invariable, que se aplica tanto a Jesús como a Sócrates. La debilidad de los hombres fracasados no ha dependido más que del exceso con que ellos han servido a las ideas, desentendiéndose de la realidad y de la vida; y convirtiéndose en almas sin cuerpo, fuerzas sin órganos.

Clinton Place 33, Nueva York, 3 de octubre del 70.

Mi último día en New York. Mañana a mediodía comienzo a bordo del "Arizona" mi nueva aventura. Deseo y temo, temo más que deseo, haber comenzado, y deseo más que temo acabar de una vez para siempre. Ya es demasiado esto de jamás encontrar uno en su casa, ni en lo que hace relación a los hombres, ni en lo que se refiere a las costumbres. Busco en vano un corazón amigo, un espíritu hermano, una voluntad concorde. Voy a partir después de haber hecho por la revolución lo de que no han sido capaces los que tenían el mayor deber: nadie se ha apercebido de ello: partiré sin que nadie venga a expresarme su sentimiento.

FIN DEL TOMO I



INDICE DE NOMBRES

INDEX DE NOMMES

- Acosta: 77, 128, 131, 142, 146, 150, 151, 154, 155, 175.
- Acosta: 249, 270, 274.
- Adolfo (el negro): 13, 14, 15.
- Aldama: 178, 190, 191, 218, 253, 255, 290 (Como A): 267, 298, 335.
- Alfaro: 168, 246, 267.
- Alonso: 177.
- Alonso, Manuel: 109, 110, 111, 112, 114.
- Alvarez Peralta: 154.
- Arizmendi (¿Brito, Pedro?): 270, 290, 348.
- Armas, I. de: 247, 272, 282, 305.
- Asquerino: 136, 137.
- Asunción: 223.
- Audinot: 150, 155, 156.
- Aurteneche, Agustín: 15.
- Azcárte, Gumersindo: 127, 179, 382 (Como A.): 382.
- Báez, Buenaventura: (Como Búez): 231, 334.
- Baldorioty de Castro, Román: 308.
- Basora: 167, 179, 190, 195, 197, 213, 214, 230, 237, 242, 247, 248, 250, 255, 266, 268, 270, 276, 285, (Como Ba.): 168, 169, 170, 171, 181, 193, 202, 216, 219, 231, 232, 233, 234 (Como B.): 195, 197, 267, 307.
- Betances, Emeterio: 74, 148, 167, 169, 197, 198, 201, 214, 232, 237, 250, 268, 270, 311, 340 (Como B.): 71, 187, 197, 216, 217, 312, 316 (Como Bs.): 167, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 176, 179, 180, 181, 189, 202, 211, 216, 219, 230, 231, 232, 233, 253.
- Blanco: 128, 142, 146, 150, 151, 154, 155, 156, 165.
- Bonilla, Carlos: (Como tío Carlos) 13, 14, 15, 275.
- Bonilla de, Hilaria: 7, 9.
- Cabral, José María: (Como Cabral) 231, 253, 313.
- Cabrera: 171, 231, 270 (Como Ca.): 167, 171, 176, 178, 180, 181, 231 (Como Cab.): 173 (Como Caba): 179 (Como C.): 201, 208, 231.
- Cabrera G.: 65, 154.
- Candor: 223.
- Caridad: 17, 275.
- Carmita: 257 (Como C.): 265, 266.
- Carolina: 329, 351, 353 (Como Caro): 332 (Como Cara): 342, 344, 345, 346, 351, 353, 356, 378, 379, 380 (Como Candorina): 362, 375, 377.
- Cartagena: 274.
- Castelar, Emilio: 66, 67, 70, 72, 73, 78, 79, 83, 84, 87 (Como C.): 73.
- Castro: 249, 270.
- Catalina: 345.
- Céspedes (¿?): 246.
- Cisneros: 170, 193.
- Cisneros, H.: 246, 247.

- Clara: 329, 331, 332, 353, 363
 (Como C.): 332, 346.
 Chavarri: 168, 174, 175 (Como
 Ch.): 175.
 Delgado: 234.
 Delmonte L.: 168, 253.
 Dulce (Gral.): 126.
 Durán: 67, 78.
 Echevarría: 140, 198, 246, 247.
 Entrala: 153.
 Escobar: 246, 247, 249, 253, 254,
 255, 263, 283.
 Escolástica: 15.
 Escoriaza: 275.
 Fernández de los Ríos, Angel: 88.
 Ferrer: 170, 172, 178, 179, 182,
 190, 191, 192, 218 (Como F.):
 182, 303, 307.
 Foncueba: 154.
 Fortún Lanza: 136, 137, 141.
 Freyre Ramón: 136, 143, 146, 154
 (Como F.): 128.
 Garnier E.: 65, 153.
 Garrido: 153.
 Gibert y Riera, Eduardo: 47, 48,
 49, 50, 51.
 Giner de los Ríos (Como Giner):
 235.
 Goicuría: 193, 306, 308, 309, 315.
 Grant: 201, 334, 336.
 Gumersinda: 15.
 Henna: 169, 171, 231 (Como H.):
 233.
 Hostos de, Eugenio: 7, 9, 10, 11,
 12, 119.
 Hostos y Bonilla, de, Adolfo: 14.
 Hostos y Bonilla, de, Carlos: 10,
 13, 14, 25, 81, 118, 226, 319.
 Hostos y Bonilla, de, Eladia: 14,
 15, 22, 80-1, 226, 319, 330.
 Hostos y Bonilla, de, Engracia:
 14, 15, 22, 132.
 Hostos y Bonilla, de, Lola: 123,
 131, 132, 137, 145, 329.
 Hostos y Bonilla, de, Pepe: 14.
 Hostos y Bonilla, de, Rosa: 131,
 201, 329.
 Jordán: 305, 315 (Como J.): 306.
 Josefa: 15.
 Lacroix: 234.
 Lanza: 141, 246.
 Limardo: 73 (Como La.): 87.
 Linares, V: 177.
 López: 71, 87, 154.
 López del Baño, Amparo: (Como
 Amparo): 62, 233 (Como A.):
 223, 319.
 Lozada, María: 222.
 Luisa: 84.
 Luperón, Gregorio (Como Lupe-
 rón): 231, 253.
 Mabina: 17.
 Macías: 283, 284 (Como Ms.):
 168 (Como M.): 289.
 Mangual, Cipriana: 222.
 March: 76, 77.
 María: 223.
 Márquez: 173, 174, 195, 214, 219,
 246, 248, 249, 266, 276 (Como
 Mz.): 279.
 Maspons, Mariano: 48, 50, 51.
 Matilde: 222, 226.
 Matingo: 136, 142, 146, 151, 155.
 Memé: 223, 228, 229, 245, 282
 (Como M.): 229.
 Mendive: 234.
 Mercedes: 14, 15.
 Mestre: 178, 179, 190, 191, 192,
 195, 246, 247, 249, 253, 255, 293
 (Como M.): 186, 208, 216, 217,
 290.

- Mola y Argemí: 48, 49, 50, 51.
 Morales Lemus: 170, 178, 252, 255, 276, 299, 317, 231, 322, 333, 335 (Como Morales): 179, 190, 218, 237 (Como M. Lemus): 190, 191, 198, 242, 335 (Como M. L.): 219, 233, 234, 243, 267, 291, 296, 303, 321, 322, 323, 336.
 Moreno Nieto: 97, 107.
 Muriátegui, Enriqueta: 222.
 Nadal, Ramón: 173, 174 (Como R. Nl.): 168, (Como R. N.): 180 (Como R. Nadal): 270 (Como Nadal): 274.
 Olózaga: 88.
 Oppenheimer, de, Santiago: 109, 110.
 Padial: 270.
 Parsad (♂): 88.
 Pastrana: 174, 274-5 (Como Pa.): 175.
 Peralta: 168 (Como Pa.): 168.
 Pi y Margall: 66, 67, 88.
 Piñeyro: 178, 179, 190, 191, 194, 253, 255, 270, 293 (Como P.): 186, 191, 192, 193, 195, 202, 208, 212, 213, 214, 216, 217, 218, 219, 235, 242, 243, 246, 252, 257, 275, 277, 278, 288, 289, 290, 294, 335.
 Polo (Familia): 274.
 Ponce de León: 246.
 Prats, Domingo: 21.
 Quesada, Manuel (Gral.): (Como Quesada): 267, 270, 276, 277, 292, 293, 299, 300, 305 (Como Q.): 293, 295, 296, 297, 299, 305, 314.
 Quijano, las: 23, 274.
 Rafaela (Doña): 19, 21.
 Ramos, Matías: 47, 51, 77, 81, 153 (Como M.): 54, 55, 57, 58, 59, 61, 62, 63, 64, 67 (♂), 74, (♂) (Como Ramos): 175.
 Rius: 246, 247, 249, 253, 256, 263.
 Rodríguez: 198 (Como R.): 200.
 Rojas: 112.
 Roqué, Francisco: 47, 51.
 Ruiz: 276, 277, 293.
 Ruiz Belvis, Segundo: 71 (Como S. Ruiz): 232 (Como Ruiz): 232, 274.
 Ruiz, Lola: 222.
 Ruiz Zorrilla: 88.
 Sáenz del Río: 204.
 Sagasta, Práxedes M.: 88.
 Sellén: 279, 298.
 Serrano, General: 109.
 Summer: 201, 332, 343.
 Tapia A.: 65, 153, 275.
 Teresa: 83 (Como T.): 52, 55, 62.
 Teresita: 346.
 Valiente: 140, 141, 142 (Como V.): 128.
 Varona (♂Bernabé?): 276, 293, 314 (Como V.): 314.
 Ventura: 168, 169, 173, 174.
 Vidal: 169, 173, 204, 237 (Como V.): 231, 234 (Como Va.): 233.
 Vizcarrondo, Julio: 109 (Como Vizcarrondo): 275.
 Zambrana: 276.
 Zenea, J. Clemente: (Como Zenea): 1923, 293 (Como Z.): 186, 193, 295.
 Zenea, de, Señora: 257.

ESTE LIBRO SE
ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA ONCE DE MAYO DEL
AÑO MCMXXXIX EN LOS
TALLERES DE LA CULTURAL,
S. A., EN LA HABANA,
REP. DE CUBA.

